

9  
IDAD A  
CCIÓN G



LA HERMANA  
DE  
LA CARIDAD



PQ1279

.S8

H4

1875

c.1

271-8



1080078618



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA  
HERMANA DE LA CARIDAD

Ó CORRESPONDENCIA DE UNA NOVICIA  
DEL ORDEN DE

SAN VICENTE DE PAUL

DURANTE SU NOVICIADO

Por la Srta. A. Descus.

TRADUCIDA CON ALGUNAS VARIACIONES  
POR PASCUAL ALAMAN.

Edición de la "Sociedad Católica"

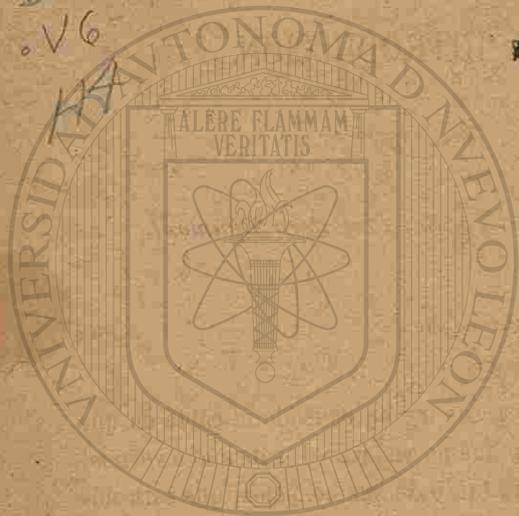


IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,  
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1875

38496

BX4700  
V6



B.M.U. Raúl Rangel Flores  
UANL  
FONDO  
A.E. PÚBLICA DEL ESTADO

Obsequio a la Biblioteca de la  
"Liga de Estudiantes"  
Luis G. Jones

Montemayor n.º 1  
et. 11. oct. de 1917.

INTRODUCCION.

Sr. Presbítero Brumont.

MI QUERIDO TIO:

CUANTO pesar me ha causado la carta en que me dice que no vendrá vd. este año á vernos! Necesito tanto de sus consejos, que esta noticia, que ha contristado á mi hermana y á su marido, á mí me ha llenado de desolacion. No vaya vd. á creer, querido tio, que fuera esto solo un deseo pueril, no; confiada en su ternura, y en su prudencia, queria manifestarle mi corazón y darle á conocer un proyecto que tengo hace mucho tiempo: es demasiado grave, porque de su ejecución depende tal vez mi dicha y mi salud eterna. Puede vd. figurarse y comprender cuán dichosa me habria creído, si oyera aprobar de viva

voz mi designio; pero, ¿qué me lo aprobará vd.? Yo así me lo persuado: con todo, en caso contrario, le prometo someterme á todo lo que me mandare, por mucho que me cueste; pues conociéndome vd. mucho mejor de lo que yo me conozco á mí misma, está mejor colocado para guiarme en asunto tan importante.

Bien sabe vd., querido tío, que no habiendo conocido á mis padres, huérfana casi desde la cuna, fui colocada por vd. en un convento, que llegó á ser para mí el centro de todos mis afectos, hasta que la Providencia quiso que viviésemos cerca, y que al conocer á vd., hallase un lugar en mi corazón para el mejor de los tios.

Deseaba yo pasar mis dias en aquel piadoso asilo; pero vd. lo dispuso de otro modo, y tuve que abandonar á mis excelentes maestras, y venir á habitar con mi hermana, para experimentar si la dicha de que goza en su casa no hacia debilitarse mis deseos de entrar en religion.

Ya he obedecido á vd. y pensádolo bien desde que estoy aquí; preguntándome muchas veces si acaso, como Adela, podría hallarme feliz con la ternura de un esposo, y las caricias de amables y hermosos niños; decidiéndome siempre por la negativa; porque al lado de los gozos de familia, en-

cuentro una multitud de cuidados, de penas, de inquietudes para el porvenir, que me espantan, y si me dirijo al Señor, y le suplico me dé á conocer su voluntad, parece que me dice interiormente: «No tengas otro esposo que yo.» Pero, ¿cómo deberé consagrarme á El? Esto es, querido tío, lo que más me aflige; porque lo diré con franqueza: no siento inclinacion por la vida del claustro; querría servir á Dios sin estar encerrada dentro de las paredes de un convento. Aunque admiro mucho las virtudes que allí se practican, me parece una existencia demasiado monótona, y uniforme para mí; un corazón tan ardiente como el mio, necesita más espacio para dilatarse; por esto gustaria de preferencia de alguna órden religiosa, en que las funciones de Marta y de María pudieran unirse. Mi director que es tambien de esa opinion, me indica la Congregacion de las Hermanas de la caridad; pero una amiga mia que ha estado de postulante en una de sus casas, me ha hecho una pintura tan sombría de la vida que llevan, que temeria emprenderla; por otra parte, yo no las conozco, pues jamás han venido á establecerse en las cercanías, y retiradas como estamos, Adela y yo, en el fondo de este departamento, jamás hemos ido á la ciudad en que se hallan. No pudiendo juzgar

por mí misma de la sinceridad de los informes de mi amiga, suplico á vd., querido tío, que me ilustre y me diga lo que debo hacer. Miraré su decision como si fuera de Dios mismo, y me conformaré con ella, como lo quiere tambien mi director: obedeceré á vd. á ciegas, á ménos, sin embargo, que me ordene comprometerme con los lazos del matrimonio.

No dilate vd., querido tío, el contestarme; se lo suplico mucho, porque mi buena Adela, que desea que me quede con ella, da diarios asaltos á mi pobre corazon: algunas veces es ella muy elocuente y yo demasiado débil; sus lágrimas me pueden mucho, y hay momentos en que temo ceder. No dudo que cuando vd. haya hablado, se resignará á una separacion que no me será á mí ménos penosa: además, tiene tanta religion que no se ha de oponer á la voluntad de Dios, si vd. decide que ésta es conforme á mis deseos más ardientes.

Perdone vd., querido tío, lo largo de esta carta; si por mí fuera, no la acabaria nunca: ¡me encuentro tan dichosa cuando platico con vd! que es el mejor amigo, el padre adoptivo, el guía de la que se repite con mucho gusto, su respetuosa y obediente sobrina

CECILIA BRUMONT.

Paris 18. . . .

Conságrate al Señor, querida hija mia, esta es tu vocacion. Hace mucho tiempo que yo tambien lo habia creído así; habia adivinado los designios de Dios sobre tí, y hoy lo bendigo por esto con todo mi corazon: agradécele tú tambien, por tu parte, el que se haya dignado abrigar tu inocencia á la sombra de sus altares, ántes de que el soplo del mundo y de las pasiones hayan opacado su pureza.

No repruebo, ciertamente, que se comprometan algunas con los lazos del matrimonio; por el contrario, reconozco que esta es la vocacion de la mayor parte, y las vidas de los santos nos enseñan que se puede uno santificar en él, lo mismo que en el celibato; pero esto no quita que el camino por donde el Señor te llama, sea el más perfecto, el más seguro, y que el alma á quien distingue de esa manera, deba tributarle continuas acciones de gracias. Dí todo esto á tu hermana, y creo que no se opondrá ya á la voluntad divina: seria casi una falta, llorar un bien, del que todos nos debemos

alegrar; además, que recuerde aquellas palabras del Señor: *Maria ha escogido la mejor parte, la cual no le será quitada.* No, hija mia, no te será quitada jamás, porque Dios quiere tener aquí en la tierra, algunas almas escogidas, cuyos ruegos desarmen su cólera: ¡ay! ¿qué sería de la mayor parte de los hombres, si mientras que combaten por conseguir la entrada en la tierra prometida, no hubiera en la montaña quienes les ayudasen con sus oraciones á conseguir la victoria?

Ahora, hija mia, veamos á sangre fria y sin prevencion, sobre todo, qué hábito debes vestirte. Si he de dar crédito á mi larga experiencia, que me ha dado algun conocimiento del corazon humano, y del tuyo en particular, te confesaré francamente, que no te creo de ningun modo llamada á la vida puramente contemplativa. Un carácter tan vivo como el tuyo se sujetaria difícilmente á la vida del claustro; aun hay más: temo que una oracion muy prolongada, extraviaria tu imaginacion, que á veces se exalta demasiado. Así, pues, sobre esto estamos perfectamente de acuerdo. Ahora, aunque quizá te desagrade, debo decirte que despues de haberlo meditado delante de Dios, creo que debes ser Hermana de la Caridad. . . . Sí, hija mia, porque en esa piadosa congregacion hallarás todo lo

que desees; las obras de caridad ocupan el lugar de la oracion, y ésta acompaña á los trabajos de una vida activa. No creas que hable así por tener una predileccion decidida por esas santas hospitalarias, no; me aparto de todo sentimiento de preferencia, para no consultar sino tu bien espiritual; no te exhorto á abrazar ese instituto, sino porque, mejor que nadie, he podido apreciar los modestos é inmensos servicios que las humildes hijas de San Vicente hacen á la sociedad.

No te responderé sino brevemente á las objeciones que podrias sacar de los informes de tu amiga: ¿por qué le parecen mal las Hermanas de la caridad? Solo por una de dos cosas; ó porque quiso, presumiendo demasiado de sí misma, entrar en esa congregacion sin haber consultado la voluntad de Dios, que la castigó por esa presuncion, haciendo que únicamente hallase amargura y disgusto en aquello mismo en que prodiga tantas dulzuras y consuelos á las que son conducidas por Su Majestad; ó bien, lo digo con sentimiento, porque no teniendo humildad y amor de Dios, su orgullo se rebeló por las pruebas á que la sometieron. Lo mismo te pasaria á tí, hija mia, si entraras á tan santa carrera sin tomar la resolucion de sacrificar tu voluntad propia, y de portarte, en todas ocasio-

nes, como una humilde sierva de los pobres, que es el más bello título de la verdadera Hermana de la caridad que se gloria de llevar ese nombre, y prueba, por sus acciones, que es digna de ello.

Considera, pues, bien, hija mia, las ventajas que te ofrece esa congregacion; sondea tu corazon para saber si podrá vencer ciertas repugnancias que presenta la delicadeza de nuestra pobre naturaleza; y, sobre todo, ruega al Señor que te ilumine, y si te inspira el ser Hermana de la caridad, ven á buscarme, yo mismo te conduciré á la casa que he escogido para postularte.

Me parece que se te ocurrirá, si será prudente tomar una resolucion tan grave solo sobre mi palabra, y sin conocer siquiera los deberes y obligaciones que se te impondrán. Es muy justo estudiarlos de antemano; pero como mis ocupaciones me impiden hacerlo por mí mismo, además de las reglas que debes leer, te acompaño, para suplir mis explicaciones, una correspondencia de una novicia con una amiga suya; y si bien no puedo garantizar su autenticidad, sí te aseguro que son los sentimientos de la mayor parte de las que han tenido la dicha de pertenecer á esa congregacion, y que los sucesos que refiere son los que á cada paso se encuentran en ella. ¡Ojalá que esas cartas

te ilustren sobre tu verdadera vocacion! En todo caso, creo que servirán para afirmarte en la piedad y en el amor de Dios.

Tu tío.—EL PRESB. BRUMONT.

MUY QUERIDO TIO:

Mil y mil agradecimientos: Dios mismo ha inspirado á vd.: hoy, creo conocer bien mi vocacion, y con el auxilio de la gracia llegaré á ser Hermana de la caridad. No ambiciono más que un solo título, pero muy hermoso á los ojos de la fe y de la religion, que es el de ser *sierva de los pobres*. Espero que rogará vd. por mí, querido tío, y que el Señor, á pesar de mi indignidad, me concederá que sea una verdadera hija de San Vicente.

Así, espéreme vd. muy pronto; iré acompañada de mi cuñado; pero tengo que advertirle que se ha apoderado de todas las cartas que tuvo vd. la bondad de prestarme, y le han gustado tanto, que quiere hacerlas imprimir. Esto me affige, porque temo que á vd. no le parezca bien, y he querido

decírselo á fin de que tome sus medidas para impedirlo, si lo cree así necesario, pues conmigo no ha querido condescender.

Muy pronto, querido tío, le daré un abrazo y le pediré que cumpla lo que me ha ofrecido, para deberle ese nuevo favor.

Su respetuosa y agradecida sobrina,

CECILIA BRUMONT.

NOTA.—Con lo que se acaba de leer, queda explicado cómo nos hallamos en posesion de esa correspondencia, que publicamos, participando de la misma opinion que el respetable eclesiástico, cuyo verdadero nombre hemos ocultado con el de *Brumont*, quedándonos la dulce satisfaccion de dar á luz virtudes y acciones que muchas veces no tienen más que á Dios por testigo.



CORRESPONDENCIA

DE ENRIQUETA MONTEVERDE N. L.

A SU AMIGA

CAROLINA DE BALTU.

CARTA I.

San B. . . . 18. . . .

Gracias á Dios, Carolina, que tuve en fin el valor de hablarles á mis padres; les declaré ya mi voluntad de ser Hermana de la Caridad, y habiéndose convencido bien de que mi vocacion viene de Dios, la han aprobado, aunque llenos de lágrimas: yo espero que, como son tan piadosos, no tardarán en consolarse al ver á una hija suya al abrigo de las tempestades del mundo.

Hacia mucho tiempo que buscaba yo una oportunidad para manifestarles mi deseo, como lo sabes bien; pero siempre que me decidia á hacerlo, me sobreco-

decírselo á fin de que tome sus medidas para impedirlo, si lo cree así necesario, pues conmigo no ha querido condescender.

Muy pronto, querido tío, le daré un abrazo y le pediré que cumpla lo que me ha ofrecido, para deberle ese nuevo favor.

Su respetuosa y agradecida sobrina,

CECILIA BRUMONT.

NOTA.—Con lo que se acaba de leer, queda explicado cómo nos hallamos en posesion de esa correspondencia, que publicamos, participando de la misma opinion que el respetable eclesiástico, cuyo verdadero nombre hemos ocultado con el de *Brumont*, quedándonos la dulce satisfaccion de dar á luz virtudes y acciones que muchas veces no tienen más que á Dios por testigo.



CORRESPONDENCIA

DE ENRIQUETA MONTEVERDE N. L.

A SU AMIGA

CAROLINA DE BALTU.

CARTA I.

San B. . . . 18. . . .

Gracias á Dios, Carolina, que tuve en fin el valor de hablarles á mis padres; les declaré ya mi voluntad de ser Hermana de la Caridad, y habiéndose convencido bien de que mi vocacion viene de Dios, la han aprobado, aunque llenos de lágrimas: yo espero que, como son tan piadosos, no tardarán en consolarse al ver á una hija suya al abrigo de las tempestades del mundo.

Hacia mucho tiempo que buscaba yo una oportunidad para manifestarles mi deseo, como lo sabes bien; pero siempre que me decidia á hacerlo, me sobreco-

gía no sé qué turbacion, que me ponía temblorosa; temía disgustarlos, y mi secreto permanecía en el fondo de mi corazón, pasándose así los días, las semanas y los meses, sin que hubiese adelantado nada en un año que hace tuve el primer pensamiento de consagrarme al Señor en la Congregación de las hijas de San Vicente de Paul. La culpa ha sido mía, lo confieso; pero ¡ay! me sentía tan débil ante el miedo de affigir á mi querida madre! Combatida sin cesar por el deseo de ser fiel á la gracia y el temor de lastimar el corazón de mis padres, me llegué á poner tan triste y tan preocupada, que mi madre entró en cuidado, lo que era muy natural, pues nunca la he acostumbrado á que me vea con semblante melancólico: primero creyó que era por alguna enfermedad; pero como le aseguré que nó, pensó que sería por deseo de casarme, y que no quería yo decírselo. Le comunicó sus sospechas á mi padre, lo que vino muy á tiempo, pues acababa de recibir una carta muy cumplida y política, pidiéndole mi mano. Era un bello partido, un jóven rico y buen católico; no hay más que decir, era el que se interesaba por mí. Inmediatamente me llamaron mis padres, creyendo que me iban á dar una dulce sorpresa. Sin saber yo nada, fui á ver qué me querían; pero apé-

nas me habían dirigido unas cuantas palabras, cuando me cogió un temblor general, me puse pálida como la muerte, y prorumpí en sollozos. Mi madre no pudo contener las lágrimas, aunque sin saber el motivo de mi llanto. El momento no podía ser más oportuno, lo conocía yo bien, y sin embargo, á pesar de todas las reflexiones que me hacía interiormente, permanecía callada, sin contestar ni una palabra á las preguntas afectuosas de mi padre. Por fin; me arrodillé delante de mi madre, puse mi cabeza sobre sus rodillas, y suplicando á Dios que me diese valor, sintiéndome un poco fortalecida, tomé las manos de mis padres, las besé, y la declaración tanto tiempo aplazada, se escapó de mis labios: ¡ay! sentí que se me quitaba un peso horrible. No podré describirte la escena que siguió; fué muy tierna; habiéndose convencido de que mi resolución no era efecto, ni de una inclinación contrariada, ni de un momento de exaltación y de fervor, mis padres me abrazaron, me dieron su consentimiento, y echando la bendición sobre mí, dijeron: ¡Querida hija! ojalá que seas dichosa y consigas tu salvación en el estado santo á que te llama la voluntad divina! Dignese también el Señor de recibir el sacrificio que le hacemos hoy!

Sí, Dios se los recibirá; es tan bueno que desde ahora se ha dignado darles un alivio en el pesar que les causa mi resolución: porque siendo la mayor de sus hijos, deseaban ardientemente que me casara, para que en caso de que faltaran, pudieran confiar á mis cuidados á mis otros hermanos chicos, conociendo lo mucho que los quiero, y morir así en paz. Pero es justo decir que aunque Elisa es menor que yo, es muy juiciosa para su edad; pues muchas veces me he admirado de lo bien que discurre, y creo que á pesar de sus pocos años, será una excelente madre de familia, y que llegada la vez, cumplirá sus deberes para con sus hermanos menores, mucho mejor que tu pobre amiga. Por esto, no puedes figurarte, Carolina, con qué fervor pedía yo á Dios, hace algun tiempo, que le concediese ántes de mi salida de la casa paterna, un esposo segun su corazon, y que fuera capaz de estimarla en lo que vale. Este deseo precisamente es el que va á realizarse; ya pueden tranquilizarse mis padres por la suerte de su familia más jóven, puesto que Felipe mi primo, que vino á pasar unos dias con nosotros, ha pedido á Elisa en matrimonio.

Piensa cuál habrá sido nuestro gusto: Felipe es tan bueno, que Elisa no puede ménos que ser feliz

con él; y además, lo que no es nada malo, tiene una bonita fortuna, de que sabe usar noble y caritativamente. Bien pronto se arreglaron los por-menores. Felipe, que no tiene más parientes que nosotros, va á comprar una casa cerca de la nuestra; con lo que mis padres, al perder su hija mayor, se encuentran que no han hecho más que cambiarla por un hijo cariñoso y dedicado, porque Felipe se porta así con ellos. Él me ha dicho que mi resolución le hizo anticipar la conclusion de su matrimonio, que deseaba hacia varios años, y que ahora se verificará dentro de un mes.

¡Ah! no cesaré de repetirlo: Dios es muy bueno para con nosotros, y muchas veces no le correspondemos sino con ingratitud. Me colma de consuelos en estos momentos, porque todavía no te he contado todo. A mis ruegos, se han decidido mis padres á sacar á Alina del convento en que se ha educado: va á cumplir quince años, y espero que ocupará muy bien mi lugar para cuidarlos: ya salió mi padre por ella y la esperamos de un momento á otro.

Ya ves, todo se dispone de la mejor manera; pues si hubiera aceptado el partido que se me ofrecía, habria tenido siempre que separarme de mis padres, por seguir á un extraño, que me iba á lle-

var á más de sesenta leguas de aquí. He hecho mucho mejor; porque estoy segura de que el Esposo por quien los dejo, no le repugnan mis miserias; sino que las tolera con bondad; y de que, si le soy siempre fiel, me dará á gustar una felicidad mil veces preferible á la dicha mezclada de tantas amarguras, que se halla en la union mejor combinada.

Así, pues, en cuanto pasen las bodas de Elisa, saldré para Paris, con mi padre, que quiere llevarme él mismo á la casa en que he de entrar de postulante, que es un hospicio en que está de superiora una amiga de mi madre, desde que era niña, á quien le escribió ya, y contestó con mucha amabilidad, prometiéndole que procuraria ocupar su lugar para conmigo.

¡Ay, Carolina, qué débil es tu pobre amiga! cuando pienso en que va á llegar el día en que me separe de mi muy querida madre, despues de haber recibido tal vez su último beso, mi corazón se hace pedazos, no puedo contener las lágrimas. . . .

Espero que el Señor me perdone este llanto, puesto que ÉL nos impone el deber de esa ternura filial, el primero y el más puro de todos los afectos, que sobrevive á los demás, que nos toma en la cuna y nos acompaña hasta el sepulcro. ¡Dios mio!

¿quién no siente latir su corazón de amor y de agradecimiento al solo nombre de su madre?

Si la salud de tu padre te impide venir á asistir al casamiento de Elisa, procuraré, al ir á Paris, detenerme un día en tu casa; me daría mucha pena no poder abrazarte una vez más. Adios: concluyo pidiéndote que unas tus ruegos á los de tu amiga, para que el Señor le dé la fuerza que necesita, y que solo halla en su Crucifijo.

## CARTA II.

San B. . . . 18. . . .

Se casó Elisa y solo ha sentido, casi tanto como yo, que la situación de tu padre nos haya privado de tu compañía. No hubo reunion el día de su boda, sino solo una comida de familia; y ella le pidió á mi madre que lo que debia haber gastado en la fiesta, lo entregase al señor Cura para distribuirlo entre los pobres vergonzantes de la parroquia.

¡Ojalá que sus ruegos atraigan sobre su enlace todas las bendiciones del cielo!

Alina ha vuelto ya á la casa paterna, y si el ca-

riño de hermana no me ciega, te diré que es difícil hallar una niña mejor: la has de querer cuando la conozcas: es el vivo retrato de mi madre, aunque de carácter más alegre. Mi padre dice que es en lo único que se me parece: yo no soy de su opinion, pues sin modestia de mi parte, conozco que Alina vale mucho más que yo; por lo demás es una ventaja que tenga un carácter alegre, porque así consolará más pronto á mis padres por mi ausencia; aunque en el corazon de los padres el lugar de un hijo que pierden, no lo ocupa ningun otro; el que conservan, por mucho que lo quieran, no puede hacer olvidar al que sienten.

Salgo de aquí á dos días, y por un contratiempo, del que no me atrevo á quejarme porque veo en él la voluntad de Dios, ha sido preciso cambiar nuestro derrotero, por lo que ya no podré verte al pasar. . . . Es un nuevo sacrificio que el Señor exige: ofrezcámoselo juntas.

Ya no te escribiré sino de Paris, y concluyo, porque te confieso que mientras más próxima está mi partida, tanto más me parece como especie de hurto al amor filial, todo el tiempo que no paso con mis queridos padres.

No ceses de pedir á Dios por tu amiga.

He llegado á Paris; mi padre está descansando, y yo, aunque muy fatigada por el viaje, no he querido acostarme sin escribirte unas cuantas palabras: está mi corazon tan angustiado, que necesito una poca de expansion en el seno de la amistad. ¡Ay! No me reprendas por esta disposicion de mi alma, porque no te puedes figurar todo el valor que necesité para desprenderme de mi madre, que me abrazaba ahogada en sollozos, mientras de que Alina, Elisa y su marido, humedecian mis manos con sus lágrimas, y mis hermanitos chicos Pablo y Víctor, me detenian por el vestido llorando, y gritaban: *¿Por qué te vas? quédate con nosotros, te queremos mucho!*

**CARTA III.**  
Ay, Carolina, si hubieras presenciado esa escena tan tierna, y te hubieras hallado en mi lugar, tal vez te hubieras sentido inclinada como yo á decir: Ya todo se acabó; mi querida madre, herma-

nos míos, no lloren; me quedaré con vdes..... Todavía tiemblo al recordar que estuve á punto de desobedecer la voz de Dios por escuchar la de la naturaleza, que me excitaba á resistir á mi vocación. Por fortuna mía, en el momento en que venida por el pesar de dejar personas tan queridas, iba yo á pronunciar la fatal promesa, llegó nuestro respetable cura. Su sola presencia bastó para avergonzarme de haberme detenido en ese pensamiento y para fortalecerme contra la tentación: creía que ya había yo partido, y venia á dar á mi familia los dulces consuelos de la religion. No sé si adivinó mi combate interior, pues me recordó tan á tiempo de qué necesidad era para mi salvacion el que correspondiese á las gracias de que me ha colmado Dios, que me encontré con bastante fuerza para consumir mi sacrificio, desvaneciéndose repentinamente mi cobarde irresolucion. Abracé por la última vez á mi tierna madre y á mis hermanas, y salí de prisa, bajando prontamente la escalera, y entrando en un coche que me esperaba en la puerta. En seguida subió mi padre; y había pasado mucho tiempo, ya muy léjos de casa, cuando noté que Julia y mi anciana aya, habían querido acompañarme é iban enfrente de mí en el carruaje.

Poco despues, tomábamos el camino de la capital, y el castillo gótico del pueblo en que nací, los bellos árboles de sus paseos, el campanario de mi querida iglesia parroquial..... todo desaparecia á mis ojos nublados de lágrimas..... Me pareció entonces que segunda vez me separaba de los que lloraban mi partida.

En fin, llegamos á París; ya le escribí á mi madre tratando de consolarla, y he encontrado de nuevo no mi antigua alegría, que creo haberla perdido para siempre, sino una gran tranquilidad de alma, y la dulce paz y satisfaccion de que se goza, cuando uno toma el camino que Dios manda que se tome.

Pasado mañana irá mi padre á presentarme á la Superiora en cuya casa debo ser recibida como postulante; cree mi padre, que es solo una visita, pero para evitarle, en cuanto es posible, el pesar de la separacion, que le es tan penosa, está arreglado que me quede con cualquier pretexto: un antiguo amigo suyo que es el que nos ha recibido en su casa lo acompañará. Está ya en el secreto, aprueba el plan, y me promete que volverá á llevar á mi padre á su casa, distrayéndolo lo mejor que pueda: esta primera separacion nos hará más fuertes á todos para soportar la última de todas.

Adios, querida Carolina, no ceses de pedir al Señor la gracia de que perseverare hasta el fin. Si se me permite te escribiré muy pronto. Tu amiga.

CARTA IV.

Paris. Hospicio. . . .

Estoy de guardia esta noche en la sala de enfermas, y aprovecho esta ocasion para platicar contigo, querida Carolina, gusto de que me han privado hace un mes largo, los muchos quehaceres que llenan mis dias: todos mis instantes son contados y empleados por mis superiores, sin que me quede ninguno que consagrar á la amistad. Para que tú misma juzgues, voy á contarte por menor todo lo que hago desde que estoy en esta bendita casa, donde me encuentro tan dichosa que desearia que todas las personas que amo participaran de mi felicidad: esto es bastante decir, para que entiendas que quisiera verte como yo,

vestida con el traje negro de las postulantes, tenerte á mi lado y edificarme con tus ejemplos. ¡Quién sabe si algun dia me dará Dios este consuelo! Es necesario prevenirte que no haciendo caso del amor propio, no me cuidaré absolutamente de enviarte obras maestras de estilo epistolar: trasladaré mis pensamientos, mis recuerdos al papel tal como me vayan viniendo; y si algunas veces notas falta de ilacion, ó repeticiones de detalles, dispénsalo á la pobre postulante, que se ve obligada á interrumpir una frase, quizá bien comenzada, por ir á dar de beber á una enferma, ó por voltear en su cama de dolor á una anciana parálitica, impedida de todo movimiento. Este es un exordio preparatorio que mi vanidad hacia indispensable. Ahora ya puedo comenzar.

Antes que todo, te diré que las cosas se pasaron con mi padre como yo habia deseado. En el dia señalado me presentó á Sor Sofia, mi Superiora, á quien llamamos nuestra madre. Estuvo tan bondadosa para conmigo, que desde luego le pedí una entrevista particular, que me concedió inmediatamente. Le dí á conocer mi deseo de quedarme ese mismo dia en la casa, manifestándole los motivos que habia para hacerlo; y aunque dudó un poco, por fin consintió en ello. Despues arre-

Adios, querida Carolina, no ceses de pedir al Señor la gracia de que perseverare hasta el fin. Si se me permite te escribiré muy pronto. Tu amiga.

CARTA IV.

Paris. Hospicio. . . . .

Estoy de guardia esta noche en la sala de enfermas, y aprovecho esta ocasion para platicar contigo, querida Carolina, gusto de que me han privado hace un mes largo, los muchos quehaceres que llenan mis dias: todos mis instantes son contados y empleados por mis superiores, sin que me quede ninguno que consagrar á la amistad. Para que tú misma juzgues, voy á contarte por menor todo lo que hago desde que estoy en esta bendita casa, donde me encuentro tan dichosa que desearia que todas las personas que amo participaran de mi felicidad: esto es bastante decir, para que entiendas que quisiera verte como yo,

vestida con el traje negro de las postulantes, tenerte á mi lado y edificarme con tus ejemplos. ¡Quién sabe si algun dia me dará Dios este consuelo! Es necesario prevenirte que no haciendo caso del amor propio, no me cuidaré absolutamente de enviarte obras maestras de estilo epistolar: trasladaré mis pensamientos, mis recuerdos al papel tal como me vayan viniendo; y si algunas veces notas falta de ilacion, ó repeticiones de detalles, dispénsalo á la pobre postulante, que se ve obligada á interrumpir una frase, quizá bien comenzada, por ir á dar de beber á una enferma, ó por voltear en su cama de dolor á una anciana parálitica, impedida de todo movimiento. Este es un exordio preparatorio que mi vanidad hacia indispensable. Ahora ya puedo comenzar.

Antes que todo, te diré que las cosas se pasaron con mi padre como yo habia deseado. En el dia señalado me presentó á Sor Sofia, mi Superiora, á quien llamamos nuestra madre. Estuvo tan bondadosa para conmigo, que desde luego le pedí una entrevista particular, que me concedió inmediatamente. Le dí á conocer mi deseo de quedarme ese mismo dia en la casa, manifestándole los motivos que habia para hacerlo; y aunque dudó un poco, por fin consintió en ello. Despues arre-

glamos cómo había de hacerse, y volvimos al cuarto donde estaba mi padre y su amigo, que era mi cómplice; y que nos sirvió admirablemente pidiendo que les enseñaran la casa. No se detuvo la Superiora en satisfacer esa curiosidad; nos hizo recorrer varias salas, y con mucha destreza hizo que mi padre se separara de mí, sin que notara su intención. Era el momento más oportuno, é inmediatamente una hermana joven, tan bella y tan amable como su nombre, Sor Angela, me hizo señas que la siguiese; me condujo á una sala en que estaba reunida la comunidad para la recreacion que tienen despues de la comida, que es á las once. Me recibieron con mucha afabilidad, lo que me enterneció, y me dijeron que esperaban llegar á tener la dicha de darme el dulce título de hermana. ¡Dios quiera eseucharlas! y ojalá que yo no me haga indigna de obtenerlo muy pronto!

Sin embargo, por más que hacian para distraerme, sentia que se me oprimia el corazon al pensar en mi padre, y no pude ménos que llorar cuando, viendo entrar á la Superiora, conocí que acababa de partir lleno de tristeza, dejándome en aquella casa.

Entónces, Sor Sofia me tomó de la mano y me dijo: venga vd. á encomendarse á la que no en va-

no llamamos *Consoladora de los afligidos*; juntas le rogáremos que consuele á su familia, y á vd. le dé la paz del corazon: esté vd. segura de que nos oirá.

Entramos á la capilla: se arrodilló junto á mí, á los piés de una estatua de la Santísima Virgen, y, sin duda, á sus fervorosos ruegos debí la gracia que alcancé de Dios, por intercesion de su Madre Santísima: mis pesares y sentimientos se calmaron inmediatamente, y sentí mi alma inundada de una alegría celestial, que no me ha dejado desde entónces. Consumé mi sacrificio: espero que el Señor lo habrá recibido con agrado, pues costó mucho á la naturaleza. Igual cosa sucedió con mi padre; en las varias ocasiones que lo he visto despues, me ha parecido enteramente resignado á la voluntad del Señor: ¡Dios sea bendito! . . .

Ya van cuatro veces que interrumpo esta carta y la vuelvo á seguir; pero tambien ya estás prevenida que si te parece mal ligada, te dediques á corregir el estilo de la pobre postulante que no tiene tiempo para hacerlo.

Sabrás que nos levantamos á las cuatro de la mañana; y te parecerá cosa muy rara que tu amiga, que ántes le costaba mucho trabajo levantarse á las siete, ahora esté en pie al primer toque de cam-

pana. Hechas las camas, vamos á la capilla á tener una hora de meditacion; no te escandalices, pero es para mi la hora más penosa de todo el dia, y te diré por qué: en vez de imitar los ejemplos de recogimiento que tengo á la vista, no sé yo cómo, es precisamente el motivo que escoge mi imaginacion para representarme á mi madre y hermanos. Parece que les hablo, que platicamos, y muchas veces se pasa la oracion sin que haya pensado nada en Dios. Hago muy mal, lo sé; pero por más esfuerzos que hago para entrar en juicio y acallar esos vanos pensamientos, no lo consigo. Me aflige esto tanto, que ya se lo he dicho á nuestra Madre, quien me consuela prometiéndome que cuando éntre al Seminario, n.e enseñarán cómo debo portarme, y que entónces la meditacion me parecerá muy fácil, y se cambiará poco á poco en un dulce hábito. ¡Dios lo quiera!

Te diré para tu instruccion, querida Carolina, que el Seminario es el primer paso para el noviciado: ese tiempo se pasa en la casa central de la Congregacion, calle del Bac, donde residen la Superiora general y todas las dignatarias. Cuando la Superiora de la casa en que uno ha entrado de postulante tiene algunas razones para creer que nuestra vocacion es verdadera, nos presenta á la

Superiora general, que es quien nos admite al noviciado, donde se nos forma á la vida espiritual, y se nos enseñan las obligaciones y los deberes de nuestro santo estado: digo *nuestro*, esperando, con la gracia de Dios, perseverar hasta el fin.

En cualquiera parte se puede estar de postulante; pero el Seminario ó noviciado, como quieras llamarlo, no puede tenerse sino en la casa central; no hay excepcion en esta ley: toda postulante debe pasar allí cierto tiempo ántes de recibir el hábito completo de Hermana de la caridad; despues de ese favor, que jamás se concede sino al fin de un retiro de ocho dias, se manda á las novicias á alguna de las casas de la Congregacion, donde hacen los mismos quehaceres que las hermanas que han hecho los votos, que no llegan á pronunciarse sino hasta los cinco años; hasta entónces, no tiene uno ningun compromiso con la Congregacion, quien, por su parte, puede tambien excluirnos de su seno; sin embargo, se necesitan razones muy graves para que las Superiores lleguen á ese extremo, ó motivos de salud. Esta medida es prudente; porque ¿qué servicios podrá esperar la comunidad de miembros enfermos, estando obligada, por otra parte, á cuidar de las hermanas ancianas ó achacosas, que su mucha edad ó penosos traba-

jos han inutilizado, poniéndolas fuera de servicio? Esas venerables siervas del Señor son recogidas en la Casa central y tratadas con el mayor respeto. Es nuestro cuartel de inválidos.

Todas las Hermanas conservan gratos recuerdos del tiempo de su noviciado; no hablan de él sino con cariño y sentimiento; ponderan tanto las dulzuras espirituales que allí se gustan, que yo tengo casi tanta ansia de entrar en él, como tenía hace pocos meses de ser postulante. Pero me parece que me he distraído mucho de lo que me había propuesto al comenzar esta carta: volvamos al asunto sin rodeos.

Al día siguiente de mi llegada, me llamó aparte la Superiora, y, después de haberme explicado con brevedad las nuevas obligaciones que iba yo á contraer entrando al postulado, me preguntó si me sentía con bastante ánimo para obedecer ciegamente á todo lo que me mandara, «porque, añadió, la santa obediencia es la primera de las virtudes necesarias á una hija de San Vicente de Paul: todas hacemos voto de ella. Aquí me obedecen á mí, y yo debo tener una sumisión ciega á la Superiora general que podría, si lo juzgara útil á la gloria de Dios, quitarme hoy mismo de esta casa y enviarme á otra á desempeñar los

«empleos más viles, sin que tuviera yo derecho de quejarme. No crea vd. que tales cambios, como ejemplos son bastante raros, deban considerarse como un castigo; no son muchas veces sino una prueba saludable para la humildad de la que fué Superiora, y otras ocasiones sirven para mostrar plenamente las virtudes de aquella á quien se exige ese sacrificio, y proponerla como modelo á las hermanas jóvenes, fáciles de dejarse llevar de pensamientos de soberbia.» Después de ese sermoncito, le prometí á mi nueva madre con todo el corazón, renunciar en todas cosas á mi propia voluntad, lo que espero que no me costará mucho trabajo, porque siempre he creído que es mucho más fácil obedecer que mandar, y que se encuentra en eso doble ventaja; pues no se tiene responsabilidad de sus obras, y Dios recibe las menores acciones hechas por obediencia.

En seguida nuestra Madre me mandó que fuera á ayudar á la cocina, donde la hermana que preside me dió un delantal blanco y me puso á trabajar. Gracias á mis padres que me enseñaron á hacer todo, porque les gustaba que sus hijas supieran hacer lo de la casa, salí con bien de esa primera prueba, y dos días después me cambiaron de empleo. Me tuvieron en el lavadero, después en la

lencaría ó costura, y por último, hace ocho días que me han puesto en la sala de Santa Marta, confiada al cuidado de Sor Luisa, que es un modelo de dulzura, de bondad y de paciencia, que se necesita mucha para responder con calma á tantas impertinentes exigencias de algunas enfermas, cuyo genio lo ha exasperado la miseria y los sufrimientos.

Las llegadas más recientemente, son siempre las más difíciles de contentar; porque despues Sor Luisa las va cambiando, poco á poco, tan completamente, que no parecen las mismas personas. Te podria contar varios casos; pero esta carta se ha alargado tanto que es preciso cortarla, suplicando guardes tu curiosidad hasta la próxima, que será de aqui á varias semanas.

Adios. Tu amiga.

CARTA V.

Paris. Hospicio. . . . .

Querida Carolina: obligada como estoy á no perder nada de tiempo, aun cuando te platico, tomo mi historia en el punto en que la dejé en mi carta

anterior. Creo que te conté que estaba yo en la sala de Santa Marta, destinada á mujeres enfermas, y confiadas al cuidado de Sor Luisa que sabe curar las enfermedades del alma, al mismo tiempo que alivia los sufrimientos del cuerpo. No te referiré sino un solo ejemplo, pero que basta para apreciar su celo.

Algunos momentos despues de mi entrada en aquella sala, me empezó Sor Luisa á hacer algunos encargos: que le diese de beber á una de sus queridas enfermas, como ella les llama; que á otra le levantase la almohada, etc.; satisfecha del modo con que yo los cumplia me dijo sonriendo: «Puesto que tiene vd. tanto empeño, voy á encargarle que me cuide á una jóven que tengo, que es un modelo de paciencia y de resignacion; vd. se edificará seguramente y admirará tanto como yo la fuerza del amor divino, y el poder de la gracia en esta pobre niña.» Diciéndome eso, llegamos á una cama en que descansaba tranquila una jóven de figura muy interesante. Tenia diez y seis años, pero no representaba más que diez ó doce.

A la voz de Sor Luisa, que le preguntaba cómo se sentia, abrió los ojos, y, mirándola fijamente, la dije con un acento que me impresionó: ¡Ay, her-

mana! bien: porque estoy como Dios ha querido ponerme.

—¿Sufre vd. tanto como ayer, hija mia? le preguntó Sor Luisa poniendo su mano en la abrasada frente de la enferma.

—Sí, respondió con amable sonrisa: con todo, cuando vd. está, me parece que me alivio un poco.

—¿Pero qué, cuando me voy no se queda Dios, que se agrada tanto de verla padecer con paciencia?

—¡Ah! sí: y el pensamiento de que me lo tendrá en cuenta, me da fuerza cuando me veo á punto de ceder: ha sido Dios tan bueno para conmigo! me ha concedido tantas gracias, que sería una gran ingratitud rebelarme contra su voluntad santísima.

—Consérvese vd. siempre en esta disposición, mi pobre Genoveva, y esté segura de que Dios la recompensará.

La jóven no respondió nada, sino que dirigió al cielo una mirada, con una expresion de gozo y de amor que nunca olvidaré. ¡Ay Carolina! entónces comprendí que valia mucho más que yo: la llegué casi á tener envidia, deseando estar en su lugar. Por esto, fué con cierta especie de respeto como me puse á asistir á esa santa niña, cuyo

cuerpo es todo una llaga que exhala un hedor infecto, que, debo confesártelo, me molestó el estómago, pero no hice caso, y desde entónces no he vuelto á sentir repugnancia, aun en las cosas más desagradables.

—Vuelvo á mi historia: todo el tiempo que duró la curacion que mi inexperiencia debe haber hecho muy dolorosa, no pronunció una sola queja, y tuvo fijos los ojos todo el tiempo en su Santo Cristo. Su rostro angelical no perdió un solo instante su serenidad acostumbrada, mientras que yo sudaba á mares, y no podia más de mortificacion.

—¿La he molestado mucho? le pregunté.

—No cosa, me dijo, y se desmayó.

—Acababa yo de hacerla volver en sí, cuando entró su madre: me pareció prudente separarme, pero deseaba mucho platicar con esa señora para que me contara algunas particularidades de la vida de Genoveva; así la espíe cuando salia y le pedí licencia á Sor Luisa de irle á hablar: me la dió, fui á alcanzarla, y le pregunté si su hija habia sido siempre tan piadosa como ahora.

—Desde que hizo su primera comunión, jamás ha sido de otro modo. Antes sí, era un demonio, aunque es verdad que yo tambien descuidaba educarla en el amor de Dios. Pero cuando, gracias á Sor

Luisa, comprendí que no es suficiente que una madre que quiere cumplir con sus deberes, se limite á cuidar del cuerpo de sus hijos; cuando me hizo conocer que la salud de sus almas debe ser ántes que todo, entónces, empecé á enviar á la escuela á mi hijita Genoveva, y las lecciones de las hermanas han hecho que sea lo que vd. vé, un ángel de Dios que muy pronto será llevado al cielo. «¡Ay! si demasiado pronto, añadió llorando, los sufrimientos de mi pobre hija tocan ya á su término. Ya no puedo hacerme ilusiones, es imposible que viva ni unos cuantos dias...» Aunque yo pensaba lo mismo, procuré decirle algunas palabras de consuelo; movió la cabeza, manifestando que no las creía, y agregó: «Estoy resignada á la voluntad de Dios.» Estaba yo muy conmovida; pero lo que me había contado esa señora, había excitado más mi curiosidad, y así le pregunté cuándo y cómo había conocido á Sor Luisa.

«Hace diez años, respondió, tuve una enfermedad muy grave y me trajeron á esta misma sala en que está mi hija. Entónces no creía yo ni en Dios; me burlaba de todo aquello que no tenia relación con mis necesidades materiales, y vivía enteramente como si no tuviera alma que salvar. La pri-

mera vez que Sor Luisa me habló de Dios, me puse á reir; pero ella se portó tan bien conmigo, que á la larga hizo que comenzara á reflexionar. Llegué á pensar que podría tal vez tener razon; y despues me pareció que no era prudente exponerme á ser desgraciada en esta vida y en la otra, en caso de que la hubiera; por fin, pedí un confesor, y le puedo asegurar á vd. que salí del hospicio curada del alma y del cuerpo. Mi primer cuidado, de vuelta á mi casa, fué hacer que se convirtiera mi marido. Me costó mucho trabajo conseguir que llegara á confesarse, porque le repugnaba sobremanera; pero, por último, llegó á hacerlo, y desde entónces parece otro hombre, tanto ha variado: no bebía diariamente, es verdad, pero sí con mucha frecuencia, y entónces no parecía hombre sino leon: tiraba los trastos, me daba de golpes, maltrataba á los niños, y tal vez los hubiera lastimado si no se los escondiera yo...; pero hoy, ya no hay nada de eso: no se ha vuelto á embriagar: el dinero que gana me lo lleva para el gasto, y mi casa, que era un infierno, es hoy un paraíso, gracias á Sor Luisa que nos ha hecho cristianos. Mis hijos son muy prudentes y trabajadores, y solo tengo un pesar, pero muy grande, y es: ver á mi querida hija Genoveva en el estado en que es-

tá. Con todo, puesto que así lo dispone Dios, no me debo quejar. . . . »

Parecia que aquella buena señora iba á seguir hablando, pero fué preciso interrumpirla porque la campana llamaba al refectorio. Me despedí, prometiéndole cuidar con todo empeño á su pobrecita hija, y bendije á Dios que se habia servido de una humilde Hermana de la caridad para traer á una familia al sendero del bien y de la virtud. ¡Ojalá que algun dia, tan miserable como soy, llegue á ser el instrumento de su misericordia!

Como puedes creer, le cobré mucho afecto á la piadosa Genoveva y la lloré como si hubiese sido de mi familia, cuando, á los ocho dias, voló su bella alma al cielo. Me dieron licencia de amortajarla y de dar á su pobre madre algo de dinero para el entierro. Ella me prometió ántes de morir, que si se salvaba, como confiaba tanto, le habia de pedir á Dios para mí, la gracia de la perseverancia: yo tengo mucha esperanza de que me la alcance, y que, algun dia, la pobre Enriqueta podrá firmar: Sor Fulana, indigna hija de San Vicente de Paul.

Mientras tanto, es necesario conformarse con repetirse solo, tu amiga.

ta. Con todo, puesto que así lo dispone Dios, no me debo quejar. . . . »

Parecia que aquella buena señora iba á seguir hablando, pero fué preciso interrumpirla porque la campana llamaba al refectorio. Me despedí, prometiéndole cuidar con todo empeño á su pobrecita

#### CARTA VI.

Paris. Hospicio.  
Hija, y bendije á Dios que se habia servido de una  
Regocijate conmigo, querida Carolina: tengo mucha alegría y me cuesta trabajo persuadirme que no estoy soñando. Léete y juzga si acaso podria esperar tan pronto lo que me pasa.

Hace algunos dias que me dijo *nuestra Madre*, que estando muy satisfecha de mi conducta, me queria premiar llevándome á la Casa central, que tanto he deseado ver. No me hice nada del rogar, y nos pusimos en camino. A la media hora llegamos á la calle de *Bac*, y *nuestra Madre* me presentó á la Superiora general, á la Maestra de novicias, y, en fin, á todas las dignatarias de la casa, quienes estuvieron muy amables conmigo. Yo estaba tan conmovida, tan temblorosa, que no te puedo decir si respondí algo en regla á las preguntas que me hacian. Quizá por lástima, ó por algun otro motivo, la Maestra de novicias le encargó á una hermana jóven que me llevara á la capilla y al jardin. Nos arrodillamos ante el altar de San Vi-

cente, y le pedí con toda mi alma que dispusiera en mi favor el ánimo de la Superiora general y de su Consejo, porque no dudaba yo que estarían tratando de mi admisión al noviciado; pues aunque quiero mucho á mi madre Sor Sofia, y á la excelente Sor Luisa que, en confianza, me consiente demasado, habria yo dado todo cuanto hay por no volver al Hospicio. ¡Ay! es que se exhala un suave perfume de piedad de esta hermosa capilla, enriquecida con las reliquias de nuestro bienaventurado Padre; además, reina en toda esta casa un orden tan admirable, que penetra el alma y se trasluce en todas las personas que se encuentran.

Todavía estaba en oración, cuando entraron las novicias á la capilla, y al través de su recogimiento, pude notar en todas ellas no sé qué aire de gozo y de felicidad, que me pareció como un reflejo de la paz y de la dicha que han hallado en este santo asilo.

Antes de irnos, me llevaron de nuevo ante la Superiora general, que me dijo algunas palabras para alentarme, y que esperaba poderme contar muy pronto entre sus novicias.

Animada por la bondad con que me hablaba, le contesté algo que creo que le pareció bien, y me despidió repitiéndome: «Hasta muy pronto.» Esto

me causó una alegría que no pudo ménos que notar: se sonrió, habló después unos momentos aparte con Sor Sofia, que vi que hizo un signo afirmativo, y nós fuimos.

Después de esa visita, he procurado redoblar mi celo y exactitud, y he sido premiada sabiendo que mañana debo entrar al noviciado. ¡Al noviciado! Carolina, ¿comprendes bien mi dicha? ¿Qué he hecho para merecerla? Muy poco en realidad: las pruebas á que me han sometido, he hallado tan fáciles, que siempre esperaba tener que sufrir otras que merecieran ese nombre. ¡Oh! Carolina, si estuvieras en mi lugar, exclamarías como yo: ¡Qué bueno y misericordioso es el Señor!... No te escribiré durante todo el tiempo del noviciado porque no hay licencia para eso; además de que nos hacen trabajar y estudiar tanto, que apenas pondré unos cuantos renglones á mis padres. No lo llevarás á mal, pues muchas veces me has dicho que el deber es antes que todo. No sabrás de mí sino por mi padre que debe venir á verme en la primavera.

Adios: no te olvides delante de Dios, de quien quisiera que tú participaras de su dicha, y que siempre será tu amiga.

tra nunca olvidada Enriqueta. No pude disimular el gusto: y así, no le oculté que, si fuera posible, yo me alegraría mucho. Pues bien, me dijo, prepara tus cosas, porque he pensado que vayas con tu padre. ¡Ay, hija mia! añadió llena de lágrimas;

## CARTA VII.

ALINA PILVERT A CAROLINA DE BALTZ.

San E. . . . .

Mi padre me encarga, señorita, que le informe de nuestro viaje á Paris, y yo lo hago con tanto mayor gusto, cuanto que me asegura que vd. no se cansará de leer unos detalles que se refieren á nuestra querida Enriqueta, á quien tuve el placer de ver y de abrazar.

Mi padre, como vd. sabe, debia salir de aquí el 8 de Marzo, y aunque yo tenia muchas ganas de acompañarlo, no me atrevia á decirselo á mi madre, porque creía que era preciso quedarme aquí, por el nacimiento de la hija de Elisa, que está perfectamente: ella misma la cria, y en el bautismo le pusieron Enriqueta. No sé si mi buena madre adivinó los deseos que tenia; pues una tarde que estaba yo algo triste, me preguntó sonriéndose: si no querria ir á darle un abrazo de su parte á nues-

tra nunca olvidada Enriqueta. No pude disimular el gusto: y así, no le oculté que, si fuera posible, yo me alegraría mucho. Pues bien, me dijo, prepara tus cosas, porque he pensado que vayas con tu padre. ¡Ay, hija mia! añadió llena de lágrimas; pero no vayas á seguir el ejemplo de tu hermana. . . . No me opondria ciertamente, como no lo hice con ella, á que te entregues á Dios, si te da la vocacion; pero tú estás todavía muy jóven. . . . Además, ya ves que cada dia estoy peor de salud, y necesito que me cuides, así como á tus hermanos chicos. . . .

La interrumpí para tranquilizarla, diciéndola: que habiendo consultado muchas veces al Señor, no he sentido nunca atractivo por la vida religiosa.

Puedo equivocarme; pero me parece que la Providencia me destina para cuidar de mis padres. ¿No cree vd., como yo, señorita, que es muy justo que uno de sus seis hijos se dedique enteramente á ellos, y les corresponda en su vejez los cuidados, la solicitud y el cariño que nos han prodigado tan libremente desde que nacimos?

En una palabra: admiro mucho á Enriqueta, apruebo lo que hizo Elisa; pero no pienso imitar á ninguna de las dos.

«Dispense vd. que me haya ocupado de mí en vez del asunto que me proponía y que os debe interesar mucho más, por lo que desde luego entro en él.

«Nuestra primer salida, una vez llegadas á París, fué, como vd. supondrá, á la Casa Central de las Hermanas, donde preguntamos por Enriqueta. Despues de haberla esperado mucho tiempo, para nuestro deseo de verla, se presentó por fin. Aunque nos estaba esperando de dia en dia, fué grande su alegría al vernos, y se entregó á ella enteramente, á pesar de ir acompañada de una hermana anciana, que por discrecion se separó en cuanto supo quiénes éramos. Estuvimos como media hora con Enriqueta, que no cesaba de informarse de todas las personas que le son queridas: apenas nos dejó tiempo de preguntarle si seguía contenta en su nueva vida.

«¡Ay! nos respondió, poniendo su mano en el corazón, ¿cómo no habia de estar? ¡Si soy tan feliz! ¡Dios me colma de muchas gracias y consuelos...

«Sí, es ella muy feliz, no es posible negarlo. La serenidad de su rostro, sus palabras, todo respira en ella un perfume de paz y de felicidad; y es también una prueba irrecusable el estado de su salud, que se ha mejorado tanto, que mi padre me decia ayer: «No cabe duda, Enriqueta es una planta de»

licada que Dios ha creado solo para él, y que no puede vivir sino á la sombra de sus altares.»

«Durante quince dias, la estuvimos mirando con bastante frecuencia, y todo, en sus palabras y en sus acciones, nos probó que está contenta del partido que ha tomado. Una semana ántes del día de la Encarnacion, nos avisó que no nos podría ver en diez dias, lo que me dió mucho pesar; pero las novicias iban á entrar á ejercicios, y ella nos pedia que la encomendáramos mucho á Dios. Le pregunté por qué necesitaba tanto de nuestras oraciones, y me contestó que era porque al fin de esos ejercicios se les da el santo hábito á algunas de las novicias.

«¿Y tú esperas recibirlo? le dije. No me atrevo á esperarlo, respondió suspirando. Por lo demás, añadió con esa sonrisa tan agraciada que vd. le conoce, mis superiores saben mejor que yo lo que me conviene, y si creen prudente prolongar mi estancia aquí, no me quejaré: soy tan feliz aquí, que no podria hacerlo sin ser muy ingrata para con Dios y mis superiores.

«—¿Y cuando te vistan el traje de hermana de la Caridad volverás por nuestras cercanías?»

«—No, respondió, moviendo tristemente la cabeza; no volveré nunca á mi querido país natal. Ja»

más nos mandan adonde habita nuestra familia; según dicen, es una medida muy prudente, y yo la creo así. . . .

—¿Pues adónde irás?

—No lo sé. Pero iré siempre adonde Dios quiera que vaya, y esto me basta.

¡Qué! exclamé, si te dicen que vayas á la India. . . .?

—No dudaría ni un momento en obedecer, interrumpió con viveza.

—Qué duro ha de ser expatriarse así, dije en voz baja tristemente.

Niña, replicó abrazándome, qué de otro modo pensarías, si hubieras experimentado como yo, lo dulce y consolador que es renunciar á su propia voluntad para hacer en todo la de nuestro divino y buen Maestro. . . .!

En este momento volvió mi padre, que nos había dejado para ir á hablar con la Superiora. Su presencia puso fin á nuestra conversacion; parecia triste, preocupado, y no tardamos en separarnos de Enriqueta que se despidió hasta el 26 de Marzo.

Estuvimos con exactitud, y aun algo ántes de la hora señalada, la que nos pareció que tardaba mucho. Para entretener el tiempo, me estuve

dando de vueltas en el recibidor, mirando con detenimiento las imágenes piadosas colgadas en la pared, cuando de repente se abrió la puerta y entró una hermana de aspecto respetable, y detrás otra, enteramente eclipsada por la que iba por delante. Algo mortificada por la entrada de esa persona desconocida la saludé, é iba á seguir mirando los cuadros, cuando noté que era Enriqueta, que, habiendo dejado el traje tan feo de las novicias, llevaba el de las Hermanas de la caridad; parecia colmada de gozo, y nos lo probó con sus palabras que todas respiraban un perfume de amor y de caridad. ¡Oh! ella no siente sacrificar su juventud y su hermosura al Señor, y no cambiaría su suerte por todos los tesoros del mundo!

No se puede vd. imaginar lo bonita que se ve con su corneta blanca; se lo estaba yo diciendo así á mi madre esta mañana, y me dijo: «Tanto mejor; no podrán decir que se ha consagrado á Dios porque el mundo la desechó; pues que tiene todo lo necesario para agrandar, brillar, y hacerse amar en él.»

La hermana que la presentó, se había retirado casi inmediatamente para dejarnos con más libertad; volvió al cuarto de hora, y Enriqueta me dijo que era la maestra de novicias. «Si la trataras, agre-

gó, la habías de querer mucho, porque es la bondad misma: así, llegada la vez, me he de separar con mucho sentimiento, y estoy segura de que ella también lo ha de sentir. ¿No es verdad, nuestra madre? continuó dirigiéndole la palabra: ¿no es verdad que le ha de causar pena, el que me aparten de vuestra dirección?

A esta pregunta, la hermana, que estaba felicitando á mi padre, por la conducta ejemplar que había tenido Enriqueta durante su noviciado, se volvió hácia nosotros, y sonriendo respondió:

Esa es mucha presunción: ¿creeis que ya no puedo estar sin tí?

—Con todo, yo creo que vd. me sentirá.

—No, porque estoy segura que en cualquiera parte en que estés, trabajarás en hacer bendecir el nombre y la bondad del Señor.

Enriqueta se puso muy colorada, y la maestra de novicias continuó: Lo conseguirás, hija mía, siguiendo como hasta aquí, en ser sumisa con tus superiores, indulgente con tus compañeras, llena de celo por la gloria de Dios, y fiel á los deberes de nuestro santo estado.»

—Hermana, replicó mi padre: va vd. á hacer que se envanezca nuestra querida Enriqueta. . . . la alaba vd. demasiado. . . .

—No, no tema vd., señor, que esta mi querida hija se envanezca con mis palabras, interrumpió la Maestra de novicias, sabe ella bien que lo bueno que tenemos nos viene de la bondad del Señor; que si fiel á la gracia ha correspondido á la vocación divina que la llamaba aquí, lo debe, en parte, á la educación santa y piadosa que vd. le dió. A vd., despues de Dios, le debe el favor que ha merecido recibir ayer. Con todo, como no ignora que el camino que se abre ante ella es áspero y difícil á la naturaleza, va á pedirle que vd. la fortalezca con su bendición.»

—¡Ah! sí, padre mio, exclamó Enriqueta poniéndose de rodillas ante él, bendecidme una vez más; Dios sostiene y protege á los hijos bendecidos por sus padres.

Condescendió mi padre: en seguida hizo que se levantara, la abrazó y vi correr gruesas lágrimas de sus ojos.

—« Y tú también, amada Enriqueta, le dijo despues de un rato de silencio, ruega á Dios por mí y por todos nosotros para que, separados en esta vida por su voluntad, tengamos la dicha de vernos reunidos en la gloria, cuyo camino más seguro y más corto has tomado tú, querida hija mía. . . . »

¡Ah, señorita, qué dichosas somos, mis herma-

nas y yo, en tener unos padres tan cristianos como los que tenemos, que no pierden la ocasion de excitarnos á la virtud y al amor de Dios.

Con todo eso estábamos Enriqueta y yo tan conmovidas, que no podíamos hablar palabra: la estimable Maestra de novicias lo notó sin duda, y temiendo que mis lágrimas debilitasen el fervor de mi hermana, procuró distraernos, diciendo:

Sor Enriqueta, ¿dónde están las cosas que ha hecho vd. para enviarlas á su familia?

No la dejó casi acabar Enriqueta, sino que sacó de sus enormes bolsas una docena, por lo ménos, de curiosidades y juguetes, y poniéndolas sobre la mesa, me fué diciendo las personas á quienes queria que se entregasen.

Al llegar al objeto destinado para vd., y que le remito ahora, me dijo:

«Alina, no dejes de escribirle á Carolina y de asegurarle que la quiero más que nunca. ¡Ay! no sé cómo pueden decir que la religion deseca el corazon; sin duda que los que así hablan no tienen la dicha de conocerla: en cuanto á mí, me parece que cuanto más amo á Dios, tanto más se enciende mi afecto, y mi amistad se purifica y aumenta.»

Me hizo algunos otros encargos para mi madre,

Elisa y su marido: no olvidó á nadie; nuestra vieja nana; en fin, todos nuestros criados tuvieron un recuerdo suyo.

Y fué forzoso separarnos: como yo creía volverla á ver muy pronto, lo hice sin que me costara mucho, no presintiendo la verdad, aunque sí me pareció que mi padre estaba más triste y más conmovido que de costumbre. ¡Ay! era porque sabia que no la habíamos de volver á abrazar. La Superiora general le habia avisado que al dia siguiente salia temprano para Burdeos, que era el punto á que estaba destinada. A mí no me lo quisieron decir temiendo que nuestra despedida fuera muy dolorosa. ¡Ay! ¿qué no volveré á ver nunca á esta buena y piadosa Enriqueta?

Al concluir esta carta tan larga, permítame vd., señorita, que os asegure que me creeré muy dichosa si, como hermana de la que vd. tanto aprecia, logro yo ocupar un lugar en su estimacion. Conozco que no merezco de ningun modo ese favor, si no es que vd. crea que es algun titulo el deseo que tengo de obtenerlo: estimaré tanto más su amistad, cuanto sé todo el precio que le da nuestra querida Enriqueta: si acaso la alcanzo, será un consuelo en la pérdida de una hermana virtuosa, cuyos consejos me serian tan útiles.

No se ofenda vd., señorita, de que, mientras tanto, me permita llamarme toda suya.

ALINA PILVERT.

CARTA VIII.

Presidio de Rochefort. . . .

Sí, querida Carolina, desde este presidio es de donde te escribo: en él vivo, aunque lo sientas, hace tres días. ¿A que no creías que algún día te escribiría desde el presidio? Sin duda que no, ni yo tampoco lo pensaba: si me lo hubieran dicho con anticipación, me hubiera reído y habría tenido al que me lo hubiera dicho por un profeta falso. De aquí se debe sacar una moralidad que es necesario no juzgar mal de nadie, y que hasta en las gale-  
 ras, por más que se diga, hay personas honradas: dígalo si no tu pobre amiga Enriqueta, y otras muchas que valen mil veces más que ella.

Hablando en formalidad te diré que, gracias á Dios, no estoy aquí más que de paso; he venido con tres Hermanas que deben quedarse reempla-

zando á otras con quienes debo salir yo pasado mañana para Burdeos. Como ves, han hecho que tome el camino más largo; pero mis Superiores deben haber tenido sus razones para hacerlo, y á mí me han hecho al gusto, porque me agrada conocer nuevas tierras. Me he aprovechado bien de mi estancia aquí, pues acompañada de otra hermana, hemos visitado casi todas las iglesias y otros establecimientos de la ciudad. Esto me podría dar materia á una larga descripción, pero como no tengo tiempo, solo me limitaré á contarte algunos detalles relativos á mi permanencia en esta prisión, muy bien construida, pero en la que siempre no respiro muy libremente.

Necesito de todo mi valor para no huir á la vista de todas las figuras siniestras que encuentro; llamo sin cesar á la caridad en mi auxilio, y recuerdo que esos pobres hombres son mis hermanos, y que Dios ha muerto por ellos, para no tenerles tanto horror. Admiro á mis hermanas que los cuidan y les hablan con tanta dulzura cuando están enfermos. Yo habría querido no entrar á la enfermería, pero mi Superiora me dijo que la acompañase, y fué preciso hacerlo, aunque llena de miedo. Figúrate lo que sentiría al oír echar, detrás de mí, los cerrojos de la doble reja de fierro que cier-

ra la entrada, y dime si no tuve razon de sentir pavor al verme sola con otras dos hermanas y cuatro enfermeros en medio de cosa de treinta presidiarios, de los que la mayor parte estaba entónces mucho mejor que yo, puesto que iban y venian en todas direcciones, miéntras que yo casi no podia dar paso por el temblor de piernas que tenia. Como no me movia de un lugar, una de las hermanas se acercó á tranquilizarme en voz baja, y aun á hacerme alguna burla; pero la verdad, yo no tenia gana de reír en medio de tales gentes. Sin embargo, cobré un poco de ánimo viendo la entera tranquilidad de las hermanas, el respeto con que las recibian sus amigos los presidiarios, y la prontitud con que obedecian lo que les mandaban. Pero nada me sorprendió tanto, como cuando por el informe de uno de los enfermeros, la Superiora se puso á reprender fuertemente á dos ó tres de esos hombres, que, avergonzados como niños cogidos *infraganti*, le pidieron perdon, y prometieron conducirse mejor en lo de adelante. Hubo otros que merecieron palabras de elogio ó de consuelo, y su alegría no me llamó ménos la atencion que el pesar de los otros. Pero lo que no hubiera creído sin haberlo visto, es el ascendiente que, gracias á nuestro santo hábito, tenemos sobre esos infelices,

que no retrocederian ante un nuevo crimen, y se doblegan á la más ligera señal de la Superiora. Por lo demás, no es fácil que te imagines cuánto los quieren las hermanas, y qué esfuerzos de caridad hacen para sacar sus almas del poder de las tinieblas. Son muy poderosas las gracias en aquella situacion, puesto que las hermanas con quienes debo ir á Burdeos, se separan con mucho sentimiento de sus pobres presidiarios. Dicen que se puede hacer mucho bien entre ellos, y que han visto morir á algunos con tales muestras de arrepentimiento y de piedad, que creen tener mucho motivo para esperar que hayan hallado gracia á los ojos de Dios. Ellas son casi siempre las primeras que les hacen oír palabras de salvación; la mayor parte de esos desgraciados tienen todas las prevenciones del vicio y de la ignorancia contra la religion y sus ministros; así es necesario que nosotras les abramos el camino. Para conseguirlo, prodigamos los más esmerados cuidados á los enfermos, procuramos conquistarnos su confianza y su aprecio, procurándoles cuantos regalos permite su estado; y cuando con esos inocentes medios hemos alcanzado algun influjo sobre ellos, nos esforzamos en hacerles conocer, amar y practicar los preceptos del Evangelio. Cuando logramos decidirlos á hablar con el

capellan, damos por concluida nuestra tarea, y la suya comienza. Pero ¡ay! nuestro celo no tiene resultado sino en aquellos cuyo mal es incurable, porque los que recobran la salud, casi siempre vuelven á caer muy pronto en sus antiguas y criminales costumbres. Y casi no puede ser de otra manera, estando sin cesar en contacto unos con otros; hay una comunicacion de perversidad; se pierden mutuamente unos á otros. Seria necesario, para que se conservaran en los sentimientos de arrepentimiento que tanto trabajo les cuesta á las hermanas inspirarles, el que estuviesen divididos en varias clases, lo que dicen que no es posible.

¡Ay! qué penosas reflexiones hace nacer la vista de una prision! Es una especie de infierno en que se pierden á la vez, el honor y la tranquilidad de las familias que tienen la desgracia de tener allí á uno de sus miembros. Y los que allí expian sus crímenes, ¿á quiénes acusan de haber impreso en su frente la marca indeleble del oprobio y de la ignominia? ¿Quiénes fueron la causa primera de su caida? ¡Ay! causa horror decirlo. . . . Sus mismos padres. . . . Sí, sobre cien presidarios á quienes se pregunte, noventa y nueve responden: «Si estamos aquí, es porque nos educaron mal; nuestros padres nos enseñaron á despreciar la autori-

dad de Dios, y nosotros sacudimos la suya, violando poco después todas las leyes divinas y humanas.»

Es sin duda muy triste decirlo, pero si los presidios están llenos de gente, los padres y las madres son quienes deben dar cuenta de eso, por su culpable negligencia y descuido en la educacion religiosa de sus hijos. Si, solo la religion puede poner un freno saludable á las pasiones humanas.

Mucho me he apartado de mi visita á la enfermería; pero vuelvo á ella porque presencié una cosa que me conmovió profundamente. Distribuyendo reprensiones y elogios habia llegado la Madre superiora hasta el extremo de la sala, junto á una cama donde un hombre, jóven todavía, sufría los más agudos dolores: sin embargo, sus facciones, aunque alteradas por la enfermedad, no expresaban ni impaciencia ni desesperacion: se sonrió al verla, y con una voz apagada murmuró apenas estas palabras:

«Ay, hermanal repítame otra vez que todavía puedo esperar el perdon de la infinita bondad del Señor.»

La Superiora lo exhortó, segun deseaba, á la confianza en Dios, y mientras de que le estaba hablando, cierta sonrisa de felicidad vagaba por los

labios del pobre moribundo quien, habiéndose sacramentado el día anterior y sintiendo muy próximo su fin, nos pidió que rezáramos las oraciones de los agonizantes que acompañaba con inefables suspiros. Mientras de que las rezábamos en voz alta, un silencio solemne reinó en toda la sala, y aun la mayor parte de los presidarios vinieron á arrodillarse alrededor de nosotras, y unieron sus voces varoniles para implorar la misericordia divina en favor de aquel su antiguo compañero. La fe, pues, no está enteramente apagada en esas almas extraviadas, y la espantosa vista de la muerte despierta todavía en esos hombres algunos buenos pensamientos.

Cuando acabamos esas preces tan tiernas, que nunca puedo leer sin conmovirme, llegó el capellán del presidio que venia á dar al pobre moribundo la última absolucion: poco despues perdió el conocimiento, y apenas habiamos salido de la sala cuando espiró dulcemente en sus manos.

Por la noche, hablándoles á mis hermanas de la edificacion que me habia dado el recogimiento y devocion de los presos enfermos y la resignacion de su compañero agonizante, la Madre superiora me dijo: «Hija, con bastante frecuencia se renuevan aquí

hechos semejantes, y son ménos raros de lo que vd. crée.

«No hace todavía un mes que hemos visto morir como un santo, á un jóven de veintiocho años. Bien es verdad que el ángel que lo habia convertido fué ántes que él al cielo. . . .

«¡Pobre Sor Rosa, qué dichosa fué en que Dios la llamara para sí! ¡Habria sido muy digna de lástima si hubiera vivido más!

¿Y por qué, Madre mia? le pregunté con curiosidad.

¿Por qué? respondió suspirando: seria muy largo contárselo, y no tengo yo tiempo; pero Sor Francisca, añadió señalándome á una de sus hijas, lo hará, y espero que esa historia le interesará á vd. y le dará una nueva prueba de la misericordiosa bondad de Dios.

Nos dejó para ir á sus ocupaciones, y Sor Francisca, á mis ruegos, comenzó inmediatamente:

«Hace cosa de tres años que una novicia jóven, llamada Sor Rosa, vino aquí para reemplazar á una de nuestras compañeras que Dios habia llamado para sí. Verdadera hija de S. Vicente de Paul, Sor Rosa era el modelo de toda la comunidad. Dulce y afable con todo el mundo, hablaba poco, se sonreía raras veces y con frecuencia derramaba

abundantes lágrimas en la presencia de Dios. Preguntada por nuestra Madre sobre la causa de su dolor, le respondió: que era huérfana de padre y madre, y que, reduciéndose toda su familia á un hermano gemelo, ignoraba qué era de él, si existía y si vivía cristianamente. «¡Ay, decia, yo me consolaria si ha muerto; pero nunca de la pérdida de su alma.»

«Ay! lo que la pobre casi no se atrevia á decir, era que lloraba tambien la doble muerte de su padre, que á su última hora rehusó tenazmente los auxilios de la religion que su hija arrodillada le pedia anegada en llanto que recibiera. Más dichosa habia sido su ternura con respecto á su madre; pero todavía temblaba por las funestas consecuencias de la educacion impía que habia recibido su hermano querido.

Cuando supimos el motivo de su pesar, unimos diariamente nuestras preces á las suyas, para pedir á Dios la conversion de su hermano. A pesar de que la salud de Sor Rosa era muy delicada, y todavía estuviese en el noviciado, las superiores creyeron que tenia bastante virtud para ponerla en la enfermería de los presidiarios. No es fácil decir todo el bien que hizo allí: parecia que Dios bendecia sus palabras y obraba por su medio prodigi-

gios de gracia y de conversion; por eso la llamábamos nosotras *el Apóstol de los presos*, quienes por su parte le profesaban un respeto extraordinario. Jamás uno de ellos se atrevió á dirigir sobre ella una mirada atrevida, aunque con la débil apariencia de una niña de quince años, poseía Sor Rosa una belleza demasiada rara, que realzaba con un nuevo encanto cierto aire de melancolía, habitual en ella. Ya hacia cerca de tres años que estaba encargada con otras de mis hermanas del cuidado de la enfermería, cuando un suceso muy triste vino á privarnos de los ejemplos de tan santa y piadosa compañera.

Entre los presidiarios que su falta de salud obligaba con más frecuencia á ir á la enfermería, era un jóven de 25 á 30 años. Sus facciones eran hermosas, aunque ajadas por el rubor y la desgracia.

Culpable de una falsificacion que habia causado la ruina de un amigo suyo, habia sabido ocultar bien su verdadero nombre, y no era conocido en el presidio sino con el de Oscar. Se expresaba con gracia, tenia cultivado su talento, y todo, tanto en sus modales como en su persona, dejaba ver que era de familia distinguida. Como todos sus compañeros de infortunio, no pudo librarse del influjo de Sor Rosa, y aunque de un genio violento y ar-

rebatado, se prestaba á todo lo que exigía de él; sin quererla escuchar más que cuando trataba de hacerle oír las verdades de la religion. Su funesto endurecimiento le causaba más pena que la indiferencia de los demás, con lo que Sor Rosa tenia una compasion muy particular para con ese desgraciado jóven, á quien llamaba *mi preso*. Por otra parte se notaba que Oscar, sin pasar jamás los límites del más profundo respeto, le tenia á Sor Rosa un afecto especial. Abatido bajo la humillacion de su cruel posicion, deseaba morir, segun decia; y cada vez que entraba á la enfermería, declaraba en voz alta que no habia de hacer nada de lo que el médico ordenase: y así lo verificaba hasta que Sor Rosa le suplicaba que no lo hiciese, y entónces se prestaba con docilidad á cuanto queria. Su enfermedad, que era una afeccion de pecho, fué adelantando al grado de que hace poco meses los médicos dijeron que no tenia remedio, y debia morir muy pronto.

Es imposible describir la consternacion de Sor Rosa cuando conoció tan fatal sentencia: se desahizo en lágrimas, y recomendando á su protegido á nuestras oraciones, se dispuso por medio de una continua oracion á ir á disputarle esa alma al infierno.

Yo la acompañaba cuando abordó de nuevo con Oscar la gran cuestion de su salud eterna. Por primera vez la oyó sin interrumpirla y aun con cierta emociion, que no dejó de observar Sor Rosa; con lo que creyendo que era el momento oportuno, le dijo:

«Ay señor mio! vd. es desgraciado aquí abajo, muy desgraciado, lo considero bien; pero qué, ¿quiere vd. serlo tambien en la otra vida? ¿No tiene vd. allá alguna persona amada con quien desee reunirse en la gloria y la felicidad del cielo? . . .

Suspiró, y gruesas lágrimas rodaron por su rostro.

«¡Ay! sí, sí, dijo, tengo una hermana, un ángel, que bien quisiera ver en otra vida mejor. . . . ¡Cuántas veces al ver á vd. he creído ver á ella y escucharla, porque vd. debe tener poco más ó ménos su edad. . . . ¡Pobre niña, ojalá y que nunca sepa que su hermano terminó su existencia en un presidio! . . .

Ay! por favor, replicó ella, mirándolo con atencion; dígame vd. el nombre de su hermana y el suyo? . . .

¡Mi nombre! la interrumpió enderezándose en su cama, y con ojos encolerizados: ¿se atreve vd. á

preguntarme mi nombre, cuando he manchado y cubierto de ignominia la memoria de mi padre? Ah! si no fuera vd. la que me lo preguntara! . . . se detuvo y añadió con alguna dulzura: ¿No sabe vd. que no quiero que se me conozca aquí más que por Oscar? . . .»

«Pero en lugar de responderle, Sor Rosa, que no cesaba de considerarlo atentamente, le dijo con voz temblorosa: «Siquiera, tendréis la bondad de decirme de qué parte sois?»

—Soy de Lyon, respondió con aspereza y bajando los ojos; y mi familia, puesto que lo quiere vd. saber, era una de las principales de la ciudad; la he hundido en el dolor por los extravíos de mi juventud, y así que la arruiné, me separé de ella á los 18 años . . . No he vuelto á saber de ella, si no es que el pesar condujo al sepulcro á mis padres: ojalá que hayan ignorado que de falta en falta llegué á cometer la que me ha traído aquí! . . . Sobre todo, ojalá que mi pobre hermana no lo sepa nunca, no podría sobrevivir á la vergüenza de saber que estaba en el presidio, el que ella llamaba su *querido gemelo*. . .»

Sor Rosa estaba pálida como la muerte; echó sobre él una mirada dolorosamente expresiva, y enclavando sus manos exclamó:

«¡El es! Dios mío! Lo reconozco. . . Pablo, mi hermano! . . . y cayó sin sentido.»

En cuanto á Pablo, como abrumado bajo el peso de los sentimientos diversos que lo agitaban, permaneció algunos instantes, inmóvil y mudo; pero de repente, llorando y presa de una violenta desesperacion exclamó:

«La he matado. . . no hay duda. . . Oh! Lucía! háblame. . . abre los ojos; mírame y no maldigas á tu infeliz hermano. . . . ¡Lucía! ¡Lucía! vuelve á la vida y te prometo que me convertiré para poder acompañarte en el cielo. Sí, ¡Dios mío! haced que viva, y yo os ofrezco que le daré el consuelo de verme arrepentido y convertido. . .»

A pesar de sus ruegos, Sor Rosa fué llevada á la enfermería, y yo me quedé con él para procurar calmarlo. Lo conseguí con mucho trabajo; sobre todo me fué difícil hacerle entender que si queria volver á ver á su hermana, era preciso que no diese ni á sospechar á sus compañeros de infortunio los lazos de familia que tenia con una de nosotras. Por lástima á su situacion, no le dije que acababa de destruir, sin saberlo, las esperanzas más caras de su desgraciada hermana; porque por virtuosa que sea una novicia, una disposicion muy prudente la excluye de la comunidad cuando su

nombre está infamado, ó su familia ha sido deshonrada por uno de sus miembros. ¡Ay! Sor Rosa lo sabia bien; no creía á su hermano más que extraviado, pero al hallarlo con la librea del presidio, habia visto todo el horror de su posicion, y como todavía no habia hecho los votos, comprendió que ya jamás los podría pronunciar.

Por fortuna habia ese dia pocos enfermos en la enfermería; y por una casualidad dichosa, la cama del pobre Pablo estaba bastante separada de las de los demás, de modo que no podian oír nada de su conversacion con Lucía.

En cuanto á ésta, no intentaré describir á vd. su dolor: solo le diré que olvidándose de sí misma, para no llorar más que por su infeliz hermano, pidió permiso, aunque casi moribunda, de tener otra entrevista con él al siguiente dia. Se le concedió; y aunque yo la acompañé, me retiré un poco, para dejarla con más libertad, pero observé que varias ocasiones se puso Pablo á llorar, besando el Crucifijo de su hermana, que ella habia desprendido de su rosario para dárselo. Su conversacion duró cerca de una hora. Antes de despedirse, me llamó Lucía, y me dijo muy conmovida: ¡Ah! qué dicha la mía ya no sentiré morir, pues que mi pobre Pablo me ha prometido pensar desde hoy con

seriedad en su salvacion...! El hizo una señal de afirmacion, y dijo con un tono resuelto: —«Sí, quiero salvarme, para reunirme con ella en el cielo.»—

«¡Cuánto lo agradezco yo! y adios! querido Pablo, replicó con mucha dulzura; no olvides que nuestra buena madre nos espera en la gloria; trabajémos, pues, tú y yo, te lo suplico, en juntarnos con ella.»

El sollozaba y la habia tomado de su hábito que besaba, humedeciéndolo con sus lágrimas.

«Vamos, Pablo, valor, le dijo en voz baja; nos volverémos á ver muy pronto allá arriba, porque el arrepentimiento es una segunda inocencia.»

Despues, soltándose con suavidad como pudo, lo miró con ternura y se alejó lentamente, no sin volver la cabeza una ó dos veces hácia su hermano, que no habia de volver á ver aquí abajo. Pablo la seguia con la vista, con una expresion de silencioso dolor que me destrozó el corazon: cuando desapareció, se dejó caer en su almohada, diciendo:

Hasta dónde me han llevado mis crímenes: he encontrado á mi hermana gemela, y no puedo ¡ay! ni estrecharla entre mis brazos...!

Un cuarto de hora despues se enderezó, y lla-

mandome con voz fuerte, me dijo: «Sor Francisca, luego á vd. que me mande llamar al capellan, quiero hacerle sin tardanza la confesion de mis faltas, porque conozco que ya no hay tiempo que perder.» —Se equivocaba, porque despues de su confesion, que acompañó con las más vivas muestras de dolor, vivió lo bastante para llegar á ser un modelo de paciencia y de arrepentimiento. Víctima durante más de un mes de los sufrimientos más crueles, no cesaba de repetir:

«Ay! que no pueda yo sufrir todavía más para expiar aquí abajo mis crímenes! . . . ¡Que no haya conocido á Dios más pronto! no me encontraria aquí. . .

Perseveró en esos sentimientos hasta el fin, y su conversion fué un gran motivo de gozo para su pobre hermana, quien no sobrevivió sino algunos dias á la última entrevista de que he hablado, y en la que consiguió triunfar de todas las prevenções que tenia Pablo contra la religion. Dios le hizo un gran favor con sacarla de esta vida. ¡Cuánto hubiera sufrido si hubiera vivido más! Así, por lo ménos, murió ya con la esperanza de volver á ver á su hermano en un mundo mejor, y tuvo el gran consuelo de no tener que quitarse el santo hábito de Hermana de la Caridad.

Con todo, la lloramos mucho, y el pesár que nos causó perderla, no se suavizaba sino con el pensamiento de que estaba ya gozando de la recompensa prometida á la inocencia y á las virtudes de que nos habia dado admirables ejemplos.

Sor Rosa, al morir, recomendó á nuestra Madre á su desgraciado hermano, y ésta le prometió no abandonarlo. Llegó á ser su protegido especial, y se conquistó su confianza y afecto: ella fué la que se encargó de darle la noticia de la muerte de su hermana, la que recibió con una resignacion conmovedora. Sí, de él se pudo decir con justicia, que la gracia abundaba en donde habia sobreabundado la iniquidad. Quisiera poder contar á vd. todos los rasgos de piedad de que fuimos testigos, pero me contentaré con referirle uno solo.

Era la víspera de su muerte: acababa de administrarse, y como nuestra Madre le exhortara á la confianza en Dios, le respondió:

«Ay! cómo no he de confiar en su Majestad, despues de lo que acaba de hacer ahora conmigo! . . . Además, la que me sacó del abismo, ¿no está rogando en este mismo instante por mí? . . . Ay, Lucía! Lucía! añadió poco despues, yo fui el que causé tu desgracia! Ay! ¿te olvidaste de mi conducta en tu última hora? . . .

Hermana, repítame vd., por favor, lo que me ha dicho otras veces; que ella me perdonó, que no. . .

—Y qué! señor mio, le dijo nuestra Madre interrumpiéndole, ¿ese santo Cristo que tiene vd. sobre el pecho y que le dió ella misma en prenda de perdon, no le basta para probárselo?

—Sí, sí, respondió besándolo con amor. Sí, este legado de mi querida hermana debe reanimar mi valor, mi fe y mi confianza en la misericordia de Aquel que, aunque inocente, se entregó á la muerte para librarme del infierno. . . . No quiso que volviera yo á ver á Lucía: no permitió que ella fuese quien me cerrara los ojos. ¡Que su voluntad sea bendita!

Pasó lo demás del día en oracion, y por la tarde, sintiendo que se agotaban sus fuerzas, nos llamó con una voz apagada: Hermanas, les suplico que rogueis por mí, porque ya no tardaré mucho en presentarme ante el Supremo Juez. Ay! pedidle que tenga misericordia de un miserable pecador. . . .

Quiso seguir, pero ya no le fué posible, y entró en una dulce y apacible agonía. Al anochecer, espiró en los brazos del padre capellan, estrechando contra su corazon el Crucifijo de su hermana, con quien esperamos que irá á reunirse algun dia, si no es que ya están juntos.»

Tal fué la relacion de Sor Francisca, que se me ha grabado profundamente en mi memoria. Deseo que te interese, y en todo caso, si hallas que he abusado mucho del permiso que me has dado de escribirte largo, culpate á tí misma, pues me has repetido tanto: «Tus cartas siempre son breves.» Esta vez, por lo ménos, he querido darte gusto. Ahora, por consideracion á tu paciencia, que no quiero cansar tanto, me contento con repetirte que te quiere y siempre te querrá

TU AMIGA.

CARTA IX.

Ya por fin llegué, querida Carolina, á mi destino, y aunque muy contenta de haber terminado mi viaje, no pude ménos que sentir el tener que separarme de mis hermanas que me acompañaron hasta aquí. Unas siguieron á otro punto, otras están en el Hospicio, y tu servidora en una casa de misericordia.

Me parece que te oigo decir: ¿y qué es eso? Ten

Hermana, repítame vd., por favor, lo que me ha dicho otras veces; que ella me perdonó, que no. . .

—Y qué! señor mio, le dijo nuestra Madre interrumpiéndole, ¿ese santo Cristo que tiene vd. sobre el pecho y que le dió ella misma en prenda de perdon, no le basta para probárselo?

—Sí, sí, respondió besándolo con amor. Sí, este legado de mi querida hermana debe reanimar mi valor, mi fe y mi confianza en la misericordia de Aquel que, aunque inocente, se entregó á la muerte para librarme del infierno. . . . No quiso que volviera yo á ver á Lucía: no permitió que ella fuese quien me cerrara los ojos. ¡Que su voluntad sea bendita!

Pasó lo demás del día en oracion, y por la tarde, sintiendo que se agotaban sus fuerzas, nos llamó con una voz apagada: Hermanas, les suplico que rogueis por mí, porque ya no tardaré mucho en presentarme ante el Supremo Juez. Ay! pedidle que tenga misericordia de un miserable pecador. . . .

Quiso seguir, pero ya no le fué posible, y entró en una dulce y apacible agonía. Al anochecer, espiró en los brazos del padre capellan, estrechando contra su corazon el Crucifijo de su hermana, con quien esperamos que irá á reunirse algun dia, si no es que ya están juntos.»

Tal fué la relacion de Sor Francisca, que se me ha grabado profundamente en mi memoria. Deseo que te interese, y en todo caso, si hallas que he abusado mucho del permiso que me has dado de escribirte largo, culpate á tí misma, pues me has repetido tanto: «Tus cartas siempre son breves.» Esta vez, por lo ménos, he querido darte gusto. Ahora, por consideracion á tu paciencia, que no quiero cansar tanto, me contento con repetirte que te quiere y siempre te querrá

TU AMIGA.

CARTA IX.

Ya por fin llegué, querida Carolina, á mi destino, y aunque muy contenta de haber terminado mi viaje, no pude ménos que sentir el tener que separarme de mis hermanas que me acompañaron hasta aquí. Unas siguieron á otro punto, otras están en el Hospicio, y tu servidora en una casa de misericordia.

Me parece que te oigo decir: ¿y qué es eso? Ten

un poco de paciencia y te lo explicaré; pero ántes tengo que pedirte que desde hoy, todo el tiempo que esté aquí, no me llames ya Enriqueta, sino Sor Teresa. Porque se acostumbra entre nosotras que cuando llegamos á una casa, la Superiora nos impone el nombre que le parece, como á mí al presente, el que conservamos miétras permanecemos allí, cambiándolo generalmente al variar de domicilio. Ya que quedas entendida de esto, paso á satisfacer tu curiosidad sobre lo que es una casa de misericordia. Así sellaman todas aquellas de nuestras casas que no dependen de un hospital. Nuestros quehaceres consisten entónces en tener escuelas gratuitas, educar huérfanas, cuidar, sangrar, vendar, etc., tanto en casa como en la de los pobres, á los enfermos de la parroquia; en fin, en distribuir á los necesitados consejos, consuelos, y socorros en dinero ó especie: como víveres, leña, ropa y medicinas. Tenemos, por supuesto, ropas y boticas bien surtidas.

Me encuentro muy dichosa: mi Superiora me consiente bastante, y mis compañeras me hacen la vida tan dulce, que hay ratos en que me da temor pensando si será posible que el camino del cielo sea tan fácil.

Somos siete; y como deseo que conozcas y quie-

ras á todas mis hermanas, voy á nombrártelas por órden de ancianidad, expresando sus diversos empleos. En primer línea, por de contado, está la Superiora, Sor Catarina, de edad de cincuenta años; todas la llamamos nuestra madre. A ella le tocan los más penosos cargos; es á la vez, intendenta, tesorera, ecónoma, etc.; pero los cuidados materiales que le son impuestos, son nada en comparacion de la responsabilidad moral que pesa sobre ella; porque necesita velar sobre todas nuestras acciones, y formarnos con prudencia y destreza á la vida de comunidad, donde algunas como yo, pobres novicias, no hemos dado sino unos cuantos pasos. Es una tarea penosa y difícil. No hay aquí más que cuatro hermanas que hayan hecho los sagrados votos; tiene, pues, tres novicias, de que debe hacer unas santas y dignas hijas de San Vicente de Paul. Espero que Dios se dignará venir en auxilio de nuestra madre.

Despues sigue Sor Victoria, encargada de visitar los enfermos. Aun no cumple cuarenta años, y los médicos de la ciudad la tienen por muy hábil. Ensayaré hacerte su retrato, aunque temo que quede muy abajo de la realidad.

Amada y respetada de cuantos tienen la dicha de conocerla, es un modelo de todas las virtudes,

entre las cuales brillan un celo prudente é ilustrado, una tierna caridad, una humildad profunda y una igualdad de humor que la hace la más amable, así como la más querida de todas nuestras hermanas.

Creerás tú, querida Carolina, que me ha venido el ambicioso pensamiento de esforzarme en imitarla? Ya se lo he dicho á nuestra madre, quien se sonrió al oír mi propósito, y me dijo que bien podia perseverar en él, sin orgullo por esa resolución; porque estamos obligadas siempre á aspirar á la perfeccion. Sin duda para hacerme más fácil el conseguirlo, nuestra madre me ha nombrado su acólito, con lo que acompaño á Sor Victoria en sus visitas á nuestros pobres enfermos.

La tercera hermana, Sor Margarita, está á la cabeza de cosa de veinte niñas huérfanas, que son alojadas, alimentadas y educadas en la casa; no la conozco todavía lo bastante para poder hablarte más largo; con todo, lo que he observado en sus niñas, me hace creer que tiene todas las cualidades necesarias al delicado empleo que tiene á su cargo. Sor Magdalena, ya profesa y Sor Juana, novicia, dirigen la escuela gratuita; y Sor Marta, muy amable, y siempre contenta, está en la cocina.

Ahora que conoces los miembros de mi nueva familia, de que te tendré que hablar otras veces, voy á

ponerte al tanto de mis hechos y acontecimientos desde que estoy aquí.

Al dia siguiente de mi llegada, quiso nuestra madre presentarme al señor cura, y en consecuencia me llevó á visitarlo. Es un anciano de cabellos blancos, que me recibió con una bondad enteramente paternal, y despues de las frases acostumbradas de cortesía, me preguntó de qué provincia era. Habiéndole dicho de cual, dijo que se alegraba de saberlo, porque así debia yo conocer el pueblo de S. B\*\*\*

Mi familia allí vive, le respondí con modestia, y yo nací en él.

Vaya! interrumpió con alegría; vd. debe saber de uno de mis compañeros de colegio, un hombre muy bueno y muy honrado, el Sr. Pilvert.....

Ese elogio de mi padre, salido de unos labios tan respetables, me causó gran gusto; pero como nos está prohibido el decir sin necesidad nuestros nombres de familia, no me atreví á responder nada; y no sabiendo cómo salir del paso, no hacia yo más que ver á nuestra madre, quien se apresuró á decir sonriendo:

Hija, puede vd. hablar sin reserva con el señor cura: esté vd. segura de que no abusará de su confianza.

Ya entiendo, replicó con viveza éste: vd. tiene la dicha de ser su hija.

Le hice un signo de afirmacion y de agradecimiento, y añadió con cierto aire de sinceridad:

Pues bien, yo la felicito; los hijos deben gloriarse de tener padres tan virtuosos como los de vd.»

Ay Carolina! de veras me sentí entonces enorgullecida, por haber tenido un padre tan bueno, y mi corazon saltaba de alegría. Omito todas las preguntas que me hizo despues el señor cura, y las que yo le dirigí: estábamos en un terreno tan fértil, que no nos cansábamos de recorrerlo: nuestra conversacion era animada, y no pensábamos cortarla. Si no fuera por nuestra madre que le puso término, nosotros la habríamos prolongado mucho más.

Al separarnos me dijo tales cosas de aprecio, que nuestra madre exclamó:

Ay señor cura! no se la volveré á traer, porque me la echa vd. á perder!

Vamos, replicó malignamente: pienso que vd. lo ha comenzado á hacer ántes que yo.

Nuestra madre se despidió y salimos.

Tiene razon el señor cura; no temo de mi Superiora más que su mucha indulgencia, que creo trata de proporcionar á mi flaqueza.

Admira conmigo, querida Carolina, este nuevo rasgo de la bondad divina que me hace hallar á ciento y cincuenta leguas á un amigo de mi padre, con quien pueda yo hablar de las personas que amo tanto.

Al salir de casa del señor cura, nuestra madre, que tenia que hacer otras visitas, me llevó consigo, lo que te confieso, que no me fué nada agradable; pero en fin, era preciso que me resignase, y la acompañase á casa de varias grandes señoras, donde fuimos recibidas con mucha frialdad; tambien es que nuestras visitas no eran de pura cortesía, eran un sí es no es interesadas: el invierno ha sido largo y cruel, y los recursos de nuestra madre, estando casi agotados, quiso llamar de nuevo á la caridad de los ricos en favor de los pobres. Como habla muy bien, y tiene tan buen trato, no se le pudieron rehusar absolutamente, al defender la causa de la desgracia; pero las limosnas eran tan cortas, que iba bastante triste, y me dijo suspirando: «Si tuviera valor, iria á implorar de nuevo la generosidad de la Sra. Leuplan (es la esposa de un alto funcionario público); porque mi bolsa está casi vacía..... pero temo que sea una indiscrecion; la he molestado tantas veces durante este invierno!.... Ay! pero tambien, añadió despues de

un momento de vacilacion, si no le pido yo, ¿qué sucederá con mis pobres?... Vamos, sacrifiquemos á Dios esa falsa vergüenza, y pidámosle que la disponga en nuestro favor.»

Diciendo esto, volvió camino, y cinco minutos despues, estábamos á la puerta de una hermosa casa. Subimos una magnífica escalera, y entramos á una antesala donde nos recibieron dos lacayos de lujosa librea. Uno de ellos nos introdujo por órden de la señora de la casa, á un elegante gabinete. No has visto tú nunca persona más agradecida. Se levantó inmediatamente para venirnos á encontrar, y, ántes aún, de que nuestra madre hubiera tenido tiempo de exponerle el motivo de su visita, le dijo del modo más amable:

— Qué bueno, madre, que haya venido vd. hoy á verme; lo hace tan pocas veces, que ya me estaba enojando con vd. Hace lo ménos un mes que no la veo, y vd. es responsable de que haya hecho algunos gastos inútiles, que habria sido mejor no hacerlos. Para no volver á caer en la misma falta, me puse esta mañana á separar la parte de sus pobres, y pensaba llevársela yo misma mañana; pero, añadió riendo, y entregando á nuestra madre unos rollos de dinero, ha hecho vd. muy bien

en anticiparse, porque si hubiera yo llegado á ir á su casa, la habria regañado.

— ¿Y por qué me habia vd. de regañar, señora? ¿por qué lo habia yo merecido? respondió nuestra madre encendido el rostro de alegría.

— Ya se lo he dicho, porque viene vd. muy pocas veces, porque no cuenta vd. con mi bolsa. Cuando uno es jóven, vd. lo sabe bien, siempre se inclina á cumplir sus antojos, y á veces á expensas de los pobres. Muchas veces nos olvidamos tan fácilmente de las miserias que no vemos! No nos acordamos de que somos los depositarios de los bienes que Dios nos concede. Ay! la mejor parte debia de ser para los pobres, de quienes sois vdes. las hermanas, las abogadas y ángeles tutelares.»

Te refiero sus mismas palabras, porque convendrás conmigo en que son muy bellas y conmovedoras, sobre todo en los labios de una señora jóven y bonita, rodeada de homenajes y de seducciones que echan á perder tantas veces el mejor carácter, y endurecen comunmente el corazon. Dios, como ves, sabe elegir sus escogidos en todas las clases y en todas las condiciones de la sociedad.

Nos estuvo deteniendo bastante tiempo, y no nos dejó ir hasta que le avisaron que la buscaba la vizcondesa de..... No entendí el nombre de la

recién llegada, y no lo sentí mucho, porque desde que la vi tuvo el tino de desagradarme profundamente: su porte algo descompuesto, su aire distraído, su tono altivo, libre y desdeñoso, son cosas, en efecto, suficientes para no prevenir en su favor; jóven también, y lucida más bien que bonita, deja traslucir mucho que lo que quiere es complacer y dominar. Después de los primeros cumplimientos de costumbre á la señora de casa, nos vió de piés á cabeza con cierta sonrisa irónica, y volviéndonos la espalda, sin contestar á nuestro saludo, se dejó caer negligentemente en un sillón, miéntras que la amable Sra. Leuplan nos acompañaba hasta la puerta de la sala.

¡Ay! madre mia, exclamé cuando íbamos por la calle: qué diferencia entre esas dos señoras! Cuánto debe sufrir la Sra. Leuplan, con semejante sociedad! Yo no tendria tanta paciencia como ella, y no permitiria que me visitara cualquier persona.

No haria vd. nada, hija, me respondió, porque si era vd. prudente y entendida, imitaria á la Sra. Leuplan que más bien por caridad que por deber de posicion, recibe con igual afabilidad á cuantos se presentan en su casa. Severa consigo misma, é indulgente con los demás, se ha trazado una regla

de conducta que le hace tanto honor á su talento como á su piedad: quiere, ante todo, hacer la religion muy amable, porque es el mejor medio de hacerla practicar, y sigue el precepto de San Pablo: «Hacerse todo á todos para ganarlos á todos para Jesucristo.»

Sin aparentarlo, nuestra Madre acababa de darme una leccion indirecta de caridad; procuré aprovecharme de ella, y tomé la resolucion de sufrir en adelante todos los caprichos de mis prójimos, y para lograrlo, recordé con frecuencia que una señora del gran mundo es la que me ha dado el ejemplo.

Me llaman; Sor Victoria me está esperando: voy bajo su direccion á continuar mis estudios para el grado de doctor; pero ay! todavía soy muy débil é ignorante; tiemblo cuando se trata de hacer alguna curacion. Adios, querida amiga, me llaman; va adonde Dios quiere

SOR TERESA.

## CARTA X.

Burdeos.

Querida Carolina, tu corazón se haría pedazos si te fuera preciso como á mí presenciar todos los días tantas miserias y sufrimientos como afligen á la pobre humanidad. Desde que hago la visita de los enfermos he visto á la pobreza bajo todos sus aspectos; unas veces repugnante, horrible é impia; otras resignada, adornada de todas las virtudes cristianas, y digna de ser ofrecida como modelo á los ricos que se quejan y se atreven á murmurar de la Providencia, cuando los priva de un superfluo que tantas veces emplean muy mal.

Oigo tantas quejas, veo correr tantas lágrimas, que ya no puedo pensar en otra cosa; y yo, que nunca habia deseado los dones que Dios me ha rehusado, me sorprende á cada instante ver el pesar que siento por no ser rica ni elocuente: sí, elocuente, Carolina, porque hay aquí abajo más miserias

morales que males físicos. Si no, juzga tú misma por la relación de una de nuestras salidas á casa de los enfermos; acompáñanos, pues, á Sor Victoria y á mí, y siguenos paso á paso.

Llueve á torrentes; así, no tememos que la gente nos estorbe; esta es una ventaja que sabemos apreciar, porque nos permitirá emplear menor tiempo. Andamos largo rato y llegamos por fin al barrio más sucio, más pobre y más poblado de esta gran ciudad que se llama Burdeos. Entramos en un callejón tan estrecho que no puede pasar coche por él; y enlodadas y empapadas entramos á una casa tan negra como vieja; tomamos algún aliento ántes de subir lo que llaman escalera, que nos es preciso pasar casi á tientas por su mucha oscuridad para llegar hasta el sexto piso, un poco cansadas. Como habrás ya adivinado, estamos en el cuarto que sirve de granero, y si no lo hubiera visto yo misma, jamás habria creído que pudiera allí vivir algún ser humano; no pude ménos que llorar cuando lo descubrí en un rincón de aquella covacha; era una pobre anciana acostada en una poca de paja, en donde la infeliz temblaba de frío por no tener con que cubrirse. Nos enterneció mucho su situación, la compadecimos, y supimos de su boca que sus hijos la habian abandonado;

¡qué ingratitude! porque decían que era muy impertinente, y que apenas podían ganar el sustento de su propia familia. La desgraciada anciana acompañaba tan tristes informes con mil maldiciones contra los que le debían la vida; su hijo se apellida Bastier, vive en la misma calle, y es cargador de la aduana. La consolamos lo mejor que pudimos, le dimos algunos socorros, y le ofrecimos arreglar su entrada al hospicio, proponiéndonos, además, ver ántes á su hijo, á quien procuraremos traer á mejores sentimientos para con su madre, quien desgraciadamente tiene muy poca fe y no teme blasfemar de la Providencia.

Durante dos horas, estuvimos recorriendo casi todo el barrio, vimos muchos infortunios. En una casa, una jóven, único apoyo de su madre enferma, que se muere de tisis. Piadosa y resignada, no siente dejar la vida más que por su amada madre que queda abandonada; nos la recomienda, y habiéndole ofrecido que nosotros cuidaremos de ella, exclama: «Entónces, sí, ya puedo morir en paz.» En otra parte al contrario; es una madre, que va á dejar huérfanos á sus hijos, y que nos suplica con lágrimas que nosotras seamos sus madres adoptivas.

Más léjos, un anciano rodeado de su familia des-

hecha en llanto, va á terminar una larga y honrosa carrera, irreprochable segun el mundo; afecta una gran tranquilidad de alma que impone respeto á cuantos lo rodean; así, aunque hace treinta años que se ha alejado de los sacramentos, nadie se atreve á hablarle de reconciliarse con Dios. Al vernos, se turba, porque sabe que venimos á recordarle que tiene que presentarse muy pronto ante un Juez, cuyas leyes divinas ha traspasado y visto con el mayor desprecio. Comienza por rechazar con cólera los consejos de Sor Victoria, que le insta á que ponga orden en los negocios de su conciencia; pero poco á poco se calma, la escucha con interés y acaba por pedirle que le envíe un sacerdote, quien no se hace esperar mucho, sino que llega muy á tiempo para oír la confesion de ese pecador arrepentido, convertido milagrosamente en su última hora; lo absuelve, y pocos minutos despues de salido el sacerdote, exclama lleno de alegría ese buen anciano: «Hijos míos, bendecid conmigo al Señor, que á pesar de ser tan gran pecador se ha dignado en su bondad, hacerme misericordia! Oh! servidle desde ahora, amadlo con todo vuestro corazon, es el último favor que os pido.» Y espira repitiendo: ¡Señor! Señor! ten piedad de mí!

30 Nunca acabaría, querida Carolina, si quisiera contarte todo el bien que Dios hace, por medio de Sor Victoria, humilde y pobre hija de la caridad, que el mundo tal vez desprecia, pero que los ángeles deben envidiar su bienhechora y admirable misión.

31 No teniendo ya tiempo de que disponer no pudimos ir hoy mismo como nos habíamos propuesto, á visitar al hijo de la anciana Bastien, y nos conformamos con enviarle á la pobre, un colchón y una frazada. Mañana será lo primero que hagamos, y si él rehusa como creo recoger á su anciana madre, nosotras haremos llevar á la infeliz al hospital donde estará mucho mejor.

32 Adios, la campana me llama á distribución, pero mañana continuaré, y no concluiré esta carta hasta que se acabe el papel.

El hombre propone y Dios dispone, querida Carolina, por eso se me han pasado cuatro largos días sin que me haya sido posible disponer de un ratito para platicarte; sin embargo, consuélate porque esta segunda parte de mi carta será en compensación mucho más larga que la primera.

33 No habrás olvidado que teníamos pendiente ir

á buscar al hijo de la anciana Bastien; lo hicimos en efecto yendo á la habitacion que nos habia dicho su madre. Estuvimos tocando una puerta más de cinco minutos, sin que nadie nos contestara, y sin oír dentro el más ligero ruido, hasta que una vecina nos oyó y fué á decirnos:

— Hermanas, creo que se han equivocado, porque no vive nadie en ese cuarto.

— ¿Cómo nadie? dijo Sor Victoria, aquí vive una familia que se apellida Bastien.

— Si, hermana, ha vivido; pero desde que se fué la vieja, á quien echaron con indignidad, eran tan mal vistos por toda la vecindad, que una noche tuvieron á bien largarse á la francesa sin decir ni adónde. Es verdad que no hay que extrañarlos de esas gentes que dejan morir de hambre á su madre: que tambien era la dicha vieja muy impertinente, y fastidiosa, no lo niego: con todo eso, no era razon, ¿no es verdad, hermana? para ponerla en medio de la calle. Si siquiera les ocurriera hacer eso conmigo á mis hijos, no me habia yo de quedar tan pareja; para eso son los tribunales y la justicia, para hacer valer los derechos de los padres abandonados, y

Todavía estaria hablando ahora aquella mujer, si no la hubiéramos interrumpido, para pregun-

tarle cómo podríamos saber del paradero del hijo de la Bastien.

«Nosotras no lo sabemos, ni nos hemos tomado el trabajo de indagarlo. Nos hemos creído muy dichosas con vernos libres de esas gentes sin Dios ni ley. Eran unos pésimos vecinos. Además, sus muchachos son muy malcriados. Chillaban todo el día, y si así siguen, que tenga buen cuidado Bastien, porque tal vez le harán á él lo que él ha hecho con su madre.»

No pudiendo aclarar nada respecto de Bastien, nos fuimos algo molestadas, y despues de otras indagaciones infructuosas en las casas cercanas, nos fué preciso renunciar á hallar su nueva habitación. Dimos, en consecuencia, los pasos necesarios para hacer entrar á la madre al hospital.

Allí se encuentra desde hace dos días, la hemos recomendado mucho á las hermanas; pero, ay! la pobre no quiere que le hablen de Dios; y siempre que intentan hacerlo, recordándole sus deberes de cristiana, les responde que nada de eso les toca á ellas, que se ocupen de curarla y de atenderla, y en todo lo demás la dejen en paz. Es tal la ignorancia de esa infeliz mujer en punto á religion, que cree que las hermanas se burlan de ella cuando le dicen que hay una alma, que es necesario

salvar si no quiere uno ser desgraciado eternamente. «Vaya con esas cosas, le dijo esta mañana delante de mí á una hermana que la exhortaba, cuénteselo vd. á otros; lo que es á mí, no me ha de hacer creer que los que se mueren vengan á decir cómo les ha ido por allá. . . .»

No es, pues, de admirar que su hijo, educado en esa escuela, la haya echado de su casa. No; es muy justo que recoja lo que sembró. ¡Ay Carolina! ¿conoces tú cosa más triste que el repugnante espectáculo de la más profunda miseria, unida con la más descarada impiedad? Sufrir aquí abajo y no esperar nada más allá del sepulcro, no es el colmo de la desgracia? ¿No es un infierno anticipado?

Saliamos del hospital Sor Victoria y yo, llorando juntas el endurecimiento de la pobre Bastien, cuando nos alcanzó su antigua vecina, y sin poderlo evitar, nos tuvimos que resignar á oír un diluvio de palabras inútiles, de entre las que sacamos que por fin habia descubierto ella el lugar en que vivía Bastien; nos dió las señas, le hicimos presente nuestro agradecimiento, y nos separamos lo más pronto posible, dejándola todavía con la palabra en la boca, pues sabes que es sumamente habladora. ¡Dios te libre, Carolina, de semejantes gentes!

○ Más dichosas esta vez que la primera, no tarda-

mos en encontrar la casa del hijo de Bastien. El mismo fué el que salió á abrirnos: sin duda comprendió el objeto de nuestra visita, porque frunció las cejas y nos preguntó de un modo áspero lo que queríamos.

«Darle á vd. una noticia que le interesa y le dará mucho placer,» respondió Sor Victoria.

El dicho hombre no contestó nada, sino que se hizo á un lado para dejarnos pasar, y entramos á aquel nido de aviones. En verdad que no puedo darle otro nombre á aquella buhardilla, tan sucia y tan revuelta, imágen completa del caos; pues animales, gentes, muebles, utensilios de diversas cosas, vestidos, etc., estaban mezclados de tal suerte, que costaba trabajo distinguirlos. Sin embargo, gracias al mucho cuidado que pusimos, llegamos, sin romper nada, á la segunda pieza, en cuyo fondo vimos por fin á la reina y señora de aquella morada, á la esposa de Bastien y nuera, por consiguiente, de la infeliz anciana. Todavía más grosera que su marido, se quedó sentada, postura cómoda que no nos fué posible tomar á nosotras por no haber por allí sillas desocupadas; pero Sor Victoria, sin hacer caso de eso, se apresuró á tomar la palabra, y agotó su elocuencia para llegar á decirles que su madre había entrado al hospital.

«Tanto mejor,» le fué respondido secamente. Esa respuesta era, ciertamente, poco á propósito; pero mi compañera, que quería llegar á su objeto, la echó á buena parte y trató de persuadirles que era bueno que la fueran á ver, que ella tendría mucho gusto en eso; y por fin les declaró que era su deber, ya que no querían recogerla, pedirle por lo ménos dispensa por lo que había pasado. Se iba encendiendo su celo, cuando fué bruscamente interrumpida por la mujer, quien exclamó: «¡Qué! ¿Que nos vengan á regañar aquí? ¡Vaya una ocurrencia! La vieja nos fastidiaba bien; tomó el partido de irse, y ahora habíamos de ir á pedirle *perdon!*»

Como vió que Sor Victoria iba á contestar, lo impidió agregando: «Vd. dice que está ella en el hospital, ¿no es esto? Pues bien, que allí se esté y nos deje en paz: no queremos ya oír hablar ni una palabra acerca de ella.»

No intento yo, replicó con dulzura mi compañera, que vdes. la recojan á fuerza; solamente quería indicarles que á mi parecer era bueno calmar, con un paso tan fácil, el ánimo resentido de aquella señora. Además, sería esto un buen ejemplo que darian vdes. á sus hijos, quienes Dios no permita que los traten como vdes. han hecho con su madre. . . .

«Cortándole la palabra dijo Bastiën, abriëndonös la puerta: «Basta ya de sermones: hermanas, ocúpense vdes. en sus cosas y no les den cuidado las nuestras. . . .»

«Bien dicho,» dijo la mujer saliendo á la otra pieza por los gritos de los muchachos, que se estaban peleando; «que se vayan y no vuelvan á cansarnos.»

Nos miramos una á otra, y sin decir palabra nos disponiamos á salir, cuando en la anterior pieza nos esperaba una escena digna de todo lo que acabábamos de ver y oír. El hijo mayor, de cosa de ocho ó diez años, habia echado á la calle á sus hermanos, y se empeñaba en no dejarlos entrar, deteniendo la puerta con la espalda, miéntras que con puñetes y puntapiés, trataba de rechazar á su madre que queria quitarlo á tirones. El muchacho era robusto y no se dejaba, prodigando á su madre los más repugnantes epítetos, que me es imposible trascribir. ¡Bonito niño! promete, como ves, seguir las huellas de sus padres. Salimos por fin, como pudimos, y nos alejamos, como puedes figurarte, con más lástima que disgusto, al ver que en esa desgraciada familia se perpetúan, de raza en raza, los frutos de la mala educacion.

Quando estuvimos ya á alguna distancia, Sor

Victoria me dijo: «Voy, en compensacion, á llevar á vd. á casa de unas buenas gentes á quienes creo que tendrá vd. mucho gusto en conocer: el interior de esa familia le presentará un cuadro que la consolará de lo que acaba de ver. Todo respira allí orden y limpieza; ese lujo del pobre: la paz, la armonía, el cariño reinan allí, alimentados por una piedad sencilla é ilustrada.»

Tenia mucha razon: apénas entramos se me presentó á la vista un espectáculo muy distinto.

Cerca de la ventana estaba sentada una anciana, cuyo rostro, aunque surcado de arrugas, estaba animado de alegría y contento. Arrullaba en sus brazos á un hermoso niño de cinco ó seis meses, y para dormirlo cantaba, con una voz vacilante, una antigua letrilla. A su lado una muchachita, de ocho ó nueve años, tejia para su padre unas medias casi tan grandes como ella. Más léjos, dos chicos, rubios y colorados, estudiaban una leccion del catecismo: tenian las narices sobre el libro, pero espiaban continuamente un apetitoso guisado de ternera y coles que su hermana mayor estaba preparando para ponerlo en la mesa á la hora de la comida de la familia.

Esa jovencita reía á escondidas, de la actitud de sus dos hermanos, y decia á su abuelita: ¿No es

verdad, mamá grande, que los niños flojos no comen en la mesa?... Iba á contestar la anciana en el sentido deseado, cuando nos vió y nos saludó con una exclamacion de gozo.

Brígida, que era la mayor, Luisa su hermana menor, y aun los dos pobres muchachos acusados, rodearon á Sor Victoria con mil demostraciones de afecto, nos acercaron á cual más pronto sillas cerca de su abuela que repetía: «Dispénsenme vdes. si no me pongo en pié; no es culpa mía esa falta de urbanidad, sino de mis piernas que ya se rehusan al servicio. Tambien hace tanto tiempo que las pobres me sirven, que al fin se cansan; pero gracias á Dios, que mis brazos son algo más complacientes, con lo que todavía les puedo ser útil á mis hijos en alguna cosa; pues mientras que mi hija y su marido se van á su trabajo, para traernos de comer á todos nosotros, yo cuido de estos traviesos.

¿Y qué tal se conducen todos estos niños? le preguntó mi compañera.

Esta, respondió la anciana poniendo la mano sobre la cabeza de la que tejía, que tenia un aire muy vivo, es tan buena, que ya le hemos prometido hacer por que entre en la escuela el próximo invierno; y es menester que se siga portando bien,

si quiere hacer su primera comunión de aquí á dos años; pues toda preparacion es poca, para una accion tan grande. En cuanto á mi Brígida, añadió mirando á la jóven que preparaba la comida, debo hacerle justicia, es tan juiciosa como una mujer hecha y derecha. Sí, aunque todavía no cumple quince años, reemplaza ya muy bien á su madre en todos los cuidados de la casa; cuida de todo, atiende á todo; en suma, es una buena niña que espero que Dios ha de bendecir. Ay, hermana! todo lo debe ella á las lecciones de vd.; ántes de ir á la escuela con vdes. era un demonio; ¿ya vd. se acuerda, no hermana?

Ay, mamacita! replicó Brígida, no es bueno recordar pecados viejos, olvidados y perdonados; ¿no le parece á vd., hermana?

Sí, sí, dijo Sor Victoria, abrazándola, y en prueba de eso, mira, querida Brígida, este librito que te traigo; esta estampa es para Luisa; Juan y Pablo se quedarán sin los dulces que tengo en la bolsa, porque no son para los niños que no quieren hacer nada.

Los sollozos y lágrimas que estallaron á tan cruel amenaza, nos probó que había sido muy oportuna, y para colmo de desgracia, la abuelita exclamó:

«Muy bien hecho, muy bien hecho; hace una hora que les estoy diciendo que Dios los ha de castigar por su pereza, y no querian creermie; espero que así otra vez se acordarán de que Dios oye las amenazas de los padres, y que se encarga de castigar á los niños malmandados y flojos. ¿No es una vergüenza ver á esos dos muchachos, ya de cinco y seis años, que quieren pasar todo su tiempo en jugar, y no aprenden el catecismo? Será necesario darles de comer sin que hagan nada hasta los 20 años.....»

Perdónenos vd., mamá grande, perdónenos vd., exclamaron á un tiempo los dos culpables; ya no lo volveremos á hacer; vamos..... á estudiar..... sino que está muy difícil nuestra leccion!....

Como vdes. quieran, les dijo con un tono severo la anciana; pero les ofrezco, que si ántes de comer no saben bien su leccion, no les daré de comer más que pan á secas; si quieren que los perdone, reparen su falta.

No aguardaron á que se los dijeran dos veces; encarnados de vergüenza se retiraron á un rincón, y á poco rato, como 10 minutos, fueron á ver á su hermana mayor para que se las tomara. Usó de alguna indulgencia con ellos, y dijo que ya se la sabian, con lo que se acercaron muy alegres á

su abuela, quien les dió un beso en la frente en señal de perdon, pero no consintió de ningun modo en que Sar Victoria les diese sus pastillas.

Al pararnos para salir, entró Ricardo el yerno de aquella respetable mujer, y todos sus hijos fueron á abrazarlo y á hacerle mil carinos, que no cesaron sino para hacerlas á su madre que seguia de cerca á su marido. ¡Oh! ese cuadro era digno del pincel de Greuzel! Esa familia es dichosa, porque cada uno de sus miembros es útil para los demás; por otra parte, el amor de Dios es el móvil de todas sus acciones. Aunque Ricardo y su mujer son pobres, están contentos con su suerte, no ambicionan más de lo necesario; la ternura de sus hijos y la de su anciana madre, que rodean de cuidados y respeto, bastan para satisfacer todos sus deseos.

Hé aquí una nueva prueba de que la felicidad no consiste en las riquezas, sino en el cumplimiento de nuestros deberes para con Dios, nuestra familia, y la sociedad.

Adios: esta carta ha salido tan larga, que temo la califiques mal; por esto es menester terminarla pronto, repitiéndome como siempre tu mejor amiga.

SOR TERESA.

P. D.

Acabo de recibir tu carta en que me pides que entregue yo misma á tu prima la Sra. Marval, la esuela que me incluyes: si nuestra madre me da licencia, tendré mucho gusto en hacerlo. La dificultad no está en descubrir su habitación, porque la esposa de un oficial superior, debe ser una persona importante aún en Burdeos, sino en que generalmente las grandes señoras se guardan de nosotros, porque siempre nos suponen intenciones hostiles á sus bolsos: con todo, creo poder llegar hasta tu prima; tu esuela me sirve de pasaporte. Pero no te disimularé que encuentro muchas dificultades para lo que deseas. Ante todo, me ha de ser muy difícil á mí, pobre novicia, que nunca puede salir sola á ninguna parte, el ver á tu parienta con bastante frecuencia y franqueza para conquistar su afecto y su confianza. Despues, ¿cómo te figuras que tengo yo tal ascendiente sobre el ánimo de esa jóven mundana, para hacerla renunciar á un género de vida que tanto ama, y al

que es arrastrada por la posición misma de su marido? Sin embargo, puedes estar segura de que haré cuanto pueda para inclinarla á practicar sus deberes religiosos, que dices ha descuidado desde que se casó: quiera Dios allanar los obstáculos de esta empresa difícil; supliquémosle mucho á su Majestad, querida Carolina, que no nos niegue su divino auxilio.

## CARTA XI.

Burdeos.

Me presenté por fin en casa de tu prima, querida Carolina, y..... ¿pero qué iba yo á hacer? A contarte imprudente el desenlace de mi aventura, ántes de que supieras el principio; á satisfacer tu curiosidad ántes de haberla excitado al grado conveniente; y en fin, destruir todo el efecto de mi historia por mi deseo de hablar.

Recógete pues, y escucha:

Hasta antier fué cuando mi buena madre me

P. D.

Acabo de recibir tu carta en que me pides que entregue yo misma á tu prima la Sra. Marval, la esuela que me incluyes: si nuestra madre me da licencia, tendré mucho gusto en hacerlo. La dificultad no está en descubrir su habitación, porque la esposa de un oficial superior, debe ser una persona importante aún en Burdeos, sino en que generalmente las grandes señoras se guardan de nosotras, porque siempre nos suponen intenciones hostiles á sus bolsos: con todo, creo poder llegar hasta tu prima; tu esuela me sirve de pasaporte. Pero no te disimularé que encuentro muchas dificultades para lo que deseas. Ante todo, me ha de ser muy difícil á mí, pobre novicia, que nunca puede salir sola á ninguna parte, el ver á tu parienta con bastante frecuencia y franqueza para conquistar su afecto y su confianza. Despues, ¿cómo te figuras que tengo yo tal ascendiente sobre el ánimo de esa jóven mundana, para hacerla renunciar á un género de vida que tanto ama, y al

que es arrastrada por la posición misma de su marido? Sin embargo, puedes estar segura de que haré cuanto pueda para inclinarla á practicar sus deberes religiosos, que dices ha descuidado desde que se casó: quiera Dios allanar los obstáculos de esta empresa difícil; supliquémosle mucho á su Majestad, querida Carolina, que no nos niegue su divino auxilio.

## CARTA XI.

Burdeos.

Me presenté por fin en casa de tu prima, querida Carolina, y..... ¿pero qué iba yo á hacer? A contarte imprudente el desenlace de mi aventura, ántes de que supieras el principio; á satisfacer tu curiosidad ántes de haberla excitado al grado conveniente; y en fin, destruir todo el efecto de mi historia por mi deseo de hablar.

Recógete pues, y escucha:

Hasta antier fué cuando mi buena madre me

pudo acompañar á casa de la señora tu parienta, cuyo nombre (entre paréntesis), le era tan desconocido como á mí, que jamás te habia oído hablar de ella sino por el de Aurelia, que es el de bautismo: con todo, confiadas en tu promesa, nos pusimos en marcha, muy persuadidas de que íbamos á ser perfectamente recibidas. Para mayor seguridad, llevaba yo tu carta en la mano; y como si todos debieran conocer tu letra, la mostré intrépidamente al portero, quien con cierto aire de asombro nos miró y nos dejó pasar adelante. Yo pensaba que este talisman nos iba á hacer abrir todas las puertas, pero me equivoqué, querida Carolina, nos fué preciso esperar más de veinte minutos en la antesala de la señora generala, y todavía estaríamos en ella, si no hubiera pasado por allí casualmente una pobre criada que, más cortés que los lacayos á quienes nos habíamos dirigido, nos hizo pasar á un salon, donde nos dejó para ir á recibir órdenes de su ama. Otro cuarto de hora trascurió ántes que volviera; y ya nos iba faltando la paciencia, cuando, gracias á una puerta que se entreabrió con el aire, pudimos percibir el siguiente diálogo, bastante gracioso:

—¿Pues qué les digo?

—Que tengo jaqueca y no puedo recibir á nadie.

—Pero, señora, vd. me dió esta mañana otras órdenes, por eso las hice pasar.

—¡Qué necia eres, Elisa! no entiendes si no se te dicen las cosas por lo claro: á ellas no las quiero recibir; á otras personas sí.

—Pero.... es la madre superiora con....

—Una razon más para que no la vea....

—Con una hermana jóven que quiere entregar á vd. en propia mano una carta.

—Que se la guarde, y me deje en paz....

—Dice que es de parte de una parienta de vd., señora.

—Y todavía? Ya te he dicho que no las recibo.

—Dispense vd., señora.

—Pero, qué no entiendes?... Haz lo que te mando, y ya está.... ó si no....

No nos esperamos más, sino que ya íbamos por la antesala, cuando la pobre Elisa, confusa y avergonzada, nos vino á dar alguna excusa de parte de su ama, que apreciamos en su justo valor. Le entregamos la carta, suplicándole que se la entregara, y nos salimos para la calle.

Iba yo tan mortificada de haberle hecho pasar ese mal rato á nuestra madre, que no me atrevia yo ni á verla, ni á hablar palabra.

Ella interrumpió el silencio, y me dijo sonriendo:

«¡Vaya! Sor Teresa, ¿se desalienta vd. por tan poco? ó ¿creía vd. que en todas partes nos habian de recibir tan bien como en casa de la Sra. Leuplan? Si así fuera, ¿qué mérito habria en implorar la generosidad de los ricos en favor de los pobres? Vamos, hija mia, anímese, y no haga caso de esas ligeras humillaciones que no merecen ni que se atiendan á ellas. Además, creame vd., es bueno y útil el sufrir de vez en cuando el desprecio del mundo; es un remedio excelente contra el orgullo, y un medio fácil de alcanzar algunos rasgos de semejanza con nuestro divino Maestro, que se vió hecho un objeto de burla en la corte de Heródes.

Estos piadosos consejos produjeron su fruto, querida Carolina, porque no me volví á acordar de tal aventura; y si ahora me he ocupado de ella, es solo por darte cuenta de todos mis pasos acerca de tu prima, por quien te prometo, que si alguna vez la llevo á ver, le he de hacer tantos obsequios, y tratarla con tal amabilidad, que ha de sentir el haberme cerrado su puerta la primera vez; esta es toda la venganza que pienso tomar.

Me es preciso interrumpir: me llaman, preguntan en el recibidor por la Srta. Enriqueta Pilvert. No hay aquí más que el Sr. Cura y tu prima que sepan mi nombre; el Sr. Cura no se permitiría

llamarme sino por Sor Teresa; así, creo que será la «Sra. Marval» que viene á pagarme la visita. ¡Dios quiera que así se al Corro á recibirla. . . .

Bien habia yo adivinado, tu prima era la que me esperaba en el recibidor, donde la hallé dándole mil excusas á nuestra madre por no habernos recibido; lo hacia con tal gracia, que no era posible contestarle que habia sabido muy bien quiénes la buscaban para tener el honor de hablarle.

Apénas me presentó nuestra madre, cuando parándose con viveza, me apretó las manos y me dijo con un tono que me llegó al corazón:

«¡Ah, señorita.... hermana.... qué dichosa me creo en conocer á la mejor amiga de mi estimada prima Carolina! Le debo muchos favores; pero sin duda seria uno de los mayores, el obtener, por su medio, la amistad de vd., cuyo valor me ha hecho conocer ya.»

En lugar de contestarle como debia, diciéndole con modestia que me honraba demasiado, ¿lo crearás, Carolina? me quedé sin hablar palabra, porque mis ojos me aseguraban que tu amable prima y la elegante señora que tanto me habia chocado en casa de la Sra. Leuplan, era una misma persona.

Mi silencio pareció desconcertarla un poco; pero lo colorada que se puso de repente, me advirtió por fortuna de la falta que estaba cometiendo, y me apresuré á responderle en términos que hicieron brotar de nuevo la sonrisa en sus labios, y parecer contenta.

Alargó bastante su visita, me habló mucho de tí, y con tal expresion, que me dispuso mucho en su favor: en una palabra, estuvo no solo amable sino encantadora: por otra parte, tiene una franqueza ya muy rara: nos contó ingenuamente varios de sus disgustos; en una palabra, es verdaderamente un niño malcriado, á quien es muy difícil tratar con severidad; y si algunas veces hace sus cosas, creo que se debe echar la culpa á su cabeza, y no á su corazon, que es bueno y sencillo.

Decididamente he quedado reconciliada con ella: la querré; haré más, la volveré una buena y fervorosa católica, y entónces estoy segura que merecerá ser citada como modelo acabado de las señoras cristianas.

¡Qué presuncion la mia! Pobre de mí! yo que soy tan débil y caigo á cada paso, ya me lisonjeo atrevidamente de poder guiar á los demás y hacerlos andar derecho.... Por fortuna á tí es á quien me muestro tal cual soy; en esto se asoma

una vanidad insoportable; ¡qué necedad! ¿hasta cuándo me podré ver libre de ella enteramente?

En fin, volvamos á tu prima, á quien habia juzgado tan mal ántes, y que ahora me ha hecho su trato quererla tanto.

De aquí he sacado la firme resolucion de no prevenirme mal contra nadie; se expone uno mucho con juzgar ligeramente á ser injusto; así, yo me habia figurado que la Sra. de Marval no nos habia querido recibir, por no verse obligada á darnos una corta limosna, y al despedirse le entregó á nuestra Madre una cantidad considerable para sus pobres, instándole con la mayor amabilidad, á que ocurriera á ella siempre que necesitase dinero. «Cuando mi bolsa esté bien provista, agregó, dispondrá vd. de ella á su voluntad; cuando esté vacía, recibirá vd. siempre mi buena disposicion, y le quedará el recurso de acudir á la de mi marido, mejor provista que la mia, porque él es mucho más prudente y económico que yo. Me encargó expresamente, hermanas, que les manifestara de su parte, lo mucho que sentia no poder acompañarme para conocer á la amiga de nuestra querida Carolina, y quizá es la primera vez que experimenta pesar al cumplir con su deber, que lo llamaba á otra parte.» Despues de unos momentos de vacilacion, añadió:

¿Y me atreveré á pedirles á vdes. el favor de que vayan á mi casa?....

Yo espero, hermanas, que por caridad, me proporcionarán la ocasion de reparar una falta..... involuntaria.....

Se puso muy colorada, pero hicimos que no lo advertiamos, y le prometimos satisfacer sus deseos. Ni podiamos hacer otra cosa; es necesario que las hijas de San Vicente de Paul den ejemplo á los del mundo del olvido de las injurias.

Enséñame ahora, querida Carolina, ¿cómo hiciste para que dos palabras tuyas pudieran cambiar tan pronto y tan completamente á tu prima?

Confíame tu secreto, porque me puede ser muy útil, y mi agradecimiento igualará al cariño de quien mucho te quiere.

SOR TERESA.

CARTA XII.

Burdeos.

Hace ya muchos dias que he estado queriendo escribirte, querida Carolina, y lo he ido aplazando de dia en dia, porque deseaba darte buenas noticias de tu prima; tú comprenderás que no hablo de la salud de su cuerpo, sino de la del alma de esa pobre jóven que, como tantas otras, serviria á Dios de buena voluntad, si al mismo tiempo pudiera permanecer esclava del mundo. Con todo, me viene á ver seguido, me oye con gusto cuando le hablo de la necesidad de la salvacion, pero me dice que se le hace muy duro prescindir de los bailes y de los espectáculos, porque me confiesa, que ella en su interior está triste, que tiene necesidad de distracciones, y que privada de los goces de la maternidad, necesita hacerse ruido para no sentir demasiado el vacío de su corazon.

¿Y me atreveré á pedirles á vdes. el favor de que vayan á mi casa?....

Yo espero, hermanas, que por caridad, me proporcionarán la ocasion de reparar una falta..... involuntaria.....

Se puso muy colorada, pero hicimos que no lo advertiamos, y le prometimos satisfacer sus deseos. Ni podiamos hacer otra cosa; es necesario que las hijas de San Vicente de Paul den ejemplo á los del mundo del olvido de las injurias.

Enséñame ahora, querida Carolina, ¿cómo hiciste para que dos palabras tuyas pudieran cambiar tan pronto y tan completamente á tu prima?

Confíame tu secreto, porque me puede ser muy útil, y mi agradecimiento igualará al cariño de quien mucho te quiere.

SOR TERESA.

CARTA XII.

Burdeos.

Hace ya muchos dias que he estado queriendo escribirte, querida Carolina, y lo he ido aplazando de dia en dia, porque deseaba darte buenas noticias de tu prima; tú comprenderás que no hablo de la salud de su cuerpo, sino de la del alma de esa pobre jóven que, como tantas otras, serviria á Dios de buena voluntad, si al mismo tiempo pudiera permanecer esclava del mundo. Con todo, me viene á ver seguido, me oye con gusto cuando le hablo de la necesidad de la salvacion, pero me dice que se le hace muy duro prescindir de los bailes y de los espectáculos, porque me confiesa, que ella en su interior está triste, que tiene necesidad de distracciones, y que privada de los goces de la maternidad, necesita hacerse ruido para no sentir demasiado el vacío de su corazon.

¡El vacío de su corazón! y tiene un marido que la ama tiernamente....! Ay, Carolina, cuánto temo que algún día él le pague en la misma moneda. Por ahora, él merece bien, bajo todos aspectos, el cariño de cualquiera mujer racional; por desgracia, tu prima tan viva, tan franca y tan sensible, tiene una imaginación loca que le pinta como bello todo lo que no es de ella, y la disgusta de cuantos bienes goza. Corriendo sin cesar tras una dicha quimérica, y encontrándose á cada paso con la triste realidad de la vida, se le hace pesada la existencia; y aunque es de un carácter natural, alegre y bueno, tiene ratos de ponerse triste, desabrida, insoportable á cuantas la rodean, que deploran en vano esa desigualdad de humor. ¡Ay! esa alma ardiente que pide á las criaturas una felicidad que no pueden darle, amaría ciertamente á Dios, y se decidiría á servirle con celo, si fuera posible hacerle comprender la dulzura de su yugo, y la belleza de su religión!

Lo he pensado mucho, y creo que el mejor medio de hacerle gustar de nuevo la moral del Evangelio, es probarle su suavidad y su hermosura con algunos ejemplos prácticos; así, procuraré inclinarla á que nos acompañe á la visita de algunos de nuestros pobres, que se encuentran dichosos en

medio de las privaciones más duras, porque son real y sinceramente cristianos; después la haré conocer á un ángel en forma humana, la Sra. Raffet, y en su casa aprenderá mejor que con palabras la sublimidad de una religión que, desde esta vida, recompensa nuestros sacrificios y nos hace hallar tantas dulzuras y consuelos en el servicio de Dios.

Te iré dando cuenta de mis tentativas, y de antemano quiero contarte el conmovedor accidente que me puso en relación con la Sra. Raffet, que habita una hermosa casa de campo en los alrededores de Burdeos.

Eso pasó muy pocos días después de mi llegada aquí, y no sé cómo no te lo he referido antes. No ha sido falta de deseos, porque casi no ha habido carta en que no me haya propuesto hacerlo, pero tengo tantas cosas que decirte, que es imposible hacerlas entrar todas á la vez.

Esto supuesto, entrémos en materia:

La madre de un pobre niño enfermo, había venido á suplicarnos que fuéramos á verlo. Nos dió las señas de su casa; pero por distracción, ó más bien por uno de esos designios de la Providencia que llaman casualidad, nos equivocamos, subimos hasta el piso indicado, y tocamos una puerta, que

nos abrió una mujer, que no era la que buscábamos.

Después de algunas explicaciones, nos disponíamos á bajar de nuevo la escalera, cuando unos tristes gemidos nos detuvieron en el descanso. Pusimos el oído y nos convencimos pronto de que eran en un cuarto que estaba enfrente.

¿Quién vive ahí? le preguntamos á la anciana que por cortesía nos acompañaba en la escalera.

No lo sé, hermanas, nos respondió: no trato á las vecinas, y además, esta pieza hace apenas ocho días que está ocupada.... Pero, esperen vdes., tal vez Señora Juana sí lo sabrá. Y se puso á llamarla inmediatamente con todas sus fuerzas.

Por fin, una voz gangosa respondió desde el piso inferior:

¿Qué se ofrece?

—Nada más que las hermanas desean saber quién vive en este cuarto, al lado del mío.

Vaya! no vale la pena de informarse.... ni siquiera las gracias me dió el otro día cuando le ofrecí mis servicios..... me parece tan miserable como orgullosa.... que ni se metan en verla..... ya les digo que no vale la pena.....

—Pero es que se oyen quejidos, le dijo su interlocutora.

— Ah! estónces es diferente, es necesario ver si le ha pasado algo.....»

— Y en unos cuantos brincos subió la escalera y estaba junto á nosotras. La compasion ocupó en su pecho el lugar de cualquier otro sentimiento, y se puso á repetir en todos los tonos.

«¡Pobrecita! está enferma, seguro. ¿Por qué no nos lo diría? la habríamos cuidado y velado. Yo habia dicho bien á mi hijo, que algo tenia ella: se le miraba muy triste y muy descolorida..... Y con todo, todavía se echaba de ver que es muy bonita....!»

Mientras tanto por más que tocábamos, no se abría la puerta, y los quejidos iban apagándose cada vez más.

«Es menester hacer algo, dijo Sor Victoria, esa infeliz niña tal vez se está muriendo, sin que haya quien la socorra: á ver si tiramos la puerta.

Por fortuna estaba tan vieja, y la cerradura en tan mal estado, que con unos golpes de Señora Juana, se consiguió abrir y entramos á la pieza. ¡Ay! qué espectáculo tan triste se presentó á nuestra vista!

Cerca de una mesita estaba caída en el suelo, y casi moribunda, una jóven y bella señorita; tenia cogido con sus dedos crispados un trabajo de bor-

dato, todavía sin concluir; un cabo de vela que aun humeaba, parecía indicar que esa pobre niña había sido sorprendida por algun mal repentino que le habia impedido hasta el acostarse en una pobre zalea, que le servia de cama.

La levantamos, y á ruegos de Señora Juana, la pusimos en la misma cama de esa buena mujer, cuyas ponderaciones y muestras de dolor nos habian divertido mucho en otras circunstancias.

Despues de haber examinado bien la enferma, siempre sin conocimiento, le dió á oler Sor Victoria un poco de álcali, y despues echó unas cucharadas de caldo, cuyo efecto esperaba tomándole el pulso. Despues de unos cuantos minutos tomó alguna fuerza, y Sor Victoria exclamó contentísima: «Ya se salvó; se moria de pura hambre esta pobre niña.»

¡Ay, Carolinal! ¿lo creyeras? ¿te podrias figurar tanta miseria, que una pobre criatura, semejante á nosotros, se muera por falta de un pedazo de pan, que tantas veces rehusamos sin creer que le negamos la vida, y que la exponemos quizá á conservarla por medio de un crimen?

Me entregaba con el corazon hecho pedazos, á tan tristes reflexiones, cuando la enferma volvió en sí, abrió los ojos, y fijándolos en nosotras,

nos dijo enclavando las manos en ademan de súplica:

¡Ay! por amor de Dios, hermanas, no me abandonen vdes..... he sufrido mucho; y no tendria ya fuerza para exponerme por segunda vez á semejante suplicio, y..... me perderia..... si.... si..... La pobre Cecilia, colocada entre la deshonra y el hambre, dudaria tal vez.... Ay! compadézcanse de mí!..... el Señor las recompensará.....!

Esas pocas palabras, pronunciadas con una excitacion calenturienta, encerraban toda la historia de Cecilia. Hija única y muy querida de un cultivador rico, habia sido pretendida Cecilia, desde muy temprano, por diversas personas: pero dichosa con el amor de su padre, y sin otra clase de deseos, habia rehusado siempre cuantos partidos se le presentaron, y el anciano, por su parte, celoso del amor de su hija, habia aprobado esa resolucion: pues viuda á los pocos dias de nacida Cecilia, habia concentrado en ella todos sus afectos, se habia formado de ella su único amor, y contando demasiado con la pequeña fortuna que le reservaba para el porvenir, jamás habia podido resolverse á hacerle tomar un estado que, en caso de necesidad, le proveyese de los medios indispensables para la existencia. Además, Cecilia sabia bordar, cantar,

preparar la comida.... ¿qué le faltaba para ser una ama de casa completa? Y es tan hermosa, decía el pobre viejo en su imprevisión, que jamás se le dificultará lo que quiera.

La única cosa que el anciano olvidaba para tranquilizarse sobre el porvenir de su hija, era con todo lo más principal, pues era muy piadoso.

Acababa de cumplir 19 años cuando murió su padre. Entonces sucedió lo que él debía haber previsto en su vida. La joven huérfana fué engañada por las personas á quienes había dado su confianza, y se vió despojada en ménos de un año de todo su modesto patrimonio.

Cuando la pobrecita no contaba ya con más riquezas que su belleza y su virtud, no halló á su derredor sino frialdad é indiferencia, pues en el campo, lo mismo que en las ciudades, jamás es buscado el mérito si está acompañado de la indigencia.

Con todo, le llovieron consejos, porque esos no cuesta trabajo darlos, y entre ellos se decidió, aunque contra la opinión de su párroco, á seguir uno, que por su desgracia le pareció el mejor.

La dijeron que se fuera á alguna ciudad grande y que allí haría fortuna; estimulada por el deseo de alejarse de aquellos lugares que habían sido

testigos de su prosperidad y de su desgracia, abandonó su pueblo y tomó el camino de Burdeos, donde á pesar de un rudo trabajo, agotó muy pronto los escasos recursos que había llevado: bordaba, pero tú sabes lo poco que deja esa tarea tan ingrata. Al cabo de dos meses, la hermosura de la infeliz niña la hizo encontrar un protector rico, que le ofrecía oro, placeres, y todas las superfluidades de la vida, sin pedirle en cambio más que el sacrificio de su virtud más querida. ella prefirió la miseria y la muerte á tan vergonzosa opulencia; y sin pan, ni dinero, vino á esconderse en el albergue en que la encontramos con la esperanza de no ser allí hallada por el hombre que la perseguía. Hacia dos días que no comía, y que trabajaba sin descanso para concluir aquel bordado que debía proporcionarle unos cuantos sueldos, cuando vencida de la debilidad, cayó desmayada en el suelo, donde habría muerto, si el Señor, que vela sobre la inocencia, no nos hubiera enviado á socorrerla.

Tal fué la relación que nos hizo la pobre Cecilia pocos días después de su entero restablecimiento. Tomamos algunos informes para saber el crédito que le podríamos dar, y nos convencimos de que era verdadera, y que solo había ocultado por

modestia, algunas circunstancias que le hacian mucho honor.

Desde entónces, esa interesante jóven que hemos puesto, interinamente, en casa de su anciana vecina, tuvo todas nuestras simpatías, y nos pusimos de acuerdo con nuestra madre para proporcionarla un lugar en que estuviese al abrigo de todos los riesgos que le hacia correr su hermosura. La cosa no era tan sencilla; pero nuestra madre tuvo la feliz inspiracion de dirigirse á la Srita. Raffet, y de contarle la historia de Cecilia: como es tan caritativa esa respetable persona, inmediatamente le ofreció recibirla en su casa, aunque para disminuir el mérito de tan bella accion, añadió: que precisamente estaba necesitando una persona así, que pudiera dejar con confianza en su casa cuando ella saliera, y que le parecia que Cecilia era la que estaba deseando hacia tanto tiempo.

Pocos dias despues, llevamos Sor Victoria y yo á Cecilia á casa de su nueva protectora, que tenía yo mucha curiosidad de conocer: me habian hablado tanto de ella, me la habian elogiado tanto, que yo me habia formado una idea muy exagerada respecto de su físico, aunque muy inferior, en compensacion, por lo que toca á su moral. Figúrate, en efecto, mi desengaño, cuando fui mirando

un rostro, el más feo que he visto en mi vida, rostro en que las viruelas habian dejado una huella deplorable. No fui bastante dueña de mí misma para disimular la impresion que me causó; de modo que la Srita. Raffet pareció conmovirse, y aun una lágrima humedeció sus párpados: con todo, se sonrió; y esa sonrisa mágica dió tal expresion á su fisonomía, que comprendí que habia uno de acabar por acostumbrarse á una fealdad templada con *un no sé qué*, lleno de gracia, de talento, de finura y de benevolencia.

Le presentamos nosotras á Cecilia que estaba encantadora, y le agradó mucho. Despues, á nuestros ruegos, tuvo la bondad de enseñarnos su casa. No se ha reservado ella para su uso particular, más que dos cuartos y una salita tan chica como un locutorio de un convento. Ha convertido las mejores piezas en enfermerías, una para hombres y otra para mujeres: tiene cada una ocho camas: recibe indistintamente á cuantos habitantes de los campos vecinos vienen á implorar sus socorros. En el patio hay una gran sala que sirve de clase á las niñas; ella misma les dá sus lecciones, las instruye y les hace aprender el catecismo. Por la noche reúne allí á todas las jóvenes que han hecho ya su primera comunión, les enseña á coser, y para

estimular su ardor por el trabajo, recompensa sus adelantos con regalos útiles, proporcionados á su habilidad, su edad ó su gusto. Se empeña particularmente en sacar de sus discípulas, cristianas fervorosas é instruidas, y las prepara así á llegar á ser un dia excelentes madres de familia. No se pasa año alguno sin que dote, y haga que se case alguna, escogiéndola siempre entre las más pobres. Pero no se limita á eso su celo: todavía, á pesar de sus muchas ocupaciones, halla modo de visitar á los pobres, á los enfermos y á los afligidos de la aldea, á quienes socorre, consuela y dispone casi siempre á entrar en gracia con Dios: por esto su párroco, que es un varon muy santo y muy digno, la llama *su vicario*. Por imitacion, las hermanas, que todas la aprecian y la estiman, le dicen *Sor Raffet*, aunque por chiste agregan que ella se ha arrogado nuestros derechos, y usurpa nuestras funciones.

Nunca acabaria si quisiera contarte todas sus buenas obras: así, la iglesia estaba amenazando ruina, y ella la compuso; despues, una escuela para muchachos ha venido á completar los beneficios que hace á su pueblo. Ha tenido que luchar mucho tiempo para conseguirlo, pero por fin, hace ya cosa de un año que se han establecido por su em-

peño los hermanos de las escuelas cristianas, en un local vasto y cómodo, quienes la secundan admirablemente en el gran proyecto que ha formado de regenerar con el auxilio de la religion, una poblacion que era medio salvaje á su llegada.

Bien recompensada está de sus trabajos, con la veneracion y el amor que le profesan todos los vecinos de este rincon de tierra privilegiado; lo probaron bastante en una grave enfermedad que tuvo hace algunos meses. La desolacion era tal en todas estas buenas gentes, que hasta desatendieron su trabajo ó negocios particulares; despues celebraron su convalecencia, acudiendo en tropel á la iglesia para asistir á la misa de accion de gracias, que hicieron decir para dar gracias á Dios de haberles conservado á quien llaman su Providencia visible.

Ahora, si me preguntas, cómo puede hacer la Srita. Raffet tantas obras buenas, tan diferentes y tan multiplicadas, con una fortuna que no excede de \$15,000, te responderé que yo no lo sé; pero que la caridad tiene una destreza maravillosa para multiplicar sus recursos, y que existen entre Dios y ella secretos que escapan á la curiosidad vulgar.

Desde entónces, mientras más veo á la Srita.

Raffet, más la quiero y más la admiro: ha acabado de ganar mi afecto con la historia de los pesares y de los desengaños que le han hecho tomar la resolución de consagrar el resto de su existencia al alivio de sus semejantes, sin esperar otra recompensa más que Dios. Era necesario que tú la hubieses oído como yo, referir su vida, para que te formaras idea exacta de la sencillez, llena de encantos, con que descubre todo el fondo de su corazón, asilo de todas las virtudes.

Eso es mucho entusiasmo, me dirás tal vez; es verdad, á lo ménos, poco dista de él. Pero es una falta en que caen cuantos conocen á esa señorita; al grado de que los que tienen la dicha de vivir con ella en su intimidad, le cobran tanto afecto que no quieren dejarla nunca.

Así ha pasado con nuestra querida Cecilia; acaba de rehusar un matrimonio ventajoso por no separarse de su nueva amiga, quien por su parte está muy prendada de tan interesante y amable joven. En fin, para acabar, te confesaré que no sé cómo me he acostumbrado á la fealdad de la Srita. Raffet, que ya me agrada su figura, participando así de la opinion comun de cuantos la tratan. Explicame la causa de ese cambio. Yo creo haber hallado la razon; y es que no hay fealdad que no

pueda embellecer la virtud, así como no hay hermosura que el vicio no destruya. Imposible es que no estés de acuerdo conmigo.

Adios, querida Carolina, la campana me llama para la lectura espiritual: la historia de la Srita. Raffet se quedará para otra ocasion; como es larga, tendré cuidado, para excitar tu curiosidad, de interrumpirla en los lugares más patéticos: ya te lo aviso, para que despues no te enojés con tu amiga

SOR TERESA.

CARTA XIII.

Burdeos.

Estoy tentada, querida Carolina, de renunciar á la conversion de tu prima: auxiliada por nuestra madre, he dicho cuanto he podido para sacarla de su indiferencia, pero todo ha sido trabajo perdido. Cuando la creo ya vencida, y que va á hacer lo

Raffet, más la quiero y más la admiro: ha acabado de ganar mi afecto con la historia de los pesares y de los desengaños que le han hecho tomar la resolución de consagrar el resto de su existencia al alivio de sus semejantes, sin esperar otra recompensa más que Dios. Era necesario que tú la hubieses oído como yo, referir su vida, para que te formaras idea exacta de la sencillez, llena de encantos, con que descubre todo el fondo de su corazón, asilo de todas las virtudes.

Eso es mucho entusiasmo, me dirás tal vez; es verdad, á lo ménos, poco dista de él. Pero es una falta en que caen cuantos conocen á esa señorita; al grado de que los que tienen la dicha de vivir con ella en su intimidad, le cobran tanto afecto que no quieren dejarla nunca.

Así ha pasado con nuestra querida Cecilia; acaba de rehusar un matrimonio ventajoso por no separarse de su nueva amiga, quien por su parte está muy prendada de tan interesante y amable joven. En fin, para acabar, te confesaré que no sé cómo me he acostumbrado á la fealdad de la Srita. Raffet, que ya me agrada su figura, participando así de la opinion comun de cuantos la tratan. Explicame la causa de ese cambio. Yo creo haber hallado la razon; y es que no hay fealdad que no

pueda embellecer la virtud, así como no hay hermosura que el vicio no destruya. Imposible es que no estés de acuerdo conmigo.

Adios, querida Carolina, la campana me llama para la lectura espiritual: la historia de la Srita. Raffet se quedará para otra ocasion; como es larga, tendré cuidado, para excitar tu curiosidad, de interrumpirla en los lugares más patéticos: ya te lo aviso, para que despues no te enojés con tu amiga

SOR TERESA.

CARTA XIII.

Burdeos.

Estoy tentada, querida Carolina, de renunciar á la conversion de tu prima: auxiliada por nuestra madre, he dicho cuanto he podido para sacarla de su indiferencia, pero todo ha sido trabajo perdido. Cuando la creo ya vencida, y que va á hacer lo

que yo quiero, es cuando se me escapa. Pasó cosa de un mes sin que me viera; me huía. Pobre Aurelia, es porque se habia lanzado con nuevo frenesí en medio de todas las locas alegrías que la vuelta del invierno trae como por consecuencia. La inquietud, el enfado que la acompañan sin cesar, la hicieron encerrarse en su casa por más de ocho dias sin ver á nadie, y con su ardiente imaginacion llegó á persuadirse de que era la persona más desgraciada del mundo. Entónces me hizo el honor de acordarse de mí, y de mandarme decir que estaba enferma: fui á su casa, y la encontré efectivamente pálida, estragada, pero sufriendo más en el espíritu que en el cuerpo.

Procuré primero calmarla, despues llegué á hacerla reír, y le dije que queria curarla radicalmente del esplin que la domina. Me instó mucho para que le indicara cuál era ese remedio maravilloso; pero aplacé la cosa para el dia siguiente, previniéndole que estuviera desde temprano vestida y dispuesta á acompañarnos á Sor Victoria y á mí, no olvidando la doblonera por lo que pudiera importar.

Cuando fuimos á su casa ya nos estaba esperando: condescendió con mucho agrado á modificar un poco su *toilette*, demasiado elegante para las

visitas á que pensábamos llevarla. La condujimos como tenia yo pensado hace tanto tiempo, de una covacha á otra. Jamás habia visto tan de cerca, tantas miserias y sufrimientos; así se conmovió mucho, y la compasion le hizo derramar con generosidad sus limosnas, en cuanta parte entró: volvió á su casa con la bolsa vacía, pero alegre y contenta de sí misma, y del empleo de su mañana, porque se habia oído bendecir por los infelices que habia socorrido. Nos dió las gracias por aquel raito de gusto que le habiamos proporcionado, y nos suplicó que cuanto ántes se lo repitiéramos.

Nosotras se lo prometimos; pero como no es bueno abusar de nadie, dejamos pasar una semana entera sin buscarla. Entónces vino ella á vernos y nos reprendió con cierta acritud el haberla olvidado. Eso era precisamente lo que deseábamos nosotras: tratamos inmediatamente de reparar nuestra falta, y tu querida Aurelia, que despues de todo tiene un corazon excelente, me parece que hoy dejaria mejor de ir al baile más espléndido que prescindir de acompañarnos: me ha confesado que se halla mucho ménos digna de compasion, desde que oye resonar en sus oídos las bendiciones de los pobres. Este es ya un gran paso; pero todavia queda por hacer lo más dificultoso, porque es ne-

cesario echarla en la piscina, y es á lo que más se resiste esa pobre mujer. Sin embargo, ¿esa dicha que busca con tanto afán, no le huirá siempre que no la busque en la religion? Muchas veces le hablo de la Srita. Raffet, y siente un deseo vago de conocerla; pero teme, como me lo dice francamente, que sea demasiado devota y la fastidie. Nunca insisto sobre ese punto; solo cuido de tiempo en tiempo de insinuarle que la Srita. Raffet, es una de las personas más amables que he conocido, que sabe perfectamente unir la piedad y la práctica de las buenas obras á una alegría encantadora, y que ha hallado el secreto de la felicidad aquí abajo; secreto que, por otra parte, comunica con facilidad á cuantos se lo piden.

Con todo, como no quiero que tu prima sufra la mala impresion que yo, si alguna vez la llega á ver, le he hecho un retrato mil veces más feo que el original; con lo que el otro dia me decia, que temia que le habia de dar miedo.... ¡Vaya! le respondí riendo: ¿acaso no se acostumbra uno á la fealdad tan pronto como á la belleza? No sé qué autor ha dicho que eso es negocio de quince dias, y tiene razon: vd. misma, ¿no ve con gusto al ilustre caballero Cadot, el más feo de cuantos hombres ha habido?

Es cierto; pero tiene tanto talento, es tan ama-

ble, tan divertido, que se le perdonan fácilmente sus deformidades.

Eso mismo pasa con la Srita. Raffet.

Ella se sonrió, y espero que se realizará mi plan: no se necesita más que paciencia, y en verdad que mucha paciencia, porque ya te he dicho que tu prima tiene un genio tan raro, que se escapa de entre las manos cuando uno la cree más segura. Supliquemos al Señor que se compadezca de ella; no tiene más que querer, y esa alma extraviada volverá al redil.

Ahora pasemos á la Srita. Raffet: ella será la que hable y tu amiga, á quien ella se digna llamarla la suya; la escucha con los ojos fijos para no perder ni una sola de sus palabras. Pues la Srita. Raffet se sonrió y me dijo:

«No puedo rehusarle á vd. nada, querida hermana; puesto que vd. lo desea, voy á referirle mi triste historia; pero ántes de comenarla, debo prevenirla de que se engaña si espera que sea muy interesante ó romántica. Además, yo no sé hilar bien los hechos, y así referiré sencillamente lo que me ha decidido, con la gracia de Dios, á abrazar el género de vida que llevo aquí.

«Mi familia habitaba en Burdeos, y yo nací en esa ciudad. No me detendré en referir con largos

detalles la felicidad que rodeó mi dichosa niñez. Querida de mis padres, que habían tenido cuatro hombres y deseaban hacia mucho tiempo una niña, no conocí ni el pesar ni las lágrimas hasta la edad de quince años; pero las primeras que derramé fueron muy amargas, pues que la pérdida de mi excelente padre fué lo que las hizo correr.

Me fué muy difícil consolarme de esta primera desgracia que parecía aumentar, si era posible, el mismo amor tan ardiente que le tenía á mi madre: me dediqué enteramente á ella, y creí que mi existencia estaba irrevocablemente unida á la suya: mas ¡ay! Dios me probó lo contrario: hacia apenas dos años que se había abierto el sepulcro de mi padre, cuando mi madre bajó á él.....! y yo no la seguí.....!

Seguí viviendo solo para sufrir y merecer el cielo; ¡el cielo! donde me espera, y desde cuyas alturas no ha cesado de velar y bendecir á su hija.

«Me quedé huérfana á los diez y siete años. Mi hermano mayor me llevó á su casa; era casado, y su mujer, jóven, aturdida y coqueta, me recibió muy bien: parecía que me amaba, y yo le consagué una amistad tierna y sincera. Con todo, poco á poco se fué enfriando conmigo: indagué la causa y descubrí con dolorosa sorpresa, que se encelaba

de las muestras de cariño que me daba su marido, que era naturalmente seco y frío. Me lo dió ella á conocer en muchas ocasiones, y llegó á tratarme de un modo insoportable. Yo sufría sus cosas sin quejarme, por amor de la paz, por caridad, y por afecto á Alberto, que así se llamaba mi hermano, á quien no quería contristar con esas historias contra su mujer. No sé si él llegó á descubrir nuestros disgustos, pues apenas se acabó el luto, cuando me llamó un día en lo particular y me dijo que era indispensable que él pensara en establecerme, y que me suplicaba que eligiera yo un esposo entre los jóvenes que me presentaría. Esta confidencia me llenó de susto; pero como comprendía las razones que le obligaban á obrar así, le prometí que pensaría seriamente sobre lo que me acababa de decir, y que esperaba que él me auxiliara con sus consejos en tan grave asunto, del que dependía la dicha de mi vida. Así me lo ofreció, y para apresurar el éxito de sus designios, me hizo tener sociedad. No os disimularé que hubo algunos sucesos que irritaron á mi cuñada: no podía perdonarme la ventaja física que yo le llevaba.....

A estas palabras se detuvo de repente la Srta. Raffet, y mirándome con cierta sonrisa dulce y triste, agregó:

En verdad lo puedo decir sin orgullo, porque ya no queda rastro alguno, y no hay peligro en elogiar á los muertos; mi belleza era notable. Rica y bonita fui muy pronto rodeada de homenajes que, como una manzana de discordia, hicieron estallar la guerra en casa: mi cuñada ya no me daba ni paz ni tregua, y agotada mi paciencia, le supliqué á mi hermano que me pusiera en un convento y me dejara en él hasta que me casara. Se resignó á esta triste necesidad que disminuyó sensiblemente su ternura para con su mujer: ¡pobre Julia! con excelentes cualidades, hacia, sin embargo, el tormento de un esposo que adoraba!

Mi retirada al convento hizo ruido en la sociedad: acusaban de ella á Julia, á quien recibían con frialdad en cuantas partes se presentaba: como tenía talento, comprendió que mi ausencia le perjudicaba más que lo que nunca le había hecho mi compañía; y mirándose comprometida en un mal camino, tomó la animosa resolución de reconocer y confesar en alta voz su falta, y repararla con una conducta enteramente opuesta á la que había tenido hasta entonces. Por principio de cuentas, empezó por calmar á su marido descontento, con una confesión franca y humilde de sus culpas, y en seguida vino á rogarme, con lágrimas de sus

ojos, que olvidara yo todo lo pasado y volviera á habitar en casa de mi hermano. De buena voluntad le perdoné todas sus faltas, pero á lo que no podía resolverme, era á dejar mi tranquilo asilo: con todo, ella insistió, y me probó tan bien que de eso dependía el restablecimiento de la buena armonía en su casa, que condescendí aunque contra mi gusto y con pesar.

En efecto, como pensionista, gozaba yo de alguna libertad en el convento, y había estrechado mucha amistad con una jóven también huérfana como yo. Poco comunicativa, pero muy dulce y melancólica, atraía Melania á sí, por un encanto irresistible, difundido en todo su aire. La diversidad de nuestros genios no impidió que nos buscásemos mutuamente; además, éramos de la misma edad y decían que nos parecíamos mucho, aunque ella era rubia y yo no. Ella estaba en mucha pobreza, y una parienta suya, lejana, se había hecho cargo de los gastos de su educación, que quería fuese muy completa para que pudiese servirse de ella como de un medio de subsistencia. Se iba ensayando en tan penosa tarea, dando lecciones á las más jóvenes colegialas del convento, donde hubieran querido que permaneciera haciéndose religiosa. Pero Melania, aunque piadosa, no se sentía con vocación monástica; si bien por otra

parte le espantaba su porvenir, con lo que dudaba qué partido tomar. Entre muchachas pronto se tiene confianza, y así, á pesar de su habitual reserva, me descubrió desde al principio de nuestra amistad todo su corazón. Hice cesar por completo todas sus inquietudes, prometiéndola que en cuanto cumpliera yo la edad, me la llevaria conmigo, y ofreciéndole que si mi matrimonio se verificaba ántes que el suyo, habia yo de poner como primera condicion, la de que habia de vivir conmigo hasta que hallara un partido conveniente. Tal vez me dirá vd. que fué ese un paso imprudente: confieso que sí fué; pero entónces yo era jóven, mis sentimientos eran algo exaltados, y me parecia que estaba obligada á reparar, en cuanto de mí dependiese, la injusticia de la fortuna con una persona á quien queria yo tanto. Comencé por obligarla á aceptar la mitad de lo que mi hermano me daba para mis gastos menudos, y no salí del convento sino despues de repetir á mi triste amiga que abreviaria lo más posible una separacion que me era tan penosa como á ella.

Gracias á la condescendencia de Julia, cuya conversion era muy sincera, yo hacia salir á Melania tan frecuentemente, que muy pronto fué considerada en la sociedad como un nuevo miembro de

nuestra familia. El fin de todos mis deseos, el ensueño de mi corazón, era efectivamente el unirla con lazos que estrechasen todavia más los de la amistad. Deseaba tenerla por hermana política, haciendo que se casara con Enrique mi hermano menor, abogado de buena carrera, y que ya con sus negocios habia más que duplicado su patrimonio. Para esto, mantenía con él una correspondencia activa. Le instaba á que se casara, porque decia yo que deseaba mucho conocer la capital, y que no esperaba tener ese gusto mientras estuviese solo: despues, con la mayor falta de destreza, le hacia entrever el secreto motivo de mis instancias, haciéndole los mayores elogios de la belleza, del talento y de todas las buenas cualidades de Melania, sin dejar de decirle en términos equivalentes á estos: Ven, y verás si exagero en lo que te digo. El, en sus respuestas, me hacia burla de mi entusiasta amistad con Melania; pero me agregaba con gracia, que por fin le habia yo inspirado tal deseo de contemplar á mi fénix, que sin duda aprovecharia las vacaciones que se iba á tomar, para tener ese placer, y sobre todo, el de abrazarme á mí.

Entretanto, nos recomendó á un amigo suyo, Fernando Devigne, jóven de buena figura y trato agradable, que deseaba, segun decia, obtener el

cargo de promotor en Burdeos. Era amable, vivo, instruido; pero como siempre ha de haber alguna sombra en el más hermoso cuadro, me parecía un poco frívolo.

Parecía referir la belleza del cuerpo á todo cuanto hay, y muchas veces tuve ocasion de desaprobárselo: compensaba por otra parte este defecto, con unas costumbres irreprehensibles y buenos principios religiosos, sin práctica es cierto, pero se podía esperar con fundamento, que una mujer prudente y piadosa lo inclinaria fácilmente á poner en relacion su conducta y sus creencias.

Esta conviccion, y el empeño que tomaba en darme gusto, me dispusieron tan bien en su favor, que no dudé en aceptarlo como novio, cuando poco tiempo despues me pidió en matrimonio á mi hermano Alberto que, de acuerdo con Enrique, habia preparado esta union. Parecía que Fernando me amaba mucho; yo por mi parte lo queria como al esposo que me habia destinado la Providencia, y me hubiera creído la persona más feliz, si hubiera visto que Melania participaba francamente de mis risueñas esperanzas. Pero el anuncio de mi próximo enlace léjos de regocijarla, la consternó y la sumegó en una tristeza que no cuidaba de disimularla de ninguna manera. Creí que

temia que olvidara yo las promesas que le habia hecho; que su porvenir la inquietaba, y para tranquilizarla le manifesté á mi futuro esposo la firme resolucion en que estaba de asegurar un dote lo ménos de 4,000 ps. á una amiga tan querida.

Demasiado generoso para desaprobarlo, Fernando mismo me indicó el modo con que lo debia hacer, y me daba gusto, de antemano, el pensar que podia presentar esa suma á Melania como regalo de boda, el dia en que se firmara el contrato de matrimonio, para lo que no se esperaba sino la llegada de Enrique.

Llegó, por fin, y puso el colmo á mi alegría, con decirme que si á mi protegida le parecia bien, él pensaba tomarla por esposa. ¿La encantadora y simpática Melania, podia acaso no agradar á un corazon jóven y bien formado? Enrique la vió, sintió por ella una fuerte pasion, y le ofreció su mano, que ella aceptó, pero como una víctima que se resigna, y no como una pobre huérfana, que no podia figurarse hallar un esposo jóven, rico, de buena figura y excelentes cualidades.

No pudiendo yo explicarme su tristeza, cuya verdadera causa me ocultaba siempre, se la pregunté un dia resueltamente, pero me contestó:

¿Yo triste? querida.

Paulina ¿triste? cuando se me presenta la dicha más inesperada!..... ¿Te lo puedes tu imaginar? Me crees sin duda muy ingrata para contigo y la Providencia! ¿Qué otra cosa puedo desear más que el dulce nombre de hermana, que me podrás dar dentro de pocos dias?....

Otra persona de más experiencia que yo, hubiera descubierto seguramente al través de los trasportes de reconocimiento de Melania, uno de esos suspiros del corazon que hacen traslucir una pena secreta.

En cuanto á mí, completamente tranquilizada con esas palabras, la abracé y decidí á Fernando á retardar unas cuantas semanas nuestro casamiento, para que el de Melania se celebrara tambien el mismo dia.»

Basta por hoy; parece que ha platicado alguna cosa la Srita. Raffet: detengámonos aquí, querida Carolina, porque ya esto excede en mucho los límites de una carta. Adios, tú sabrás la continuacion de la historia en la próxima.

Tu mejor amiga

SOR TERESA.

#### CARTA XIV.

Regáñame cuanto quieras, Carolina, yo no puedo enviarte con más frecuencia esta especie de *in folios* que les doy el nombre de cartas, y que el correo me hace el favor de llevarte de mi parte. Por si acaso lo ignoras, es bueno que sepas, ingrata, que no hay una sola de las cartas que te escribo, que no me cueste perder cuatro ó cinco recreaciones, que es el único tiempo que puedo dedicar á eso, lo que me hace sufrir el suplicio de Tántalo, pues que miéntras que escribo estoy oyendo á mis compañeras que rien y se divierten alegremente: y yo, por tu cariño, resisto á la tentacion de ir á tomar parte en su gusto y buen humor, ¿No te parece que no deja de ser un sacrificio algo grande y generoso el que te hago?

Para castigarte, me ocurre no contarte la plausible noticia que tengo en la punta de la pluma....

Paulina ¿triste? cuando se me presenta la dicha más inesperada!..... ¿Te lo puedes tu imaginar? Me crees sin duda muy ingrata para contigo y la Providencia! ¿Qué otra cosa puedo desear más que el dulce nombre de hermana, que me podrás dar dentro de pocos dias?....

Otra persona de más experiencia que yo, hubiera descubierto seguramente al través de los trasportes de reconocimiento de Melania, uno de esos suspiros del corazon que hacen traslucir una pena secreta.

En cuanto á mí, completamente tranquilizada con esas palabras, la abracé y decidí á Fernando á retardar unas cuantas semanas nuestro casamiento, para que el de Melania se celebrara tambien el mismo dia.»

Basta por hoy; parece que ha platicado alguna cosa la Srita. Raffet: detengámonos aquí, querida Carolina, porque ya esto excede en mucho los límites de una carta. Adios, tú sabrás la continuacion de la historia en la próxima.

Tu mejor amiga

SOR TERESA.

#### CARTA XIV.

Regáñame cuanto quieras, Carolina, yo no puedo enviarte con más frecuencia esta especie de *in folios* que les doy el nombre de cartas, y que el correo me hace el favor de llevarte de mi parte. Por si acaso lo ignoras, es bueno que sepas, ingrata, que no hay una sola de las cartas que te escribo, que no me cueste perder cuatro ó cinco recreaciones, que es el único tiempo que puedo dedicar á eso, lo que me hace sufrir el suplicio de Tántalo, pues que miéntras que escribo estoy oyendo á mis compañeras que rien y se divierten alegremente: y yo, por tu cariño, resisto á la tentacion de ir á tomar parte en su gusto y buen humor, ¿No te parece que no deja de ser un sacrificio algo grande y generoso el que te hago?

Para castigarte, me ocurre no contarte la plausible noticia que tengo en la punta de la pluma....

Pero nó, quiero vengarme de tí con más nobleza, y decirte sin otros rodeos para no hacerte esperar más, que tu jóven prima Aurelia ha condescendido ya con ir á ver á nuestro excelente señor cura que, salvo el respeto debido, la ha hechizado completamente: ella está encantada de él, y él se aprovecha de tan buena disposicion para trabajar con ardor en su conversion. Tiene muchas esperanzas de conseguirla, aunque reconoce, á pesar suyo, que la Sra. Marval tiene cierta ligereza de ideas, y á veces es imposible cogerla; con todo, cree que, siendo tan estremosa, en cuanto sepa todo lo que Dios ha hecho para salvarla, llegará á ser una gran santa, y podrá aspirar á un trono tan elevado como el de Santa Teresa.

Pienso que el pobre del Sr. Marval, algo mortificado con los innumerables caprichos de su Aurelia, no se disgustará de que la hagamos entrar un poco en razon. Como ni mi edad ni mi experiencia son á propósito para corregir esos defectos de educacion religiosa, y además, no tengo tiempo suficiente para ello, he tenido mucho gusto en dejar ese cuidado y esa responsabilidad á nuestro digno párroco, á quien ella va á ver casi todos los dias, y de quien es recibida con suma bondad por su parte. Espéralo todo de su celo.

Ahora, si te parece, seguiremos la historia de la Srita. Raffet. No me respondes; luego apruebas conforme á aquel refran: «*quien calla, otorga.*»

Ten presente siempre que ella es la que habla, y que ella y Melania están en visperas de ligarse con los vínculos del himeneo.

«El dia de nuestra doble union estaba ya fijado: la parienta y antigua protectora de Melania, á quien por consideracion se le habia dado parte, habia ya contestado dando muestras de mucha satisfaccion, cuando Julia cayó gravemente enferma, causándonos inquietudes demasiado justas y sérias. Suspendimos los preparativos de las bodas; dejé mi papel de novia por el de enfermera, no separándome un momento de la cabecera de la cama de mi hermana política. ¡Ay! despues de diez dias de agudos sufrimientos, espiró en mis brazos, dándome las gracias por mis cuidados, y con los más vivos y edificantes sentimientos de piedad y resignacion.

Por una casualidad muy triste, tuvieron lugar sus funerales el mismo dia que de antemano habiamos señalado para nuestros matrimonios que, por segunda vez, y á despecho de Enrique y de Fernando, tuvieron que aplazarse por algunas semanas.

Pero, ¿cómo podía pensar en separarme de Alberto en aquellas circunstancias, y hacerlo presentiar el principio de aquella dicha, de que acababa él de ser privado, de una manera tan cruel é inesperada?

Las súplicas y los reproches de Fernando, no pudieron hacer variar mi resolución. Melania me imitó, y Enrique, que necesitaba volver á Paris, por haber concluido el tiempo de que podía disponer para estar separado de los negocios, se vió obligado á volver á tomar el camino tan solo como habia venido, y muy molestado porque habia anunciado á sus amigos que á su vuelta les presentaria una nueva y sorprendente hermosura.

Me sentia yo mala el dia que salió, y procuré ocultarlo, lo que al dia siguiente ya me fué imposible, teniendo que guardar cama. Llamaron al médico, y despues de haberme reconocido atentamente, declaró á mi hermano que, segun todos los síntomas, parecia que me iban á atacar las viruelas. Sin duda mis padres por un olvido, ó más probablemente, por una preocupacion demasiado comun, no quisieron que me vacunaran, cosa que á ningun niño se le debe dejar de hacer, pues á muy poca costa se les hace un servicio para toda su vida. El médico no sé equivocó, y á los muy pocos

dias, esa horrible enfermedad hacia sobre mí sus espantosos estragos. Melania, á quien ni el temor del contagio tan probable, por hallarse en iguales circunstancias que yo, pudo contener, se estableció junto á mi cama, y sorda á mis súplicas, no se separó de allí hasta que estuve fuera de todo riesgo. ¡Oh! cualquiera que haya sido despues su conducta para conmigo, jamás he podido olvidar, ni olvidaré nunca, esa prueba tan tierna de amistad.

Llegando á noticia de Fernando mi enfermedad, pareció muy afectado y alcanzó de mi hermano el permiso de entrar á mi cuarto muy pocos dias despues. Era precisamente el momento más crítico: mi rostro, cubierto de una máscara repugnante, no era más que un objeto que inspiraba disgusto ó lástima; á él no le causó sino el primero de esos sentimientos, y ya despues se contentaba con informarse por medio de Melania que, segun decia mi hermano, tenia mucho empeño en darle ella misma noticia de mi estado, y segun parecia, lo hacia con una escrupulosa y detallada exactitud, porque sus conversaciones eran cada dia más largas.

Sea de eso lo que fuere, ella cuidaba con un empeño cariñoso de que no me arrancase las gruesas

costras que cubrían mis facciones; y para calmar un poco la irritación que me causaban, las humedecia con una paciencia y un esmero sin igual; pero yo, vencida por el suplicio que sufría, procuraba burlar su vigilancia, y arrancaba algunas muy grandes, que dejaron en su lugar estas profundas cicatrices que surcan y desfiguran tanto mi rostro.

Por entonces, no pensaba más que en el ligero alivio que esa imprudencia me proporcionaba, y no fué sino muy tarde cuando comprendí todas sus graves consecuencias.

Mientras tanto, iba yo entrando poco á poco en convalecencia, y me dieron por fin licencia de levantarme, cosa que deseaba yo con la mayor ansia, porque habiendo pedido á mi hermano varias veces un espejo para juzgar de los efectos de la enfermedad sobre mí, siempre me lo había negado.

Debía yo estar muy espantosa: era la consecuencia lógica que sacaba de su obstinación en privarme de una satisfacción tan fútil. Por esto, luego que pude andar sin el auxilio de un brazo ajeno en que apoyarme, me aproveché de un ratito en que me dejaron sola, para arrastrarme como me fué posible hasta enfrente del espejo. Apenas

dirigí una mirada, cuando á la vista de aquella especie de monstruo que se me presentaba, di un grito de horror, que hizo entrar á Alberto. Lloraba yo á lágrima viva; y él comprendió desde luego el motivo de mi pesar: procuró consolarme, diciéndome que con el tiempo había yo de recobrar una parte de las ventajas físicas, cuya pérdida me llenaba de desolación: me citaba en apoyo de esto, varios casos de personas que habíamos conocido y cuya hermosura no había sido enteramente destruida por la cruel enfermedad que me había visitado. Consiguí persuadirmelo; enjugué mi llanto, y lisonjeándome con la esperanza tan halagadora que me había dado, le supliqué que le dijera á Fernando que no le permitiría yo que viniera á verme hasta que hubiera vuelto á ser su Paulina de otro tiempo.

Alberto, cumplió mi encargo; y Fernando, ocultándole sus nuevos proyectos, no le dijo más, sino que iba á aprovechar ese tiempo de privación de verme, en ausentarse de Burdeos, para terminar un asunto importante que reclamaba su presencia. Así, sin saberlo yo misma, favorecí el deseo que abrigaba de romper sin ruido y sin llamar la atención, una unión que la pérdida de una belleza efímera le había hecho ya odiosa.

El camino que tomó al alejarse de mí, nadie lo supo. ¡Ay! me equivocó; Melania lo sabía perfectamente, pero se lo ocultó á mi hermano que, enteramente confiado en la lealtad de Fernando, no podía imaginarse que faltara jamás á la palabra dada.

Yo tuve que desengañarlo, revelándole parte de la verdad que había venido á mi conocimiento por una indiscrecion que ahora considero como una feliz casualidad.

«Varias semanas se habian pasado, y yo adelantaba cada día más hácia mi completo restablecimiento, con lo que Melania quiso volverse al convento: no se lo permití sino con la condicion de que mientras de que yo no pudiera salir, me habia de venir á ver todos los dias.

Fiel á su palabra, venia á pasar conmigo horas enteras, y me daba gusto verla con una alegría no acostumbrada: yo ingenuamente pensaba que era por el gusto del recobro de mi salud y de su próximo matrimonio; porque cediendo á las instancias de Enrique, que me habia encargado que le defendiera su causa, creía haberla decidido á consentir en que el suyo se verificase ántes que el mio: no faltaba más que fijar el dia preciso, cuando una mañana la recamarera me entregó una car-

ta que decia era para mí. Creyéndolo así, no me metí en leer el sobre, sino que la abrí, y mirando que era de letra de Fernando, devoré las siguientes líneas:

«Alégrese vd., querida mia, he terminado todos sus negocios; ya ve vd. que no los he alargado mucho. Gracias al testamento de la señora su parienta, que dejó á vd. de legataria universal, no he tenido que hacer más que presentar el poder que vd. me dió para entrar en posesion de todos los bienes que forman un capital de treinta mil pesos. El castillo situado en medio de un delicioso jardin, tiene una pequeña capilla en que recibiremos la bendicion nupcial: daré todos los pasos necesarios para ello, y haré los preparativos convenientes. ¡Ah! olvidados de los hombres, viviendo solo el uno para el otro, ¿qué digna de envidia será nuestra suerte en este halagüeño retiro, que no le falta más que la presencia de su amable propietaria para convertirse en una mansion encantadora.

No retarde vd. su partida, se lo suplico mucho; venga sin dilacion, segura de que la espero con una ansiedad que tiene mucho de delirio. Ya no hay que dudar: tiembla vd., dice, al solo recuerdo de Enrique, y del pesar que su hermana experimentará con la ruptura de un matrimonio que desea-

ba tan ardientemente. Permítame vd. que le diga, que la amistad más susceptible no puede exigirle que se sacrifique vd. misma, á su agrado, casándose con un hombre á quien nunca ha querido: en cuanto á él, es demasiado ligero é inconstante para que le dure mucho el sentimiento de perderla: hoy, es cierto, ama á vd. apasionadamente; ni ¿cómo podía ser de otra manera, cuando sucede así con todos los que tienen la dicha de conocerla? pero, mañana..... ya la olvidará.

La posicion que vd. guarda respecto de su hermana me parece realmente mucho más difícil: ¡le ha probado á vd. tantas veces su amistad.....! pero ¿qué? ¿no le ha correspondido vd. de ningun modo? ¿Todo lo que ha hecho vd. en su última enfermedad se debe contar por nada?

Además, permítame que se lo repita: la amistad y el reconocimiento no pueden obligar á contraer unos lazos que harían desgraciados á cuatro en vez de á dos. Paulina misma, que es buena y juiciosa, sería de este parecer, si vd. se lo pidiera. ¡Pobre Paulina! siento yo tambien mucho el afligirla porque la he amado ántes que vd., y daría con gusto la mitad de mi vida, porque comprendiese que tan desfigurada como ha quedado, debe ya renunciar á todo matrimonio, á ménos que

no le importe poseer el corazón de su esposo. Sí, yo la quería, y desearia poder conservar su amistad. Pero no se disguste vd. por esto, pues creo que hará justicia á las excelentes cualidades que la distinguen. Yo quisiera tenerla por hermana, y á vd. por esposa: entónces sería el más afortunado de los mortales....! ¡Ay, querida Melania! ¿por qué no me dejó vd. ver más pronto su corazón? Nos habríamos librado los dos del pesar de afligir á Paulina y á su querido Enrique.

Pero, en fin; puesto que el mal es ya irreparable, venga vd. cuanto ántes, querida mia, á olvidar todos sus cuidados cerca de quien suspira por el momento en que podrá llamarse su esposo, etc.»

Tuve bastante valor para leer esta carta hasta el fin, y todavía más, para tomar desde luego mi resolución. Aunque mi corazón estaba destrozado por la ingratitud de Fernando y de Melania, le prometí á Dios que los perdonaría, y que no me habia de vengar de su conducta sino con la generosidad de la mia. En consecuencia, habiendo enjugado mis lágrimas, esperé con calma la hora en que habia de llegar Melania, á quien recibí con la cordialidad de siempre. Estaba ese dia, triste, preocupada; le pregunté la causa de su tristeza, y me respondió con cierto embarazo, que temia ver-

se obligada á separarse de mí, quizá por mucho tiempo, porque su anciana parienta habia caído enferma de resultas de los pesares que habia sufrido en la pérdida sucesiva de sus dos hijos, y la llamaba para que le cerrara los ojos. «Estoy esperando, añadió un poco avergonzada de su mentira, otra carta de ella, que sin duda me hará partir inmediatamente.»

«¡Ah! le dije, mirándola fijamente: ¡cuánto mejor sería que me confesaras con franqueza, que ya no quieres casarte con Enrique.....! porque no lo amas, y has preferido á algun otro que te está esperando para recibir tu mano y tu fortuna.....! ¡Paulina! ¡Paulina! exclamó cubriéndose el rostro con las manos, y deshaciéndose en lágrimas: ¡ya lo sabes tú todo.....! Sí, soy muy culpable.... Soy una miserable que ha hecho traicion á la más generosa de las amigas; pero ¡ay! si supieras cuántos combates he sostenido ántes de entregarme á esta fatal pasión, que deploro sin poderme librar de ella, ¡oh! me tendrías lástima en vez de maldecirme quizá.....»

¡Maldecirte, Melania! la interrumpí prontamente: ¿puedes siquiera figurártelo....? No, no; creo que no harás este agravio á tu desgraciada amiga.... ¡Pobre Melania! sí; has debido sufrir mucho

al engañarme como lo has hecho.... ¿Por qué dudaste de mi cariño....? ¿No sabes que ningun sacrificio me hubiera parecido caro por tal de asegurarte tu felicidad? Si en lugar de robarme el corazón de Fernando me hubieras dicho: Paulina, yo lo amo, no puedo ser dichosa sino con él; ¡ah! está segura, Melania, que no habria vacilado un instante en cedértelo; te lo habria sacrificado, siendo yo la primera que le dijera: «No piense vd. en mí.... es mejor que se case con ella.... y no me prive por una doble traicion de mi amiga y de mi novio....»

Yo lloraba, y á ella casi la ahogaban los sollozos. Entónces le presenté la carta de Fernando, y le referí por qué casual error la habia yo abierto y leído: la tomó con una mano temblorosa y quiso hacerla pedazos; pero yo lo impedí, y le dije:

Melania, es preciso que sepas su contenido. Espero que me perdonarás, agregué abrazándola, el que haya yo recorrido esas líneas ántes que tú, por haber reconocido la letra, y creer que era dirigida á mí.

¡Por Dios, Paulina! exclamó gimiendo y arrojándose á mis piés por más que yo me opuse:

Yo no merezco perdon, y ¿tú me lo pides á mí...? ¡Oh! tú eres la que has de perdonar á esta desgraciada indigna de tu amistad, cuya pérdida amar-

gará para siempre su existencia... ¡Paulina! ¡Paulina! Si puedes olvidar lo pasado.... consagraré el resto de mis días á probarte lo sincero de mi arrepentimiento.... renunciaré para siempre á él.... te sacrificaré con gusto su amor....»

La levanté del suelo, la besé con ternura, y pidiéndole á Dios que me inspirara lo que debía hacer, despues de unos instantes de silencio, le hablé en estos términos:

«Nó, Melania, el mal que está hecho es irreparable, y vale más, como él dice, que no sean más que dos los que sufran. Reflexiona que, si no has sabido vencer en su principio como debiste hacerlo una pasión sin esperanza, ¿cómo habias de poder conseguirlo ahora que te ves correspondida?

Sigue, pues, tu destino: pártete, vé á trabajar en su dicha, y dile que la única reparacion que le exige, es que cumpla su palabra de que pondrá todo empeño en hacerte feliz.

Combatida de mil opuestos pensamientos, la desgraciada era presa de una agitacion que tenia algo de delirio: se apretaba las manos, se estiraba el cabello, y sin oír siquiera lo que yo le decia, pronunciaba palabras incoherentes en que se descubria á su pesar lo violento de su pasión por Fernando. Yo no sabia qué hacer: y no queriendo que

nadie la sorprendiese en ese estado, cerré la puerta del cuarto y esperé con ansiedad á que se calmara un poco, para que escuchara los últimos consejos que tenia que darle. La espera fué larga; pero por fin, al cabo de una hora de esfuerzos inútiles, la tomé de la mano, la llevé ante mi Crucifijo, y arrodillándome con ella, le dije:

«Melania, si todavía me quieres, prométeme delante del Señor que murió por nosotros para redimirnos, que me concederás la última prueba de amistad que te voy á pedir.»

Si, todo lo que quieras; te lo ofrezco, exclamó con cierta especie de frenesí: mi vida es tuya.....

Pues bien, añadí abrazándola, vuelve al convento, arregla tu partida para esta misma noche, hazte acompañar de alguna señora de confianza, y sobre todo, cuida mucho de que no se sepa el motivo de tu viaje, y el rumbo que tomas....

¡Ay! Paulina, exclamó con un acento desgarrador: ¿qué es lo que exiges de mí?

—Lo que dictan la razón y la prudencia.—

—Pero, ¿qué dirá tu hermano Alberto si me voy sin verlo, sin darle las gracias por sus bondades, sin decirle nada de.... Enrique....

—Yo me encargo de todo; persuádetes de que si mis hermanos sospecharan siquiera que te vas á

casar..... con Fernando..... si supieran el lugar adonde te diriges, pedirian sin duda reparacion por el doble insulto que pensarian haber recibido, y entónces, ¿quién sabe si habria hasta sangre y lágrimas derramadas....?

—Paulina, me haces estremecer. ¡Oh Dios miol Ya desde ahora me castigais como merezco por los errores de mi corazon! ¡Oh! Si yo os hubiera amado más, no me veria hoy destrozada de remordimientos, devorada de inquietudes! ¡Ay de mí! ¿Cómo acabará todo esto....?

Bien, querida Melania, así lo debemos esperar de la bondad del Señor, á quien le rogarémos siempre ¿no es verdad? que nos vuelva á reunir un dia en su seno.

—Sí, sí; exclamó arrojándose á mi cuello; sí, pídele, Paulina, que me saque pronto de este mundo, donde no habrá para mí, en lo de adelante, ni paz, ni tranquilidad, ni dicha.... Paulina, mis pesares me quitarán la vida.... y ya no puedo hacer otra cosa.... Adios, Paulina, que el Señor te recompense tu heróica y sublime caridad, y me perdone á mí.

Adios, le dije al separarse de mis brazos, adios; sé muy dichosa, es el más vivo deseo de tu amiga, y será el objeto de sus más fervorosas oraciones.

Ya no pudo responder: los sollozos la ahogaban: sin volver la cara, se dirigió á la puerta, y desapareció.

Así que salió, agotada por la violencia que me acababa de hacer, me senté desfallecida en un sillón, entregándome á las más tristes y dolorosas reflexiones, aunque con una dulce satisfaccion interior de haber cumplido mi deber.»

Detengámonos aquí, querida Carolina, es ya tiempo de dejar descansar á la Srita. Raffet, y de desearte á ti muy buenas noches. Más dichosa que esa pobre Paulina, tú puedes llamarte con entera confianza, la amiga aunque sea..... de

SOR TERESA.

## CARTA XV.

Burdeos.

¡Victoria, querida Carolinal! tu prima ha triunfado por fin de un ruin respeto humano, de un miserable orgullo, y ha comenzado á hacer una buena y larga confesion general, cuyo primer efecto ha sido ponerla en paz dichosamente consigo misma. Ha venido muy contenta á darme parte de este primer paso que se le hacia tan difícil, y de que está tan satisfecha, que desea á todo trance procurarle á su marido la misma dicha. Puede ser que lo consiga si obra con prudencia, porque el Sr. Marval es tan bueno! que como decia mi papá, es la espuma y la nata de los hombres. Así, pues, si nuestro buen Cura profetizó bien cuando dijo que nuestra Aurelia seria una gran santa, ya está en el buen camino que conduce al paraíso; solo quisiera que no instase mucho á su marido; quizá

eso seria el mejor medio de apartarlo del bien para siempre; pues, sin murmuracion, es cosa muy árdua hacer entrar al camino de la salvacion á esa altiva mitad del género humano, que tiene barba y bigotes. Escríbele, pues, á tu prima, que es necesario que modere su celo, y se esfuerce primero con el cambio de su conducta, en hacer amar la religion á su marido. Despues, cuando él vea que la ha convertido en una mujer sumisa, empeñosa en agradarlo, virtuosa, en una palabra, él mismo hará justicia á la divina moral del Evangelio, y se verá obligado á imitar á su cara consorte. Sí; no dejes de escribirle en ese sentido unas cuantas líneas tuyas, conseguirán más que todos mis sermones por elocuentes que sean.

Me pides de tan buen modo en tu última carta que te acabe de contar la historia de la Srita. Paulina Raffet, que sin más preámbulos la tomo desde donde la dejé. Agradece á mi buena memoria, el que pueda repetirte, casi palabra por palabra, sus mismas expresiones: la hemos dejado abrumada bajo el peso del dolor que le causaban la conducta de Melania, y su partida. Continuó, pues, en estos términos:

«Por fortuna mia, detuvieron á mi hermano en casa de un amigo suyo, con lo que no vino á comer;

porque en el estado en que me hallaba era muy fácil que hubiera yo hecho traslucir algo, aunque involuntariamente, el secreto que habia prometido á Dios que guardaria en favor de Melania. Pasé una noche horrible sin poder dormir nada; pero por fin, poco á poco la oracion llegó á calmar mi triste corazon, y logré sentirme ya á la hora del desayuno con suficiente fuerza para hablarle á Alberto con cierto aire de alegría.

Me hubiera sido muy difícil engañar la cariñosa inquietud de mi querido hermano, si no hubiera estado él mismo, demasiado ocupado en ese día, con un negocio grave. Despues de la comida, me dijo abrazándome, que se miraba precisado á ausentarse por una semana; pero, añadió, me voy tranquilo, porque estoy seguro de que Melania te acompañará y te cuidará mientras vengo». Procuré sonreírme, y se fué muy convencido de que mi amiga no tardaria en llegar á hacerme compañía; lo dejé en esa ilusion, y como me sentia con mucha necesidad de darle alguna expansion á mi pobre corazon, me fui á buscar á mi director, á quien le confíe mis penas, suplicándole que me ayudase con sus consejos. Lloró conmigo, aprobó mi resolucion de ocultar cuanto pudiera á mis hermanos el matrimonio de Melania, y me hizo comprender que yo

no debia esperar otro alivio á mis pesares, que en el servicio y el amor de Dios, omnipotente consolador de los afligidos.

«Dedíquese vd., me dijo, á obras de caridad, le han de proporcionar una dicha mil veces preferible á la que ha perdido; dicha que en la edad y posicion de vd., se puede volver á hallar fácilmente.»

El santo sacerdote, amigo íntimo de mi familia, ni aun habia notado que daba yo miedo aun á los niños, que se retiraban al acercarme. ¡Ay! amo mucho á los niños, los quiero, los respeto como templos de la inocencia, como ángeles, imágenes vivas del que adoramos en el establo de Belen: nunca he podido ver sin envidiarla á una madre con uno de esos pequeños é interesantes seres en los brazos, y, despues de mi enfermedad, el primer movimiento de esas tiernas criaturas ha sido el de resistirse á mis caricias. Cruel suplicio, que he debido á mi aspecto; no le podré decir todo lo que me ha hecho sufrir, y cuánto tiempo y valor fué necesario para acostumbrarme á llevar esta cruz tan pesada, que me abrumaba, y habia venido á reemplazar tan bellas ilusiones.

Con todo, á la vuelta de Alberto, ya habia hecho á Dios el sacrificio de mis más caros afectos,

y recobrado bastante calma y tranquilidad de espíritu para emprender con él la conversacion que deseaba tener.

Hermano mio, le dije, muchas cosas han pasado en tu ausencia..... Tengo dos malas noticias que darte..... te han de afligir tal vez más que á mí, y.....

Sí, ya presumo, interrumpió él: te has disgustado con Melania; y de ahí ha venido un rompimiento; pero yo restableceré la armonía entre las dos.

¡Oh! nó, suspiré: no ha habido nada de eso.....

Yo lo creo así, porque tus criadas me han dicho que tú has llorado mucho en estos dias, y que Melania no ha vuelto desde la víspera de mi viaje.

Eso ha sido, le repliqué, procurando dominar mi emocion, porque no le ha sido posible; ese mismo dia tuvo que salir de Burdeos, para no volver nunca.....

¡Se ha ido de Burdeos para no volver jamás! repitió con algun enfado. ¿Qué quiere decir eso? explicate..... Renuncia á la union con Enrique?

¡Ay! sin duda que sí..... Pero no la juzgues con severidad, querido Alberto..... Ha tenido ra-

zones muy poderosas para decidirse á hacerlo, y causarnos tan gran pesar.

No podía tener ninguna, dijo con arrebatamiento; no hay una sola que obligue á faltar así á su palabra. Esto es horrible! Su conducta es infame! ¡Pobre de Enrique! no merecia una afrenta semejante tanta ingratitud.....

Hermano, le interrumpi con dulzura, créelo, ella es mucho más desgraciada que nosotros, al verse precisado á llegar á este extremo..... Además, es mejor porque no lo queria á Enrique.....

¿No lo queria?.....

No: me lo ha confesado llorando.

¡Es raro! pero ¿por qué no lo dijo más pronto?

Porque esperaba quizá unirsele á lo ménos por razon y reconocimiento.....

¡Miserable ocurrencia! decia, paseándose á largos pasos; ¡una mujer que no tiene nada, rehusar á Enrique por esposo!..... ¿Se puede creer eso.....? No..... hay algo ahí que me ocultas, Paulina, y que yo quiero saber..... dime la verdad, descúbreme dónde está, y yo sabré obligarla á que me hable con franqueza.

Temblaba yo como una hoja, y guardaba silencio: entónces dió él un golpe con el pié en el suelo, ya con impaciencia, y me repitió esta pregunta,

mirándome con fiijeza: ¿Dónde está? ¿Dónde está? Respóndeme.....

No puedo, le dije sollozando: he prometido guardar el secreto.

Vamos, replicó abrazándome, no te aflijas ahora, porque esa loca de Melania ha destruido uno de tus ensueños, una ilusion que acariciabas con tanto amor..... Se ha burlado de nosotros, ha engañado indignamente tu amistad; pero despues de todo, no hay por qué afligirte..... Sé prudente, Paulina, olvida una amiga que era indigna de tí. En cuanto á Enrique, espero que tendrá más filosofía..... Pero, estás bien segura de que Melania no se arrepentirá de esta tontera?.... Porque con ocultársela á Enrique, todavía se podria componer.

Nó! le dije: la suerte de Melania está fijada de un modo irrevocable.

Alberto tenia demasiada lealtad para sospechar siquiera la verdad, con lo que se figuró que habia renunciado al mundo, y exclamó: ¡Ah! ya entiendo, ha entrado á algun convento para hacerse religiosa: bien me lo puedes decir.....

¡Alberto! repliqué, si me quieres, y te doy alguna lástima, no insistas en eso; he prometido no decirlo.....

Bien, esto basta; cálmate, Paulina, te ofrezco no volverte á hablar de eso, pero consuélate: nosotros te amarémos en lugar de ella; y por tu parte ¿no puedes consagrar á tus hermanos, á tu novio, el puesto que una ingrata ocupaba en tu corazon?

A mis hermanos, sí; sobre todo, á tí, querido Alberto, exclamé arrojándome en sus brazos; pero á Fernando, no..... no quiero ni volverlo á ver.....

¡Bueno! ¿qué tú tambien has perdido la cabeza? me dijo Alberto.

—Al contrario, las razones que he tenido para renunciar para siempre al matrimonio, son tan graves, que tú mismo has de aprobar mi conducta.

—Bien! vamos de mal en peor!

Veamos, le dije llevándolo delante de un espejo; háblame de buena fe, Alberto mio: te casarias con un mónstruo como el que ves enfrente, si no tuviera dote?..... pienso que no; si esto es así, convendrás conmigo en que, si tuviera la necedad de casarme, estaria segura de antemano, de que nadie lo hacia sino por mi dinero, y con tal conviccion ¿crees que podré ser dichosa? ¡Oh! no! es imposible!

Pero, replicó con mucho fuego, ultrajas á Fernando, suponiendo que no te quiere tanto ahora como ántes de enfermarte; yo lo conozco mejor que tú, y sé que tus cualidades y no tu belleza fueron las que lo prendaron, y estoy muy convencido de que te ama lo mismo.

Movi la cabeza en señal de incredulidad, y añadió:

—Tú no me quieres creer; pero no tenemos más que esperar su vuelta, y él mismo te probará cuán injusta eres con él.

—Nó, nó, exclamé; no lo he de volver á ver.... ni él, ni nadie me harán cambiar la firme resolución que he tomado de no separarme de tí..... Por otra parte, hermano mio, es inútil ocultártelo más tiempo; he librado á Fernando de sus promesas, le he devuelto su palabra.....

Y ¿la aceptó él?....

Sí, sin vacilacion; aun hizo más, la recogió sin mi consentimiento; pero apénas lo supe, encargué á Melania que le avisase que por mi parte quedaba libre de sus compromisos: así, aunque ocultándole una parte de la verdad á mi hermano, conseguí, sin embargo, no faltar á tan delicada virtud.

Alberto, no pudiendo creer lo que yo le decia, sacudía la cabeza con enfado é impaciencia; yo hi-

ce cesar todas sus dudas, noticiándole que Fernando habia partido de Burdeos, despues de romper la negociacion que tenia entablada para conseguir la plaza que pretendia, prueba suficiente de que ya no pensaba fijarse en esta ciudad.

Al ver desvanecerse su última esperanza, se quedó Alberto por algunos instantes como un hombre que no acaba de despertar, y procura librarse de un sueño penoso: en seguida, tendiéndome los brazos, me dijo con una expresion indescribible:

¡Pobrecita! ¡Ah! que no pueda yo hacer para contigo las veces de todo....! que no pueda yo satisfacer á fuerza de cariño todas las necesidades de tu corazon....!

Las colmas por completo, le respondí, correspondiéndole las caricias que me hacia; y en lo de adelante esperó probarte que tu amistad basta para hacerme dichosa.

En efecto, su tierno interés, sus consideraciones tan delicadas y tan finas, endulzaron poco á poco la amargura de mi dolor, que la religion cambió al mismo tiempo en una dulce resignacion, y acabé por hallar en el amor de Dios y de mis semejantes una abundante compensacion de las afeciones perdidas.

En cuanto á Enrique, al saber la desaparicion

de Melania, se llenó de furor, fulminó mil anatemas contra las mujeres en general y contra ella en particular. Amenazó seriamente con recurrir al auxilio de la fuerza armada para buscarla por toda la Francia y obligarla á casarse con él; despues, cuando se desahogó bien contra su infiel novia, se consoló de repente, como lo habia previsto Fernando, y á los tres meses, queriendo utilizar los ricos presentes que tenia preparados, se decidió á ofrecerlos con su corazon á una señorita jóven, rica y amable con quien se casó poco despues. Esta union, que fué muy dichosa, me libró á mí de una cruel inquietud; porque temia haber comprometido la tranquilidad de Enrique, cuya constancia creia que era más grande.

Por crecidas que sean nuestras penas, siempre se aligeran si las personas que amamos están libres de esos pesares agudos que amargan la existencia. Así; acallando todo interés personal, todo sentimiento de egoismo, me aprovechaba del casamiento de Enrique, para instarle á Alberto á que lo imitara, pues todavía jóven, podia muy bien pasar á segundas nupcias. Agradeció el motivo que me impulsaba á obrar así; pero me prohibió tan expresamente que le volviera á hablar de eso nunca, á ménos que fuera por desear vivir aparte, que no

me atreví á hacerle desde entónces ninguna otra insinuacion.

«No se ha visto jamás, segun me parece, una amistad más santa y más tierna que la que nos unia á Alberto y á mí; no puedo compararla mejor que con la de San Gregorio y San Basilio: la descripción que hace de ella el primero de esos santos, representa tan bien el afecto recíproco de nosotros dos, que no puedo ménos que repetir ese trozo.

«Parecia que no teniamos sino una sola alma en dos cuerpos; y aunque no se debe dar crédito á los que dicen que todo está en todas las cosas, es preciso admitir que nosotros dos estábamos uno en otro; ambos teniamos un mismo deseo, el de cultivar la virtud y arreglar los designios de nuestra vida en vista de las esperanzas futuras, desprendiéndonos así de este polvo mortal, aun ántes de morir realmente.» (San Gregorio de Nacianzo.)

¡Ay de mí! Olvidando que Dios no prueba sino á los que ama, me lisonjeaba de que podria gozar mucho tiempo de la dulce y santa compañía de Alberto, cuando á los cinco años fui privado de él, despues de una corta y dolorosa enfermedad. Hasta el último momento procuró consolarme, presentándome motivos de fe; sobre todo, en esas cir-

cunstancias fué cuando su piedad causó admiracion á cuantos tuvieron la dicha de acercársele.

Creo poder gloriarme de haber recibido en mis brazos el último aliento de un santo, que era al mismo tiempo mi hermano y mi amigo.

Expresar mi dolor por su muerte, es imposible; me incliné sin murmurar bajo la mano del Señor que me hería en el lugar más sensible, pero lloraba una desgracia que me dejaba en el más completo aislamiento. Amaba tiernamente á Enrique, y no podía pensar en ir á vivir con él, porque sus gustos, su genio, eran muy diferentes de los míos, para que pudiera esperar hallar en él siquiera una parte de aquel tierno cariño que Alberto me había prodigado tanto. Además, estaba casado, y sabía yo por experiencia lo difícil que es para dos cuñadas el vivir con perfecto acuerdo. En cuanto á mis otros hermanos, no los había yo vuelto á ver desde que murieron mis padres, así casi no los conocía; nos escribíamos pocas veces, y la carrera que habían emprendido, era un obstáculo para que nunca pensase en reunirme á ellos. Por otra parte, siguieron de cerca á Alberto en el sepulcro; en ménos de un año murieron léjos de mí, y sin que los hubiese abrazado por última vez: sin embargo,

tuve el consuelo de saber que habían muerto cristianamente.

Después que se desbarató mi casamiento con Fernando, me había apartado completamente del mundo y de la sociedad; no trataba más que con algunos amigos antiguos de mi familia, cuyas filas aclaraba la muerte cada año, con lo que, cuando perdí á Alberto, me encontré casi sola sobre la tierra. ¡Oh! todavía me acuerdo de los crueles ratos que pasé en aquella casa que ya no animaba su presencia, y que me parecía una Thebaida, donde todo me recordaba la falta de mi querido hermano, único ser ¡ay! que me amaba todavía aquí abajo.

Nuestro buen Cura comprendió que yo no podía permanecer en una situación tan penosa, que con todo me empeñaba yo en conservar; pero usando de toda la autoridad que tenía sobre mí, me decidí á venir á establecerme en este pueblo, cuyo párroco era un discípulo suyo. Sin duda Dios fué quien se lo inspiró, porque acogida perfectamente por sus vecinos, no tardé mucho en hacerme amar de ellos, y poco á poco sus hijos acostumbrados á verme, venían á prodigarme sus caricias que envidiaba tanto. Hoy sería muy difícil poderle explicar á vd. lo feliz que me hallo. ¡Ah! bendito sea

Dios que nunca me ha privado de un bien, sino para concederme otro más estimable, por ser de su elección! Había yo deseado los gozes de familia, y he encontrado aquí numerosos niños, cuya ternura y amor embellecen mi vejez. ¡Oh! cuando Dios sea servido de llamarme á sí, no quedará olvidado mi sepulcro, ellos vendrán á rogar por la que llaman su buena amiga.»

Calló la Srita. Raffet, y yo le di las gracias con expresion por su deferencia, despidiéndome de ella bendiciendo al Señor, que ha dado á los hombres una religion tan bella y tan capaz de procurarles la verdadera felicidad.

¡Ojalá que nuestro reconocimiento fuera igual á sus dones, y que siguiéramos nosotras, querida Carolina, á ejemplo de esa piadosa señora, el camino que conduce al cielo, pues que solo en él tiene esperanzas de reunirse contigo, quien te ama tan de veras. Adios, me siento con ganas de predicar, y por temor de darte sueño, prefiero dejarte, suplicándote recibas las *buenas noches* de tu amiga

SOR TERESA.

CARTA XVI.

Burdeos.

Te estás dejando dominar mucho de la curiosidad, querida Carolina; me haces preguntas hasta cansar sobre la Srita. Raffet, y como yo no las puedo contestar, me veo obligada á recurrir á su amabilidad que nunca falta. Le han caído muy en gracia todas tus quejas por su silencio sobre la suerte de Melania, y te ha quedado muy agradecida por saber que ha conquistado tu corazón á la corta distancia de 150 leguas. En cambio, me ha encargado que te diga muchas cosas de su parte; pero como empiezo á tener algun celo de ese afecto, que podría muy bien hacer que me pusiera á mí en el segundo lugar de su lado ó del tuyo, me limitaré por hoy á referirte mi conversacion con ella. Entré y le dije:

«Señorita, otra vez Sor Teresa viene á molesta-

Dios que nunca me ha privado de un bien, sino para concederme otro más estimable, por ser de su eleccion! Habia yo deseado los goces de familia, y he encontrado aquí numerosos niños, cuya ternura y amor embellecen mi vejez. ¡Oh! cuando Dios sea servido de llamarme á sí, no quedará olvidado mi sepulcro, ellos vendrán á rogar por la que llaman su buena amiga.»

Calló la Srita. Raffet, y yo le di las gracias con expresion por su deferencia, despidiéndome de ella bendiciendo al Señor, que ha dado á los hombres una religion tan bella y tan capaz de procurarles la verdadera felicidad.

¡Ojalá que nuestro reconocimiento fuera igual á sus dones, y que siguiéramos nosotras, querida Carolina, á ejemplo de esa piadosa señora, el camino que conduce al cielo, pues que solo en él tiene esperanzas de reunirse contigo, quien te ama tan de veras. Adios, me siento con ganas de predicar, y por temor de darte sueño, prefiero dejarte, suplicándote recibas las *buenas noches* de tu amiga

SOR TERESA.

CARTA XVI.

Burdeos.

Te estás dejando dominar mucho de la curiosidad, querida Carolina; me haces preguntas hasta cansar sobre la Srita. Raffet, y como yo no las puedo contestar, me veo obligada á recurrir á su amabilidad que nunca falta. Le han caido muy en gracia todas tus quejas por su silencio sobre la suerte de Melania, y te ha quedado muy agradecida por saber que ha conquistado tu corazon á la corta distancia de 150 leguas. En cambio, me ha encargado que te diga muchas cosas de su parte; pero como empiezo á tener algun celo de ese afecto, que podria muy bien hacer que me pusiera á mí en el segundo lugar de su lado ó del tuyo, me limitaré por hoy á referirte mi conversacion con ella. Entré y le dije:

«Señorita, otra vez Sor Teresa viene á molesta-

ros de cuenta de la susodicha Carolina de que ya le ha hablado otras veces, la cual quiere resueltamente saber lo que le sucedió á Melania. Perdoneme vd. que se la recuerde. ¿No sería dichosa? ¿No es verdad?... No podia serlo, teniendo que reprenderse siempre, su ingratitud y su traicion para con una amiga como vd.

«No, es cierto, no lo fué. Desde que se casó, mi recuerdo la atormentaba noche y dia; y aunque eran satisfechos todos sus deseos, y su marido la amaba, y se vela madre de dos encantadores niños, con todos esos elementos de felicidad, sin embargo, un dolor secreto iba minando su salud.

—¿Y murió?... la interrumpí.

—Sí, el mismo año que Alberto. Me escribió en sus últimos dias, suplicándome que fuera á verla, y le diera una vez más la seguridad de que le habia perdonado su conducta pasada. «No moriré tranquila, me decia, si no te vuelvo á ver y me das el beso de paz.»

—¿Y fué vd. á cerrarle los ojos?—

¡Ay! no; mi hermano tambien estaba muy grave ya en esos dias; pero le escribí á la pobre Melania, que en cuanto me fuera posible, volaría á sus brazos. Su fin prematuro, que precedió al de mi hermano, me libró de esa promesa. Sí, le con-

fieso á vd., que me hubiera costado mucho ese paso; pero estaba decidida á hacerlo, porque lo consideraba yo como un deber de caridad.

Y despues no ha vuelto vd. á saber de sus hijas y de su marido?

¡Qué curiosa es vd., Sor Teresa! replicó sonriendo.

¡Nada de eso! todo es por encargo de Carolina.

Entónces, por el motivo que la hace obrar, voy á referirle un hecho que he ocultado aun á la Madre Superiora; creo que no se lo contará vd., á lo ménos yo se lo digo con esa condicion.

No tenga vd. cuidado, puede vd. hablar.

Hacia como tres años que me habia establecido aquí; ya tenia abierta mi escolita, y la adhesion de mis queridos niños me comenzaba á indemnizar con ventaja de las penas y fatigas que cuesta, sobre todo al principio, toda cosa nueva, cuando un dia, paseándome en la tarde por el campo, ví de léjos en el camino un carruaje volcado. Corrí al lugar de la avería para ofrecer, si era necesario, un asilo á los viajeros que les habia pasado ese accidente; y lo primero que se me presentó, fué una pobrecita niña, muy hermosa, que su padre todavía de buena edad, pero con la cabeza encanecida, llevaba desmayada en los brazos; se dirigia á

gran prisa al pueblo con su preciosa carga, dejando al cochero y á otro criado el cuidado de levantar y amarrar como pudieran el coche roto. Comprendí desde luego que se habia lastimado su hija, y sin perder tiempo en inútiles palabras de cortesía, lo alcancé y le supliqué que pasase á mi casa, donde se le daría á la enfermita la asistencia más esmerada. Me dió las gracias con educacion, y me siguió sin hacerse del rogar. Distábamos poco de la casa; y mi primer cuidado al llegar, fué mandar por el médico del lugar, hombre muy hábil, y mientras de que llegaba, hice poner á la niña en mi misma cama. En seguida, le dí á oler algunos cordiales, que la volvieron poco á poco á la vida. Su primer mirada fué á su padre, á quien le tendió una mano diciéndole con una expresion de sensibilidad que me hizo derramar lágrimas: «¡Pobre de mi papá! consuélate, no me moriré; nuestro buen Dios que te ha quitado á mi mamá y á mi hermana, te dejará á tu hija Eugenia..... ¡Oh! no llores, papá, no tengo más que un dolor en la pier-  
na.....»

Con razon, la inocente la tenia rota. Sin embargo, durante la dolorosa operacion que requeria el caso, no se le escapó un solo grito; se conformó con algunos quejidos sofocados, mil veces más des-

garradores que los llores y los gritos que reprimia por un motivo sublime de amor filial.

Yo la habia estado sosteniendo mientras que el médico acomodaba el miembro fracturado; habia ayudado á ponerla con suavidad en una cama preparada prontamente al lado de la mia. Cuando estuvo todo arreglado del modo conveniente, me llamó, y abrazándome, me dijo muy bajo para que no lo oyera su padre: ¡Oh! qué buena es vd! Cuánto le agradezco todo; creí por un momento que era mi buena mamá la que me tenia.....» Las lágrimas brillaron en sus ojos, las enjugó con la mano, y tomando un aire de contento, hizo venir á su padre, que hacia algun rato estaba como absorto mirando un retrato muy parecido de Alberto.

Señor, le dije sin mostrar que notaba preocupacion; ¿no responde vd. á su hijita que lo llama para darle un abrazo?

A mi voz, pareció salir de un sueño; me miró, se estremeció, se puso pálido como un muerto, sin contestarme y sin hacer el menor movimiento. Por mi parte, hallé en las facciones de aquel desconocido, ciertos rasgos que la ausencia no habia borrado enteramente de mi memoria, y exclamé subyugada por la emocion y la sorpresa:

¡El Sr. Devigne!...

—«Ella es!... no hay duda.... exclamó cubriéndose el rostro con las manos.

¡Ah! perdon, mil y mil veces perdon por haber presentado á sus miradas, un sér que vd. debe despreciar y aborrecer....»

Pronto me repuse de mi emocion. Le hice seña de que se callara por consideracion á su hija que, inquieta por su agitacion, parecia que iba á prorumpir en llanto; me comprendió, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se dominó, se acercó á ella, y le dijo abrazándola: «Eugenia, hija mia, da gracias á Dios por habernos traído á la casa de la mejor amiga de tu pobre mamá, de un ángel á quien quiero que veas como á tu segunda madre, de aquella buena Paulina, en fin, cuyo nombre te hemos enseñado á bendecir y á no pronunciarlo jamás sino con respeto y amor....!»

¡Qué felicidad! dijo la amable niña tendiéndome los brazos. ¡Qué felicidad! ¡Cuánto la he de querer! Sí, es buena, buena como vd., papá, buena como lo era.....

Se detuvo; el nombre de su madre espiró en sus labios, con un profundo suspiro.

Mi querida Eugenia, aunque muy chica entónces, prometia ya ser algun dia lo que ha sido des-

pues: una mujer completa, con el corazon más noble y mejor que pueda uno hallar.

Diré á vd. por abreviar, que en la conversacion que tuve despues con Fernando, y que se prolongó hasta muy entrada la noche, me dió los detalles más circunstanciados sobre la muerte de Melania, que, víctima de una profunda melancolía que no pudieron disipar ni sus esfuerzos ni las inocentes caricias de sus hijas, exhaló el último suspiro despues de decir estas dos palabras: ¡Paulina! perdóname!... su hija segunda la siguió muy en breve al sepulcro.

Habiendo resentido mucho la salud del Sr. Devigne con esos pesares, le aconsejaron los médicos que viajase para distraerse. Pero el pensamiento de tener que separarse de su Eugenia, le habia hecho diferir este proyecto, hasta que el temor de dejarla huérfana, lo habia decidido á desprenderse de ella por algun tiempo, confiándola entretanto al cuidado de las religiosas que habian educado á su madre. Al conducirla á Burdeos con ese objeto, y casi al llegar al término de su viaje, fué cuando se volcó el coche, y Dios permitió que ese funesto accidente fuese para mí el origen de los goces más dulces.

Me anticipé á los deseos de Fernando, ofre-

ciéndole encargarme de la educacion de su hija, lo que aceptó con gusto y reconocimiento, pues era un favor segun decia (son sus mismas expresiones), que jamás se hubiera atrevido á esperar.

Algunos dias despues, siendo muy satisfactorio el estado de Eugenia, partió despues de haberla abrazado y recomendándole que me viese en lo de adelante como á su madre adoptiva. Desde entónces procuré cumplir todos los deberes de ese cargo respecto de una niña tan amable. Pero ¡ah! su ternura, su amor me han pagado sobradamente mis penas; y cuando su matrimonio nos ha separado, he recibido la única recompensa que deseaba, la de oírla citar como un modelo de gracias, de amabilidad, de virtud, de beneficencia y de piedad.

—¡Oh! qué gusto tendria en conocerla, exclamé, estoy cierta de que la querria, porque la discípula se ha de parecer á la maestra....

—No sea vd. adulatora, interrumpió ella; vd. la ama sin esa recomendacion y la conoce perfectamente.

—¿De veras?

—Sí, — es la Sra. Leuplan.

—¡Oh! cómo no lo habia yo adivinado! exacta-

mente, su corazon está calcado del vuestro, y con una poca de penetracion, habria yo reconocido que era hechura de vd. Pero, por favor, ¿por qué no vive vd. con ella?

—En primer lugar, no estoy léjos; viene ella todas las semanas á pasar un dia conmigo, me franquea su corazon, me pide consejos, y no se despiende sino prometiéndome volver muy pronto. — Además, el Sr. Leuplan me ha dado su palabra de honor de no dejar á Burdeos; miétras que yo viva, tiene que habitar allí, y cuando llegue mi hora suprema, su mujer me cerrará los ojos. Así, aun suponiendo que acontecimientos imprevistos privasen al Sr. Leuplan de la alta posicion que ocupa, lo que es Eugenia no me será quitada. En cuanto á volver y establecerme con ella, jamás lo debí ni aun pensar: ¿podria yo, en conciencia, abandonar todos los hijos que tengo aquí, por seguir uno solo? Nó, Dios me habria castigado por esa preferencia; por otra parte, ¿qué, á mi edad, se vuelve á un mundo que se abandonó desde la juventud?

—No hay modo de desaprobar su conducta. Pero por último, permítame vd. una pregunta: si es imprudente, no me la conteste; no me he de enojar por eso.—

—Vamos, ¿cuál? quizá quiere vd. saber si el Sr. Devigne ha tenido una vez dichosa.

No, no es eso, porque aunque no sabia yo quien era, me ha bastado verlo en casa de su hija, presenciar el gusto con que lo reciben sus nietos, y la alegría que se refleja en su semblante, para convencerme de que es tan feliz como es posible aquí abajo; pero.....

—Diga vd.—

—Siempre no me atrevo.—

—Vaya, replicó: todavía me tiene vd. cortada....

—No, sino que me parece que debo mejor imponer silencio á mi curiosidad.....

Con todo.... no; lo que quería yo que me dijera vd., era si el Sr. Devigne no le ha vuelto á decir á vd. nada sobre casamiento.

Le dió tanta risa, que no pude ménos que imitarla; y luego me dijo con seriedad: «Cuando volví á ver á Fernando, ya me habia yo consagrado á Dios sin reserva, de lo que no le hice un misterio: él mismo habia sufrido amargos pesares, que maduraron su razon y encanecido su cabeza, con lo que creo que ni aun tuvo semejante pensamiento. Me ofreció todo lo que la prudencia permitia, una amistad sincera y fiel, y yo le correspondí con la

mia. Nos vemos con frecuencia y siempre con gusto, felicitándonos de haber cambiado un sentimiento tan pasajero como violento, por un afecto tanto más duradero, cuanto que trabajamos cada uno por nuestra parte en hacerlo eterno.

Muy bien, le dije al levantarme, Dios le ha probado á vd. que deseoso de su amor, ha querido poseerlo por completo, y vd. se ha apresurado á responder á su llamamiento: ha hecho vd. muy bien, hay ciertas almas que no están hechas para afectos terrenos.”

¿Sabes, querida Carolina, lo que se atrevió á contestarme? “¡Ah! Sor Teresa, vd. ha querido hacer mi retrato, y acaba de dibujar el de vd. misma.”

Tiene respuestas para todo la Srita. Baffet. Concluyo, pues; solo te cuento su original ocurrencia, para que veas que no es tan buena como á veces te digo. Adios, agrádeme lo largo de esta carta; pero en lo de adelante ya no te escribiré sino unas cuantas líneas bien contadas.—Tu amiga.

SOR TERESA.

## CARTA XVII.

Burdeos.

No creía yo ser también profeta, querida Carolina, cuando en mi última carta te amenazaba con ser muy lacónica; ahora es preciso hacerlo así, te escribo de prisa, porque apenas estoy convalesciente de una enfermedad que por poco me arrebató á tu amistad. Las oraciones y el cuidado de mis hermanas me han salvado, y no he sentido mucho verme volver á la vida, pues estoy muy lejos de creer haber merecido ya esa corona que nos espera en el cielo.

Lo que me aflige en estos momentos, es la orden formal del médico, de que me manden á pasar el estío en el campo. ¡Qué crueldad! ¡No sabe que con eso destroza mi corazón? ¡Ay! Carolina, qué débil y qué miserable es este po-

bre corazón!.... Lloro al pensar que me voy á separar de mi amada y respetada superiora, de Sor Victoria, cuya sola mirada me hace fáciles los deberes más penosos; de mis otras compañeras tan buenas, tan indulgentes conmigo; en fin, de la Srta. Raffet, á quien quiero tanto; de la amable Sra. Leuplan, de tu prima Aurelia, que ha tenido mucho pesar al saber la sentencia que me aleja de aquí.... Y mi Cura..... mi buen Cura, ¿quién lo reemplazará? ¡Ay de mí! quién sabe si no volveré á ver nunca esta santa casa, cuyo recuerdo conservaré como uno de los más dulces de mi vida? ¡Ay! no te escandalices de mis lágrimas, Carolina; aunque veas que las derramo con abundancia, no he murmurado contra la voluntad de Dios, y espero me concederá Su Magestad la gracia de no hacerlo jamás; al contrario, me conformaré con ella, si no con alegría, á lo ménos con paciencia, resignacion y amor.

En fin, adios; Sor Magdalena me manda que concluya por temor de que me fatigue demasiado.—Tu amiga.

SOR TERESA.

## CARTA XVIII.

F.\*\*\*

El juéves pasado, querida Carolina, fué cuando se ejecutó la sentencia de mi cruel médico, que tuvo valor de venir á presidir en persona semejante acto. Figúrate, pues, que me hizo envolver en una gran colcha, en seguida que me cargaran y metieran en un coche bien cerrado, y por último, se empeñó en acompañarme hasta la salida de la ciudad. Sor Victoria me trajo hasta aquí; sería largo contarte todas las recomendaciones que le hizo para que en el camino no me fuera á dar un aire, ó quedara expuesta al frio; tampoco te podría decir los frascos de jarabe, de éter, etc., que le dejó, para que me diera segun las circunstancias. Omitiendo todo esto por no fastidiarte, solo te diré que á pesar del sentimiento que me causaba el

que me hubiera desterrado de Burdeos, hizo tales cosas, que no pude ménos que darle las gracias con las lágrimas en los ojos, al despedirme, por el vivo interes que tenia por mí, y de que me habia dado pruebas tan tiernas y tan multiplicadas.

En fin, ya me tienes establecida á diez leguas de Burdeos, en un pueblo bastante grande, y que es tal vez el más pintoresco de este bello país, pero donde no encuentro nada de lo que he dejado en la ciudad.

El Cura de aquí es un santo, como hay pocos, pero tan viejo y tan enfermo que no lo veo sino pocas veces en la Iglesia. La Superiora, Sor Clotilde, es sin duda muy buena para conmigo; con todo, tiene un carácter tan grave, tan frio, que dudo poder acostumbrarme á él; y lo tendré que hacer indispensablemente. ¡Ay! Carolina, estas mudanzas nuestras de una casa á otra, es lo que se hace más penoso y difícil en nuestro santo estado; hasta ahora, es lo que me ha costado más; y en esas circunstancias es cuando hallo alguna dificultad en decir sinceramente y con todo el corazón: "Señor, que se haga tu voluntad y no la mia."

No te hablaria de mis nuevas compañeras, que todavía apenas conozco, si una de ellas, que está siempre de buen humor, no llevara tu nombre; la queria yo solo por esa razon, aunque no debiera yo amarla como á mi hermana. Cualquiera la creeria todavía una niña, pero ha hecho ya sus votos; visita á los enfermos en sus casas, y cuando yo me establezca, me dicen que me han de poner á acompañarla. ¡Ay! está resuelto que no he de volver á Burdeos; Sor Victoria me lo ha dicho al irse. Ese hipócrita de médico no fué más que como el órgano aparente de la Superiora general, por cuya orden he sido trasladada aquí, donde debo acostumbrarme á otra clase de trabajos.

Comprenderás fácilmente, que para ganar el ánimo y la confianza de nuestros campesinos, es preciso amar lo que ellos aman, interesarse por lo que ellos se interesan, y hablar con ellos de sus campos, de sus siembras, de sus cosechas, de sus vacas, de sus carneros, etc. ¿Cómo lo podré yo hacer que no sé ni cómo se planta una col? Sor Carolina, á quien le hice esta misma pregunta, me dice que ella se encarga de esa parte de mi educacion; debe hacer provision de mucha paciencia. Ella se ríe de

mi incredulidad, y me asegura que á los pocos dias de tratar á estas buenas gentes del campo, hallaré tanto gusto, que no los querré dejar voluntariamente por volver á Burdeos. Se me hace difícil, pero veremos. Me dice que he de hallar en ellos aquella fé sencilla y pura, aquella caridad heróica; en fin, todas aquellas virtudes que florecian entre los cristianos de la primitiva Iglesia. Ese cuadro es seductor, mas quién sabe si será exagerado.

Miéntras tanto, mis fuerzas van aumentando de dia en dia, y si así sigo, muy pronto podré volver á seguir mi práctica de medicina, en la que te diré que estoy muy adelantada; mis maestras no desesperan de que llegue á obtener el grado de Doctor; tal vez me espera un sillón en la Academia de las Ciencias..... cuyo honor tendré que declinar, pues parece que nuestro bienaventurado Padre San Vicente no previó ese caso en las constituciones que nos dió; y en la duda, lo más seguro es que renunciaré á tan alto puesto; pero á lo que no renunciaré nunca, querida Carolina, es á tu cariño y al título de tu amiga. Como mi nueva superiora no me ha desbantizado, sigo firmandome

SOR TERESA.

## CARTA XIX.

F\*\*\*

Estoy tan restablecida, querida Carolina, que nuestra Madre me ha dado las llaves del campo para que esté yo á su cuidado: creo que nunca me he sentido mejor; el ejercicio que hago me fortifica, tengo muy buen color, mucha gana de comer; así no te inquietes por mi salud, y en lo de adelante déjate de darme consejos de higiene, que son inútiles, primero porque ya no los necesito, y segundo porque conozco mejor que tú mi naturaleza, y algunos me dan risa. Además de que como te he dicho, he adelantado mucho en la medicina, y nada ménos que ayer obtuve *una mención honorífica* por haber sangrado á una pobre mujer que estaba muy mala. Era mi primer ensayo, pero lo hice con maestría, atacué valientemente

la vena, sin temblar para nada. Decididamente he de llegar á ser un buen médico!

Tengo que hacerte una confesion que cuesta mucho á mi amor propio, y casi no sé cómo decírtelo para que no creas que soy tan ligera como una veleta, y que mi corazon parece hospital. Pero ¡qué digo? Esa es precisamente mi excusa. ¿No debe una hija de San Vicente tener á su ejemplo un corazon de hospital y amar á todos sus hermanos? Quién se atreverá á sostener lo contrario? Ciertamente no serás tú; pues entónces ya no me podrias acusar de inconstancia si te cuento que es mucho lo que me gusta la vida que aquí llevo, y los consuelos abundantes que recibo. ¡Qué bueno es Dios! Los placeres, las flores que el mundo nos ofrece, ocultan siempre desengaños y espinas; nuestro Padre celestial, al contrario, nos hace hallar bajo las espinas los más suaves perfumes, los más dulces consuelos! Para hablar sin metáforas, te diré, Carolina, que estoy maravillada, edificada, de la piedad de los habitantes de este lugar.

No solamente las mujeres son cristianas, aun los hombres son muy piadosos: la paz reina en las casas, la union en las familias, y los niños

son muy sumisos á sus padres y respetan mucho á los ancianos. ¿Y á quién se deben tan inapreciables beneficios? A una humilde hija de San Vicente, á una modesta y oscura hermana de la Caridad, que, tanto por sus oraciones, como por sus palabras, ha conseguido cambiar las costumbres, ántes depravadas, de nuestros buenos campesinos: el espíritu del mal habia llegado á inspirarles tal desconfianza para con su pastor, que le huían y se alejaban de la casa de Dios, por tal de no oír aquellas máximas que les desagradaban. El celo del buen párroco no habia logrado sino escasas é imperfectas conversiones, cuando Sor Clotilde, llamada por él, vino á fundar la casa que hoy existe. Durante varios años regó con sus sudores esta tierra inculta en que la fé no podia echar raíz; no desalentándose por el ningun éxito de sus esfuerzos, continuó esparciendo en esas almas, muertas á la gracia, la buena semilla, dirigiéndoles palabras de vida y salvacion, y por fin recogió el fruto de sus trabajos.

Así que ella hubo preparado el camino al señor Cura, entónces él se puso en accion, y con gran disgusto del infierno, se verificó una resurreccion general. Despues de una mision que

se predicó allí, todos, hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, abjuraron sus errores, detestaron su vida pasada, se reconciliaron con Dios, en el tribunal de la penitencia, y de entónces acá no se ha desmentido su fervor.

En este pueblo no llaman la atencion como en otras partes, las personas que cumplen con la Iglesia, sino más bien las que no lo hacen: por esto, como en las cercanías de las grandes fiestas no podia dar á basto nuestro anciano Cura á todas las personas que deseaban confesarse, pidió al Sr. Arzobispo que le enviase un vicario, y ha venido un eclesiástico ya muy querido en el país y que predica admirablemente bien, con lo que ya no echaré de ménos los sermones de Burdeos.

Despues de esto no extrañaré que quedes penetrada de respeto hácia Sor Clotilde, que cada dia gana más mi afecto y confianza: por otra parte su gravedad está templada sobradamente con su gran dulzura, que no excluye, sin embargo, cierta firmeza de carácter; es naturalmente seria, pero llena de indulgencia con las demás; es la primera que nos exhorta á estar alegres, y se aprovecha de cuantas ocasiones se le presentan para procurarnos inocentes

distracciones: parece que goza mucho cuando ve que nos divertimos.

Sor Carolina me refirió ayer un rasgo de su infatigable caridad, que no quiero dejar en silencio; como esta hermana fué testigo de él, le cedo con gusto la palabra, sin reservarme más que el derecho de tener la pluma y de escribir como si ella me estuviera dictando lo que vas tú á leer.

“Hacia pocos dias que estaba yo aquí, y no conocia todavía á nadie, cuando una mañana al volver de la Iglesia, donde me habia detenido un poco más que mis otras hermanas, oí al pasar delante de una casita de muy miserable aspecto, los gritos penetrantes de un niño que decia:—¡Mamá grande, mamá grande, no te mates!.... Una voz respondia con cólera:—¡Hasta cuándo me has de dejar en paz? .....

Me detuve, y en un primer movimiento empujé la puerta, que por fortuna, mal asegurada, se abrió inmediatamente. Entré, y fui mirando á una infeliz vieja que golpeaba sin piedad á una niña de siete á ocho años, que la abrazaba y no queria desprenderse de ella, á pesar del medio tan brutal que empleaba para soltarse de esa ino-

cente criatura, cuyas facciones expresaban el susto y el dolor.

A mi vista, cesó la lucha; la anciana me vió con una mirada incierta y vaga, miéntas que la niña, apresurándose á encontrarme, exclamaba:—¡Oh! hermana, venga vd. á impedir que mi mamá grande se mate!..... Me acerqué toda temblorosa á la anciana, y tomando una de sus manos que no se atrevió á retirar, la dije con la mayor dulzura que pude:—Vd. debe ser muy desgraciada ¡pobre señora!

—Sí lo soy! contestó entre dientes; y cómo me lo pregunta vd., añadió, cuando está vd. mirando que no quiero hacer caso de los ruegos de esa niña, que despues de mi muerte ha de quedar sola y huérfana sobre la tierra..... ¡Ah! debí haber comenzado por ella para libertarla de una existencia demasiado penosa para nosotras.... ¡Oh! si hubiera, como dicen, alguna justicia allá arriba, habia de ser yo tan miserable cuando hay tantos tan ricos y tan felices!.....

Estas palabras me hicieron estremecer, y reprimiendo el penoso sentimiento que me causaban, la dije:

—No dudo, señora mia, que sus trabajos sean

muy grandes; pero no hay aquí abajo nadie que esté exento de sufrimientos; como vd. lo ha de saber muy bien, todos, cual más, cual ménos, somos pecadores, y con objeto de expiar nuestras faltas y hacernos merecer una dicha sin fin, es por lo que Dios permitió que los males nos visiten; y revelándonos contra su voluntad santísima, no hacemos más que aumentarlos en vez de disminuirlos. Por otra parte, ¿no teme vd. los juicios del Señor, que amenaza con castigos eternos á los que disponen de una vida de que solo Su Magestad es dueño? ¿Qué, quiere vd. despues de haber sido tan desgraciada en esta vida, seguirlo siendo por toda la eternidad?

—Es muy fácil hablar así para vd., que no le falta nada, contestó rechazándose con enojo; pero si vd. se hubiera visto como yo, dueña de un bonito rancho, y despues se quedara reducida á no tener por todo haber más que este jacal y una vaca, y que el pobre animal, única cosa que proporcionaba de comer, hubiera muerto á vuestra vista; querria yo preguntarla si hallaria vd. algo mejor que hacer, que acabar con tanta miseria, privándose de la vida?

—¿Ese es todo el motivo que le ha hecho tomar á vd. una resolucion tan mala? le pregunté.

—¿Y no es más que suficiente? me replicó. ¿Cree vd. que pueda yo sufrir mucho tiempo el suplicio que me prepara el hambre, las angustias que me atormentarán cuando esta pobre niña me pida pan, y no pueda yo dárselo?...

Al acabar estas palabras, prorrumpió en llanto, y yo le dije:

—Por qué desespera vd. de la Providencia divina? Vela hasta sobre los insectos más villes. ¿Cómo habia de abandonar á vd. Dios, que es su padre, y el más tierno de los padres?

—Entónces, ¿por qué no me dejó mi pobre vaca, como se lo supliqué tanto?

—Porque queria probar el amor que vd. tenia á Su Magestad; pero despues de la prueba viene el consuelo. Ahora suplíquele que le perdone su funesto proyecto, y esté vd. muy segura de que no tardará en enjugar sus lágrimas: tenga confianza en Dios, pues lo que es yo espero que le ha de dar pronto más de todo cuanto ha perdido.

Movió la cabeza manifestando incredulidad; pero ya no se le observaba ni desesperacion ni enagenamiento. Antes de separarme quise que

me prometiera que no habia de volver á atentar á á sus dias.

—No, me dijo, yo no ofrezco nada: ya estoy cansada de la vida....

Insistí, gasté toda mi elocuencia para arrancarle esta promesa, sin poder obtener más que el que difriese por unos dias la ejecucion de su fatal plan. Temblaba yo á la idea de dejarla sola, y al mismo tiempo comprendia la necesidad de ir á hacer que nuestra Madre superiora viniera en auxilio de esta desgraciada, cuyo corazon, lleno de despecho, estaba vacío de fé y de esperanza.

Al salir le hice seña á su nieta que me siguiera, y recomendándole brevemente que no la perdiese de vista y que llamase á alguna vecina, si la miraba volver á caer en el estado de exasperacion en que yo la habia hallado. Le pregunté su nombre.

—A mi mamá grande la llaman, la viuda de Don Pedro, y á mí me dicen Mariquita, me respondió la pobrecita niña.

Ya me iba yo, cuando fué á alcanzarme, y muy colorada y con los ojos bajos, me dijo:—Hermana, ¿qué no le dijo á vd. mi mamá qué desde antier no come nada?....

—¡Cómo así! ¡pobre señora!

—Sí, me interrumpió, no tenia más que un poco de pan.... y no quiso tomarlo, sino que me lo dió á mí.

—¿No tenia tampoco dinero?

—No, todo lo gastó en remedios para la vaca.

—¿Y por qué no fuiste tú desde luego á avisarnoslo?

—¡Ay! porque me hubiera regañado: dice mi mamá grande que mejor quiere morir que pedir un favor á nadie.

—Bueno; pues llévale eso, le dije dándole una cortedad que tenia yo en la bolsa; y le haces creer que es un préstamo que le hago, para que me lo pague cuando tenga otra vaca. ¿Me entiendes?

—¡Oh! sí, replicó saltando de alegría; pobre mamá grande, voy á comprarle pan.

—Sí, pero pronto; no vayas á detenerte por ahí.

—No tenga vd. cuidado, está muy cerca la panadería, y corro en seguida.

Ella se fué y yo me apresuré á volver á nuestra casa.

Sor Clotilde me recibió con un aire severo, y

sin duda me iba á reprender por no haber estado en el refectorio á la hora del desayuno de mis hermanas, cuando yo le pedí perdon de esa falta involuntaria, y le referí lo que me acababa de pasar.

—Está bien, hermana, me dijo; hizo vd. lo que exijia la caridad; pero ¡ay! ¡cómo lograremos sacar á esa infeliz de tan mala situacion?... ¡Ah! prosiguió despues de un momento de silencio y de reflexion, quizá ese triste accidente será en los decretos de la Providencia, la hora de la misericordia para esa pobre mujer. Hasta hoy ha cerrado su corazon á la gracia; conquistémoslo para Dios por medio de un nuevo esfuerzo de caridad. Hermanas, agregó dirijiéndose á sus compañeras, vayan un momento, se los pido, á la capilla, á postrarse delante del Señor, y pídanle que dirija una mirada de piedad hácia esta infeliz, y á mí que me inspire lo que debo hacer para salvar á la vez su cuerpo y su alma.

Inmediatamente se fué á ver á la viuda de D. Pedro. ¿Qué palabras empleó para conmo- ver esa alma endurecida? Nos las ha ocultado siempre su humildad; pero á su vuelta estaba ya con su calma y gravedad acostumbradas, y

nos tranquilizó sobre la disposicion de espíritu de la pobre mujer, que parecia haber renunciado á su criminal designio.

—Con todo, temeria mucho no haber conseguido más que una dilacion, si no me fuera posible comprarle una vaca para reemplazar la que ha perdido: yo así se lo he ofrecido; no me falta sino hallar los fondos necesarios para cumplirlo. Tomaré algo de la caja de los pobres; poco, porque este dinero es para todos los desgraciados, y no me es lícito emplearlo en provecho de uno solo. Ustedes, hermanas, tambien verán lo que me pueden dar.

No somos nada ricas nosotras; pero reuniendo todas nuestras cortas economías, le pudimos llevar cosa de ocho pesos, que junto con lo que ya tenia, apénas hacia la tercera parte de la suma que se necesitaba. ¿Y esa cómo se completaría? En dos leguas á la redonda no se conocia más que una casa opulenta. Era un antiguo palacio habitado por una viuda rica, muy extravagante, que jamás salia sino cuatro veces al año para ir á la iglesia; no habia hecho una sola visita á su Cura, y se habia negado á recibirle en su casa cuantas veces lo habia pretendido. Extraños rumores circulaban acerca

de su conducta, y se aseguraba en la comarca, que nadie habia recibido nunca de ella la más corta limosna. A pesar de todo, á esa casa se en camino Sor Clotilde, muy confiada en el divino auxilio: yo la acompañé.

Comprenderá vd. mejor todo el mérito de ese paso, con saber que la viuda de Don Pedro, por quien ella iba á sufrir los desprecios y desdenes de aquella señora, siempre la habia estado insultando y maldiciendo. Esa infeliz, cuya miseria habia exasperado su carácter, sentia un odio implacable contra todos los que le parecian ménos pobres que ella: no podia perdonar á nuestra Madre el bien que hacia en el país.

Cuando á nosotras nos encontraba en la calle, nos insultaba grandemente: unas veces nos trataba de hipócritas, otras nos acusaba públicamente de que gastábamos en festines y placeres el dinero que nos daban para los pobres. Un dia que una vecina suya le reprendia sus odiosos cuentos, no tuvo vergüenza de contestarle, que nuestra Madre habia tratado de comprar su silencio en muy alto precio. Cuando le refirieron esta infame calumnia, como es tan buena, no contestó sino—;Dios mio! que hable ella cuanto quiera, si vos no os ofendeis; no es

su silencio lo que deseo comprar, su pobre alma es la que quisiera rescatar para Vos!

Cuando una vez le dijeron que no se ocupara tanto de esa pobre mujer, que parecia tan poco digna de su empeño:

—¡Oh! interrumpió con dulzura; la conducta que Dios tiene con nosotros, miserables pecadores, hijos pródigos é ingratos, ¿no nos da la medida del amor que debemos tener á nuestros hermanos? Le ofendemos sin cesar, y sin cesar nos perdona; portémonos de la misma manera con nuestros semejantes: ¡ay de aquellos que guiados por motivos humanos, se atreven á poner límites á su caridad!

Dispénsese esta interrupcion y volvamos a nuestro asunto.

Recorrimos la media legua que nos separa de la habitacion de la Sra. de Thaar (la susodicha anciana), sin hablar ni una sola palabra en todo el camino, y le puedo asegurar á vd., que á pesar de la fama que tengo de ser muy habladora, no sentia yo gana ninguna de romper el silencio que nuestra Madre guardaba. Me inquietaba mucho su aspecto, más severo que de costumbre, y sobre todo iba yo temiendo el recibimiento que nos iban á hacer en aquel te-

mible castillo, donde lo mejor que nos podía suceder era que nos dieran con las puertas en la cara.

Por desgracia no soy muy valiente, y le confieso que cuando tocamos la campanilla de la reja, se pusieron á temblar mis rodillas de tal modo, que dudaba si tendrían la cortesía de sostenerme por más tiempo. Un anciano, con tipo de honradez y de criado antiguo de casa grande, se presentó á abrirnos y nos preguntó con el sombrero en la mano, qué era lo que queríamos; nuestra Madre respondió con resolución, que deseaba hablarle á la señora.

No hizo objecion alguna, sino que nos introdujo al castillo, nos hizo entrar á un salon, el más gótico de todos los salones góticos, y nos dejó allí para irle á avisar á su ama.

Yo estaba esperando ver salir á una venerable anciana, encorvada, peinada de polvos, con chiquiadores, palillos, peineton y otras modas pasadas, cuando con gran sorpresa mia se abrió la puerta y fuí mirando entrar á una señorita jóven, muy agraciada, vestida de negro, que con la sonrisa en los labios, nos dijo al saludarnos:

—Hermanas, vdes. se me han anticipado, y

lo sentiria yo demasiado, si el gusto que me causa el verlas en mi casa, no fuera bastante grande para consolarme de no haber ido yo primero á visitarlas.

Nuestra Madre y yo nos vimos una á otra, como para preguntar si estábamos de veras despiertas, porque era muy singular hallarnos con una señora brillante de juventud, cuando creíamos encontrar á una de cerca de un siglo. Ella adivinó sin duda lo que pensábamos, porque sentándose entre las dos, nos dijo sonriendo:

—Vdes. se han sorprendido del cambio que ha habido en la dueña de esto, y no saben explicarse cómo buscando á una Señora de Thaar, que tenia sus noventa años largos, se han hallado otra que no tiene ni cinco lustros....

—¡Ah! interrumpió con viveza nuestra Madre; pero creemos, señora, que no nos tendremos que quejar de ese cambio.

—A lo ménos yo haré cuanto esté á mi alcance con ese fin, respondió suspirando. ¡Ay! sé muy bien que el nombre de mi pobre tia no es querido ni bendecido en esta comarca... Con todo, su conducta extravagante se excusa y explica fácilmente, porque á consecuencia de agu-

dos pesares se habia llegado á debilitar de tal modo su ánimo, que habia caído en una especie de misantropía que la hacia evitar el trato de todos; mi marido mismo, su propio sobrino, jamás eran admitidos á su presencia; el antiguo criado que recibió á vdes., y una recamarera vieja, eran los únicos seres humanos que trataba hacia veinte años. Sin embargo, hace tres meses, sin que nos pudiéramos explicar el motivo que tuvo, se puso en camino y vino á sorprendernos con visitarnos en Burdeos. ¡Ay! el gusto que tuvimos de abrazarla, de recibirla en nuestra casa, se cambió muy pronto en duelo. Pocos dias despues de su llegada, aunque nada hacia temer su próximo fin, pidió que la viniese á ver un sacerdote; se confesó con él, y suplicó con instancia que le administrasen los Santos Sacramentos de la Eucaristía y Extrema-Union. Se queria aplazar esa ceremonia por parecer anticipada; pero insistió tanto, repitiendo que conocia que le quedaban muy pocas horas de vida, que fué preciso complacerla, aunque nos parecia solo una impertinencia de la edad; pero ¡oh! cuánto nos alegramos de haberlo hecho así! Al dia siguiente la hallamos muerta en su cama..... A consecuencia de un

acontecimiento tan funesto, mi marido ha quedado de heredero de esta finca, adonde jamás habia yo venido, y que solo habito hace muy pocos dias.

Me proponia ir mañana á presentarme á vdes., Hermanas, á quienes estimo tanto, y ofrecer mis respetos al Señor Cura, que espero olvidará las faltas de mi tia, faltas que bien se pueden ver como involuntarias, pues que parece no tenia el libre uso de su razon, que recobró solamente poco ántes de morir para poder hacerlo cristianamente.

Ya se podrá vd. figurar que la amable acogida de aquella jóven señora nos hizo estar muy pronto de confianza, y que Nuestra Madre no tardó mucho en exponerle con franqueza el fin interesado que nos guiaba: ella no vaciló un punto en entregarle la cantidad que faltaba para la compra de la vaca deseada, y le dijo con las lágrimas en los ojos:

—Como será bueno rehabilitar la memoria de mi tia en estas tierras, en que sé que le hacian muy poco favor, le suplico á vd. que tenga la bondad de decir á su protegida, que este dinero lo he tomado de una alcancia formada

desde hace mucho tiempo por la difunta, cuyo empleo dejó explicado en su testamento por estas palabras: "Es mi voluntad que todo lo que contiene mi alcancía sea distribuido despues de mi muerte entre los pobres de F\*\*\*; ellos me han maldecido durante mi vida, ojalá que me llenen de bendiciones cuando ya no exista!"

Es preciso convenir que la dicha señora era muy extravagante, y que sus rarezas podrian calificarse muy bien como verdaderas locuras; á lo ménos no se puede explicar de otro modo su conducta. Con todo, si ha llevado buena intencion al obrar así, Dios se la habrá tenido en cuenta.

No es necesario añadir que la vaca se compró, y que el deseo de suicidarse se le pasó completamente á la viuda de Don Pedro; y no solo, sino que le pudo tanto la caridad de Nuestra Madre, que poco á poco fué abriendo su corazon al arrepentimiento, y hoy es una de las más fervorosas cristianas y de las más entusiastas admiradoras nuestras. ¡De qué cosas depende el aprecio humano!... Todas las simpatías de esa pobre mujer se las debemos á una vaca y á un cerdo..."

Aquí, yo, Sor Teresa, tomé la palabra para preguntarla:—¿Cómo á un cerdo?

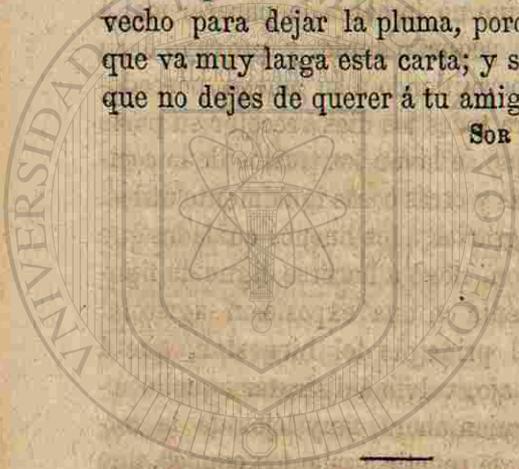
—"Sí, hermana, á un cochinito de leche, cuya madre tenemos y que nos ha dado siete hijitos, unos más bonitos que otros. Nuestra Madre creyó que no le habia de parecer mal á la viudita un pequeño cerdo, y proveyó á su subsistencia permitiendo á su nueva poseedora, que viniera todos los dias á recojer su parte del agua en que se lavan los trastos de la cocina, de cáscaras y otras cosas igualmente útiles.

Más tarde, gracias á los buenos cuidados que se le prodigaron, llegó á hacerse digno de figurar honrosamente en una exposicion agrícola, lo que fué el principio del bienestar, que á fuerza de trabajo, volvió á disfrutar aquella activa señora, quien ahora, muy léjos de la miseria, no cesa de repetir á cuantos conoce, que es necesario no perder nunca el ánimo y mucho ménos desconfiar de la Providencia Divina. Por lo que respecta á Mariquita, su nieta, es una muchacha muy piadosa y la más trabajadora de todas nuestras educandas; con esto, aunque todavía tan jóven, es ya codiciada por todas las personas que tienen algun hijo que establecer: así, cuando su mamá grande se de-

cida á casarla, no tendrá más que el trabajo de elegir entre los más ricos y de mejores prendas, de aquí y de los alrededores."

Adios, querida Carolina, un acceso de tos corta la palabra á nuestro orador, y yo lo aprovecho para dejar la pluma, porque no digas que va muy larga esta carta; y sólo te suplico que no dejes de querer á tu amiga:

SOR TERESA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA XX.

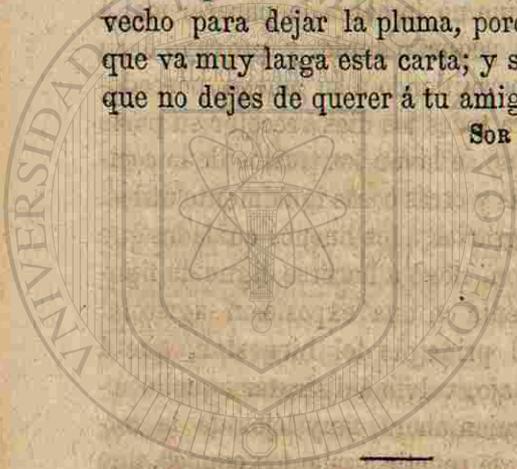
F\*\*\*

Quando estaba yo en Burdeos, te decia que me costaba trabajo hallar un ratito para platicar contigo, y era la pura verdad: pues bien, aquí, querida Carolina, me sucede lo mismo, ó mejor dicho, me es muchísimo más difícil, porque Nuestra Madre no consiente que pase yo las recreaciones en borrar papel, sino que precisamente quiere que en ellas juegue, platicue y me divierta con mis hermanas, como si no fuera también muy agradable para mí el platicar contigo. Por más que se lo digo, de todos modos permanece inexorable, sin responder á todas mis lamentaciones más que una misma cosa: "En su edad, hija mia, se necesita de movimiento y de distraccion; es una co-

cida á casarla, no tendrá más que el trabajo de elegir entre los más ricos y de mejores prendas, de aquí y de los alrededores."

Adios, querida Carolina, un acceso de tos corta la palabra á nuestro orador, y yo lo aprovecho para dejar la pluma, porque no digas que va muy larga esta carta; y sólo te suplico que no dejes de querer á tu amiga:

SOR TERESA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA XX.

F\*\*\*

Quando estaba yo en Burdeos, te decia que me costaba trabajo hallar un ratito para platicar contigo, y era la pura verdad: pues bien, aquí, querida Carolina, me sucede lo mismo, ó mejor dicho, me es muchísimo más difícil, porque Nuestra Madre no consiente que pase yo las recreaciones en borrar papel, sino que precisamente quiere que en ellas juegue, platicue y me divierta con mis hermanas, como si no fuera también muy agradable para mí el platicar contigo. Por más que se lo digo, de todos modos permanece inexorable, sin responder á todas mis lamentaciones más que una misma cosa: "En su edad, hija mia, se necesita de movimiento y de distraccion; es una co-

sa indispensable, y su amiguita sentiria mucho que permitiese á vd. el sacrificar la salud á un gusto pasajero: aprovéchese de los últimos dias hermosos de la buena estacion, para pasear y hacer ejercicio, que despues ya tendrá tiempo para escribir lo que quiera.”

Y como esos bellos dias se han prolongado mucho, no he podido tomar la pluma más pronto. Un dia le dije por chanza á Nuestra Madre, á quien le tengo una confianza enteramente filial, que era ya mucha tiranía el no dejarme escribir. Y ¡sabes lo que hizo? Se puso á reír, cosa que no es muy frecuente en ella, y me llamó *loquilla*. En fin, me vino, por fortuna, un fuerte constipado, y como no podia yo salir, obtuve la licencia deseada. Así, ¡ten cuidado! porque si quieres leer mi carta de seguido, tendrás materia lo ménos para una hora. Hace tanto tiempo que no te escribo, que tengo una multitud de cosas que contarte; si todo lo pusiera, saldria un libro *in folio* muy grueso. Pero como Nuestra Madre no me lo habia de permitir, no te daré sino un extracto de la interesante obra que podria componer. Ya lo ves, querida Carolina, una pobre hermana de la Caridad está obligada á sacrificar su amor

propio á su deber. Fuera de broma, no he tenido desde que estoy aquí ni un momento de fastidio; bien es verdad que, aun cuando hubiera querido, no lo habria podido tener, pues estoy tan ocupada, como voy á contarte: por lo regular hacemos Sor Carolina y yo, todos los dias, dos visitas á los enfermos; por la mañana vamos á ver á todos los del pueblo; despues de comer, haga buen ó mal tiempo, visitamos á los de los alrededores, y á veces tenemos que caminar una legua ó legua y media ántes de llegar al término de nuestra excursion; si cuentas la vuelta, ya verás lo que andamos; hay dias que quedamos tan cansadas, que hasta se nos hinchan los piés; pero la noche repara nuestras fuerzas, dormimos de una sola pieza, y al dia siguiente comenzamos de nuevo con más ganas. Además, somos abundantemente recompensadas de nuestras fatigas cuando logramos volver á Dios á alguna pobrecita oveja extraviada, y podemos decir con confianza á un moribundo: “Sal, alma *cristiana*, sal de este mundo.”

Hasta ahora, Carolina, no he visto más que un solo pecador que haya muerto sin reconciliarse con Dios. El infeliz resistió obstinada-

mente á nuestros ruegos, hasta á nuestras lágrimas.

Perseverando en un endurecimiento que nos aterrorizaba, se hizo sordo á las piadosas exhortaciones de nuestro Cura, y murió como había vivido, en la impenitencia. ¡Ay! Carolina, qué espantoso es ver desprenderse, entre las angustias de la agonía, á una pobre alma que no ha querido conocer el fin para que fué creada, y que va á perderse por toda la eternidad!....

Felizmente, ejemplos semejantes son muy raros aquí, y la mayor parte de nuestros buenos campesinos, cuando se hallan enfermos, no esperan á que nosotras les advirtamos lo grave de su situación para llamar al confesor, sino que ellos mismas ruegan que se les administren cuanto ántes los últimos Sacramentos. Hé visto aquí moribundos de toda edad, y todos me han edificado mucho por su resignacion, su amor á Dios y su confianza en la misericordia divina. Ya que se ofrece, no puedo resistir al deseo de contarte una historia que terminó con una catástrofe que llenó de consternacion á toda esta comarca.

Uno de los labradores más ricos de aquí,

Andrés, era padre de un hijo único, que merecía bien su ternura y el amor que le tenía su madre. Se llamaba Adrian, y llegaba ya á los veinte años, cuando sus padres, que deseaban ver continuada su descendencia en sus nietos, le pidieron que se casara. Mucho tiempo resistió él á sus súplicas, porque temía mucho irles á llevar una nuera que no les tuviera tanto cariño como él deseaba. Su madre, cansada de sus vacilaciones, se resolvió á escojer por sí misma entre las jóvenes de por allí la que le pareció reunir las cualidades más á propósito para asegurar la felicidad de Adrian, y se la propuso. Con su instinto de madre descubrió en el corazón de su hijo, que, aunque en secreto, tenía mucha inclinacion por la joven de que se trataba; pero que no se atrevía á decirlo porque Francisca era una pobre huérfana, que no poseía, por único patrimonio, más que bonitas facciones, mucho amor al trabajo y una alma angelical. Mucho se asombró de que la esposa de Andrés viniese á pedirle su mano para su hijo, uno de los ricos del lugar. Tú creerás, tal vez, que la pobre no tardó nada en decir que sí, pero te equivocas, pues ella, ántes de aceptar tan brillante propuesta,

quiso saber nuestra opinion y la del Señor Cura, y no se resignó á ser la novia del honrado y bien apersonado Adrian, sino cuando le dijimos nosotras que era preciso que se casara con él. Adrian se llenó de alegría cuando le llevamos el consentimiento de Francisca, y muy pronto se llegaron á amar hasta el delirio nuestros dos jóvenes, con lo que se fijó el dia de las bodas, que por su magnificencia debian recordar las de Camacho. Llegó por fin ese dia esperado con tanta ansiedad, y Adrian, que se habia levantado desde muy temprano y vestido con sus mejores trages, no esperaba más que la llegada de sus amigos para ir á la casa de su futura.

Las horas se le hacian demasiado largas, y para distraerse del enfado de estar esperando, se puso á ayudar á su madre, que se fatigaba porque nada faltase en la fiesta.

Ya habia él adornado con flores la recámara nupcial, y oía de léjos á sus amigos que venian por él con una alegre música, cuando notó, que contra su costumbre, habia olvidado su escopeta, con la que habia cazado la víspera, en un rincón de la pieza. Sabia bien que Francisca no podia ver sin estremecerse esa arma

homicida en sus manos, y para ocultarla á sus miradas, quiso subirla encima de un ropero. Por desgracia, en el mismo instante los gritos de sus amigos que lo llamaban, le hicieron olvidar su ordinaria prudencia, y por darse prisa, no advirtió que la escopeta se habia atorado en uno de los alamares de las mangas de su chaqueta, y al retirarse, el movimiento hizo partir la descarga que recibió en el pecho.....

Al ruido de la detonacion, se precipitaron todos á su cuarto, y lo encuentran caído en el suelo y bañado en sangre.

Sin embargo, todavía respiraba y pudo explicar cómo le sucedió esa horrible desgracia.

Después, lleno de fé y de resignacion, pidió y recibió, en medio de sus parientes y de sus amigos, deshechos en lágrimas, la Extrema-Union y el Sagrado Viático; sacando en seguida de su misma piedad motivos sublimes de consuelo, trató de calmar á su desolado padre y á su madre desgraciada, y les pidió de la manera más tierna que en lo de adelante vieran á Francisca como si fuera su propia hija.

“Muero tranquilo, les dijo, porque conozco su corazon y sé que ella hará muy bien mis veces respecto de vdes. ¡Oh! sí, sus cuidados,

su ternura, calmará vuestro pesar. ¡Pobre Francisca!...  
 “¡Ay! querida madre mia, prométame vd. que la ha de querer porque yo la he querido tanto, y del mismo modo que vd. ama á éste su moribundo Adrian.”

Su madre se lo prometió sollozando: pareció que quedaba él contento, se sonrió y suplicó que le permitiesen ver una vez más á la que en esa misma hora debia haber recibido por esposa al pié de los altares.

¡Ay! nosotras tuvimos el encargo de anunciar á la pobre niña la desgracia que le acababa de acontecer; á esa funesta noticia inclinó la cabeza bajo la mano de Dios, y poniéndose de rodillas le ofreció el cruel sacrificio que le pedia; despues, apoyada en nosotras, pálida, silenciosa y seguida de sus compañeras, llorando, tomó, ataviada con el vestido de novia, el camino de aquella casa de duelo, donde todavía esa misma mañana creía que habia de entrar al ruido de las músicas y en medio de los gritos de alegría.

Su entrevista con Adrian fué tierna; ninguno de los dos olvidó, que por dolorosos que sean los golpes del Señor, jamás debemos murmu-

rar contra los decretos de su Providencia. Todo el tiempo que Adrian conservó un soplo de vida, Francisca se mostró con el mayor valor, no separándose de él ni un momento y exhortándolo á la paciencia, á la resignacion y á los más vivos sentimientos de confianza en Dios. Al anoecer recogió su último suspiro, y quiso ella misma cerrarle los ojos; pero despues de haberle hecho ese triste servicio, se arrojó en los brazos de Nuestra Madre, donde perdió el conocimiento.

Se aprovecharon de su privacion para llevársela á su casa, donde permaneció hasta el dia de los funerales en un triste aniquilamiento, que daba mucha lástima ver.

Todos nuestros esfuerzos para arrancarle siquiera una lágrima, fueron inútiles, por lo que Nuestra Madre se decidió á sacarla á toda costa de un estado que comprometia tan gravemente su salud; en consecuencia, cuando el entierro de Adrian, que tenia que pasar por enfrente de su casa, llegaba á su puerta, la tomó de la mano, y llevándola á la ventana, le dijo enseñándole el fúnebre cortejo:

—Francisca, llevan á su pobre novio á su úl-

tima morada: ¿no quiere vd. decirle adios por última vez?...

—¡Oh! sí! sí! ¿cómo no? exclamó la desgraciada niña tendiendo los brazos hácia el ataúd que encerraba los restos del que habia amado tanto. Adios, Adrian mio, adios!... ¡Que el Señor te conceda el descanso eterno!... Yo voy ahora á cumplir el deber que me impusiste.... ¡Dios permita que algun dia merezca reunirme contigo para cantar sus alabanzas eternamente!....

Dijo; y empujando las lágrimas que corrian por su rostro, emprendió, con la cabeza inclinada, pero con paso firme, el camino de la casa de Andrés. La seguimos nosotras: levantó los ojos al cielo é hizo una corta oracion al llegar al dintel de la puerta, por donde Adrian no habia de volver á pasar, y se dirigió inmediatamente al cuarto donde los dos ancianos, entregados á su profundo dolor, lloraban á su difunto hijo. Poniéndose de rodillas, tomó sus manos que inundó de lágrimas, y les dijo:— Nunca podré yo hacer sus veces.... y ocupar el lugar que él tenia en el corazon de vdes.... pero sí procuraré tenerles el mismo amor que él les tenia..... ¿No me querrán vdes. recibir

por su hija? Ese fué el último deseo que formó.

—Sí, sí, exclamaron abrazándola; sí, Francisca, tú eres desde hoy nuestra hija, y en lo de adelante tendrás con nosotros el lugar de aquel de quien nos ha privado á los tres nuestro buen Dios. ¡Pobrecita! ¿No es verdad que has perdido tú tanto como nosotros?...

Desde entónces, Francisca procura calmar sus pesares, y trabaja cuanto puede por complacer á sus padres adoptivos, que la quieren mucho y no cesan de dar gracias á Dios por haberles dado ese ángel para sostener y consolar su vejez.

Conforme á los deseos de Adrian, han reconocido á Francisca por su heredera, y alejándose de todo sentimiento de egoismo, la han instado fuertemente á que, si alguna vez vuelve á pensar en casarse, que se los diga con franqueza, no queriendo, dicen ellos, que por su abnegacion y la consideracion que les tiene, se condene al celibato. Pero ella les ha hecho conocer la firme resolucion en que está de no pertenecer nunca más que á Dios, y despues de la muerte de aquellos, retirarse á un convento. “Quizá amaba yo demasiado á Adrian, les ha contestado, y Dios me

ha castigado por haber dado á una criatura la preferencia que solo á Su Majestad debo: de hoy en más, Dios y vdes. ocuparán únicamente mi corazón."

Estoy segura de que te vas á apasionar de esta excelente jovencita: Francisca lo merece bien; pero como ella, hay aquí otras varias muchachas, que si se vieran en las mismas circunstancias, mostrarían igual piedad y juicio.

Nunca acabaría si quisiera contarte todos los rasgos de caridad y de virtud de que somos testigos diariamente.

Nos esforzamos en dirigir á la gloria de Dios la confianza sin límites que todas estas jóvenes tienen en nosotras, y gracias á la poderosa intercesion de la Santísima Virgen, á quien tienen aquí una tierna devocion, siendo rara la muchacha que no ostente con noble orgullo la cinta azul con la medalla de hija de María, casi nunca tenemos que deplorar alguno de esos escándalos, por desgracia tan comunes en otros puntos de nuestra bella patria.

Pídele á Dios, querida Carolina, que continúe derramando sus bendiciones y sus gracias sobre estos buenos campesinos, y ruégale también que me haga á mí la merced de que me

aproveche de las lecciones de caridad y de humildad que me dan, sin advertirlo ellos, para que me santifique más y más, y llegue yo á ser ménos indigna de llamarme

SOR TERESA,  
Hija de San Vicente de Paul.

P. S. Si mi catarro sigue teniéndome presa entre cuatro paredes, te escribiré muy pronto; si no, ya te puedes preparar á estar tres ó cuatro meses sin recibir noticia de mi interesante persona. Te lo advierto para que no te dé cuidado mi silencio.

## CARTA XXI.

Quisieras, querida Carolina, que te escribiese con más frecuencia, aunque no fuera más que para darte noticia de mi interesante salud; pero á mí me parece que aun cuando te dijera que tengo la lengua blanquizca, los ojos cargados, el sueño inquieto, etc., y que sin embargo como bien, rio, canto, y soy tan dichosa cuanto es posible, no habias de quedar satisfecha. Sin duda que no, perdóname mi franqueza, porque eres una amiga muy difícil de complacer. Si para alargar mis cartas me pusiese á repetir, con todas las variaciones que pudieran ocurrir á un talento más fecundo que el mio, que te quiero mucho, creo que no habia de ser muy divertido para tí, pues no soy yo Madame de Sévigné, para poder cambiar una

misma idea de mil maneras diferentes, todas á cual más ingeniosas, y tampoco cuento con lo que á ella le servia tanto, que era el ser dirigidas sus cartas á su hija Madame de Grigrau, pues yo, querida Carolina, no tengo el honor de ser tu madre.

Te quiero sencillamente, y tengo la tontera de figurarme que tú estás bien persuadida de eso, que me pagas en igual moneda, y que no tienes más que preguntar á tu corazón para saber lo que pasa en el mio. ¿Estoy equivocada? Dímelo, y entónces cambiaré de estilo contigo. Pretendes que te dé cuenta de todas mis acciones: estoy conforme, pero si no me acuerdo mal, ya te he dicho en lo que empleo mi tiempo; no me gustan las repeticiones, y á pesar de aquello que dicen que ningun dia es igual á otro, los mios se deslizan tan tranquilamente, y se parecen tanto, que siempre las ocupaciones del dia siguiente son las mismas que las de la víspera. En cuanto á hablarte de nuestros queridos campesinos y ponerte al corriente de sus hechos y acciones, es la cosa más fácil; en dos palabras lo hago: "Siguen amando á Dios con todo su corazón y sirviéndole lo mejor que pueden; abonan, labran y

siembran sus tierras como siempre, levantan sus cosechas en la estacion conveniente, se casan, hacen bautizar á sus hijos y conservan la costumbre de morir como buenos cristianos.”

Si te empeñas en saber con exactitud el número de los nacimientos, matrimonios y defunciones, procuraré, en lo adelante, acompañarte una copia de las actas del registro civil; creyéndome dichosa si ese nuevo acto de complacencia te prueba mi buena voluntad y el deseo de agradarte; además de que contaré con ese recurso para cuando no tenga que decirte y no tenga tiempo ni imaginacion para otra cosa. Por hoy no es necesario, pues tengo á mi disposicion abundante material: te referiré una historia digna de figurar entre las obras maestras de Mistres Radcliff, que, entre paréntesis, nunca las he leído, como puedes creerlo.

Con todo, te ruego, que si es por la noche, dejes, por prudencia, esta lectura para el dia siguiente, porque podria causarte pesadilla, lo que sentiria yo mucho. Pero si puede más tu curiosidad que tu miedo, escucha y tiembla.

Desde el principio del invierno se comenzó á observar, errante por todo el pueblo, á una figura extraña, la más á propósito para excitar

la curiosidad de que era objeto. Cubierta con un traje parecido al de los antiguos penitentes de Italia, jamás se quitaba la capucha que le cubria la cara: nadie sabia, por consiguiente, si era jóven ó viejo aquel individuo; con todo, por su paso firme y el brillo de sus ojos, que se percibia por los agujeros de su máscara, se podia presumir que estaba en la fuerza de su edad. No se mostraba sino de vez en cuando en el pueblo y solamente para pedir algunos mendrugos de pan. Se ignoraba dónde pasaba la noche, y como dejaba sin respuesta las diversas preguntas que se le hacian, lo tenían todos por mudo, hasta un dia en que Nuestra Madre, queriendo hacerle aceptar algunas monedas, las rehusó diciendo: “No como dinero, sino pan.” Desde entónces no ha vuelto á proferir de seguido una tan prodigiosa cantidad de palabras.

Era el espanto de las mujeres y de los niños, desde que apareció en la comarca, y dió origen á infinidad de cuentos, que amenizaron las conversaciones de las largas noches de invierno.

Primero aseguraban que era un bandido famoso, jefe de una compañía de bandoleros, que se disponia á invadir muy pronto el país, para

pillarlo y destrozarlo; pero como nunca hubo ni el más ligero robo, se acabó por abandonar esa opinion para adoptar la de un cierto Señor Roman, arrendador de un pequeño rancho, muy yano é incrédulo, que por desgracia ha venido á establecerse aquí desde hace poco tiempo, y que por su charlataneria ininteligible ha logrado hacerse algun partido, adquiriendo reputacion de hombre de ciencia y de talento. Pues este doctor de nueva especie, afirmó con toda seriedad que, una vez que el individuo de que se trataba no era un cartujo, debía ser seguramente un vampiro. Luego añadía la descripcion de la naturaleza del vampiro, que jamás viene á la tierra sino para nutrirse con la sangre de las jóvenes más bellas. De aquí se siguió que todas las mujeres, jóvenes ó viejas, feas ó bonitas, se llenaron de miedo y temblaban á la sola idea de que aquel monstruo llegase á fijar en ellas sus miradas, pues llegarían á ser las tristes victimas de su voracidad. Durante un mes reinó en todo el pueblo un verdadero pánico, que los esfuerzos reunidos del Señor Cura, de su vicario y de nosotras tuvieron gran dificultad en disipar.

Por fortuna, ni una sola muchacha se enfer-

mó, todas conservaron su buen color y su salud robusta, y esto contribuyó más que cualquier otro raciocinio para tranquilizar la exaltada imaginacion de nuestros campesinos. Con todo, como era preciso hallar alguna explicacion de la extraña conducta de aquel singular personaje que preocupaba tanto todos los ánimos, se entregaron á nuevas suposiciones, y gracias á la decision del maestro de escuela, buen hombre que quiere á toda costa pasar por sabio, y que siempre contradice y hace la oposicion al Señor Roman, se decidió que el misterioso personaje era *leproso*, nombre que por fin se le quedó. Entónces reunieron los principales vecinos, cónta la opinion del Señor Cura, para discutir los medios de libertar al país de un huesped tan peligroso. Acordaron que todos los vecinos se armarían y procurarían apresar al *leproso*, que atado de piés y manos, sería conducido á la cabeza del partido y entregado á la autoridad competente. Como lo pensaron lo ejecutaron: pero el *leproso*, con notable destreza, se les escapaba siempre que creían tenerlo en sus manos, y durante seis semanas lo persiguieron sin resultado alguno. Cuando el pobre se vió acosado por todas par-

tes como bestia feroz, no volvió á presentarse en el pueblo. ¿De qué se mantenía entónces? Solo él lo sabe..... ¡Oh! sin duda vas á decir que soy muy sensible, pero te confesaré que muchas veces la idea de que se moria de hambre, me afligia sobremanera.

Tú convendrás, querida Carolina, que ese sér misterioso y fantástico, era muy capaz de aterrorizar á nuestros pobres aldeanos que no están acostumbrados á ver que esa clase de duendes visiten sus pacíficas moradas. En fin, nada ménos que esta mañana, nuestro pobre *leproso*, obligado por la necesidad, se aventuró á venir á implorar á nuestra puerta que le diéramos un pedazo de pan; é inmediatamente fué aprehendido por tres valientes muchachos que estaban en asecho. Tres contra uno no es buen partido, pero el bien público es una buena excusa. El infeliz, que casi no tiene fuerzas para sostenerse, no hizo la menor resistencia, solo se puso á llorar como un niño, y suplicó á sus fieros vencedores que lo llevasen á nosotras, porque segun decia, tenia un secreto importante que confiarnos. Como estaba bien amarrado con cuerdas nuevas, les pareció que no habia ningun peligro en que recibiésemos su visita, y

nos lo presentaron suficientemente escoltado. Se arrojó á los piés de Nuestra Madre, y habiéndole pedido con un acento lastimoso que le concediese el singular favor de darle audiencia en lo particular, tuvo bastante ánimo para otorgárselo y encerrarse sola con él, á pesar de nuestros ruegos para que no lo hiciese. Pocos minutos despues salió y dijo á aquellas gentes que ella respondia de su prisionero, y habiéndoles exijido la promesa de que guardarian secreto de lo que habia pasado, los despidió muy tristes de verse arrebatado tan gloriosa presa; despues me hizo á mi seña de que la siguiera, y contándome en pocas palabras la historia del pretendido leproso, me mandó que le ayudase á soltarlo de sus ligaduras.

Ahora, querida Carolina, adivina, si puedes, lo que es el dichoso personaje, asegurándote de antemano que no es leproso, ni mucho ménos vampiro ó ladron famoso. Entónces, dirás, no puede ser sino un loco ó algun gran culpable que huye de la justicia humana.

Hay algo de verdadero y de falso en esa suposicion, porque nuestro pobre protegido es simplemente un pobre soldado, de inclinaciones muy poco marciales, que prefiriendo el arado al

mosquete, le pareció oportuno tirar la cartuchera, la espada, el uniforme, etc., y correr sin aliento hasta aquí, con la esperanza de vivir desconocido y oculto. Por desgracia ya van dos veces que hace semejante cosa, y por lo mismo debe estar inscrito como desertor reincidente en los registros de su regimiento acuartelado en Burdeos, y á las órdenes de tu primo el Sr. de Marval.

Ya comprenderás por qué Nuestra Madre me hizo el honor de darme parte en el secreto de nuestro héroe decaído, y por qué me hizo escribir desde luego á tu prima Aurelia para exponerle la situacion de su protegido y suplicarla que previniese á su marido en favor de este desgraciado, que sin mentira, está más que medio loco.

Mientras esperamos la respuesta, tratamos de calmar un poco el terror de Julian, nuestro desertor, á quien hemos tomado bajo nuestra salvaguardia, y confinádolo en un cuarto lejano y bien cerrado. Quizá por despecho de su amor propio herido, nuestros guapos muchachos han guardado bien el secreto de su proeza, y nadie en el pueblo sabe que lo tenemos escondido en casa.

Adios, ya es de noche, y es preciso que te deje; te haré conocer próximamente el desenlace de la historia del pobre Julian: hasta ahora es bastante poética, pero deseo con toda sinceridad que se termine de un modo enteramente prosaico, por medio de su licencia absoluta, con todos los requisitos necesarios para que pueda con entera libertad volver á la vida del campo, en su pueblo, donde se case con una robusta Dulcinea, de cara bien redonda, con quien viva largos años, recordando por su feliz union la de Filemon y Nancis.

Mientras tanto, vamos á procurar aprovecharnos de esta circunstancia para hacerlo que se reconcilie con Dios. Pídele tú tambien, Carolina, pídele á Nuestro Señor que nos conceda salvar su alma y su cuerpo. Tu amiga:

SOR TERESA.

## CARTA XXII.

Tu primo, querida Carolina, es un hombre excelente; ha arreglado lo mejor que se ha podido el negocio de Julian (siempre casi loco), que le recomendamos en estos dias: va á hacerle pasar ante un consejo de guerra, porque es indispensable; pero despues hará valer el desarreglo de su cerebro, para indultarlo, imponiéndole una pena lijera, para que pronto pueda volver á sus hogares. Parece que el pobre fué educado cristianamente; así no puso dificultad ninguna en confesarse; pero fuera de eso, es casi imposible sacar de él alguna idea racional. Nunca ha llegado á decirnos por qué prefirió quedarse aqui á volver á su tierra, donde era el único apoyo de su anciano padre y de dos hermanas jóvenes, que su partida hun-

dió en la miseria. Las Sras. de Marval y de Leuplan me han escrito diciéndome que van á reunir una suscripcion para él, cuyo producto le será entregado cuando cumpla su condena, que como he dicho, esperamos no será larga, gracias al estado anormal de su cabeza: pero lo que me ha llamado la atencion es que Julian, te ruego no te enojas, es tu compatriota, es tu paisano, del mismo pueblo tuyo, lo que prueba que en todas partes hay sombras oscuras en los mejores cuadros. Es de San Gil, y como tú nodriza vive allí todavía, espero que por su medio te informes acerca de su familia: su padre es conocido con el sobrenombre del *Bona-chon*. No dudo que, si la respuesta es favorable, aplicarás algo de tus limosnas á esas pobres gentes, y que á su tiempo tomarás bajo tu proteccion á mi actual protegido. Basta sobre esto, y hablemos un poco del terror que te inspira la aparicion tan poco oportuna del cólera en Europa. ¿Qué sucederá con nosotras, dices, si á pesar de todas las medidas sanitarias tomadas por el gobierno, llega á penetrar en Francia? ¿Qué le sucederá, sobre todo, á Sor Teresa? exclamas con un triste suspiro. ¿Tan débil como es, po-

drá resistir mucho tiempo á los asaltos de tan terrible azote, cuando los deberes de su estado la expondrán á ellos en primera fila?

Mira, Carolina, que te voy á dar una receta excelente para que calmes todos tus temores; te ruego que la uses, y verás como sanas.

1º Tomarás de la biblioteca de tu papá el tomo 29 de los Padres de la Iglesia (traducción del Sr. Guillón), y lo abrirás en la página 207, donde leerás lo que dice allí San Agustín. Prueba que las calamidades públicas son útiles á los hombres, á quienes Dios las envía para corregirlos, purificarlos y probarlos. Tómate también el trabajo de volver á leer al inmortal Bossuet, que tantas veces citas con gusto, y medita un poco sobre aquellas bellas palabras que parece has olvidado y que hallarás en su Discurso sobre la Historia Universal.

“En esos terribles castigos, por cuyo medio Dios hace sentir su poder á naciones enteras, hiere muchas veces á un tiempo al justo y al culpable; pero es porque tiene mucho mejores medios de distinguirlos que los que aparecen á nuestros sentidos. Los mismos golpes que hacen pedazos la paja, separan el buen grano. El oro se purifica en el mismo fuego que con-

sume la escoria; y por medio de los mismo castigos con que se exterminan los malos, son con los que se santifican los fieles.”

Además, Carolina, reflexiona un poco en los grandes provechos espirituales, que no solo los pecadores á quienes se presenta de repente la imagen espantosa de la muerte, amenazando á todo momento su existencia alegre y vana, sino los que nosotras mismas podremos sacar al palpar tan de cerca la incertidumbre de la vida, ¿no te ha sucedido muchas veces que cuando caes en alguna falta más considerable, destrozada por los remordimientos y temerosa de una muerte tal vez próxima; aunque desconocida, acudes sin dilacion al Sacramento de la Penitencia, sin esperar el dia señalado ni á la fiesta inmediata, recordando que á muchos esas dilaciones han sido la causa de su condenacion? Y después, cuando otras veces te ha acontecido lo mismo, no te ha ocurrido la idea de que bien puedes diferir el ocurrir al remedio, pues otras ocasiones que te has apresurado á hacerlo, nada te ha sucedido más tarde? Bien creo que nunca habrás dado oído á tan fútil razon; porque muy bien sabes que puede ser que aquella sentencia de muerte, como la de los Nipívi-

tas, fuera tan solo condicional, y así se revocó mediante nuestra reconciliación con Dios; y aun cuando no sea así, ¿se nos seguirá algún perjuicio de entrar cuanto más pronto en la gracia de Dios? ¿no debemos corresponder cuanto antes á esos impulsos interiores, que no son otra cosa que los esfuerzos del Salvador, que tiene más prisa que nosotros mismos, de que volvamos á su amistad para concedernos su amor y llenarnos de beneficencia? Pues esto, que gracias á la bondad divina nos pasa en todo tiempo, á tí y á mí que hemos sido educadas en el temor de Dios, lo experimentaremos ahora con más viveza; con lo que evitaremos con mayor cuidado las más ligeras faltas, y acudiremos con nuevo empeño al baño de la confesión.

Pero esos sentimientos no se limitarán en tan triste época á solo nosotras y á los que tienen la dicha de conservar viva la fé, sino que despertarán al alma tibia en su indiferencia, y estremecerán al pecador y al impío en su olvido de Dios, como un último recurso de la Providencia para atraerlos al bien.

Ya ves que quizá, léjos de considerar la epidemia como un castigo, deberíamos dar gracias

á Dios porque nos concede un nuevo favor, amargo á la verdad y de terrible aspecto á nuestros sentidos, pero provechoso á nuestras almas.

Pasemos á la 2ª parte de tus inquietudes.

2º Sor Teresa no se presentará sin necesidad al encuentro del cólera; pero tampoco, ayudándola Dios, tendrá la cobardía de emprender la fuga á su vista.

En consecuencia, si el Señor en su bondad, aceptara su sacrificio y permitiera que sucumbiese cuidando á sus hermanos tocados de tan espantoso mal, yo le permitiría á Carolina de Balty que le concediese algunas lágrimas, con la condición, sin embargo, de que las enjugara muy pronto, para alegrarse como buena católica y dar infinitas gracias al Señor por haber concedido á su amiga la gracia de morir mártir de la caridad. ¡Oh! qué buen pasaporte sería ese para que se le abriese á uno la puerta del cielo! ¡qué dichosa muerte! Carolina, ¡qué digna de desearse! Pero ¡ay de mí! qué indigna soy de eso! ¡Ah! si alguna vez me concede Dios tan insigne favor, te ruego mucho que no te lamente de lo que habia de asegurar mi felicidad eterna, conténtate con envidiármela y

trabajar en conseguir tú otro tanto. Deseando merecer algo esa recompensa, objeto de todos mis deseos, te confesaré, Carolina, que poco ha faltado, no tanto, pero á lo ménos si no ha quedado por mis deseos, el dejar para siempre á Francia.

No te escandalices por eso, escucha ántes mis razones. No ignoras que al hacerme hermana de la Caridad creía dar á Dios una prueba de lo mucho que lo amaba, y pensaba entrar en un camino todo sembrado de abrojos y de espinas, donde á cada paso tendria que ofrecerle un nuevo sacrificio. Pues bien, nada de eso; este camino, yo así lo espero, conduce al Paraíso, pero de un modo tan fácil y tan dulce, que muchas veces me pregunto á mí misma: ¿qué es lo que hago por mi divino dueño? ¿Qué, se contentará con tan poco?.....

Aunque mi director me tranquiliza sobre ese punto, hay, sin embargo, ciertos momentos en que se turba mi imaginacion. Me hallaba yo precisamente en esa situacion, cuando nuestros superiores invitaron á todas las hermanas que se sintieran con bastante ánimo para dedicarse á las misiones extranjeras: se presentó un número tres veces más grande del que se necesi-

taba, se elijieron las que más lo merecian y á las otras se les dieron las gracias por su buena disposicion; no tengo que agregar que tu pobre amiga perteneció á estas últimas. Me atrevi á insistir en mi súplica, pero no alcancé más que una reprension paternal por presumir tanto de mí misma, aunque como para suavizarla me dijeron que se tendria presente ese mi deseo, para ver lo que se puede hacer cuando haya pronunciado mis votos. Recuerda que no llevo más que tres años de noviciado, con lo que tengo que esperar todavía dos años; á lo que se agrega que no es fácil que de aquí á entonces se conserve memoria de mi peticion. Con todo, es preciso que me quede muy contenta con esa respuesta que no promete nada; proponiéndome, entretanto, merecer aquella gracia con portarme mejor y con mayor cuidado.

No te ocultaré que en los primeros momentos manifesté mi pesar de tal manera, que Nuestra Madre me dijo que era yo amuchachada y que estaba haciendo desatinos: ya ves que tambien me sabe regañar; pero ¡cuánto se lo agradezco! Eso me hizo reflexionar y mejorar mis propósitos.

Adios, mi superiora me llama; esta mañana vi que recibió una carta de Paris; ¡Dios, quiera que mi deseo de ir á Africa no haya sido mal interpretado y sea la causa de que me cambien de aquí!.....

Temo mucho que así sea, y no cerraré esta carta sin darte razon de si me equivoco ó no...

.....  
.....  
¡Ay! Carolina, que bien lo presentí; me voy, me llaman de Paris..... Mi amada Superiora, que siente tanto perderme, como á mí me aflige dejarla, habia recibido aviso anticipadamente de esa determinacion, y sin decirme nada, tuvo la bondad de escribir á la Superiora general para que me quedara, diciéndole que le hacia yo falta. Pero sus instancias no han sido atendidas en parte, pues solo se le ha contestado que no pueden permitir el que siga yo aquí, y que en mi lugar le mandarian otra hermana jóven que desempeñaria bien lo que yo hacia. No dudo que lo hará mucho mejor que yo, y que pronto se consolará mi Superiora de mi falta; pero yo, ¿podré encontrar de nuevo otra tercera superiora tan buena, tan indulgente como las que he perdido?

Bien puedo decirlo así, porque salgo irremisiblemente dentro de muy pocos dias. Si pudiera hallar algun motivo de consuelo al viajar, como lo hago, del Norte al Mediodía y del Mediodía al Norte, no lo encontraria sino en la seguridad que me ha dado Nuestra Madre de que mi súplica de ir á país extranjero, no ha tenido que ver nada con mi llamada á Paris, porque ella lo sabia desde ántes de que diera yo aquel paso. Sea de esto lo que fuere, esa triste noticia me abatió de tal modo, que no tuve ganas por más de dos dias, ni de tomar la pluma para contarte mi desgracia; me daba vergüenza mostrarte tan desnuda mis miserias, por lo que esperé á poder añadir la excusa, de que por fin me conformé enteramente á la voluntad de Dios. Sí, por mucha dificultad que encontrara lo logré; porque quiero poner siempre en práctica los consejos de Nuestra Madre Sofía, que fué tan buena conmigo, y que me decia que recordara sin cesar que la obediencia es la primera virtud de una hija de San Vicente de Paul.

En consecuencia, partiré de F\*\*\* no sin dolor, pero sí sin lágrimas. Si no, ¿dónde estaria el mérito de mi resignacion? Me apartaré con la firme esperanza de que nuestro Divino

Modelo tomará en cuenta los esfuerzos que hago para probarle mi humilde sumision á todas sus órdenes.

Este pensamiento es para mí tan dulce, que ya no sé ahora qué partido tomaria si tuviese libertad para elegir entre quedarme en F\*\*\* ó ir á Paris.

¡Es tan bueno poder decir: “Estoy donde Dios quiere que esté!” Si, entónces está uno bien, y en cualquiera parte se halla uno á su gusto.

Adios, otra vez. ¿Hasta cuándo te volveré á escribir? lo ignoro; solo te aseguro que será fechada mi carta en la capital del reino cristianísimo. Carolina, ruega mucho á Dios por mí, y dispénsale tu cariño, á pesar de sus debilidades y defectos, á tu sincera amiga

SOR TERESA.

CARTA XXIII.

Paris, Hospital de San Luis.

Todavía brota sangre mi corazon, querida Carolina, cuando pienso en F\*\*\* y así no puedo resistir al deseo de hablarte de él una vez más. Temiendo el instante de la despedida, habia yo tenido en secreto, cuanto pude, mi viaje; Nuestra Madre, mis hermanas, el Señor Cura y su vicario eran los únicos que lo sabian. Sin embargo, la vispera de mi partida, se divulgó la noticia por todo el pueblo, cuyos buenos vecinos, hombres, mujeres y niños, vinieron unos en pos de otros á hacer titubear mi valor con la sencilla expresion de su sentimiento. Todos me pedian algun recuerdo, con lo que agoté mi provision de rosarios, estampas, medallas, etc., y no solo la mia, sino la de mis hermanas, á quienes envié de Burdeos otra

Modelo tomará en cuenta los esfuerzos que hago para probarle mi humilde sumision á todas sus órdenes.

Este pensamiento es para mí tan dulce, que ya no sé ahora qué partido tomaria si tuviese libertad para elejir entre quedarme en F\*\*\* ó ir á Paris.

¡Es tan bueno poder decir: “Estoy donde Dios quiere que esté!” Si, entónces está uno bien, y en cualquiera parte se halla uno á su gusto.

Adios, otra vez. ¿Hasta cuándo te volveré á escribir? lo ignoro; solo te aseguro que será fechada mi carta en la capital del reino cristianísimo. Carolina, ruega mucho á Dios por mí, y dispénsale tu cariño, á pesar de sus debilidades y defectos, á tu sincera amiga

SOR TERESA.

CARTA XXIII.

Paris, Hospital de San Luis.

Todavía brota sangre mi corazon, querida Carolina, cuando pienso en F\*\*\* y así no puedo resistir al deseo de hablarte de él una vez más. Temiendo el instante de la despedida, habia yo tenido en secreto, cuanto pude, mi viaje; Nuestra Madre, mis hermanas, el Señor Cura y su vicario eran los únicos que lo sabian. Sin embargo, la vispera de mi partida, se divulgó la noticia por todo el pueblo, cuyos buenos vecinos, hombres, mujeres y niños, vinieron unos en pos de otros á hacer titubear mi valor con la sencilla expresion de su sentimiento. Todos me pedian algun recuerdo, con lo que agoté mi provision de rosarios, estampas, medallas, etc., y no solo la mia, sino la de mis hermanas, á quienes envié de Burdeos otra

nueva coleccion parar eponerles las suyas; porque has de saber que Nuestra Madre me fué á dejar hasta esa ciudad, donde pasé dos dias, teniendo el gusto de volver á todas mis antiguas compañeras, á mi inolvidable Superiora Sor Catarina, á tu prima Aurelia, cuyo fervor no se ha desmentido; á la Sra. Leuplan, que me dió noticias de la salud de la Srita Raffet; en fin, del Señor Cura, el condiscípulo viejo de mi padre, y á mi estimado y traidor médico.

El tiempo corrió muy aprisa, y como estaba tomado de antemano mi asiento en la diligencia, tuve que separarme de nuevo de todas esas personas cuyo recuerdo no se borrará nunca de mi corazon. Pero, te lo confesaré, salí de Burdeos casi contenta. Quizá te parecerá mal, pero tengo una excusa que darte, que estoy segura admitirás con aprobacion: Sor Victoria, la excelente Sor Victoria, mi maestra de medicina, el modelo de la paciencia y de la caridad, era tambien, como tu servidora, llamada á Paris, y subimos juntas el carruaje que nos debia conducir.

Díme, ¿me creías bastante excenta de egoismo, para que sintiera que la pobre corriera mi suerte? Pues no, no tengo tanta virtud para

eso, y aunque me lo repruebes, no te disimularé que su compañía contribuyó de un modo especial para hacerme el viaje ménos triste de lo que habia pensado. ¡Oh! me decia á mis solas, durante el camino, ¡si fuera tanta mi dicha que nos mandaran á las dos á la misma casa!..... y despues procuraba quitarme esa idea que me parecia demasiado bella, para pasar de solo una ilusion, ó un lazo del enemigo, ó un simple sueño, que no me dejaría al despertar más que el dolor de haberme dejado engañar por los de mi corazon.

Pues bien, ¡no fué ilusion! al dia siguiente de nuestra llegada á la casa central, la Superiora general nos llamó, y avisó á Sor Victoria que la habia elejido para reemplazar en el hospital de San Luis, á la Superiora que habia sido trasladada á otro punto pocas semanas antes. A semejante noticia, Sor Victoria lloró, se puso de rodillas y suplicó á Nuestra Madre general, que no le impusiese una carga que conocia era excesiva para su debilidad; pero como era debido, no se atendieron de ningun modo á sus razones, inspiradas por la humildad, y no se le contestó más sino que fuese inmediatamente á llenar su nuevo destino, y que me

llevase consigo para ocupar el lugar de otra novicia que habia fallecido pocos dias ántes....

¿Concibes mi alegría? Fué tanta, que poco faltó para que abrazara á nuestra reverenda Madre general, dándola las gracias por ese favor. Pero por fortuna, y poca virtud mia, se me ocurrió que iba yo á poner con eso en riesgo mi felicidad, y así me contenté con responder con los ojos bajos, que estaba yo pronta á obedecer. Dos horas despues una de las dignatarias de la comunidad, presentaba la nueva Superiora á sus hijas, que contándome á mí, somos veinte. Son muchas para decirte sus nombres y hablarte de todas ellas; conténtate con saber que estoy encargada, en compañía de otra hermana jóven y muy simpática, llamada María, de una sala de mujeres.... no quisiera decirte el nombre de su enfermedad, porque quizá no te atrevas ni aun á tocar mi carta; sin embargo, como te creo muy léjos de toda puerilidad, te diré que es la fiebre tifoidea.

He venido á ocupar el lugar de Sor Isabel, así se llamaba mi antecesora, era el ejemplar de toda la casa, y su celo y su caridad hicieron que alcanzara en breve tiempo el premio, mereciendo morir víctima de su abnegacion, de la

misma enfermedad que sus amadas pobres, á quienes atendia con un cariño y una ternura sin igual. ¿Qué léjos estoy de imitarla! Ruégale mucho á Dios que siquiera no sirva yo aquí de escándalo con mis imperfecciones y defectos que resaltarán más con el recuerdo de aquella cuyas virtudes exhalan todavía tan delicioso perfume y que soy tan indigna de sustituir....

Si quieres alguna vez venirme á curar, te ofrezco desde luego una cama, pues es uno de los establecimientos mejor atendidos. Se admiten de toda especie de enfermedades, principalmente crónicas; teniendo, además, salas para lazarinis, heridos, etc.; y un departamento aparte para esas pobres mujeres que la sociedad desecha despues de haber causado su desgracia y que nuestros autores modernos llaman "mujeres sin nombre."

Nos esforzamos mucho en inspirarles algunos sentimientos de arrepentimiento á tan desgraciadas criaturas, y de léjos en léjos tenemos el consuelo de ver que una que otra, movida por la gracia, se convierte sinceramente y cambia de vida; pero por desgracia semejantes ejemplos son muy raros.

Para que no nos falten al respeto, tenemos que mostrarnos severas con ellas, y de vez en cuando es preciso sostener nuestra autoridad con actos de rigor. Nos aman, pero nos temen, y nunca nos faltan en cosa grave. En compensacion se desquitan con las criadas y los domésticos, por lo que no se pasa semana alguna sin tener que poner á varias en el calabozo, donde se les reduce á la razon no dándolas de comer más que pan y agua. El otro día ví á una en ese lugar, tan estrecho y oscuro que causa horror, pero sus imprecaciones y malas palabras me hicieron alejar cuanto antes, sin atreverme ni á compadecerla.

Están divididas en *buenas* y *malas*; estas se hallan verdaderamente como en una cárcel: aquellas tienen un jardín donde se pasean, pero ningunas tienen comunicacion con los otros enfermos, hombres ó mujeres, y aun nosotras no las curamos con nuestras manos, siendo las únicas enfermas que Nuestro Santo Padre no quiso que asistiéramos personalmente.

Este establecimiento, que es muy hermoso y vasto, contiene cerca de setecientas camas, y recibe al año de cinco á seis mil enfermos. Cuando vengas á verme, necesitarás á lo mé-

nos dos días para visitarlo en todos sus detalles; porque si Dios nos presta la vida algunos años más á tí y á mí, por más que no quieras, querida Carolina, he de tener el gusto de verte de hermana de la Caridad, y aquí es adonde has de venir á ser postulanta, ¿no es verdad? ¡Oh! si! si pasaras solamente ocho días conmigo, ya no te querrías ir, y repetirías aquellas hermosas palabras del Profeta: “Un día pasado en vuestra casa, Señor, vale más que muchos años en otra parte. Por esto elejí mejor ser la última en la casa de mi Dios, que habitar bajo las tiendas de los pecadores!”

Ojalá que algún día podamos postrarnos juntas, querida Carolina, y cantar al pié de los altares este otro versículo: “¡Dichosos los que habitan en vuestra casa, Señor, ellos os alabarán por los siglos de los siglos!”

Así nos lo conceda, es lo que te desea tu amiga.

SOR TERESA.

## CARTA XXIV.

Paris, Hospital de San Luis.

Si yo no fuera hermana de la Caridad, querida Carolina, diría tal vez como tú, que Dios nos ha abandonado; pero, hija de San Vicente de Paul, no puedo hablar así, y antes creo que el Señor, nuestro buen Padre, no ha permitido la invasion del cólera en Francia, sino para darnos una nueva ocasión de probarle nuestro amor, glorificar su nombre y bendecir su misericordia: ¡ojalá que se derrame abundantemente sobre los pecadores! ¡Oh! cuántos santos hay en el cielo, que jamás lo hubieran sido si Dios no los hiriera en sus cuerpos ó en sus afecciones! Y además, Carolina, ¿durante las calamidades públicas, no es el tiempo en que triunfa la caridad? Quién se atreverá á negarlo, viendo cómo se multiplica en esos momen-

tos de terror, lo ingeniosa que se muestra en socorrer tan grandes sufrimientos; lo inagotable que es, y lo digna de las recompensas de Dios, que ha dicho: "Amad á vuestros hermanos como á vosotros mismos?"

Mucho he sentido que los periódicos te hayan instruido de que el Hospital de San Luis era uno de los destinados á recibir á los coléricos; yo pensaba ocultártelo para que no entraras en inquietud; pero puesto que lo sabes, solo te ruego que no te apures tan sin razon.

Estoy perfectamente, aunque ocupada dia y noche en asistir á los desgraciados que llenan nuestras salas; no tengo sintoma alguno capaz de alarmarte por mi salud. ¿Crees tú que nuestra Madre me habia de exponer inútilmente, y haria poco caso de mí, si hubiera sombra de peligro próximo?

Ten una poca de confianza en su prudencia, y mucha en Dios que vela sobre sus hijos. Por otra parte, soy criada y servidora de los pobres, ¿y habia de abandonar mi puesto y faltar á mis deberes, cuando ellos los reclaman con mayor apremio, solo porque á tí te parece que corro algun riesgo? Te conozco demasiado para creer que quisieras aconsejarme otra

cosa; pero si así lo hicieras, siento decirte que ya no creeria en tu amistad, la que consideraria solo como una afeccion puramente humana, que no reconoceria á Dios y su santo amor por lazo y por principio.

Te escribo de prisa, y termino abrazándote; sobre todo, entra en razon si quieres que te complazca dándote noticia de mí las más veces que pueda. Pero como me sería difícil darte gusto á tí y á mi familia, he arreglado que les escribiré alternativamente y que vdes. se comunicarán entre si mis cartas. Le mandé á mi mamá una série de precauciones que se deben tomar, segun dicen los médicos, para preservarse de la epidemia; pídeselas para leerlas, y por el cariño que me tienes, te pido que las uses.

Adios, no olvides que, suceda lo que sucediere, en lo que debemos trabajar siempre es en reunirnos algun dia en el seno de Dios.—  
Tu amiga

SOR TERESA.

Nota del Editor.—Creemos de nuestro deber prevenir á nuestros lectores, que aquí hemos suprimido varias cartas que no eran, segun decia Sor Teresa, sino simples boletines de su salud.

CARTA XXV.

Paris, Hospital de San Luis.

Comenzamos á respirar un poco, querida Carolina; el azote disminuye diariamente en intensidad y el número de muertos es mucho menor. Quiera Dios que así siga, y ojalá que este terrible castigo de su justicia haga reflexionar en nuestra patria la religion ¡ay! tan despreciada en nuestros dias. Y sin embargo, ¿quién otra más que ella se ha mostrado en este tiempo de prueba, tan pródiga de beneficios, aun para con los ingratos que rehusan confesar que es ella, como su Divino Autor, toda santidad y toda amor?

¡Ah! sin esta sublime religion, fuente de tantos heroicos sacrificios, ¿qué hubiera sucedido con este pobre pueblo, á quien se le habia hecho creer que su arzobispo y sus sacerdotes

cosa; pero si así lo hicieras, siento decirte que ya no creeria en tu amistad, la que consideraria solo como una afeccion puramente humana, que no reconoceria á Dios y su santo amor por lazo y por principio.

Te escribo de prisa, y termino abrazándote; sobre todo, entra en razon si quieres que te complazca dándote noticia de mí las más veces que pueda. Pero como me sería difícil darte gusto á tí y á mi familia, he arreglado que les escribiré alternativamente y que vdes. se comunicarán entre si mis cartas. Le mandé á mi mamá una série de precauciones que se deben tomar, segun dicen los médicos, para preservarse de la epidemia; pídeselas para leerlas, y por el cariño que me tienes, te pido que las uses.

Adios, no olvides que, suceda lo que sucediere, en lo que debemos trabajar siempre es en reunirnos algun dia en el seno de Dios.—  
Tu amiga

SOR TERESA.

Nota del Editor.—Creemos de nuestro deber prevenir á nuestros lectores, que aquí hemos suprimido varias cartas que no eran, segun decia Sor Teresa, sino simples boletines de su salud.

CARTA XXV.

Paris, Hospital de San Luis.

Comenzamos á respirar un poco, querida Carolina; el azote disminuye diariamente en intensidad y el número de muertos es mucho menor. Quiera Dios que así siga, y ojalá que este terrible castigo de su justicia haga reflexionar en nuestra patria la religion ¡ay! tan despreciada en nuestros dias. Y sin embargo, ¿quién otra más que ella se ha mostrado en este tiempo de prueba, tan pródiga de beneficios, aun para con los ingratos que rehusan confesar que es ella, como su Divino Autor, toda santidad y toda amor?

¡Ah! sin esta sublime religion, fuente de tantos heroicos sacrificios, ¿qué hubiera sucedido con este pobre pueblo, á quien se le habia hecho creer que su arzobispo y sus sacerdotes

no deseaban sino su ruina? Hoy, que ha visto sus hechos, ya puede juzgar por sí mismo y responder con sinceridad quién es el que suavizó sus sufrimientos, el que cuidó á la viuda, el que recogió á los huérfanos, el que les abrió á éstos un asilo en la tierra, despues de haber abierto las puertas del cielo á sus padres? ¿No fué acaso ese clero tan calumniado por la impiedad, tan lleno de insultos por los incrédulos?

¡Ah! si queremos hacer justicia, reconozcamos, en fin, que solo á la religion le es dado inspirar actos de abnegacion semejantes á los que han pasado á nuestros mismos ojos, y que harán la admiracion de los siglos futuros, si son conservados por la historia.

No puedo referírtelos todos; me limitaré únicamente á algunos que bien merecen tener lugar en tu coleccion de hechos edificantes, esperando que en contestacion me contarás tú otros recogidos por tí, que me enviarás en la primera oportunidad.

Antes de la invasion del cólera, tomó la autoridad medidas muy prudentes, é hizo preparar en diversos puntos de la capital hospitales provisionales; pero desde los primeros dias de la enfermedad se notó que eran insuficientes;

y todos los extensos establecimientos improvisados de enfermerías, no podian recibir á tantos desgraciados que solicitaban en ellos un lugar para morir allí, pues aunque la muerte heria sin misericordia á innumerables víctimas que cedian su lugar á otras, que lo desocupaban con igual rapidez, faltaba sin embargo local. El corazon de nuestro santo arzobispo se conmovió y ofreció liberalmente los Seminarios de San Sulpicio y del Espíritu Santo y varias religiosas, que fueron trasformadas en hospitales. Su mismo castillo de Conflans, que la revolucion de 1831 no destruyó por completo, recibió el mismo destino. Los enfermos vieron que se les prodigaban allí los cuidados más tiernos, y deben haber sentido mucho que una rabia insensata haya privado á su primer pastor de su antiguo palacio arzobispal, donde seguramente habrian hallado iguales socorros y los mismos consuelos.

Pero no contento con manifestar una caridad ardiente por su rebaño, Su Illma. quiso ser el émulo de los Carlos Borromeos, de los Belzunce y de tantos otros ilustres prelados, y se le vió exponerse al contagio llevando por sí mismo palabras de consuelo y de salvacion á los que

estaban tocados de la peste. Convirtió á un gran número de ellos, y me han citado un rasgo de su celo, que es digno de conservarse sobre todos.

Pasó, segun creo, en el gran hospital llamado el Hotel-Dieu; con todo, no estoy segura; pero por fortuna, importa poco el lugar; lo esencial es que el hecho sea auténtico, y esto sí te lo puedo afirmar porque lo sé por un testigo ocular, que le hizo tal impresion, que entró dentro de sí mismo y se convirtió de buena fé; tan cierto es que los actos de virtud producen siempre ellos solos frutos de gracia y de misericordia.

Su Ilma. visitaba, pues, el hospital; habia recorrido ya varias salas y hecho oír por todas partes palabras de vida y de esperanza allí donde no se respiraba más que el espantoso ambiente de la muerte, é iba ya á retirarse cuando una de las religiosas de la casa llegó á suplicarle que se dignase hacer un último esfuerzo con un infeliz moribundo, que insensible á toda clase de exhortaciones, rehusaba reconciliarse con Dios.

Conmovido con el pensamiento de que una de las almas confiadas á su paternal solicitud iba,

á perderse eternamente, se dirigió al moribundo ya en las angustias de una dolorosa agonía.

“Amigo,” le dijo una de las personas que le rodeaban, “aquí tiene vd. al Sr. Arzobispo que “viene á verlo y consolarlo.”

—¿Qué? El Arzobispo? repitió ese desgraciado con una voz apagada, haciendo inútiles esfuerzos para volverse del otro lado, ¡oh! que me haga favor de retirarse.

—¿Qué! hijo mio, replicó el prelado, ¡que no quiere vd. que yo, que soy su padre, lo bendiga por última vez?

—¿Bendécirme? ¡Señor! ¡oh! no! no lo merezco..... por compasion, tenga vd. la bondad de retirarse! Si!..... retírese vd.!..... Debo causarle horror, yo fui uno de los que robaron y destruyeron el arzobispado!.....

—Esa es una nueva razon para que yo me interese más en la salvacion de su alma.

—¡Imposible! yo fui ¡ay de mí! uno de los más furiosos, yo excitaba á mis compañeros á que nada perdonasen..... yo.....

—Pues bien, hijo mio, interrumpió el Ilmo. Sr. de Quelen, en su mano está darme hoy una reparacion completa de todos los males que me causó; lo puede vd. hacer muy fácilmente y de

una manera que me colmará de alegría y me hará olvidar todo cuanto ha pasado.

—Pero ¿qué es lo que puedo hacer en el estado en que me hallo?

—Puede vd. salvar su alma.

—No, no, Dios no puede perdonarme, ni vd. tampoco.

—¿Qué dice vd., hijo mio? Se olvida de que Nuestro Señor perdonó á sus mismos verdugos, y que yo debo imitarlo?

El enfermo movió la cabeza y no contestó nada. Despues de algunos instantes de silencio, en que Su Illma. parecia meditar los medios de vencer la resistencia de aquel hombre cuya vida se extinguia por momentos, le dijo con una voz muy conmovida:

—Amigo mio, si yo le diera á vd. una prueba del perdon que le concedo con todo mi corazon, ¿esperaria vd. poder alcanzar tambien el de Dios?

—Sin duda, que sí lo esperaria.

—¿Tiene vd. hijos?

—¡Ay! sí, tres, que van á quedar huérfanos.

—Y los amará vd. mucho, ¿no es verdad?

—¡Ah! como que sí! El pensamiento de que

mi muerte los va á dejar sin pan, sin asilo, sin apoyo, es el más cruel de mis tormentos.

—Pues bien, tranquilíce vd. sobre su suerte, yo me encargo de ellos. Desde esta misma noche estarán al abrigo de toda miseria.

—¡Imposible!.....

—Yo me obligo aqui á eso delante de Dios y de las personas que están aqui presentes.

—¡Ay! Señor! exclamó aquel desgraciado, cuyo rostro livido tomó cierta expresion de alegría; no me podia dar Su Illma. una prueba más grande de perdon: no queda más sino el que yo le dé á mi vez la de mi gratitud y arrepentimiento.

—Eso lo puede vd. hacer inmediatamente, hijo mio; confiese vd. todas sus faltas, forme de ellas un verdadero dolor, y arrójese en seguida con una confianza filial en los brazos de la misericordia divina.

—Estoy pronto, Señor; pero no quiero hacer esa sincera confesion sino con el padre adoptivo de mis hijos; sí, con Su Illma....

El Sr. Arzobispo no respondió nada, sino que hizo seña á las personas que le rodeaban que se retiraran, é inclinándose hácia el enfermo, recibió su confesion acompañada de un torrente de lágrimas.

Pocas horas despues, ese pecador arrepen-  
do se presentaba á su juez, reconciliado con él  
por la caridad del piadoso prelado á quien ha-  
bia perseguido.

No se ha entibiado despues el celo del Illmo.  
Sr. de Quélen, sigue visitando los hospitales, y  
ya he tenido la dicha de besarle el pastoral va-  
rias veces, cuando ha venido á mi sala. Su pre-  
sencia y sus discursos no han contribuido poco,  
te lo aseguro, para sostener mi valor, pues se  
necesita ánimo, y mucho, para no desfallecer á  
vista de escenas tan desgarradoras como las que  
presenciamos todos los dias; sobre todo, es más  
indispensable para disponer á una buena muer-  
te á padres y madres de familia, y á jóvenes de  
ambos sexos, que heridos súbitamente, tienen  
mucho trabajo en resignarse á hacer á Dios el  
sacrificio de una vida que todavía la víspera se  
sonreía llena de porvenir, de esperanza y de  
dicha.

Familias enteras han sucumbido, y no son  
las más dignas de lástima: los pobrecitos niños  
privados de sus padres y madres, me compade-  
cen más y me parecen muy desgraciados; así  
lo ha comprendido tambien nuestro Arzobispo,  
dues auxiliado de algunas señoras piadosas,

acaba de fundar una obra en favor de esas in-  
felices criaturas. Tiene por objeto recoger y  
educar á todos aquellos niños que han quedado  
absolutamente huérfanos; permanecerán en el  
asilo que les abre su primer pastor, hasta que  
estén en edad de bastarse á sí mismos, vivien-  
do honradamente con su trabajo, para lo que se  
les harán aprender profesiones ú oficios lucra-  
tivos.

Esta obra tan bella se llamará: “La obra de  
los huérfanos de San Vicente de Paul, á conse-  
cuencia del cólera Morbus.”

Nuestra congregacion se ha hecho cargo de  
ella; será solo temporal, es decir, hasta que  
llene su objeto, y se halla establecida en Con-  
flans, que como he dicho, es propiedad de Su  
Illma.

Espero ir á visitarla algun dia, porque siem-  
pre he creido que la epidemia no me ha de ata-  
car á mí, aunque ya han perecido de ella va-  
rias de mis hermanas; pero ellas valian mucho  
más que yo, estaban maduras para el cielo,  
miéntras que yo no soy más que una indigna  
hija de San Vicente de Paul, que se repite, co-  
mo siempre, tu amiga

SOR TERESA.

## CARTA XXVI.

Paris, Hospital de San Luis, en  
una noche de guardia.

El número de enfermos y de muertos sigue en disminucion, querida Carolina, pero todavia no estamos enteramente seguras; los médicos anuncian una recrudecencia terrible. Dios es el Señor y dueño soberano; que su voluntad se cumpla, y démosle gracias de que nos permite descansar un poco, y reparar nuestras fuerzas para emplearlas de nuevo en servicio de nuestros hermanos, si fuere otra vez necesario. Pero, Carolina, bendigámosle sobre todo juntas por haber perdonado á todos los seres que nos son tan queridos; yo considero como un milagro que ni uno solo haya sido tocado de esa horrible enfermedad, y creo que lo debemos á la dichosa inspiracion que tuvimos de consagrarlos todos y ponerlos bajo el amparo y patrocini-

no especial de la Santísima Virgen, pues he sabido que aconteció en América un caso igual en circunstancias parecidas, librándose del contagio todas aquellas personas que abrazaron la práctica de confesar y comulgar en honra de la Reina del cielo el dia 12 de cada mes, que es la fecha que le está allí especialmente dedicada en memoria de una notable aparicion suya verificada hace 300 años en favor de aquellos habitantes, cuyo remoto suceso se conserva fresco hasta el dia, no solo por la tradicion y un suntuoso templo edificado en el mismo lugar, sino mucho más por un retrato milagroso que quiso dejarles la Santísima Virgen como testimonio de su proteccion, manifestada en todas épocas de mil maneras diferentes, lo que hace encender cada dia más la devocion y el amor á nuestra buena Madre, que jamás abandona á los que recurren á ella con confianza. Así nos lo acaba de probar á nosotras: ¡ojalá y conserve bajo su manto á todas las personas que amamos!

Ya te he hablado de la caridad ardiente de que nuestro clero nos ha dado ejemplo en estas tristes circunstancias. Se puede decir que siguiendo las huellas de su arzobispo, ha dado pruebas de heroísmo: sí, de heroísmo, porque

todos admiten que se necesita más valor para afrontar la muerte á sangre fría, que para desafiarla en el ardor de los combates. No solo en las ciudades es donde los sacerdotes han mostrado su celo y abnegacion, sino que casi no hay pueblo, ni aldea, ni miserable cabaña, donde no se les bendiga como á sus salvadores, y se les tenga por ángeles de paz y de misericordia. ¡Ay! Los que tan vilmentelos calumnian é infaman, sin ni siquiera conocerlos, tendrán algun dia que hacerles la justicia que se les debe y tributarles el respeto que merecen!

Imitadores de sus virtudes muchos seculares, débiles mujeres, pobres doncellas, se han consagrado al alivio de los coléricos y han venido á pedirnos como una gracia señalada el permiso de compartir nuestras fatigas: el cólera, al revivir la fé de los fieles, ha dado á luz acciones sublimes; quisiera consignarlas todas para que se conservase su memoria, pero no pudiéndolo hacer, me contentaré con citarte dos, elegidas como al acaso, y hoy empezaré por hablarte de una pobre anciana, despreciada tal vez por el mundo, pero cuya alma debe ser muy agradable á Dios.

Regina Sorat, nacida en los últimos grados

sociales, tuvo la dicha de tener una madre cristiana que le enseñó desde temprano á amar á Dios y á su prójimo. A penas en la adolescencia, fué colocada en casa de una señora piadosa, que se hizo un deber de cultivar sus virtuosas disposiciones, y le dejó al morir una pequeña renta de 60 pesos anuales, por agradecimiento de los servicios que le habia prestado en varios años. Esto era casi un gran capital para Regina, que todavía jóven, podia muy bien pensar en casarse. No le faltó por cierto ocasion, pero entregó su afecto enteramente á los nuevos amos que la Providencia le proporcionó, y no los quiso abandonar nunca. El padre, la madre y cinco niños, que ella vió nacer y arrulló uno despues de otro, componian esa dichosa familia, donde ella era tratada más bien como igual que como criada. Su sueldo no era á la verdad muy grande, porque su amo, simple oficial de un ministerio, tenía mucha dificultad en cubrir todos los gastos de su familia, y por mucha economía y orden que tuviera su esposa, llegaban algunos momentos de apuro que no podian disimular. Entónces Regina los hacia cesar, ó por lo ménos disminuir, con una inocente droga, cuyo secreto por

largo tiempo no fué conocido más que por Dios y ella: su pequeña renta le servía para ayudar á las necesidades de la casa, y cuando su ama se admiraba de lo barato que le costaban las cosas que compraba, solo le respondía sonriendo:

“Si á mi ama le parece que no es bueno el precio, yo diré á los vendedores que lo suban un poco.”

Y todo quedaba en eso, llenándose de contento Regina cuando veía renacer el júbilo en la casa.

Llevaba ya diez años de estar con aquella familia, cuando vino el cólera á diezmarla; el padre, la madre y tres de los hijos fueron arrebatados en ménos de ocho dias, y la pobre Regina se quedó encargada de dos huérfanitos á quienes no quedaba otro recurso que la caridad de su antigua nana.

Abandonar á la commiseracion pública á esos dos pobres niños, era cosa que ni aun le pasó por el pensamiento á Regina; así, no se ocupó más que de buscar alguna industria que le permitiese mantener á los niños sin que tuviese que separarse de ellos. Dotada de energía y de resolución, tomó muy pronto su partido: fué á buscar á los herederos de su primera ama, y á

fuerza de ruegos consiguió, que en vez de la renta vitalicia de que disfrutaba, le pagasen por una sola vez quinientos pesos; despues, vendiendo su reloj, una cadena de oro y otras alhajas que tenia, aumentó algo más su corto capital, y una mañana se instaló con sus nuevos hijos en una pequeña tienda, donde metió todo su haber.

En seguida, no satisfecha con alimentarlos con su trabajo, quiso tambien que recibiesen una educacion igual á la que les hubieran dado sus padres, si aún vivieran: en consecuencia, puso de media pupila en un buen colegio á Laura, que es la mayor y tiene ahora diez años, y ha logrado que un sacerdote de su parroquia, que enseña á algunos niños, se encargue de la educacion de su Alfredo, guapo muchacho que cuenta diez y ocho meses ménos que su hermana.

Dios ha bendecido la obra de la virtuosa Regina; su pequeño comercio prospera, y tiernamente amada de sus hijos adoptivos, respetada de cuantos la conocen, no comprende cómo es posible que admiren una accion que ella considera muy natural y poco digna de elogios.

El rasgo de Lucía Meunier, mi segunda he-

roina, tiene alguna semejanza con el de Regina, nada más que se agrega un sacrificio que lo hace más meritorio. Júzgalo tú misma, y no te enfades si entro en pormenores que creo demasiado útiles para hacerte conocer mejor el carácter de mi favorita, que es simplemente una humilde costurera de modista.

Huérfana desde muy tierna edad, fué recogida Lucía en una de nuestras casas, en el "*Orfelinato de la Providencia*;" adquirió con la afición al trabajo los hábitos de una piedad sincera y un gran celo por la salvacion de sus semejantes. Salió del establecimiento á los veinte años, y aunque jóven y de buena figura, supo portarse de un modo tan prudente, que evitó cuantos lazos se tendieron á su inexperiencia. Sola y sin apoyo en el mundo, conservó una reputacion al abrigo de toda sospecha de parte de sus vecinas, aun las más exigentes.

Con todo, la soledad se le hacia insoportable á la pobre, acostumbrada como estaba á verse rodeada de compañeras que la amaban con pasión: además, anhelaba los goces de familia; con lo que despues de haber consultado con nosotras, se determinó á intentar reunirse con

la única parienta que tenia, que era una hermana mayor, casada con un carpintero. Esta hermana, nacida del primer matrimonio de su madre, la habia tratado siempre muy duramente; jamás le habia podido perdonar que la hubiera privado con su nacimiento de la mitad de la herencia materna, que era bien insignificante; así, no contenta con hacer que nada percibiese de lo que le tocaba por la muerte de su madre, la arrojó inhumanamente de su casa, sin lástima á sus pocos años.

Tales antecedentes deberian haber quitado á Lucía todo deseo de ir á ponerse bajo la tutela de su hermana; pero creía que no habiéndole de ser gravosa, porque con su trabajo se proporcionaba lo necesario, ya aquella no tendria los mismos motivos que anteriormente para tratarla mal; y añadia ingenuamente que sentia en su corazon un vacío que esperaba llenar con el amor fraternal.

Se dirigió, pues, á casa de su hermana para pedirle el favor de que la concediese un rincón en su habitación. La respuesta que recibió fué breve y la excusó de todo agradecimiento: apenas se dió á conocer á su hermana, cuando ésta, mostrándole la puerta, la dijo que estaba

abierta para que saliera luego, y al cerrársela casi en la cara, la amenazó con echarla otra vez á escobazos si por desgracia se volvía á presentar allí.

Lucía no insistió más y se resignó á vivir como ermitaño en su corta habitacion, cuya soledad procuró alegrar con el cultivo de algunas macetas y el cántico de los himnos piadosos que habia aprendido en el asilo desde su infancia. Los domingos iba á visitar á Sor Carolina, su antigua maestra, que hace dos años fué trasladada de nuevo aqui.

Diestra, activa y muy honrada, consiguió poco á poco formarse una clientela de señoras acomodadas que la ocupaban directamente para sus trages, con lo que pudo tomar dos ó tres muchachas que la ayudaban á coserlos. Más adelante eran incontables las aprendices que solicitaban de ella su admision; pero jamás quiso coger sino aquellas que le ofrecian garantías por los principios religiosos de sus padres.

Convirtió su taller en una especie de convento, y una de las mejores recomendaciones que una costurera podia dar para ser admitida en cualquiera parte, era haber aprendido con la Srita. Lucía Meunier.

Aunque un trabajo constante y la vigilancia que ejércia sobre las jóvenes de su pequeña comunidad, absorben por lo ménos las tres cuartas partes de su dia, Lucía encuentra, sin embargo, tiempo para practicar otras buenas obras que no lo exigen. Asi, tenia por vecina á una mujer que buscaba su vida haciendo mandados y vendiendo cosas ajenas para ganar el corretaje; no tenia otro recurso con que sostener á su anciana madre, la que cayó enferma, y su pobre hija se veia en la alternativa de enviársela al hospital ó de renunciar, por asistirla, al único medio de existencia con que contaba.

Apénas supo Lucía la afliccion en que se hallaba, cuando la hizo cesar constituyéndose en cuidadora de la enferma, cuya cama hizo pasar á su mismo cuarto. Esa accion caritativa fué muy criticada y aun hicieron burla de ella; pero Lucía, dejando reir á los que no comprendian el motivo sobrenatural de su conducta, atendió por completo durante seis semanas á la enferma, velándola una noche ella y otra la hija.

El Señor premió su caridad tocando el corazón de la anciana, que llevaba largos años de no cumplir con sus deberes religiosos: se convirtió, murió cristianamente, é imitándola su

hija en su arrepentimiento, tuvo Lucía el consuelo de haber ganado dos almas para Dios.

Ese suceso no le hizo perder nada de su humildad; atribuyó toda su gloria al Señor, y mereció con eso llegar a ser, aunque en una posición tan oscura, el apóstol de los ricos de la tierra.

Admitida por su oficio al trato de las más grandes señoras, y de esas mujeres mundanas á quienes la sola vista de un sacerdote horroriza ó espanta, supo por medio de piadosas reflexiones, dejadas caer con oportunidad, hacer entrar á varias dentro de sí mismas, reducir las á una vida cristiana, teniendo la dicha de que, por la unción de sus palabras, esas almas extraviadas volviesen al camino de la salvación, abrazasen el yugo del Señor y lo llevasen con fervor y perseverancia.

Y ¡todas esas obras tan difíciles las realiza una pobre ó ignorante costurera! Vaya! que hay en eso con que confundir nuestro orgullo y hacernos ver que nada somos, que nada podemos por nosotros mismos, sino que todos los instrumentos son buenos en manos de nuestro divino Maestro!

La más bella conquista que Lucía consiguió

sobre el infierno fué sin duda alguna la de Inés, hija única del Sr. D\*\*\*. De todas sus favorecedoras era la que le inspiraba mayor interés, una simpatía más tierna: la había conocido desde niña; entonces la alegre y traviesa Inés amaba á su joven costurera por lo condescendiente que era á todos sus caprichos; más tarde, llegando ella misma á la juventud, cambió aquel afecto en verdadera amistad. Inés, hermosa, rica, adulada por todos, consentida de su padre, había conservado, sin embargo, un corazón recto y bien formado, había adivinado el de Lucía y sabía estimarlo; por esto ella sola era su confidente; le comunicaba sus goces, sus placeres y sus amarguras.

Colmada Inés de cuantos bienes pueden desear los hombres, ¿podía encontrar acaso motivo por qué llorar? ¡Ay! sí, la infeliz niña, educada por un padre ateo, experimentaba un vago é inmenso vacío de felicidad, que ni los favores de la fortuna, ni los dones de la naturaleza, ni los placeres del siglo podían colmar. No contento con haberla rehusado el bautismo, pues solo la llamaba Inés, por ser el nombre de la heroína de un drama que le agradaba, y de jactarse de eso públicamente, había cuidado su

padre de dejarla en la más completa ignorancia acerca de los dogmas, de las creencias y de las prácticas de la religion santa; y aunque nacida Inés en un país cristiano, la desgraciada niña no había puesto jamás los piés en una iglesia; vivía sin Dios, sin fé, sin culto y sin esperanza.....

Como consecuencia de una educacion tan extraviada, la más lijera contradiccion, el menor desengaño la sumergía en una negra tristeza que solo Lucia era bastante hábil para disipar.

Ya te puedes figurar cuáles fueron los terrores de Inés al ver que la epidemia segaba sin piedad á sus lados las existencias más floridas, y que caían igualmente los viejos y los jóvenes, los pobres y los ricos.

La ternura de su padre era impotente para calmar su alarma, aunque se esforzó en alucinarla sobre la gravedad del peligro, prodigando á su derredor las fiestas y las diversiones.

La temerosa Inés no podía gozar de ellas, la fúnebre imágen de la muerte la perseguía por todas partes; y en lugar de alegrarse con aquellos festines que le ofrecía el amor paternal, la idea de que el sepulcro la iba á privar de ellos

para siempre, la hundía en el más silencioso y triste abatimiento.

Lucía sufría mucho al ver la posicion de Inés, sin atreverse á indicarle el remedio. Temía que un celo indiscreto le cerrase todo acceso con ella, y esperaba que Dios le proporcionase una ocasion favorable para consolar á esa pobre alma encadenada con los lazos del error, pero que hacia esfuerzos por librarse de ellos.

Adios, querida Carolina, terminaré otra ocasion la historia de Lucia. Ya es necesario hacerlo así porque mi lámpara se apaga, el papel me falta y ya oigo á mis hermanas que vienen á relevarme para velar la otra mitad de la noche; son, pues, muchas razones para que me despida, recomendándote que no dejes de rogar á Dios por tu amiga

SOR TERESA.

## CARTA XXVII.

Paris, Hospital de San Luís.

Salvo el respeto que te debo como á mi mayor, me dan ganas de decirte, querida Carolina, que eres la más impertinente y enfadosa criatura que se conoce. Tú que predicas tan bien persuadiendo á los otros la paciencia, ¿por qué no pones un poco en práctica tus sermones? ¡Ay! pobre corazón humano, así eres! quieres hallar siempre en los demas las perfecciones que no tienes en tí mismo.

“Acábame la historia de Lucía,” “¿hasta cuándo seguirás la historia de Lucía y de Inés?” es lo que me repites desde la primera hasta la última línea en las dos cartas que has tenido la bondad de escribirme una tras otra en ménos de quince dias. Decir que uno acabe una cosa es muy fácil, pero hacerlo no lo es tanto, y

no puedo ménos que reir, cuando á pesar de todo lo que te he dicho sobre el poco tiempo que me dejan libre mis ocupaciones, terminas con tanta formalidad tu última carta con estas imperiosas palabras: “Nada de nuevos pretextos; ya no admito ningunos; lo que necesito es que concluyas tu historia.”

Voy á darte gusto ahora, porque mis enfermos están algo tranquilos; pero si te advierto que puede ser que esta pobre carta pase muchos dias en la papelera, porque por más que digas no puedo yo disponer sino de unos cuantos minutos cada dia.

Quando tú seas Hermana de la Caridad y veas lo que á tí te pase, tendrás que darme una satisfaccion completa de todas las quejas con que ahora me abrumas; esa será mi venganza; pero mientras de que llega continuaré mi relato.

Lucía tenia muchos motivos para portarse con prudencia; sabia muy bien que el Sr. D\*\*\* no la podia ver, y solo le permitia libremente la entrada de su casa porque su hija se lo habia suplicado con instancia, y temia aflijirla rehusándoselo. Además, habia notado ella que, cuando estaba con Inés, una criada antigua, de todo el gusto del Sr. D\*\*\* la espiaba continua-

mente, para dar cuenta exacta á su amo de todas sus acciones y palabras. A fuerza de consideraciones á la anciana y de circunspeccion en sus discursos, logró captarse los favores de la una y calmar las sospechas del otro. Poco tiempo ántes de la invasion del cólera, fué cuando se cercioró de que ya no se ponian en la puerta á escuchar lo que le decia á su jóven amiga.

Un dia que Inés la habia mandado llamar, la halló tan triste y tan abatida que no pudo ménos de decirle:

—Estoy cierta de que está vd. otra vez con la idea del cólera y el miedo de la muerte. Eso no es racional, y si yo pudiera, la habia de regañar mucho.

—¡Ay! Lucía, la interrumpió Inés, no me hablas así más que para animarme; pero si tuvieras franqueza, convendrías en que esa horrible perspectiva del sepulcro hiela la sangre.

—¡Yo! ¿temer á la muerte? ¡qué capaz! por ella he de entrar en posesion de una dicha que no ha de tener fin.

—¡Lucía, qué estás loca? ¿Quieres hacerme creer que dejarias la vida con placer?

—Sí, con placer, dicha y accion de gracias,

porque esta vida que vd. estima tanto, no es á los ojos de la fé más que un tiempo de prueba, una triste peregrinacion en un país de destierro, miéntras que la muerte es el momento de entrar á la celestial patria, el paso de este mundo á una eternidad..... de delicias, es verdad, para los buenos; pero ¡ay! de tormentos para los impíos y los malos.

—Tú crees, Lucía, que no morimos por completo.

—Nuestro cuerpo si, muere y es presa de la corrupcion; pero nuestra alma inmortal, creada á imágen de Dios, va á recibir despues de su separacion del cuerpo, la recompensa de sus buenas acciones ó el castigo de las malas.

—Entónces ¿seré yo dichosa? porque me parece que no soy mala.

—¡Ay! no! porque eso no es suficiente para entrar en el cielo; es preciso ser uno católico, y vd. no lo es, querida y desgraciada Inés.

—¿Y cómo sabes, Lucía, que no lo soy?

—Porque no está vd. bautizada, no conoce tampoco á Dios, no le ama, ni le invoca jamás.

—Pues bien, Lucía, dámele á conocer y enséñame á amarle; porque quiero no tener ya

miedo á la muerte, ser como tú y creer que entónces sere más dichosa de lo que ahora soy.

—Yo lo deseo más vivamente que vd., pobrecita Inés, porque la quiero, mucho. ¡Oh! si, créamelo vd., daria con gusto mi vida por salvar su alma; pero su padre no quiere que haga yo cesar la ignorancia en que la ha criado, y si supiera que yo la instruia en las verdades de la fé, nos separaria...

¡Me quiere tanto!..... exclamó Inés, que me asombra lo que dices. ¿Crees tú, Lucía, que no desee él para mí todo lo que me puede hacer dichosa?

—Aquí en la tierra, sí; pero no en la eternidad.

—¿Y por qué?

—Quién sabe, Inés; cuando vd. llegue á ser hija de Dios, de ese Dios tan bueno y misericordioso, que la ama tanto, se esforzará con todo empeño en hacer entrar á su papá en el camino de la salvacion.

—Háblame, pues, con claridad, Lucía, no entiendo bien lo que me dices.

—Ante todo, replicó Lucía, que deseaba inspirarle una devocion tan tierna como la suya á la Madre del Salvador, roguemos juntas á la

Santisima Virgen, que le alcance á vd. del Corazon Santisimo de su divino Hijo las gracias de que necesita para.....

—¡Oh! Lucía, exclamó Inés, ¿qué esa Virgen de que me hablas, será la misma que con el nombre de María invocaba con frecuencia mi mamá en su última enfermedad?

—Sin duda, y es nuestra Santisima Madre, que nos dispensa toda clase de bienes.

—Seguramente por eso me recomendaba tanto mi pobre mamá que tuviera siempre en ella una firme confianza. Era muy chica cuando tuve la desgracia de perderla; pero con todo, me acuerdo bien que la vispera de su muerte, despues de haberme abrazado llorando, me hizo besar una medalla que traía oculta sobre su pecho; representaba tambien á una madre llevando en sus brazos á un niño. “Mira,” me dijo con una emocion que nunca he podido olvidar, “cuando yo haya desaparecido para no volver más, Ella te amará como á su hija, incomparablemente más que yo; pero es preciso que por tu parte tambien tú la quieras “y le reces todos los dias lo que voy á enseñarte.” Entónces me hizo repetir varias veces ciertas palabras que he conservado en la

memoria, aunque sin entender su significado. Oyelas: "Santa María, Madre de Dios, ruega por mí ahora y en la hora de mi muerte, y "haced que sea católica."

No dudando ya que la Santísima Virgen, escuchando la oracion de una madre moribunda, habia alcanzado la conversion de Inés, Lucía se decidió á enseñarla desde luego lo que necesitaba hacer y creer para salvarse.

El que sabe desatar la lengua de los niños, inspiró á la humilde Lucía lo que debía decir, y dispuso admirablemente el corazon de la néofita, que recogió con avidez las sublimes verdades que escuchaba por primera ocasion. Su fidelidad á la gracia le mereció otra mayor, su alma fué de repente iluminada con una luz sobrenatural, la venda de la ignorancia cayó milagrosamente de sus ojos, y exclamó en un transporte de amor: "¡Oh Dios mio, qué grande y misericordioso sois!.... poned el colmo á vuestras bondades, haciéndome gozar cuanto ántes de la dicha reservada á los que os aman; si, yo os amo, os amo más de lo que pudiera expresar, y quisiera amaros eternamente.... Lucía, mi buena amiga Lucía, añadió en seguida, bautízame ahora mismo, no tendré paz ni descanso

hasta que pueda llamarme hija de Dios.... ¡Oh! ¿por qué vacilas? piensa en el dolor que te causará no hacerlo si me acontece morir sin bautismo."

Le costó mucho trabajo á Lucía convencerla de que era preciso consultarlo con el guía de su conciencia.

—Ve, pues, le dijo Inés suspirando; pero vuelve pronto, no quiero permanecer más tiempo esclava del demonio.

Le puso Lucía una medalla de la Virgen, que desde entónces fué su mayor tesoro, el que ocultaba cuidadosamente, y salió á buscar al respetable eclesiástico que dirigia su conciencia, sin poderlo hallar en varios dias por el recargo de ocupaciones en aquellas críticas circunstancias, siendo por fin su decision, que no podia ser bautizada Inés por su amiga sino en caso de muerte y solo cuando no fuera posible hacer entrar algun sacerdote; que fuera de eso, puesto que la jóven gozaba de completa salud, era preciso que se presentase á recibir el agua de la regeneracion en la iglesia, y despues de haber sido competentemente instruida por un sacerdote acerca de las verdades de la fé.

Es fácil comprender la agitacion de Inés, que

ansiaba recibir el bautismo, y la imposibilidad de verificarlo, pues se presentaban dificultades casi insuperables, porque el Sr. D\*\*\* de ningún modo lo permitiría, y jamás dejaba salir á su hija sino con él ó con la anciana de que hemos hablado, que no conocía más ley que los caprichos de su amo, con lo que puedes figurarte que tampoco se prestaría al plan que intentaban. Pero Dios, que se burla de los impíos designios de los hombres, y los echa por tierra cuando le parece, allanó todos los obstáculos que se oponían á la salvacion de esa jóven elejida. Atacada repentinamente del cólera, á la vista misma de su padre, Inés tuvo la fuerza y el valor de disimular sus males, para que así saliera aquel á la calle, como de costumbre, y ella pudiese hablar á solas con Lucía, á quien mandó llamar á toda prisa.

Apénas lá vió, cuando la dijo:—Lucía, la muerte me ha marcado con su sello; hace ya algunas horas que me siento muy mal, sufro calambres atroces, y dentro de poco ya no me será posible ocultarlo; es tiempo ya de que me bautices, los momentos son preciosos y no hay que perder uno solo; date prisa, si no quieres que mi padre nos sorprenda, porque su ternura

alarmada le traeria muy pronto de vuelta: aunque yo no le he querido decir nada, temo mucho que él haya adivinado mis sufrimientos.

No era posible vacilar más, y Lucía, llorando, hizo correr el agua santa del bautismo sobre la cabeza de su jóven é interesante amiga, quien quiso recibir el nombre tan dulce de *María* por amor y reconocimiento á la Santísima Virgen que la habia protegido de un modo tan particular.

Inmediatamente su lívido semblante irradió de gozo, y exclamó:

—Gracias, querida Lucía; sin tí ¿qué habria sido de mí? ¡Ay! habria sido desterrada para siempre de ese cielo que por tu medio se me acaba de abrir!..... ¡Sí! lo veo abierto; la Santísima Virgen me tiende los brazos, y los ángeles me llaman para que vaya á cantar con ellos las alabanzas de un Dios tan bueno, que no se ha desdeñado en adoptarme por hija.....

Las lágrimas ahogaron su voz, y despues de unos instantes, añadió:

—¡Ay! Lucía, una sola cosa falta á mi felicidad: desearia recibir al Dios de la Eucaristía. ¡Qué consuelo tan dulce, qué gozo tan inefable ha de ser hospedar en su pecho al Salvador!

¡Qué dichosa sería si me concediera ese nuevo favor!

Lucía la hizo entender que debía conformarse con suplir con esos ardientes deseos y fervorosos suspiros, la recepción real del Santísimo Sacramento, por cuyo medio alcanzaría muchos de sus frutos.

Y entonces Inés, agradeciéndole de nuevo sus beneficios, añadió:

—No dejes, Lucía de ir á recibirlo por mí en esta misma mañana; ofrece esa sagrada víctima al Eterno Padre en reconocimiento del favor que á mí me ha hecho, pídele que no deje de derramar su misericordia sobre mí hasta el último momento; te lo ruega tu moribunda amiga: yo por mi parte te ofrezco que, dentro de poco, cuando me encuentre en la presencia de Dios, á quien amo como á mi padre, la primer súplica que le dirijiré con una confianza de hija, será por ti..... la segunda por quien, después de haberme dado una vida temporal, me hubiera ¡ay de mí!..... dejado perecer eternamente.

Al anochecer, el alma de María-Inés, adornada con la inocencia bautismal, habia volado al

cielo para entonar el inmortal *hossana* por una duracion sin fin.

Segun refiere la criada antigua del Sr. D\*\*\* su muerte fué acompañada de circunstancias extraordinarias: ¡quiera Dios que éstas y los ruegos de su bienaventurada hija, hagan impresion sobre el espíritu del Sr. D\*\*\* inspirándole el deseo de obtener por el arrepentimiento y la penitencia, el perdon de sus faltas y la posibilidad de participar de la dicha de aquella!

El episodio de la conversion de María-Inés, que no he querido interrumpir, me ha hecho anticipar algo los acontecimientos, por lo que es necesario tomarlos desde más lejos, y si tú lo permites, retrogradaremos varios años.

Prudente, económica, trabajadora y de muy buen genio, no habia dejado de tener Lucía muchos pretendientes. Todos fueron desechados; la mayor parte porque no tenían principios religiosos; los otros porque siendo más pobres que ella, preveía que todo el peso de la familia caería sobre ella. Con todo, Sor Catarina tenia un jóven de muy buenas costumbres y piadoso, á quien protejia, y que era hábil tornero; con lo que pensó que era bueno que se casara con Lucía. Todo se arregló perfectamente: Lucía agra-

dó mucho á José, y José no le disgustó á Lucia, que le aceptó por su futuro esposo. Está bien dicho futuro, porque el pobre muchacho, que habia tenido que cuidar largo tiempo á su madre enferma, no se encontraba con muchos fondos, y su novia declaró que no se habian de casar hasta que cada uno por su parte hubiesen reunido 200 pesos, suma necesaria para establecer José su taller. Como supondrás, no fué eso negocio de un dia, y cuatro años se pasaron ántes de que se completasen los 200 pesos por ambas partes. Por fin, á principios de este año, Sor Catarina, que era la depositaria de sus economías, decidió que ya se podia verificar el matrimonio en la Pascua, lo que no les pesó á ninguno de los dos, porque se amaban mucho, aunque siempre amaban más á Dios: jamás olvidaron que se le debe la preferencia á toda criatura.

Aunque ya estaban al punto de llegar á ser esposos, Lucia y José no se miraban nunca más que los domingos en casa de una señora de edad, amiga vieja de la familia Meunier, y bajo ningún pretexto le era permitido al novio presentarse en la casa de Lucia.

Aunque la hermana de ésta la habia tratado

tan mal, quiso la novia aprovecharse de las circunstancias para intentar una vez más el relacionarse con ella, y le mandó con José una carta que le presentó él mismo, en la que le daba parte de su proyectado enlace, le pedia su consentimiento y le suplicaba mucho que le hiciese el favor de ser su madrina el dia del matrimonio.

Contra lo que se esperaba, José y su carta fueron bien recibidos, y le trajo á Lucia el permiso de presentarse en casa de su hermana. Corrió allá inmediatamente con las manos llenas de obsequios para sus sobrinos y sobrinas, y volvió muy contenta á contarnos su buena suerte, por la que la felicitamos.

Todo iba de lo mejor, y ella misma no creia su dicha al ocuparse de los preparativos de su boda, cuando invadió el cólera á Paris. Lucia y José no pudieron resolverse á casarse y regocijarse, mientras que por todas partes no veian sino duelo y lágrimas: convinieron, pues, de comun acuerdo esperar un tiempo más feliz, y cada uno por su parte se emplearon en socorrer y asistir á los enfermos que no hallaban lugar en los hospitales. Parte de su pequeño capital se empleó en abrigos para aquellos de sus ve-

cinos ó conocidos que carecían de ellos; y Dios, bendiciendo su caridad, hizo que libraran á algunos de la muerte y que otros muchos más arreglaran los negocios de su conciencia. Cuando faltaban enfermos en su vecindad, volaba la infatigable Lucía á ayudarnos á nosotros.

Habiendo pasado varios días sin verla, y temiendo que hubiera sido víctima de la terrible plaga á que se exponía con tanto denuedo, envié á saber de ella. No estaba en su casa; pero mi enviado supo por una vecina, que había ido á asistir á su hermana y á su cuñado, ambos atacados de la epidemia.

¡Pobre Lucía! todo su empeño no pudo conservarles la vida; pero su abnegacion recibió una recompensa. Confusos y movidos al ver tan generosa conducta, le pidieron perdon de la que ellos habían guardado con ella, y á sus ruegos consintieron en ver á un sacerdote y confesarse, lo que no habían hecho en largo tiempo. Murieron cristianamente á los tres ó cuatro días, recomendándole á sus tres hijos, de que el mayor cuenta siete años, y el último, que es una bella niña, no tiene sino diez y ocho meses.

Lucía llevó consigo á aquellos inocentes huér-

fanos é hizo decir á José que la fuera á ver. Este, sorprendido de tan singular favor, no tardó en presentarse.

—José, le dijo llorando, pero con tono firme, es preciso que yo renuncie á vd. para siempre; Dios así lo ha querido; no vuelva á pensar en mí.... Por mi parte, queda vd. libre de todo compromiso; espero que el Señor ha de escuchar las oraciones que le he de hacer por vd. para que le conceda una esposa que valga más que yo y le haga tan dichoso como vd. se merece.

De pronto José lo quiso tomar como una burla y se iba á dejar llevar del enfado que le causaba lo que creía solo una chanza de mala ley; pero Lucía, volviendo á tomar la palabra, continuó, mostrándole los tres niños que á su voz fueron á echarse en sus brazos:

—José, desde ayer han quedado huérfanos; yo he prometido á su madre ser en lo de adelante la suya; son ya mis hijos y no tendré nunca otros.

José hizo esfuerzos inauditos de elocuencia para hacerla variar de esa resolución que le desesperaba; protestó contra la injusticia de Lucía que quería privarlo del consuelo de servir-

les él tambien de padre, y aseguró que ya desde ese instante los amaba como si fueran sus hijos propios.

Lucia le dejó hablar; mala señal era eso, pues cuando uno no quiere dejarse vencer, el silencio es tal vez la mejor arma que emplearse pueda. Por último, no teniendo razones á que contestar, se calló por fin, y entonces le dijo ella con dulzura:

—Conozco bastante el corazón de vd., José, para poner en duda su buena voluntad respecto de estos niños. Sí; creo que vd. dividiría igualmente su ternura entre ellos y los hijos que Dios le quiera conceder; pero, ya que es preciso confesarlo, conozco bien que yo no podría llegar á ese grado de perfeccion. Siempre habia de tener preferencia á los míos, y quién sabe si aun acabaría por sentir el pan que les daría yo á éstos, y que no se los distribuiría sino á costa de privaciones de mi propia familia: porque en nuestra posicion, es una carga muy pesada la de tres niños que mantener, y en cuanto á separarme de ellos, ¡eso! nunca!.....

José suplicó, lloró, instó á Lucia que le permitiera participar con ella del mérito de su bue-

na accion; pero ella se mantuvo inflexible. Con todo, por verse libre de los asaltos que estaba sufriendo su pobre corazón, consintió, ya de cansada, á someterse enteramente á nuestro juicio.

José cayó en este lazo. Lucia nos tenia ganadas con anticipacion á su partido, y grande fue el sentimiento del pobre muchacho cuando le dijimos que, aprobabamos completamente la conducta de Lucia, que era preciso que él se resignase y le concediese la última prueba de su cariño que queria ella exigirle.

A que no adivinas, querida Carolina, lo que Lucia le pidió: podría yo apostar lo que quisieras á que no acertabas, porque lo que ella queria era obligar á José á que aceptara la esposa que ella le indicara.

Después de mil lamentaciones sobre la tirania de que usaba con él, le fué forzoso al apesadumbrado José el pasar por todo; y Lucia, generosa hasta el exceso, le procuró endulzar la amargura del sacrificio, eligiendo en su lugar á una amiga suya, piadosa, dulce y buena, que posee, además de muy buena figura, mil escudos de dote, y sin hablar de otras prendas, un corazón muy á propósito para apasionarse de

José. Después de algunas vacilaciones, se decidió éste por fin, llegando á amar ardentemente á la hermosa protegida de su ex-novia, y mañana, 30 de Junio, es cuando deben casarse.

No vayas á creer que Lucía se ha arrepentido de lo que ha hecho, nada de eso. Incapaz como es de todo disimulo, me decía nada menos que ayer: "Mucho queria yo á José, lo confieso, y á pesar de eso, no me arrepiento absolutamente del partido que he tomado, porque estoy muy convencida de que he seguido la voluntad de Dios, que no quiere que me comprometa con los lazos del matrimonio: este pensamiento me llena de tan dulce satisfaccion, que no cambiaria mi suerte por cualquiera dicha de la tierra. Las caricias de mis hijos adoptivos me hacen olvidar las que me prometia mi union con José, quien, despues de todo, no es muy digno de lástima, añadió sonriendo, porque ha salido ganando mucho más de lo que ha perdido en todo este negocio."

No soy yo de su opinion; pero Lucía no puede comprender que se elojie una accion que á ella le parece muy natural y comun. ¡Dichosas las almas sencillas y puras como la suya! ¡Ay! Carolina, cuando me comparo con ella, casi me

avergüenzo de mi miseria, y temo que el Señor me reprenda algun dia por haber descuidado el negociar con el talento que me confió... Pero... ¿por qué desanimarme y ver en Dios solo un juez terrible? ¿No es tambien nuestro Padre, y el más tierno de los padres? ¿No me ha dado pruebas tan multiplicadas de su amor, que es imposible que llegue yo nunca á dudar de la benignidad con que ve á esta criatura miserable que tú llamas

Tu amiga?

SOR TERESA.

que les llamamos nuestros resucitados: no puedes imaginarte lo agradecidos que están á todas las personas que los han asistido, y especialmente á nosotras.

CARTA XXVIII.

Como los pobres no encuentran por lo comun sino egoísmo é indiferencia, ó cuando más una compasion seca que se reduce á dejar caer en sus manos algunas frias monedas para remediar sus necesidades, es mucho lo que estiman las atenciones que les tienen y el interes que por ellas toma una persona, que no mirando en ellos más que á Jesucristo, se esfuerza en amarlos con aquel fuego que sólo la caridad sabe encender y que únicamente sacia la necesidad que tienen los infelices de comunicar sus dolores á alguno, que participando con sinceridad de ellos, los consuele. Esta limosna de amor al pobre, siempre está en nustra mano dar, por necesitados que estemos, y cuando la escasez de recursos nos obligue á negar la material, compensémoslo, querida Carolina, no economizando consideraciones, buenos modales y afecto, seguros de que nos lo agradecerán más los pobres, que cualquiera otra cosa, y aun quedarán sorprendidos de gozar de lo que casi nunca encuentran, alimentados siempre como están con el pan del

¡Ay! Carolina, la recrudescencia de la enfermedad, que desde hace varios meses diezma nuestra pobre patria, ha sido aqui tal vez más cruel de lo que te figuras; pero gracias á Dios el cólera ha desaparecido por completo, y hace ya quince dias que no se cuenta ni un solo caso. Tranquilízate, pues, por mi salud, que lejos de haber sufrido nada con la fatiga, ántes segun me parece está más robusta que nunca, porque (aqui entre nos) te diré que he hecho cosas que ántes creía superiores á mis fuerzas, y que creía yo que me hubieran postrado en cama, como desvelarme, estarme sin comer largo tiempo, trabajar mucho, etc. Todavía tenemos gran número de convalescientes, que se vieron tan á los últimos momentos de su vida,

que les llamamos nuestros resucitados: no puedes imaginarte lo agradecidos que están á todas las personas que los han asistido, y especialmente á nosotras.

Como los pobres no encuentran por lo comun sino egoísmo é indiferencia, ó cuando más una compasion seca que se reduce á dejar caer en sus manos algunas frias monedas para remediar sus necesidades, es mucho lo que estiman las atenciones que les tienen y el interes que por ellas toma una persona, que no mirando en ellos más que á Jesucristo, se esfuerza en amarlos con aquel fuego que sólo la caridad sabe encender y que únicamente sacia la necesidad que tienen los infelices de comunicar sus dolores á alguno, que participando con sinceridad de ellos, los consuele. Esta limosna de amor al pobre, siempre está en nustra mano dar, por necesitados que estemos, y cuando la escasez de recursos nos obligue á negar la material, compensémoslo, querida Carolina, no economizando consideraciones, buenos modales y afecto, seguros de que nos lo agradecerán más los pobres, que cualquiera otra cosa, y aun quedarán sorprendidos de gozar de lo que casi nunca encuentran, alimentados siempre como están con el pan del

desprecio, y alejados del trato íntimo y amistoso de las personas de otra clase o circunstancias, por el retraimiento que con ellos guardan. ¡Qué dulce es amar verdaderamente al pobre!... Nuestros desgraciados enfermos nos atribuyen á nosotras todo el honor de su curación, y mucha dificultad nos cuesta hacerles entender que sus acciones de gracias deben dirijirlas al Supremo dispensador de los bienes y de los males, de la vida y de la muerte....

Pero ¡ay! Carolina, si Dios ha permitido que nuestros cuidados arrancasen á algunos de la muerte, un número mucho mayor es el que hemos visto espirar en nuestros brazos; á algunos en toda la fuerza de su edad, á otros apenas en la primavera de su vida. Todos los días presenciábamos las escenas más desgarradoras. No se oía en nuestras salas más que sollozos, quejidos, gritos de dolor y aun de desesperación: ya era un pobre y honrado padre de familia, que nos encargaba, llorando, que le transmitiésemos sus últimas palabras y sus más tiernos adioses, á su amada esposa, no sabiendo que pocos pasos adelante ella misma exhalaba su último aliento, pidiendo á Dios por él y por los infelices huérfanos que dejaba sobre la

tierra; otras veces era una simpática jóven que rogaba al Señor que no la llamase á sí tan pronto, que le permitiese cerrar antes los ojos de su anciano padre. A su lado un niño, piadoso y bello como un ángel, nos decía poco antes de entregar su alma inocente y pura, que consoláramos á su madre, de la que era el único tesoro y todo su consuelo. Este niño era el último de los ocho que ella había tenido y perdido: casi fuera de sí cuando le vió muerto, pidió su pequeño cadáver, lo lavó, lo amortajó con sus propias manos y lo acompañó hasta su última morada: después, no pudiendo decidirse á alejarse del lugar que encerraba tan queridos despojos, pasó la infeliz toda una noche, por cierto muy fría y lluviosa, sobre la tierra que ocultaba á sus ojos los restos mortales del glorioso elegido. Hasta que amaneció no cesó de llamar con grandes gritos á la muerte, la que fué sor- da á su voz, y así ella vive para llorar á su hijo. Nosotras la hemos recogido, le damos trabajo y hemos tenido el consuelo de devolver alguna calma á aquella alma destrozada por la aflicción, hoy mucho más resignada á la voluntad divina, de lo que nos atreveríamos á esperar.

Nunca acabaria, Carolina, si quisiera referirte todos los dramas que han pasado á nuestra vista; este recuerdo me indispone y me entristece, porque pienso que es necesario que los hombres hayan irritado mucho al Señor para que un Dios tan bueno haya podido resolverse á hacer pesar así su mano sobre ellos. Esperemos que tan severo castigo haga refloracer entre nosotros la religion y las buenas costumbres.

Mucho te agradezco los pormenores que me has dado sobre la familia de mi protegido el ex-vampiro Julian. Me alegro de que su padre te haya inspirado interes, y de que el pobre muchacho haya conquistado tu afecto. Deseo que continúe mereciendo tu alta proteccion y espero que le buscaras una buena mujer, muy trabajadora y económica; en una palabra, capaz de hacerlo dichoso; puesto que él es tan buen hijo, debe ser ciertamente buen marido y buen padre. Si logras que tu papa se decida á darle su ranchito en arrendamiento, yo procuraré que mi hermano politico le auxilie para los primeros gastos, y pondré tambien á contribucion las bolsas de las Sras. Leuplan y Marval. A fuerza de constancia hemos de conseguir que

mi pobre desertor se convierta casi en hacendado. Animo, pues, Carolina, y auxiliándonos Dios, te aseguro que tus esfuerzos serán coronados del mejor éxito.

Mucho me alegro de las buenas noticias que me das de Aurelia. Probablemente la veré muy pronto, porque su marido es llamado á Paris á consecuencia del ascenso que ha obtenido. ¿Cree-rás que nada me dice la traviesa de Aurelia, en su última carta? Yo me figuraria que me queria dar una agradable sorpresa si no fuera porque tambien me ha hecho misterio de sus esperanzas de llegar á ser madre. A ella le dan mucha risa mis enojos; pero eso no quita que no debia haberse portado así conmigo. Por lo demás dicen que todo fué con felicidad y que el Sr. de Marval está muy contento con su pequeña María. Se enorgullece de poderla llamar *su hija*, y ya me parece que al verla se pone más estirado de lo de costumbre y que levanta más que nunca la cabeza. ¿Qué será de aquí á quince ó diez y seis años? Miétras tanto, deseo que la vida sea muy dulce á su querida María, á quien quisiera yo poder dotar con la bondad y buena razon del señor su padre, y con el talento y excelente corazon de la señora su madre, quien,

entre paréntesis, ha llegado á ser tan prudente como era aturdida; tan buena como loca y extravagante era. Ha dirigido tan bien los ataques contra la indiferencia religiosa de su esposo, que está ya á punto de darse por vencido; no falta sino un nuevo asalto, y es muy fácil que se rinda á discreción.

Como me hace el honor de tener mucha confianza en *mis luces*, me ha reservado Aurelia la gloria de triunfar de sus últimas resistencias. Me ha dejado sin duda un papel muy bello que hacer, pero no el más fácil, porque el orgullo y el respeto humano pueden muy bien hacer todavía indecisa la victoria. En fin, si Dios lo quiere, se cumplirá nuestro deseo; haremos que él se arroje á la piscina, y ya después todo caminará bien. Si, estoy convencida que dado el primer paso, servirá á Dios tan leal y fielmente como sirve á su patria.

La oración es omnipotente, todo lo alcanza del corazón de Dios; vamos á comenzar el domingo próximo una novena para conseguir por la intercesion de la Santísima Virgen la conversion del Sr. de Marval, las Sras. Raffet, Lempiau, nuestras hermanas de Burdeos, las de aqui y Lucia, van á unir sus oraciones á las

nuestras, y creo que no es necesario exhortarte mucho para que tú hagas otro tanto, ofreciendo todas el último dia la Comunión con ese objeto.

Adios, hasta muy pronto; luego que haya yo visto á Aurelia y abrazado por ti á su pequeña María, te escribiré para darte noticias de la madre y de la hija.

Tu amiga,

SOR TERESA.

## CARTA XXIX.

Paris, Hospital de San Luis

El otro día le dije á mi Superiora:—Madre, hágame vd. favor de decirme qué es lo que debe hacer una hermana de la caridad que no tiene dinero, y que lo necesita para una obra buena.

—Hija mia, me respondió, es preciso ante todo que haga mucha oracion, y que no dude nunca de la Providencia de Dios que con tanta bondad se extiende á todas las criaturas: despues tiene que llamar con ánimo á la puerta de los ricos, haciéndose hasta importuna, si es necesario, para lograr que abran su mano para dar una pequeña parte de su supérfluo. Y además, si quiere alcanzar el fin que se propone, es indispensable que no se desaliente por las humillaciones, los desprecios y las negativas,

acordándose de que solo á la perseverancia está prometida la victoria.

—Muy bien, voy á hacerlo así.

—Ahora, Sor Teresa, dígame qué proyecto tiene vd.

—¡Oh! si, madre mia, tanto más que necesito su licencia para ejecutarlo, pero espero que no me ha de ser negada.

—Eso veremos; segun lo que sea.

Inmediatamente le expuse á nuestra Madre todo mi plan, y así que lo oyó, me dijo:

—Vé, hija mia, y haz lo que desees; quiera Dios bendecir tu buena intencion!

Como tú, Carolina, no estás en los antecedentes del asunto, tengo que explicártelo con más extension. Por cuidado.

Hacia muchos años que el hospital de San Luis contaba entre sus bienhechoras á una Sra. Chevalier, rica y muy piadosa, que acostumbraba repetir que, dar á los pobres es prestar á premio al Señor. Muchas veces venia con su hija única, llamada Susana, niña amable y muy buena, de cosa de doce años, que no dejaba nunca de agregar su pequeña limosna á la que su mamá nos daba para nuestros pobres.

Hace cosa de dos años comenzaron á dismi-

muir las visitas de la Sra. Chevalier: sus caridades cesaron de repente, y por fin, pasaron meses enteros sin que se presentara. Nuestras hermanas supieron entonces que la pobre mujer, víctima de un abuso de confianza, había sido completamente arruinada y se hallaba en la mayor miseria: Dios la probaba fuertemente porque la heria en lo más sensible, es decir, en su muy querida hija, cuyo brillante porvenir se encontraba destruido. Nuestras hermanas se apresuraron á ir á visitarla, para manifestarle la parte que tomaban en su desgracia, y ella les probó cuánto se los agradecía, volviendo á tomar sus antiguas costumbres. En cuanto llegué yo aquí, me cobró mucho cariño, y puedo decirte que amo yo á Susana como á una hermana mía. Esta buena niña me tiene tanta confianza que me cuenta en secreto todos los pesares de su mamá, quien por prudencia nos oculta la mayor parte.

También es preciso que sepas que la Sra. Chevalier fué educada por una tía suya, *doncella rancia*, sumamente rica, que tenía empeño en casar á su sobrina con una especie de idiota, hijo de una amiga suya. Pobre é incapaz de bastarse á sí mismo, no podía aspirar á más

aquel jóven sino á contraer matrimonio con una heredera muchacha y bonita; y por su parte la Srita. Bechar, tía de la Sra. Chevalier, encontraba que era una cosa excelente sacrificar á su sobrina á la felicidad de aquel imbécil. Por desgracia, la jóven no fué de su opinion; su tía se esforzó vanamente en probarle que esa bella accion la había de hacer feliz á ella, y que en sus circunstancias era mucho más meritorio consultar la caridad que no el gusto. La Sra. Chevalier, aunque de un carácter muy dócil, no condescendió; por más de dos años resistió á las instancias de su tía, mujer de buen fondo, pero muy tentada, y dominada por la madre de su protegido; demasiado intrigante, astuta y diestra. Llegando por último á la mayor edad, la Sra. Chevalier le declaró á su tía, que deseando poner en práctica sus consejos, se había decidido á conceder su mano á quien fué despues su esposo, el Sr. Chevalier, que reunia á las mejores cualidades la ventaja de ser pobre.

Se verificó el matrimonio; pero la Srita. Bechar se disgustó con su sobrina, no quiso volverla á ver y la declaró que iba á dejar por testamento todos sus bienes al interesante jóven que ella no había querido por esposo.

La Sra. Chevalier esperaba que el tiempo apagaría la cólera de su tía, y que por fin le había de volver á conceder su cariño; pero se engañó en su esperanza, y aun después de la muerte del Sr. Chevalier, acontecida poco tiempo después del nacimiento de Susana, la Srta. Béchar rehusó siempre oír hablar de su sobrina y de su sobrina nieta, y como lo había anunciado, adoptó por hijo al de su amiga.

Esta injusticia, que lastimaba los intereses de la Sra. Chevalier, la contristó mucho ménos que la cólera tenaz de su tía, quien aseguraba que jamás la concedería ese perdón, tantas veces pedido, pero siempre en vano: el solo pensamiento de que una parienta suya á quien tanto amaba, y que por otra parte era bastante piadosa, alimentaba sentimientos de odio contra ella, aflijia su caridad y su fé.

Quando se vió ella arruinada, en lo ménos que pensó fué en recurrir á la Srta. Béchar, y para proporcionarse recursos, se lanzó á la carrera literaria.

Carolina, tú que tienes una antipatía tan pronunciada contra todas las mujeres sábias ó autores, no vayas á enojarte desde luego, te lo suplico mucho, contra esta excelente Sra. Cheva-

lier, que no es nada presentuosa, al contrario tan modesta como si no supiera otra cosa que lo que ignoran las más humildes hijas del pueblo. Habiendo quedado viuda muy jóven, y deseando consagrarse por completo á la educacion de su hija, se consagró al estudio de todas las ciencias útiles para una mujer, con el objeto de no verse obligada á confiar la educacion de su niña á personas extrañas: ella misma queria servirla de maestra. Hoy, si se ha hecho *autora*, es para poderle dar pan á esa prenda querida. ¿No se lo perdonarás tú en consideracion al motivo que la ha guiado, que es su amor maternal? ¡Oh! sin duda que sí; tal motivo le conquistará tu aprecio y no la reprehension, y la compadecerás como yo, pues esa pobre mujer no ha recogido todavía más que disgustos y desengaños. Se dice que la vida está sembrada de ellos; pero para hablar con verdad ¡no se debiera agregar que las tres cuartas partes y media de ellos se reservan para las mujeres que escriben obras originales, es decir, para las que no queriendo manchar su pluma con escritos inmundos, aunque lucrativos, la consagran á la defensa de la moral, de la virtud y de la religion?

¡Ay! la Sra. Chevalier fué una prueba muy triste de eso. Ofreció su primer trabajo á más de diez editores ántes de hallar quien lo quisiera solo examinar. Por fin halló cabida en casa de uno, que al cabo se lo devolvió sin haberle echado ni una ojeada, diciéndola que no se resolvía á publicarlo, porque todavía no se había ella hecho lugar en el mundo literario. Otro más juicioso lo leyó, pero encontró que no estaba escrito segun el gusto de la época: otro lo rehusó dando por pretexto que el fondo no era bastante moral. Un vecino suyo no lo quiso porque era un libro demasiado místico y no había de tener salida. En resúmen, desechado, ya por el fondo, ya por la forma ó el estilo, juzgado alternativamente muy sencillo, ó demasiado romántico, el desgraciado manuscrito volvió, despues de innumerables peregrinaciones, á casa de su autora, ya desengañada, que lo puso en el cajon de su mesa junto á su último escudo de cien sueldos.

Mientras tanto, la pobre mujer fué vendiendo una tras otra todas sus alhajas y cosas de valor, hasta que se vió obligada á deshacerse de un tápalo chino, resto de su antigua opulencia, por el que le ofrecieron veinte pesos!... Sí,

20 pesos, aunque en su tiempo había costado 200 cuando ménos.

Hacé dos dias que vino á contarnos su apuración, y así que se fué me ocurrió ponerme yo á venderle su tápalo, esperando sacarle más ventaja que ella; pedí licencia á nuestra Madre para hacerlo, como has visto al principio de esta carta, y ya con su aprobación me dispuse á ejecutar mi proyecto. Salí al dia siguiente acompañada de una hermana anciana, sorda como una tapia, y me puse á llamar de puerta en puerta en casa de todas las señoras ricas que conocemos nosotras, ofreciéndoles del mejor modo que pudo, el que hicieran una buena obra, cambiando un billete de banco de 200 pesos por un tápalo chino que no vale ni veinte, por no estar de moda! Te habrias reído mucho oyéndome elojiar mi mercancía y ponderar los encantos de la beneficencia, con una elocuencia que me asombraba á mí misma. A pesar de todo, me despidieron con cortesía de tres casas, dándome á entender que creían que yo había perdido el sentido comun, atreviéndome á pedir tal cantidad por una cosa que no valia nada. Algunas personas, más sensibles, alababan mi buena intencion, pareciéndoles una cosa muy

puesta en razon; enaltecian mi celo y caridad, pero agregaban que, *con gran pesar* supino podian servirme más que formando los deseos más sinceros, de que lograrse el buen éxito de mi empresa hallando otras personas más ricas que hiciesen lo que ellas no podian.

Con todo, no fué enteramente tiempo perdido, pues dos señoras piadosas acompañaron su negativa, una con 20 pesos y la otra con 10, como limosna para la señora necesitada. Siempre fué algo, y me propuse seguir al dia siguiente mi correduria y bajar el precio de mi tápalo, que tuve que volver á llevar á nuestra casa, un poco cabizbaja porque yo habia dicho que lo habia de vender sin dificultad.

No te vas á esperar lo que sigue, y sin embargo, ha sido mi punto principal desde que comencé mi carta. Un poco humillada, pués, por tener que confesar mi engaño, me aconsejaba el amor propio una porcion de razones para quitarme de ese negocio, mas apénas habia yo llegado al dintel de la puerta cuando una exclamacion "¡Hasta que llegó!" me hizo levantar los ojos, y hé aquí á Aurelia que me abrazó con cariño.

Tuve tanto gusto de verla y de conocer á su

hijita, que por más de un cuarto de hora olvidé completamente á la Sra. Chevalier, á su tápalo y á mi desengaño. Pero mientras de que Aurelia y yo platicábamos más que una cotorra, el cielo, que desde por la mañana estaba nublado se oscureció como tinta, y un aguacero con granizo restrió tanto la atmósfera, que nos obligó á cerrar las vidrieras.

—No tendré calor para volverme, dijo Aurelia temblando de frio, pués estaba vestida de ropa lijera.

Esas palabras, que bendigo como una inspiracion de la Providencia, me animaron á tomar una resolucion atrevida, porque desdoblado mi pobre tápalo chino, la cubrí con él, y la dije:

—Señora nodriza, ha cometido vd. una imprudencia muy grande en haber salido hoy así: si no fuera por la prevision mia, quizá tendria eso funestas consecuencias. Conserve vd. este tápalo que le recordará siempre el obrar con más prudencia: se lo vendo por 170 pesos que tendrá la bondad de mandarme mañana en la mañana á más tardar.

—¡170 pesos! Sor Teresa, respondió cobijandose con gracia, vd. se chancea; la cuarta parte de esa suma sería más que el doble de su

valor; estos tálalos ya no se usan sino por algunas ancianas, y aun ellas es preciso que sean algo desprecupadas.

—Pues no, señora, vd. lo ha de usar, y lo que es más, se ha de enorgullecer de usarlo, porque le recordará una buena acción, y vuestra hijita no podrá verlo nunca sin enternecimiento y sin bendecir á Dios por haberle dado una madre, que á pesar de ser joven y bien parecida, sabia imponerse privaciones por socorrer á un noble infortunio.

—¡Sor Teresa! exclamó riendo, vd. me quiere arruinar con semejantes compras.

—Todo lo contrario, lo que deseo es proporcionarla un medio fácil de aumentar sus riquezas.....

—Sí, ya lo entiendo; pero fuera de chanza, ¿en cuanto quiere vd. obligarme á comprar esa antiguaya?

—Ya se lo he dicho á vd., Señora, 170 pesos; no puedo bajar ni un centavo. Por hacerla favor á vd. la doy el tálalo en ese precio, porque he pedido más por él.

Se echó á reír, y me dijo abrazándome:

—Está visto que en adelante he de desconfiar

de vd., porque si la sigo haciendo caso, me verá reducida á venir á pedir aquí un asilo.

—Yo se lo ofrezco desde luego, señora; tendrá vd. cama y los cuidados más esmerados.

Me apretó la mano y me dijo:

—¿Conque siempre está vd. en exijirme 170 pesos por esta vision?

—Sí, señora.

—Pues los tendrá vd. mañana, però con la condicion de que va vd. á empeñarse mucho y á trabajar cuanto pueda en la conversion de mi marido.

Eso con mucho gusto; haré todo lo que me sea posible.

Me abrazó de nuevo, y al dia siguiente por la mañana recibí la suma convenida, que reunida á los 30 pesos que ya tenia yo, le llevé á la Sra. Chevalier, quien con esto se halla ya por algun tiempo al abrigo de la necesidad. Si Dios me presta vida y me concede su auxilio, la he de sacar de su triste posicion. Otra vez te contaré mis proyectos.

Hé aquí, querida Carolina, la cuelga que te tenia yo; he creído que ninguna otra podia ser-te más grata que ese nuevo rasgo de la caridad de tu querida Aurelia, que es ahora, tan senci-

lla, tan piadosa y buena, como bella y amable. Que nos digan á nosotras, que la conocimos ántes, que la religion no es buena para nada. ¿Tu prima, hoy tan cristiana, no se diferencia tanto como el dia á la noche, de aquella Aurelia incrédula, caprichosa, coqueta, altiva y extravagante? ¿Y á quién debe ella tan dichoso cambio si no á la religion que ahora conoce, que practica tan bien y á quien ama tanto?

Adios, querida Carolina, mañana rogaré á tu santo por tí con todo mi corazón y comulgaré por tí; pero tú no dejes por tu parte de pedirle al Santo Arzobispo de Milan, que interceda por tu amiga, la pobre

SOB. TERESA.

CARTA XXX.

Paris, Hospital de San Luis.

¡Ay! Carolina, ¡qué traicion! ¡quién la habria creído capaz de eso? La señora tu prima, esa Aurelia que quiero tanto, me ha engañado! ha herido en lo más vivo mi amor propio! Y lo que es peor para mí, me veo obligada en conciencia, de alegrarme de que haya sido así. Tú lo puedes hacer sin trabajo, porque á tí no te ha quitado, como á mí, el mérito de una buena obra, la gloria de un triunfo que debe haber sido un motivo de alegría en los cielos, así como de rabia y de furor en el infierno.

En fin, me avisan que me busca la Sra. de Marval, y como no es bueno hacer esperar á nadie, es preciso ir á ver inmediatamente; con esto, no concluiré mi carta hasta que se vaya .....

lla, tan piadosa y buena, como bella y amable. Que nos digan á nosotras, que la conocimos ántes, que la religion no es buena para nada. ¿Tu prima, hoy tan cristiana, no se diferencia tanto como el dia á la noche, de aquella Aurelia incrédula, caprichosa, coqueta, altiva y extravagante? ¿Y á quién debe ella tan dichoso cambio si no á la religion que ahora conoce, que practica tan bien y á quien ama tanto?

Adios, querida Carolina, mañana rogaré á tu santo por tí con todo mi corazón y comulgaré por tí; pero tú no dejes por tu parte de pedirle al Santo Arzobispo de Milan, que interceda por tu amiga, la pobre

SOR TERESA

CARTA XXX.

Paris, Hospital de San Luis.

¡Ay! Carolina, ¡qué traicion! ¡quién la habria creído capaz de eso? La señora tu prima, esa Aurelia que quiero tanto, me ha engañado! ha herido en lo más vivo mi amor propio! Y lo que es peor para mí, me veo obligada en conciencia, de alegrarme de que haya sido así. Tú lo puedes hacer sin trabajo, porque á tí no te ha quitado, como á mí, el mérito de una buena obra, la gloria de un triunfo que debe haber sido un motivo de alegría en los cielos, así como de rabia y de furor en el infierno.

En fin, me avisan que me busca la Sra. de Marval, y como no es bueno hacer esperar á nadie, es preciso ir á ver inmediatamente; con esto, no concluiré mi carta hasta que se vaya .....

Ya partió, y voy á seguir exponiéndote mis quejas contra ella, quien ha querido que tú seas el árbitro de nuestra diferencia, aunque está segura de que le has de dar á ella la razon; como yo tambien me lo sospecho, y aun que la felicitarás por su fortuna.

Ya sabes que Aurelia me habia impuesto una especie de obligacion, de trabajar en la conversion de su marido: con esto, eché mis planes, y lo esperaba con resolucion. La primera vez que vino á visitarme, solo hablamos de cosas indiferentes; la segunda, ya aventuré algunas reflexiones sobre la triste indiferencia de los ánimos para todo lo que mira á la religion: se sonrió con hipocresia y no respondió ni una palabra. Volvió ayer, y me abrió él mismo el camino, con lo que entónces lo ataqué de frente. Me dejó hablar más de un cuarto de hora, sin contestarme más que "sí" "tiene vd. mucha razon" y algunos signos de aprobacion con la cabeza.

Por fin, enfadada ya de su laconismo, le dije abiertamente:

—Pues si vd. conoce que yo tengo razon, ¿por qué no obra vd. de acuerdo? Me parece

que es deber de todo hombre honrado, conformar su conducta á sus creencias. —Y ¡qué! ¿no lo hago yo? replicó sonriéndose. —No; vd. no cumple con todos sus deberes, le respondí con viveza, y le hice un resumen de los más principales de todo cristiano.

—Desengañese vd., Sor Teresa, estais predicando á uno que ya se convirtió.

—Diga vd. mejor, á uno que no quiere convertirse, ni darnos el consuelo de verlo hecho un católico fervoroso y práctico.

—Ya lo soy, se lo repito á vd., y no sé cómo dar gracias á Dios de haberlo hecho, y cada dia me alegro más de haber dado ese paso.

Me lo dijo con un tono y una emocion que no pude dudar más de su veracidad.

No es facil describirte mi sorpresa, querida Carolina, que manifesté en un primer momento con varias interjecciones ¡ahl ¡ohl que hacian reir de buena gana á tu primo.

Despues de un corto rato logré coordinar una frase y preguntarle de qué medio se habia valido Dios para hacerle abrir los ojos y ponerle en camino de salvacion.

—En primer lugar de vd., mi respetada her-

mana, y despues, de mi querida Aurelia. Si, sin duda, porque si no fuera por vlt., jamás habría llegado á ser ella lo que es hoy dia; es decir, un modelo de dulzura y amabilidad, cuyo nuevo proceder me ha demostrado hasta la evidencia, lo que puede la santidad de una religion que ha cambiado en ángel un... ¿por qué no lo he de decir? que ha convertido en ángel á un verdadero demonio que hacia el tormento de mi vida, como hoy hace todo mi encanto y felicidad.

—¡Bendito sea Dios! exclamé dulcemente conmovida y profundamente penetrada de reconocimiento hácia un Dios tan bueno y tan misericordioso.

—Sí, bendigámoslo juntos, dijo el Sr. de Marval, démosle gracias por haberme convencido de la divinidad de su religion y de la infalibilidad de su Iglesia, de quien espero mostrarme en lo de adelante hijo sumiso y obediente.

Tan noble profesion de fé, me dispensa de todo comentario; pero permíteme una reflexion que hice esta mañana, pensando en la conversion del Sr. de Marval; y es, que siendo el ejemplo mucho más eficaz que las palabras, es claro, que si tantas mujeres como hay, que se

tienen por piadosas y se quejan de la poca religion de sus maridos, supieran como Aurelia, moderar su genio y reformar su conducta, segun los preceptos del Evangelio, tendrian tanta probabilidad como ella, de conducir de nuevo á sus esposos á la amistad de Dios.

Ahora que te he dado una buena noticia que debe llenarte de alegría, me vas á hacer favor de oír otra que te ha de interesar ménos, pero que á tu amiga le ha dado un gran gusto.

Sabes bien que no puedo dejar una empresa sin concluir. Así es muy natural me haya empeñado en terminar la de la Sra. Chevalier, con un desenlace excelente: y para lograrlo bastaba reconciliarla con su tia, la Srta. Béchar. Por desgracia yo no la conocia, y era poco probable que nunca pudiese dar con ella, porque solo sabia que habitaba una casucha en un barrio, precisamente á la otra extremidad del mundo, es decir, de Paris: semejante obstáculo no me desalentó porque lo creí superable. Su sobrina, que no pierde ocasion de elogiarla, me habia dicho que era una señora muy caritativa, de lo que deduje que sin duda tendrian alguna parte en sus limosnas nuestras hermanas de la casa de San Felipe, que le debian de quedar

cerca, y que por consiguiente ellas la habían de conocer perfectamente.

Esto supuesto, rogué y supliqué tanto a nuestra Madre, que por fin se decidió á llevarme á la dicha casa de nuestras hermanas. Nos recibió muy bien la Superiora, que con la mía, habían tomado juntas los ejercicios especiales que cada año se dan solo para Superiores.

Le expuse yo, sin más preámbulos, el motivo de nuestra visita y el deseo que tenía de hacer amistad con la estimable Srita. Béchar.

—Es lo más fácil, me contestó; la espero nada ménos que hoy; hace diez años que estoy aquí y jamás se la ha pasado un solo juéves sin que venga á hacernos una corta visita. En cuanto al proyecto que vd. tiene de reconciliarla con su sobrina, dudo mucho que lo logre vd. realizar.

—¿Por qué? la interrumpí yo; la creo muy piadosa.

—Lo es en efecto; pero por desgracia le han metido en la cabeza que su sobrina, en su tiempo de mundanidad, abjuró la fé católica.

—Pero todo eso es una infame calumnia....

—Lo conozco, mas no he podido persuadirselo así á la Srita. Béchar, que, como casi todas

las personas grandes ya de edad, no quiere confesar nunca estar equivocada. Por otra parte, aunque muy devota, la pobre señora, que tiene pocos alcances y es fácil de sorprender, no puede perdonar á su sobrina el no haberla dado gusto.

—Sí, casándose con su *interesante* protegido; pero pienso que con poco sentido comun, debería haber comprendido que esa union habria sido tan ridicula como desgraciada.

—Sin duda, ¿pero qué quiere vd., hermana? ella estaba bajo el influjo de la madre, que habia conseguido hacerla creer que el tal matrimonio era la mejor obra que podia hacer en su vida, y que no era posible que su sobrina se resistiese.

Su negativa sirvió para interpretar mal su conducta, y á pesar de la muerte de la madre y del hijo, que habia adoptado la Sra. Béchar, todavía no ha podido borrarse la mala impresion que recibió su ánimo.

—¿Cree vd., le pregunté, cree vd. que si se llegara á probarle que la Sra. Chevalier, no ha sido mundana, y sobre todo que siempre se ha conservado firmemente unida á la fé de sus padres, la perdonará ella sus pretendidas faltas?

—¡Ay! no me atrevería á esperarlo: ha dicho tanto que jamás ha de consentir en volverla á ver, que temo que su amor propio le impida volver sobre sus pasos: y sin embargo, tiene buen fondo; pero el orgullo nos hace hacer muchas tonteras.

—Eso ya es algo más que tontera, hermana, no querer perdonar una ofensa imaginaria; es odio, es pasión.

—Así lo entiendo... pero ¡chist! oigo que viene. Sobre todo, para ganar su benevolencia, ha de estar vd. sumamente atenta á sus conversaciones; los ancianos, como vd. sabe, gustan de platicar y de ser escuchados con atención, y ella no se aparta de esa manía general. También la agrada mucho que se la tenga toda especie de consideraciones, que se la haga esa especie de pequeños servicios que se ofrecen á cada paso; en fin, yo se lo digo, hermana, para que vd. se conduzca como la conviniere.

En esos momentos entró la Sra. Béchar al recibidor; es una anciana alta y de buen porte, que tiene un aire de bondad agradable, que me simpatizó mucho, lo que no contribuyó poco

para afirmarme en mi propósito y para hacerme concebir algunas esperanzas de buen éxito.

Aprovechándome de los consejos que me acababan de dar, me apresuré á acercarla una silla y ponerla un banquito para los pies.

Me dió las gracias con mucha amabilidad, y le preguntó á la Superiora de la casa de San Felipe, si era yo una de sus hijas.

—No, señora, se anticipó Sor Victoria á contestarle; Sor Teresa me pertenece á mí, y no la cederé á otra casa sino á más no poder.

—Con razon, contestó la Sra. Béchar, mirándome con fijeza y tomando un poco de rapé; hace vd. muy bien en querer conservar semejante hija.

La anciana, como ves, es cumplimentera, y como no me lo esperaba, me puse muy colorada sin saber qué contestar: solo pude desquitarme con levantarle uno tras otro sus guantes y después su pañuelo y su caja de polvos, que parecia haber dejado caer á propósito, con el único fin de procurarme á mi el honor de recojerlos y dárselos del mejor modo que me fué posible. No perdí mi trabajo, pues la conquisté por completo, y me encargó que no dejara de ir á visitarla. La dije que tendria mucha satisfaccion en

corresponder á ese favor; si mi superiora me lo permitia: ésta no tuvo inconveniente en concederme allí mismo la licencia, y nos separamos la Sra. Béchar y yo encantadas mutuamente una de otra.

Pocos dias después estuve á hacerle una visita que me acabó de ganar toda su benevolencia; la repetí algún tiempo después, y se pusieron las cosas tan favorables, que ya á la cuarta entrevista me dió una prueba de confianza, comunicándome una parte de sus pesares, y quejándose del aislamiento en que vivia.

Eso era precisamente lo que yo deseaba.

La compadeci mucho; la dije que comprendia perfectamente lo penoso que le habia de ser, ese aislamiento, pues mientras más va uno avanzando en la vida, va necesitando más estar rodeada de cuidado y de atenciones; y en fin, le pregunté por qué no buscaba alguna señora piadosa y servicial que la acompañara.

—¡Ay! querida hermana, me contestó suspirando, ya he hecho la prueba lo menos con diez...

—¿Y en ninguna encontró vd. cariño y dedicación?

—No, en ninguna. Las más me creían de-

masiado exigente, y se tenían á sí mismas por muy desgraciadas en tener que servirme; otras me hacian enfadar ó me trataban como á una vieja vuelta á la infancia. En suma, se creían mis víctimas, y yo era la de ellas; con lo que tuve que renunciar á un remedio peor que la enfermedad.

—Tal vez las elegia vd. ya de edad. Seria mejor buscar alguna jóven bien educada, que la acostumbraria vd. más fácilmente á su modo y que habia de tener seguramente más deferencia con vd.

—¡Una jóven! querida Hermana, ¡Dios me libre! la juventud no conoce hoy ni respeto, ni consideraciones á la vejez; no trata más que de divertirse, y además, ¡qué vigilancia no se necesita tener sobre una jóven! Se hace una responsable ante Dios de toda su conducta, en el momento en que una la admite en el interior de su casa.

—Podria vd. adoptar á una niña de familia decente, pero poco acomodada; ó mejor á alguna huerfanita que, por gratitud, la amaria á vd., mirándola como á su segunda madre.

—Ya lo he pensado varias veces; pero abandono luego ese proyecto porque, ¡ay de mí!...

ya se lo he contado á vd., eduqué á una y me abandonó después, con toda y que era mi sobrina.....

—¡Ah! ¿quién podrá asegurar que la infeliz no gime al verse desterrada de la presencia de su tía, y que no suspira por el momento de verse llamada de nuevo y estrechada en sus brazos?

—¡Nunca! ¡nunca!..... Le ruego, Sor Teresa no me hable vd. de ella, su recuerdo me molesta..... la aborrezco mucho.....

—¡Oh! No, señora, es vd. demasiado piadosa para eso y estoy segura de que su corazón desmiente lo que dicen los labios; por otra parte, yo sé que ya mil veces le ha concedido vd. el perdón, y.....

—¡Yo!..... ¿la he perdonado yo?..... ¿qué capaz!..... no la he querido ni volver á ver desde que se casó.

—Pues no ha rezado vd. una sola vez el *Padre Nuestro* sin haber protestado delante de Dios que la perdonaba de todo corazón.

—¿Cómo es eso?..... ¿qué quiere vd. decir con eso?.....

—¿Qué es lo que ha querido vd. decir siempre que ha repetido estas palabras de la ora-

cion dominical: «Perdónanos vuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores?»

—¡Ay! Sor Teresa, eso me hace estremecer..... ¡Dios mío! no había yo comprendido bien el verdadero sentido de esa petición..... Así, desde hoy, yo perdonaré á todos..... perdono á la Sra. Chevalier, pero siempre quiero no volverla á ver.....

—Cuidado, señora, no sea que Dios le diga á vd. algun dia otro tanto.....

—Pero, si no sé lo que ha sido de ella; además, como, yo que fui la ofendida, he de dar los primeros pasos? y aun cuando lo quisiera hacer, no me sería posible, pues no sé ni donde está, ni si vive todavía.

—Señora, Dios no pide imposibles, se contenta solamente con que vd. tenga una disposición sincera de perdonarla, de volverla á ver y de volverla todo su cariño, si alguna vez se lo pide con merecimiento.

—¡Ah! Sor Teresa ¡mi cariño! eso no debo hacer nunca; porque la desgraciada mujer, á quien eduqué con tanto empeño en la religion católica, ha apostatado para casarse en segundas nupcias con un ministro protestante.....

—Y, como puede vd. creer, señora, que una sobrina que vió durante su juventud, tantos ejemplos de virtud cristiana, como vd. la daba, haya podido olvidar hasta ese punto los verdaderos intereses de su alma? No! eso no debe ser más que una calumnia infame, inventada solo para ponerla en mal con vd., y yo exigiría pruebas irrecusables, antes de creer que ella hubiese abjurado su fé.

—Segun la defiende vd., Sor Teresa, debe vd. sin duda conocerla.

—No he dicho yo eso, señora; pero ahora estoy haciendo aqui el papel de abogado de la justicia.

—Vaya, buena hermana, no hablemos ya de esa infeliz jóven que me ha dado tantos pesares: yo la perdono, pero lo que es mi afecto y mi cariño no lo volverá á tener, hasta que no esté yo bien segura de que no ha apostatado. Eso sí, Sor Teresa.

Ahora volvamos, le ruego, al primer proyecto de que hace poco me habló vd.; me agrada bastante, y si vd. conoce alguna huerfanita tal como yo la deseo, no tendré dificultad en que se venga conmigo, y en adoptarla después, en

caso de que sépa corresponder á la benevolencia que la tendré.

—Pero, señora, ahora que oigo que tiene vd. una sobrina, no podré, en conciencia, contri- buirla que quede sin su herencia.

—No, no la desheredaré por completo; aunque creo que ha de estar bastante rica para no necesitar de mis bienes; la dejaré la mitad en muestra del perdon que la concedo y la otra mitad será para mi hija adoptiva si se hace digna de ello.

—Muy bien me parece. Entónces pronto le prestaré á vd. á mi pobrecita protegida; tiene un genio muy dulce, muy juiciosa é inclinada á la piedad; vd. misma podrá apreciar bien sus cualidades. Su madre, que en otro tiempo tuvo proporciones, pero que se halla arruinada por una quiebra, la dió una educacion tan sólida como brillante; toca y canta muy bien.....

—Tanto mejor, á mi me gusta mucho la música.

—Pues le tocará á vd. cuanto guste: lee con perfeccion, traduce bien varios idiomas, y hará todo lo que á vd. le agrade, pues todo su gusto es complacer á cuantos la rodean.

—¡Vaya! Es una verdadera maravilla.

—Si, pero tambien su madre, es tan buena.....

—Me ha inspirado vd. mucho deseo de conocer á esa niña; pero tal vez no se ha de poder acostumbrar á sufrir á una vieja.....

—Oh! no! en eso no veo obstáculo; mas bien en su madre, cuyo unico consuelo en la tierra es ella. Mucho trabajo la ha de costar separarse de su hija.

—Dígala vd. para decidirla á hacerlo, que yo me encargaré del porvenir de la niña, y que la asignaré á ella una pension corta, porque no es posible más.

—Es negocio difícil; pero por el bien de vd., y sobre todo de mi protegida, voy á hacer cuanto pueda.

—Qué buena es vd., Sor Teresa, si se consigue que venga la niña, dígame vd. á su mamá que podrá venir á verla siempre que quiera.

—No hará uso de ese permiso; cierta especie de vergüenza la impide salir; su miseria es demasiado reciente para que tenga valor para mostrarla en público. No sale más que á la Iglesia y á vernos á nosotras.

—¿Es muy desgraciada?

—Si no lo fuera tanto, ¿cree vd., señora, que pensara yo en arrancarle á su hija?

—Entonces la niña irá á visitarla todas las semanas; y llévela vd., Sor Teresa, agregó, dándome unas monedas de oro, llévela esto, y sea lo que fuere de lo demás, haga vd. que acepte esta pequeña limosna, esa infeliz señora por quien siento que me intereso ya mucho..... A ver si mas adelante la podemos sacar de la triste situacion en que se halla. Y ¿cuando vuelve vd. con la niña?

—Muy pronto, si tiene buen éxito mi negociacion.

—Pero, Sor Teresa, no me ha dicho vd. ni la edad ni el nombre de la niña.

—Tiene catorce años y se llama Susana Leroux; Leroux, no es su verdadero apellido, es preciso advertírselo á vd.; pero por ciertas razones que mas adelante aprobará vd. misma, si alguna vez puedo dárselas á conocer, se vé obligada su madre á ocultar su verdadero nombre.

—Bien, bien; siempre es bueno respetar los secretos de familia.

Me recomendó despues mucho que procurase activar la verificacion de nuestros proyectos, y

me despedí muy contenta, como tú comprenderás, para ir á casa de la Sra. Chevalier, que ignoraba completamente, que yo estuviera trabajando en su reconciliacion con su tia. Le referí todos mis pasos en ese asunto, y al llegar al resultado, se halló entre sorprendida, gozosa y apesadumbrada por la idea, anticipada de la separacion de su hija. Con todo, se resolvió á ella con la esperanza de que su hija se habia de captar fácilmente todas las simpatías de la Sra. Béchar, y conseguiria por fin hasta que ella misma volviese á ocupar su antiguo lugar en el afecto de su parienta, por quien ha conservado los mas vivos sentimientos de ternura, de respeto, y de gratitud. Siempre dispuesta á excusarla, la he oido decir muchas veces: Si no hubieran logrado sorprender la religion de mi tia, no me hubiera desterrado de su casa; peca por mal entendido amor á lo bueno; su corazon es excelente, su juicio es el que ha erra-

Susana no puso la menor dificultad en prestarse á lo que deseábamos: dotada de una energia muy superior á sus años, sabrá plegarse perfectamente á todos los caprichos de su tia abuela, y será el ángel de paz que afirmará

una reconciliacion solida entre su madre y su anciana parienta.

Sin embargo, la idea de abandonar á su madre la hizo derramar algunas lagrimas, que me apresuré yo á enjugar, diciéndola que el sacrificio que iba á hacer, tendria la doble ventaja de ser muy agradable á Dios y útil para la salvacion de la Srita. Béchar.

¡Oh! si! estoy segura que esa amable niña hará cuanto esté de su parte para hacer desaparecer todo resentimiento del corazon de su tia abuela, porque obrará más bien por motivos de piedad que de interés. Su madre me contaba ayer, que hace algunas semanas la encontró bañada en lagrimas á los piés de su Crucifijo; y que preguntándola el motivo de su llanto, la respondió Susana: “¡Ah! madre mia, estaba yo rogando á Dios por mi tia; porque aunque no la conozco, estaria inconsolable si supiera algun día, que habia muerto sin consentir volver á ver á vd. y bendecirnos; acabo de leer la historia de Saprício, que no quiso perdonar á su amigo San Nicéforo; y la manera con que Dios castigó su endurecimiento, me ha hecho estremecer. ¡Ay! el odio que alimentaba en su corazon, le hizo perder la corona del martirio;

apostató infelizmente, y Nicéforo recibió la palma que parecia pertenecer ya á Saprício.”

Convendrás que mi Susanita, no discurre tan mal para sus pocos años. Así que pase Navidad la llevaré á presentar á la Sra. Béchar, y espero que pronto se verán reunidas bajo el techo de la tia abuela, la madre y la hija.

Mientras tanto no ceses de pedirle á Dios el buen éxito de esta gran empresa, queriéndote como siempre.

Tú antigua amiga

Sor Teresa.

CARTA XXXI.

Paris, Hospital de San Luis.

Estamos en plenos dias de carnestolendas, querida Carolina, y mis enfermos, alhagados con la esperanza de irse á divertir con el Carnaval, se han figurado estar casi todos en convalescencia, y han querido abandonar mi sala, que por ahora se halla casi vacia; así, no teniendo mucho quehacer, aprovecho la ocasion para platicar contigo y repetirte el desenlace de mi pequeña historia Béchar y compañía.

A los dos dias de Navidad, como te lo habia yo anunciado, presenté á Susana á su tia abuela, quien quedó tan enamorada de ella, que no queria dejarla ir, y solo condescendió con la condicion de que volveria muy pronto á quedarse con ella.

Eso se verificó dos ó tres dias despues, y la jo-

apostató infelizmente, y Nicéforo recibió la palma que parecía pertenecer ya á Saprício.”

Convendrás que mi Susanita, no discurre tan mal para sus pocos años. Así que pase Navidad la llevaré á presentar á la Sra. Béchar, y espero que pronto se verán reunidas bajo el techo de la tia abuela, la madre y la hija.

Mientras tanto no ceses de pedirle á Dios el buen éxito de esta gran empresa, queriéndote como siempre.

Tú antigua amiga

Sor Teresa.

CARTA XXXI.

Paris, Hospital de San Luis.

Estamos en plenos dias de carnestolendas, querida Carolina, y mis enfermos, alhagados con la esperanza de irse á divertir con el Carnaval, se han figurado estar casi todos en convalescencia, y han querido abandonar mi sala, que por ahora se halla casi vacia; así, no teniendo mucho quehacer, aprovecho la ocasion para platicar contigo y repetirte el desenlace de mi pequeña historia Béchar y compañía.

A los dos dias de Navidad, como te lo habia yo anunciado, presenté á Susana á su tia abuela, quien quedó tan enamorada de ella, que no queria dejarla ir, y solo condescendió con la condicion de que volveria muy pronto á quedarse con ella.

Eso se verificó dos ó tres dias despues, y la jo-

vencita se condujo con tanta destreza, mostrando tanta deferencia á los menores deseos de la anciana, que á poco tiempo llegó á hacerse amar tanto de ella, que alcanzó un verdadero ascendiente sobre su espíritu y su corazón.

—Creerá vd., hermana, me dijo una vez la Srita. Béchar, que esta muchachita Susana, aparentando hacer siempre mi voluntad, me somete á la suya? El otro día se le puso en la cabeza que había yo de cantar, y que ella me acompañaría con el piano.....

—Y cantó vd.? le pregunté.

—Preciso, pues si ella lo quería.....

—¡Ah! señora, la está vd. consintiendo mucho; si su mamá lo supiera....

—Le aseguro á vd., hermana, añadió Susana, que salió muy bien nuestro dúo. Mi buena amiga (la señorita quiere que así la llame), tiene todavía muy buena voz, y si se prestara á repetir la pieza de antier, vd. vería que no me falta tanta razón como ella la quiere hacer creer á vd.

Susana había oído decir muchas veces á su madre, que su tía había tenido muy buena voz y que gustaba de lucirla; así, aunque hacía mucho tiempo que no cantaba, creyó la joven con

sobrado fundamento que no la había de desagradar oír que no lo hacía mal.

Mientras tanto, la ausencia de Susana había sumergido á la pobre de la Sra. Chevalier en una tristeza, que la era imposible dominar con su razón; y la melancolía y el aislamiento en que estaba, alteraron su salud hasta el grado de comprometerla seriamente; me hizo avisar su situación, y me suplicó que se la diese á conocer á su hija.

Con semejante noticia, le faltó á esta el valor, se puso á llorar y rogó á la Srita. Béchar que le permitiese volverse á su casa.

La idea de perder á Susana, aunque fuese por pocos días, consternó á la pobre anciana, que protestó que mejor quisiera morir, porque esa amable niña le había llegado á ser tan necesaria, como el aire, para su existencia; después, haciendo acercar á Susana, la estrechó entre sus brazos y le pidió con voz conmovida que no la abandonase.

—Pero ¿mi madre? ¿mi pobre madre, qué sucederá con ella? repetía Susana sollozando.

—Cálmate, Susana mía, respondió su tía, enjugando con temblorosa mano las lágrimas que bañaban el rostro de la joven: consuélate, hija

mia, si tu madre quiere, yo haré que se reuna contigo; la haré venir aquí...

Saltó de gozo Susana, y llena de júbilo se echó al cuello de su tía, exclamando: ¡Oh! ya sabia yo, que era vd. muy buena, pero no me atrevia à figurarme que consentiría vd. tan fácilmente en volver a ver à mi madre!

—Pues qué la conozco yo? interrumpió la Srta. Béchar.

—¡Oh! exclamó Susana, sin contestar à la pregunta, permitame vd. volver à sus brazos y muy pronto la traeré à los vuestros; à cual más nos empeñaremos, ella y yo, en el cuidado y cariño de vd.; y vd.....

Ella dudó; y no se arriesgaba à acabar de decir lo que pensaba, pero adivinándolo yo, la hice seña de que siguiese. Entonces ella, cayendo de rodillas ante su tía y cubriéndole las manos de besos, la dijo:

—¡Oh! prométame vd. que le devuelve à mi buena mamá todo el antiguo afecto de su corazón; querida tía mia, prométamelo vd.; no podré yo ser dichosa sino à ese precio.

—¿Qué es lo que dices, Susana? preguntó la Srta. Béchar, cuyo rostro se puso pálido como la muerte; ¿serà acaso tu madre?.....

—Si, querida tía, es su sobrina, la que me enseñó siempre à respetar y estimar à vd. aun antes de haberla conocido.

—¡Susana!..... ¡hija mia!..... ¡qué!..... ¿eres su hija?.... dijo la Srta. Béchar estrechándola con amor entre sus brazos. Despues, rechazándola casi inmediatamente, agregó con un acento muy marcado de amargura: ¡Ay! ¿para qué te habré conocido?

—Tía mia, ¿he desmerecido acaso su ternura solo por saber que le pertenezco por lazos todavía más sagrados?

—¡Oh! no! hija mia; pero tu madre, tu madre.....

—Pues bien, querida tía, mi madre no tendrá ya el cruel pesar de verse lejos de vd., ya saldrá del triste abatimiento en que está, separada de vd. y de mi.

—La veré, Susana, la hablaré; ¡pero darla asilo en mi casa! seria mucho exigir de mi.....

—Entonces vd. quiere obligarme à abandonar à mi querida tía, lo que sentiria tanto, dijo Susana con una voz muy cariñosa y mostrando esperar con ansiedad la respuesta.

—No! no! replicó la pobre anciana enternecida; no, Susana, tú has vencido, corre por tu

mamá..... Pero, añadió luego, es preciso ante todo que tú y Sor Teresa me juren que no ha abjurado la fé católica.

—No la he dicho ya á vd., señora, que esa pérfida acusacion era solo una infame calumnia? la respondí yo con prontitud; y por otra parte, ¿puede vd. abrigar todavía algun género de duda sobre eso, cuando se puede conveneer por sí misma con una prueba sin réplica?

—¿Cuál prueba, Sor Teresa?

—La educacion piadosa que ha recibido esta niña, y que la debe toda á su mamá.

—Bien dicho, es verdad. Corre, pues, querida Susana, corre á ver á tu mamá, dile que está olvidado todo lo anterior, que la devuelvo todo mi cariño, y que venga para felicitarla y darle las gracias por haberme dado una sobrina nieta tan buena como tú.

Ya puedes figurarte lo demás, Carolina; la entrevista entre la tia y la sobrina fué de las más patéticas; nada faltó en ella; ni lloros, ni sollozos, ni abrazos, ni muestras de ternura y pesar por lo pasado, ni etc., etc.

En fin, espero que la reconciliacion es sincera, y que la paz será duradera, porque Susana sabrá conservarla.

Mientras que mis tres amigas, en medio de su dicha, se prodigaban mutuamente mil caricias, yo me escabullí sin ruido y tomé pedestremente el camino del hospital de S. Luis, donde dió mucha alegría la noticia que les llevé. Mis hermanas me felicitaron por el buen éxito de ese asunto, y llevaron su entusiasmo hasta el grado de declarar que merecia yo ser victoreada, lo que por decontado, rehusé por modestia.

Al dia siguiente de tan feliz suceso, hizo decir la Srta. Béchar una misa de accion de gracias; y apoyada en el brazo de la amable Susana, se arrodilló en la Sagrada Mesa, entre ella y la Sra. Chevalier, á quien tanta dicha la devolvió las fuerzas: hoy participa con su hija del afecto de su tia, quien dice que me debe á mí el ser ahora tan dichosa. Adios, querida Carolina, ya nos llaman para hacer la lectura espiritual, te dejo por cumplir con un deber, creo que no te has de enojar por eso, y espero que cuando le escribas á tu prima la Sra. de Marval no dejarás de poner algunas líneas para tu amiga.

SOR TERESA.

## CARTA XXXII.

Paris, Hospital de San Luis.

Ayer, querida Carolina, me iba yo á poner á escribirte, cuando el Sr. y la Sra. de Marval fueron cayendo como una bomba á la hora de la recreacion de despues de la comida. No pudiendo ménos, que manifestarles algo mi disgusto, les pregunté lo que deseaban, diciéndoles que siempre escogian mal la hora en que me venian á ver; en una palabra, les declaré llanamente lo que contrariaban mi plan con su llegada, suplicándoles juzgasen ellos mismos si era justo que te dejase á tí por ellos.

Por única respuesta, Aurelia se rió de buena gana, y su caro esposo me dijo con la mayor sangre fria del mundo: «Ya que es así, estimada hermana, tendrá vd. la bondad de librarme del compromiso que

tengo con vd. de llevarla á «los Inválidos» cuando tuviera tiempo.

—De ningun modo, exclamé; iremos ahora, si me da licencia nuestra madre, y se quedará para mañana la correspondencia.»

Así sucedió: á los cinco minutos nuestra madre, una hermana jóven, que tenia mucha curiosidad de ver la famosa olla del cuartel de Inválidos, y yo, subimos en el coche con tu prima, dejando por cortesía al Sr. de Marval que se fuera en el pescante con el cochero.

No te contaré muchos pormenores de tan magnífico establecimiento, que apenas se puede ver de un modo muy superficial en la primera visita, pues que parece una ciudad, compuesta de patios, construcciones é innumerables jardines: viven allí cuatro mil inválidos entre oficiales y soldados, y se dice que podrian habitar en él hasta siete mil; agrega á ese número el de los empleados, que es muy considerable, y tendrás una idea exacta de esa poblacion.

El Sr. de Marval nos enseñó todo: la capilla que es digna del real fundador del Hotel de Inválidos; la biblioteca; la cocina, en que admiramos, no una, sino dos ollas, que cada una

puede contener más de mil y trescientas libras (\*) de carne: ¿qué te parece su capacidad?

En fin, después de haber recorrido todo aquello en medio de esos héroes mutilados, que inclinaban con modestia sus laureles ante los cancelones de las charreteras del Sr. de Marval, nos dirigimos al departamento de nuestras hermanas que nos hicieron visitar la enfermería y la sala de la *Victoria*; la hermana que está allí de Superiora nos recibió con mucha bondad y nos presentó á varios ancianos casi centenarios.

Tu primo les dirigió algunas palabras de estimación, y uno de ellos le dijo: «Mi general, los pobres *monges legos* agradecen mucho el interés que vd. les manifiesta, y cuando hayan alzado el campo y rendido esta última jornada, se acordarán de rogar al Dios de los ejércitos, que se le recompense.»

Tu primo le apretó la mano, y si aquel valiente no estuviera tullido creo que se hubiera puesto de rodillas para agradecerle tan insigne favor.

Les pregunté á mis hermanos qué significa-

(\*) 600 kilogramos.

ba el título de *monge lego* que se había dado el inválido orador, y me respondieron que provenía de que antiguamente se llamaban así á los soldados mutilados ó enfermos que el rey colocaba en las abadías para que acabaran allí su vida.

Mientras tanto no me cansaba de admirar la extrema limpieza que reina en la sala de la *Victoria*, y con razón lo hacia yo pues casi todos los viejos inválidos que hay allí son por sí demasiado sucios, y tan impertinentes como si hubieran vuelto á la infancia. Con esto esa sala es la predilecta del capellán y de nuestras hermanas, porque en ella recojen más consuelos que en ninguna otra, solo les entristece no poder ejercer su zelo y su ministerio de paz y caridad, sino con seres que no tienen más que un soplo de vida. Para mí, sería muy duro el estar dedicada únicamente á cuidar y asistir puros viejos de gorra de cuartel. Pero no se lo vayas á decir al Sr. de Marval, que no me lo podría perdonar, pues lleva su entusiasmo hasta el exceso al respetar esos gloriosos restos humanos.

Al salir de los «Inválidos» creímos que Aurelia nos iba á llevar á nuestra casa; pero nada

de eso; le gritó á su cochero: «A la casa de los niños expósitos;» y como nosotras protestamos contra este abuso de confianza, su marido nos dijo: «Hermanas, me parece que estamos en nuestro derecho; ya les pagué yo á vdes. mi deuda, ahora es fuerza que vdes. nos paguen la suya.»

«Efectivamente le habíamos ofrecido enseñarle «la Cuna» cuando nos hubiera llevado á «los inválidos;» como ves, no nos dió ningún plazo, sino que de buenas ó de malas fué preciso someternos á su *despótica* voluntad; yo lo hice con tanto mayor gusto cuanto que conozco á muchas de las hermanas de allí, y sobre todo una á quien quiero casi tanto como á mi amada madre Sor Victoria: además, tengo allí tanta confianza y estoy tan contenta como en mi hospital de San Luis.

Llegamos, y la hermana que está encargada de recibir á los niños que depositan en el torno, se apresuró á llamar á su superiora, que tuvo la bondad de encargarme á mi conocida que nos enseñara su interesante casa en todos sus detalles; fué una de las primeras fundaciones de nuestro bienaventurado padre San Vicente, cuya estatua adorna la entrada.

Al hacernos recorrer tan bello establecimiento, nuestra amable compañera respondía á cuantas preguntas hacíamos, lo que me permitirá enviarte, cuando tenga tiempo, un informe abreviado, pero exacto, de los usos, costumbres y leyes en vigor, en la casa de los Niños-Expósitos.

Después de haber visitado la lencería, en que están puestos con un orden admirable y arreglados con mucho gusto millares de pañales y toda clase de piezas de ropa, recorrimos las salas de los enfermitos, cuya mayor parte se da prisa en tomar el camino del cielo, á pesar del esmerado cuidado de nuestras hermanas; por lo demás, creo no hay por qué compadecerlos. También entramos al departamento de las nodrizas, que parecieron no gustar gran cosa de nuestra visita, según el modo con que nos recibieron.

Por último, nos dirigimos á la sala del Santo Pesebre, que es una galería muy extensa, llamada así para poner de un modo más especial bajo la protección del Santo Niño, tan amante de la inocencia, á los pequeños niños tan desgraciados, que se hallan bajo su custodia. Hay allí cosa de doscientas ó trescientas cu-

nas muy limpias y con sus pabellones blancos. Luego que llega á ser depositado algun niño en el torno, ó que es llevado de cualquier otro modo á la casa, se le inscribe con el número de orden que le corresponde, despues se le conduce á la sala del Santo Pesebre, donde las criadas lo lavan perfectamente de pies á cabeza antes de ser entregado á nuestras hermanas y revestido del blanco ropaje de los niños de la cuna.

Nada es tan bello ni tan tierno como el aspecto de esa doble fila de cunitas en que descansan tantos ángeles, que sus madres han rechazado de su seno, y que la religion recoge, adopta, calienta con amor sobre su pecho, y les dá tantas madres cuantas hijas de San Vicente de Paul hay sobre la tierra.

En cuanto entramos, mil gritos lastimeros hirieron nuestros oidos, y para hacerlos cesar se les distribuyó á esas infelices criaturas una poca de agua de azúcar que saboreaban con marcado gusto. Despues de algunos minutos se restableció la calma, fueron vueltos á colocar los niños en sus cunas y pudimos verlos á toda nuestra satisfaccion: te aseguro que hay algunos bellisimos. Mientras tanto, una de nuestras hermanas, encargadas del cuidado de

la sala, seguia cargando á dos de ellos en sus brazos, á quienes arrullaba con dulzura; la pregunté por qué no los acostaba como á los demás, y me dijo sonriendo:

—Porque es imposible someterlos al orden establecido, nunca se quieren dormir si no es en nuestros brazos; si por desgracia los pusiera yo despiertos en sus camitas, armarian tal boruca que inquietarian á todos los otros y gozaria vd. de nuevo del concierto de que disfrutó á su llegada.

—¿Por qué, hermana, le preguntó entónces Aurelia, por qué uno tiene en su falla una cinta azul y el otro una color de rosa?

—Señora, para distinguir los hombres de las mujeres.

—¿Muy bien! así este caballero no vale más que su compañera.

—Canta más recio que ella; pero le confieso á vd., que ella es más *picaroncita*; veála vd. que parece dormida; pues bien, si me fiara de esas apariencias y la pusiera en la cuna, se enojaria tanto, que pasaria lo menos una hora antes de que consiguiera yo calmarla; en ve de que mi pobre muchacho va á consentir r

pronto sin gran dificultad en que me desprendiera de él.

En efecto, lo puso en la cuna, la movió ligeramente, yo le corrí las cortinas y se quedó dormido: despues intentó mi hermana por dos veces hacer lo mismo con la mujercita pero daba luego tan agudos chillidos, que más que de prisa, por el interés general, la volvía á tomar en sus brazos.

Cada dos ó tres dias llegan de los departamentos diversas nodrizas que se llevan á los niños á criarlos en sus casas, con lo que queda lugar desocupado para recibir á otros. No se conservan en el establecimiento mas que los que parecen enfermos, débiles ó demasiado delicados para soportar un viaje largo, los que son confiados á las nodrizas que viven en la casa.

Todos los niños expuestos, sin llevar aviso de haber recibido el bautismo, son inmediatamente regenerados con el agua santa por el capellan del establecimiento, y cuando entramos á la capilla vimos á una hermana que amadrinaba á uno en la fuente bautismal: era una niña que exhaló su último aliento al fin de la ceremonia. ¡Dichosa de ella!

Todo esto conmovió á Aurelia, que exclamó al salir: ¡Oh! si la miseria es la que obliga á las madres de todos estos niños á abandonarlos, son muy dignas de compasion! pero si no es la pobreza, ¿qué culpables son...

El Sr. de Marval depositó una rica limosna en el cepo destinado á ese objeto, dió las gracias á nuestra amable *cicerone* y subimos al coche todos, más ó menos conmovidos por nuestra visita. Como podíamos disponer todavia de una hora, nos decidimos á completar el dia yendo de una vez á visitar el hospicio de *Maria Teresa*, fundado por la Sra. de Chateaubriand para sacerdotes pobres y enfermos, y para señoras nobles en la miseria: mediante una retribucion sumamente módica, unos y otras son recibidos allí y cuidados con más esmero, bajo todos aspectos, que lo que estarían en sus casas, aunque fuvieran comodidad.

Rodeados de consideraciones y de respetos por parte de nuestras hermanas, se hallan alojados en cuartos amueblados con cierto lujo. Los que pueden hacerlo, comen reunidos, y se les sirve la comida en buena vajilla. Como su habitacion, separada de la de nuestras hermanas por una callecita de césped con su cerca de

rosales, es ya insuficiente para el número de enfermos que se presentan, desea construir otra la piadosa fundadora, en que lo útil se reúna á lo agradable.

La capilla que pertenece al departamento de las señoras y de nuestras hermanas, es pequeña, pero muy bella: tiene una tribuna bastante grande que tiene entrada por la sala de las señoras: esa sala está dividida por en medio con un largo pasadizo, y por tantos tabiques, hasta la mitad de la altura de la pieza, como camas hay; cada señora queda así enteramente independiente en su alcoba, y vive como quiere, como hermitaña ó en sociedad.

Hay allí muchas grandezas decaídas, muchos nobles y conmovedores infortunios, y ha sido una idea muy digna del alma tan cristiana de la Sra. de Chateaubriand, el haberles abierto este honroso y pacífico asilo.

—¡Ay! exclamó el Sr. de Marval al despedirse de nuestras hermanas, ¡ay! no comprendo ahora cómo puede haber hombres que rehusen su amor y su admiración á una religion tan pródiga de beneficios!

Aurelia, al oírlo, complaciéndose en su felicidad, apretó con emoción la mano de su ma-

rído, y una lágrima de gozo brilló entre sus párpados.

Ha quedado ella tan contenta de este día, que quiere que se repita otra ocasión, y nos ha hecho prometer llevarla alguna vez á que visite el Hospital de los incurables, el Hospicio de Huérfanos y otras casas de beneficencia. Este hospicio dicen que se trata de reunirlo á la Casa de la Cuna; si acaso se verifica así, compadezco á la Superiora de los «Niños Expositos,» pues necesitara mucha energía para no sucumbir con semejante peso.

No olvidaremos, por supuesto, también á la «Casa de huérfanas de la Providencia» que es un modelo en su genero, se educan en ella mas de doscientas muchachas, en los principios de una piedad verdadera y sólida, que no pierden cuando salen de tan bendito asilo. Es cierto que la educación que reciben es la mas á propósito para librarlas de los lazos que se les tienden en el mundo: se les enseña á amar á Dios, sobre todas las cosas, á practicar la virtud y dedicarse al trabajo, el mas seguro custodio de aquella. Se les inspira una humildad profunda, que les hace hallar gusto en la sencillez, y en la oscuridad de su condicion, impidiendo que se entreguen

á esa pasión tan violenta del tocador y de los adornos que pierde á tantas jóvenes. Por esto, con muy pocas excepciones, llegan á ser excelentes esposas y virtuosas madres de familia.

¡Honor á sus maestras! porque su tarea es de las más difíciles de las que se nos han impuesto á nosotras, y se necesita tanto vigor como prudencia para cumplir con ella á mayor gloria de Dios.

Cuento también con hacer una corta expedición hasta *Constans del Arzobispo*, para visitar á los huérfanos del cólera; tengo entre ellos varios conocidos, que me alegraré tanto más de ver, cuanto mejores son los informes que tengo recibidos de su comportamiento.

No por esto, querida Carolina, vayas á escandalizarte creyendo que se ha apoderado de mí el espíritu de disipación y que ya no pienso más que en recorrer el mundo. ¡Oh! no! jamás haré cosa sin licencia de mis superiores, que sabrán muy bien hasta dónde me la deben dar; así estaré segura de no faltar en nada á mi deber; además, nunca estoy más contenta que cuando me quedo con mis queridos heridos. No sé si te he contado ya que así que pasó el cólera, nuestra Madre tuvo á bien cam-

biarme de sala. Lo recibí con gusto, como procuro hacerlo en todo lo que me encargan, pues si fuera de otra manera sería indigna de llamarse Hija de San Vicente de Paul,

Tu amiga,

SOR TERESA.

¡Honor á sus maestras! porque su tarea es de las más difíciles de las que se nos han impuesto á nosotras, y se necesita tanto vigor como prudencia para cumplir con ella á mayor gloria de Dios.

Cuento también con hacer una corta expedición hasta *Constans del Arzobispo*, para visitar á los huérfanos del cólera; tengo entre ellos varios conocidos, que me alegraré tanto más de ver, cuanto mejores son los informes que tengo recibidos de su comportamiento.

No por esto, querida Carolina, vayas á escandalizarte creyendo que se ha apoderado de mí el espíritu de disipación y que ya no pienso más que en recorrer el mundo. ¡Oh! no! jamás haré cosa sin licencia de mis superiores, que sabrán muy bien hasta dónde me la deben dar; así estaré segura de no faltar en nada á mi deber; además, nunca estoy más contenta que cuando me quedo con mis queridos heridos. No sé si te he contado ya que así que pasó el cólera, nuestra Madre tuvo á bien cam-

nuevo, pero de un modo muy especial á ese Dios Salvador que nos ha abierto el cielo por medio de su muerte; pídele que aumente en mí su santo amor, y que me conceda un espíritu de sacrificio que me haga posible todo; hasta el martirio!

**CARTA XXXIII.**

¡Ay de mí! pero ¿qué he hecho para merecerlo?.... sebia preciso que fuera yo menos indigna de lo que soy, del singular favor que se me promete!

Paris, Hospital de San Luis.

me promete!

Corre a tu oratorio, querida Carolina, y allí postrada ante nuestro Señor, y la imagen de su Santísima Madre ríndele fervorosas acciones de gracias, por la dicha que me espera: aunque nuestra Madre me dice que no es una ilusión, apenas puedo persuadirme que sea una realidad y mi pobre corazón no cabe en sí de gozo.

De hoy en ocho días, si, de hoy en ocho días entraré a ejercicios, y al fin de ellos pronunciaré los sagrados votos; seré, por fin, Hermana de la Caridad; nuestro bienaventurado padre se vera obligado a reconocermé por su hija, y a este título, me protegerá contra los enemigos de mi salvacion.

Querida Carolina, ruega mucho por mí en ese dia bendito, en que me hé de consagrar de

nuevo, pero de un modo muy especial á ese Dios Salvador que nos ha abierto el cielo por medio de su muerte; pídele que aumente en mí su santo amor, y que me conceda un espíritu de sacrificio que me haga posible todo; hasta el martirio!

¡Ay de mí! pero ¿qué he hecho para merecerlo?.... sebia preciso que fuera yo menos indigna de lo que soy, del singular favor que se me promete!

Con todo, quiero desterrar de mí todo temor, pues, si Dios es un juez severo, tambien es el mejor, el más indulgente de los padres, y si tiene en cuenta hasta un simple vaso de agua dado á un pobre en su nombre, ¿como ha de olvidar el miserable sacrificio de tu pobre amiga, haciéndolo con tan buena voluntad de servirlo con amor y fidelidad? Siendo esto así ¿por qué hé de temblar al acordarme de sus terribles juicios?.....

Quien sabe si me engaño, pero me parece que mi confianza en S. M. es mucho más fuerte que el temor, y este es el motivo por que se llena mi alma de una alegría tan deliciosa que me hace dulce, y muy fácil el servicio de tan buen Señor.

Mi amada madre Sor Victoria desea festejar el día de mi boda espiritual, convidando á comer conmigo á todas las Hernanas que conozco y se hallan actualmente en Paris, bien es verdad que se reducen á cinco: en primer lugar, por supuesto, á Sor Sofia, en cuya casa hice mi postulado, y de quien hé seguido siempre la *niña consentida*.

La reunion será espléndida y tu presencia querida Carolina, aumentaría la dicha de tu amiga.

Sor TERESA.

CARTA XXXIV.

Paris, Hospital de San Luis.

Hé sabido por Aurelia, pobre Carolina, la gran desgracia que te aflige, y participo demasiado de tu justo dolor para intentar contener tus lágrimas; por el contrario quiero mezclar con las tuyas las mias y llorar juntas á tu virtuoso y excelente padre.

¡O! si, Carolina, llóralo, porque raras veces aparecen en la tierra esas almas elejidas, que como tu padre y el mio, son el objeto de las complacencias del Señor y el modelo de los jefes de familia.

Llóralo porque has tenido una pérdida irreparable, no hay en la tierra ningun género de afecto que pueda hacer secar las lágrimas que caen sobre el sepulcro de los autores de nuestros días.

Llora pues, amiga mia; pero te ruego no ol-

vides que eres cristiana, y que la fé nos prohíbe llorar á nuestros parientes y amigos como los lloraban los paganos que no tenían la dicha de poseer la esperanza. Mas fevorecidos que ellos, hallamos siempre, al lado de los más vivos dolores, motivos poderosos de consuelo y de resignacion á la voluntad divina. ¡Ah! escucha la voz sublime de la religion que nos enseña que la muerte es el fin de nuestros trabajos, el término de nuestra peregrinacion; la toma de posesion de un reyno eterno; el principio de una felicidad cuya duracion y grandeza no puede medir la inteligencia humana. Que estas consideraciones y el pensamiento de las magnificas recompensas que esperan en la otra vida el alma fiel, reanimen tu abatido valor; y poco á poco irá renaciendo la calma en ese corazon destrozado por el dolor.

Pémiteme tambien que te diga, querida Carolina, en esos primeros instantes que siguen despues de una cruel desesperacion se *llora uno á sí mismo* tanto como á la persona perdida. La naturaleza tiene derechos que no pueden gultársele, lo sé bien; pero si nuestra fé fuera más perfecta, estaríamos más prontos á ofrecer al Señor el sacrificio que exige de nuestro amor.

¡No nos dice acaso la iglesia que *«son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor»*. ¡Si, sin duda que si, luego es bienaventurado tu padre cuya vida no fué sino una larga serie de sacrificios, de actos de virtud, y de buenas obras. Por otra parte, no lo ignoras tu, él suspiraba con ansia por el feliz momento en que habia de recibir el premio de sus penas y de sus trabajos.

Te ruego de nuevo, Carolina mia, que moderes tu aflixion, y no sientas tanto que tu piadoso padre haya alcanzado el descanso, la dicha que le merecieron tan largos años de pruebas y de sufrimientos.

Luego que puedas escribirme con fiame tus proyectos, y dime que es lo que piensas hacer; en tu edad y circunstancias no es prudente que te quedes viviendo sola. Aurelia lo comprende así, tanto como yo, y si no hubiera sabido que mis padres te están acompañando habria partido inmediatamente de aqui, para arrancarte de esos lugares que te recuerdan tan vivamente tu pérdida, y aumentan tu dolor. Acepta, te lo suplico mucho, acepta el ofrecimiento que te ha hecho mi madre de irte con ella, mientras que se arreglan tus negocios. Eso te proporciona

nará el tiempo suficiente para meditar el partido que te conviene tomar; y yo estaré más tranquila sabiendo que Elisa y Alina que te quieren bien, harán perfectamente mis veces, haciendo cuanto puedan por calmar tu dolor y suavizar tu amargura. Despues creo que no te resistirás á venir á pasar unos dias con Aurelia, que sentiria mucho que le negaras esa prueba de cariño.

Te dejo, pero es para ir á rogar á Dios por tu padre: espero sin embargo que su alma, purificada ya de las manchas que tuviera, no habrá hecho más que pasar por el lugar de expiacion, y estará gozando ya del descanso eterno; pero no importa, yo rogaré siempre, y como nunca son perdidas nuestras oraciones, sino que no aprovechan á las personas por quienes las hacemos, serán de gran utilidad para otras muchisimas almas que están todavía privadas de la vista y posesion de Dios, cuyas esposas han de ser eternamente. No me olvidaré tampoco de rogar por tí, pobre amiga mia, que necesitas tanto de que el Señor derrame un poco de bálsamo sobre las heridas de tu corazon.

Adios, tu amiga que te quiere más que nunca,

SOR TERESA.

CARTA XXXV.

Carolina de Balty á Sor Teresa.

Tu carta me ha hecho mucho bien querida amiga, ha calmado la violencia de mi dolor y gracias á tus consejos, me hé acordado de que soy cristiana, y que no podia sin crimen quejarme de los decretos de la Providencia. ¡Ay de mí! mi pobre corazon sangra todavía demasiado; la naturaleza se rebela y grita por la cruel pérdida que hé tenido, pero no tengas cuidado, Sor Teresa, no murmuro de Dios, solo lloro, y me resigno á su voluntad santisima.

Conozco ahora que hé sido muy culpable, cuando viendo á mi padre que entre mis brazos exhaló su último aliento me faltó poco para entregarme á la desesperacion, y á él sin duda le debo no haber sucumbido por completo á

tan horrible tentacion. Aunque su salud era tan delicada, esperaba yo conservarlo todavía algun tiempo, y fui privada de él en ménos de veinticuatro horas, en los momentos casi, en que formábamos juntos el proyecto de ir á sorprenderte y darte un abrazo en el próximo estío. ¡Ay! Sor Teresa, ¡que dias tan crueles he pasado! y no estabas conmigo para acompañarme, auxiliarme á soportar mi desgracia, sostener mi valor, y darme los consuelos de la religion y de la amistad!

¡Ay! ese misma dia en que tu pronunciabas tus sagrados votos, y te hallabas tan dichosa con tan santo compromiso, mientras que tú te alegrabas, yo lloraba, y cerraba los ojos de mi padre, de mi excelente padre, que no volveré á ver sino en el cielo!... En ese dia, Teresa, se colmaban todos los deseos de tu corazon, y yo quedaba huérfana!.....

Tienes razon, amiga mia, no puedo hallar verdaderos motivos de consuelo en una pérdida tan dolorosa, sino en una fé viva, y en el recuerdo de las virtudes de mi padre que ha muerto como un santo: así, tengo la dulce confianza de que se haya feliz, y de que vela sobre mí desde lo alto del cielo: si, yo lo creo di-

choso, y sin embargo, no puedo contener mis lagrimas, y conozco que lo lloraré por mucho tiempo, porque hacia yo consistir toda mi dicha en la tierra, en no vivir sino para él. Lo sabía bien y á veces me reprendía por la exaltacion de mi amor filial: temia quizá á que no amara yo bastante á Dios, y quien sabe si temia razon.....

El Señor ha querido sin duda castigarme por esa falta; espero de su bondad el perdón..... En adelante ¡si! todos mis pensamientos, todos mis afectos serán solo para S. M. así se lo prometí á mi moribundo padre, y hé de ser fiel á tan sagrada obligacion.

¡Ay! Sor Teresa, siento hoy un irresistible impulso para franquearte mi corazon, para confiarte un secreto que te he ocultado hace mucho tiempo por miedo de que me acusases de cobardia, y me reprochases que resistía á mi vocacion. ¡Cuantos meses hace que la gracia me instaba á que siguiera tu ejemplo, y yo, no me encontraba con fuerzas para abandonar á mi padre, que no tenia otro apoyo que el mío! ¡Lo podia hacer? lo debía? Creo que no: Dios no exige de nosotros sacrificios contrarios á los deberes que nos impone. Al presente, que los

lazos sagrados que me detenian en el mundo han sido hechos pedazos, no vacilo ya, y, si tu superiora está de acuerdo, me presentaré de postulanta, en el hospital de San Luis, bajo su direccion, y cerca de ti, mi buena amiga. Tu serás mi guía, tu sostendrás á tu pobre Carolina, porque es demasiado débil; la enseñarás á marchar con paso firme por los caminos de Dios la ayudarás á corregirse de sus defectos, y si alguna vez tiene la dicha de llegar á ser una buena hermana de la Caridad, podrás decir: "Es hechura mía, el deseo de imitarme es lo que la ha hecho ser lo que es."

Tus padres, siempre tan bondadosos conmigo, han venido á verme á la primera noticia de mi desgracia, y tu madre no cesa de tratarme como si fuera su propia hija: aprueban mi resolucion, pero quieren que pase yo con ellos lo ménos los tres primeros meses de luto. Tienen razon, es preciso que no puedan decir en el mundo, que me consagro á Dios sin reflexionar, que obro bajo la impresion de mi dolor y que me hé de arrepentir despues del partido que tomo. ¡Arrepentirme! que capaz! nunca! por que no me podría acostumbrar al aislamiento que, en el mundo, acompaña al celibato, y por

otra parte toda mi vida hé tenido suma repugnancia al matrimonio.

Mañana salgo de aquí con tu madre, mientras que tu padre se queda aquí para arreglar mis negocios, que como tan sencillos tengo esperanza que no le obligarán á estar largo tiempo lejos de su familia: si Dios nos presta la vida á las dos, él será tambien quien me llevará á Paris, donde tendré mucho gusto en pasar unos dias con Aurelia antes de despedirme para siempre del mundo.

Mientras llega el dia de nuestra próxima reunion, querida Teresa, ruega al Señor, con mucho fervor por mí, pídele que se digne aceptar un corazon que se dá á él sin reserva, y que no quiere amar más que á él, lo que no será obstáculo para que diga yo amándote en él y por él, y que sea siempre tu mejor amiga, y futura hermana y compañera.

CAROLINA DE BALTÝ.

FIN.

## Erratas

## DE LA EDICION DEL "MENSAJERO"

págs.	líneas.	dice.	léase.
28	6	motivo,	momento.
23	13	soriendo,	sonriendo.
"	última	la dije,	le dije.
34	23	la,	le.
43	23	libremente,	liberalmente.
54	10	por la,	pero á la.
62	2	más que,	solamente.
72	18	poco,	pocos.
62	6	al,	el.
78	12	agradecido,	agradecida.
84	6	tier,	tien.
90	1	de Bastien,	de la Bastien.
96	21	los dijeran,	les dijera.
"	22	rincon;	rincon, á estudiarla.
97	7	hacerlas,	hacérselos.

págs.	líneas.	dice.	léase.
98	12	sirve,	servirá.
"	19	tengo,	tenga.
100	4	de bautismo,	de su bautismo.
102	18	por quien,	á quien.
112	8 y 9	habian,	habrian.
114	7	piadoso,	piadosa.
121	16	dicho,	hecho.
132	5	referir,	preferir.
133	última	¿yo triste? querida	} Paulina ¿triste?
134	primera		
		¿Yo triste? querida Paulina ¿triste?	
141	23	saberlo yo misma,	saberlo, yo misma.
152	14	espuma y la nata,	flor y nata.
152	15	si nuestro,	nuestro.
157	7	jante tanta,	jante . . . tanta.
157	11	no lo queria,	no queria.
171	17	preocupacion,	su preocupacion.
173	13	habiendo,	habiéndose.
178	3	tambien,	tan buen.
182	4	queria,	querria.
"	8	establezca,	restablezca.
205	13	digo,	digo.
"	14	modos,	modos.
208	17	mismas,	mismos.
214	12	empujando,	enjugando.
219	4	Grigrau,	Grignan.
223	14	reunieron;	se reunieron.

págs.	lineas.	dice.	léase.
223	20	cabeza,	cabecera.
227	12	Nacis,	Baucis.
231	1	testigos,	castigos,
237	14	mis miserias,	mi miseria,
240	1	para eponerles.	para reponerles
240	9	del	al.
241	12	los de,	los deseos de.
241	24	á sus,	sus.
251	11	religiosas,	casas religicasas.
251	3	franquifice,	tranquífese.
255	24	rodeaban que,	rodeaban, para que.
256	18	se,	les.
„	26	dues,	pues.
267	6	exijen,	exijen escazo.
269	26	púbicamente,	púbicamente.
271	17	Dios,	Dios.
286	22	de,	de los.
294	22	palabras,	palabras.
298	25	plau,	plan.
319	3	muy,	muy.
„	25	do,	de.
320	20	la,	le.



NUEV  
LIOTEC